



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA MADRID

FACULTAD DE PSICOLOGÍA

Programa de Doctorado: Fundamentos y Desarrollos Psicoanalíticos

“Subjetividad contemporánea y efectos en la estructuración
psíquica: los fenómenos de desligadura”

Doctoranda: Mariana BOTTINI
Director de la tesis: Dr. José GUTIÉRREZ TERRAZAS

Madrid, Febrero de 2012

*A lo que Aún no es.
En tanto allí anidan
el Deseo y la Esperanza.*

Palabras de agradecimiento

Quiero agradecer, en primer lugar, al Profesor José Gutiérrez Terrazas por haber dirigido mi trabajo, acompañándome con una minuciosa lectura y sugerencias, que han dado cuenta de un genuino interés y un profundo respeto por mis ideas.

Agradezco, también, a todos los colegas que, sabiéndolo o no, enriquecieron el camino de mi formación, especialmente a María Maisterrena de Sansi, Susana Belda de Baima y mis compañeras del Grupo de Supervisión de E.C.A.P. de Córdoba.

A Gabriela Quiroga, interlocutora indispensable para el avance de este trabajo.

A quienes me brindaron su apoyo incondicional: mi familia, Gabriela Borges y José Luis Bella Sombría.

Finalmente, a Silvia Bleichmar, maestra fundamental de quien aprendí, no sólo lo mejor de la teoría, sino también la ética.

Índice

Introducción	1
Fundamentación de la elección del tema de investigación	1
Hipótesis	13
Objetivo General	13
Objetivos Específicos	13
Método	14
Capítulo I. Epistemología de lo problemático. Leer a Freud desde un enfoque histórico-estructural	15
I. a. Freud, la herencia y lo heredado	17
I. b. Determinación y azar: modelos cerrados, modelos abiertos	27
I. c. Enfoque histórico – estructural	31
I. d. Lo histórico en la constitución psíquica	42
Capítulo II. El aparato psíquico: un psiquismo abierto a lo real	46
II. a. Consideraciones sobre los avatares del concepto de pulsión en la obra freudiana: Instinto y Pulsión. Apuntalamiento y Seducción. Autoconservación y autoerotismo	46
II. b. La teoría de la seducción en la obra freudiana y su importancia para pensar el concepto de pulsión: Pulsión sexual y sus destinos dentro del aparato psíquico a la luz del segundo dualismo pulsional	69
II. c. Tópica psíquica: dos modelos	79
II. d. Comentarios sobre los principales textos de la obra freudiana que dan cuenta de modelos de aparato psíquico	83
II. e. Teoría de la seducción y modelo del traumatismo en los orígenes del aparato psíquico: un psiquismo abierto a lo real	97
II. f. Caracterización de un modelo de aparato psíquico de constitución exógena y sus consecuencias para la clínica	107

Capítulo III. Producción de subjetividad contemporánea y constitución psíquica	116
III. a. Producción de subjetividad y estructuración psíquica	117
III. b. Paradigmas actuales y subjetividad contemporánea	123
La economía de libre mercado	124
La política y lo político y los medios de comunicación	127
La ideología social dominante en la condición posmoderna	135
III. c. Subjetividad contemporánea y estructuración psíquica. Cambios en la subjetividad, ¿cambios en la psicopatología?	145
III. d. Algunas aproximaciones metapsicológicas	155
Capítulo IV. Pensar la clínica: fenómenos de desligadura o la presencia de la pulsión en la clínica	166
IV. a. Fenómenos de desligadura: del síntoma a la compulsión	166
IV. b. Diagnósticos actuales y Psicoanálisis	182
IV. c. De la interpretación a la intervención	188
Conclusiones	204
Bibliografía	215

Introducción

Fundamentación de la elección del tema de investigación

En la práctica clínica actual los analistas se encuentran, frecuentemente, con algo que hace obstáculo al análisis. Se trata de una serie de fenómenos que dan cuenta de la presencia de lo pulsional desligado en la clínica y que, a lo largo de la historia del psicoanálisis, han recibido diversos nombres. Los más clásicos con que estos trastornos aparecen mencionados en la psicopatología han sido las impulsiones -que pueden tomar carácter de síntoma compulsivo o no- y las caracteropatías. Siguiendo, por un lado, los lineamientos de la escuela inglesa se los ha conocido como fenómenos del campo de la psicopatía y, por otro lado, desde la escuela lacaniana hay una gama que da cuenta de estos fenómenos y se refiere a la serie del pasaje al acto, actuación y acting-out.

Se hace referencia, de este modo, a un amplio campo de perturbaciones que presentan dificultades particulares en el establecimiento del dispositivo analítico: sujetos que llegan en posición de objeto con cierta imposibilidad de estructurar una demanda de tratamiento, así como en el establecimiento de la transferencia; sujetos que suelen ser ubicados en los límites de lo analizable. Se trata de fenómenos que no son en sí mismos estructuras clínicas, sino que se encuentran tanto en la perversión como en las psicosis y en las neurosis. Sujetos con intensas angustias, actuaciones, intentos de suicidio, compulsiones diversas -alrededor de la alimentación, el dinero, la sexualidad, el juego, alcohol y drogas-, estallidos de impulsividad, irritabilidad, accidentes a repetición, automutilaciones y diversas formas de expresión del malestar en el cuerpo.

Se los denomina aquí como fenómenos de desligadura en dos sentidos. Por un lado, desde una perspectiva intersubjetiva, desligadura en relación al otro. Por otro lado, desligadura de la pulsión respecto de lo representacional, desde una perspectiva metapsicológica y si se quiere más estrictamente, económica. Dos sentidos que no se contraponen sino que, como se intentará demostrar en el desarrollo de este trabajo, se

imbrican en relaciones de causas y efectos –no determinadas a priori- en los momentos reales de estructuración del psiquismo.

He aquí una evidencia: estos fenómenos han ido cobrando protagonismo en la práctica clínica de hoy. Y he aquí una pregunta: ¿A qué se debe dicho incremento? ¿Es posible que los paradigmas actuales de la posmodernidad, lo que la cultura actual ofrece como productora de subjetividad, propicie efectos de mayor desligadura en la constitución psíquica?

En su texto **El malestar en la cultura**¹, Freud postula como causas de malestar de su época a la “colisión” entre sexualidad y agresividad, por un lado, y las exigencias culturales, por el otro. Plantea entonces que los hombres recurren a diferentes teorías o sistemas de creencias con el fin de tolerar el sufrimiento y la ausencia de felicidad: calmar, ligar el malestar a un orden representacional. Ante el malestar producto de la “sofocación pulsional” el sujeto apela a algo simbólico que lo apacigüe, malestar que no desaparece, que siempre producirá un resto que volverá a relanzar el proceso. Al respecto dice Freud que: “(...) La vida, con sus sacrificios y frustraciones, trae dolores, engaños, tareas insolubles. Para soportarla no podemos prescindir de calmantes.” Añade que esos calmantes los hay de tres clases: “poderosas distracciones, satisfacciones sustitutivas y sustancias embriagadoras”. A éstos últimos los llama “quita penas que producen una ganancia inmediata de placer para sustraerse a la realidad”². Aunque, como se verá, pareciera algo más cerca del goce que del placer.

Ochenta años después de que Freud escribiera dicho texto surgen estas preguntas: ¿Cuáles son los sacrificios –en términos de sofocación pulsional- que impone la cultura en este siglo? ¿Cuáles los “calmantes” que ofrece? ¿Es posible, con las herramientas teóricas que dispone el psicoanálisis, intervenir en la clínica de estos fenómenos de desligadura?

¹ Obras Completas. Vol XXI. Amorrortu Ediciones. Buenos Aires.

² Idem. Pág. 75

En principio, éstos se resisten al análisis en sentido estricto, se imponen como un escollo al mismo, y en tanto insisten, requieren ser pensados y cercados conceptualmente. Al decir que se resisten al análisis quizás convenga especificar que se resisten a ser interpretados, tal como se interpretan síntomas, sueños, actos fallidos y demás formaciones del Inconsciente. Más bien requieren intervenciones al modo de construcciones simbolizantes. De aquí surge la pertinencia de su exploración y estudio ya que exigen una revisión y reposicionamiento, dentro del cuerpo teórico psicoanalítico, de la teoría económica del funcionamiento psíquico así como de la teoría del traumatismo para ser comprendidos y abordados en la clínica.

La realidad histórico-social en la que se interviene hoy ha variado suficientemente como para justificar la interrogación por la vigencia de los postulados teórico-clínicos con los que se cuenta para hacer frente a los padecimientos subjetivos contemporáneos.

Interrogar la teoría implica hacerlo desde cierto posicionamiento epistemológico y metodológico. En esto se seguirá en sus ideas a J. Laplanche fundamentalmente, así como a otros autores, especialmente S. Bleichmar, quienes, a partir de su pensamiento, desarrollaron los propios en dicha línea.

Los aportes más importantes de J. Laplanche consisten en el planteo de la necesidad de una vuelta a los fundamentos del psicoanálisis con una propuesta de profunda reflexión sobre el pensamiento freudiano y, con ello, un modo claro de hacerlo: por medio de un enfoque histórico-estructural de la obra freudiana, de los textos fundamentales o básicos de la metapsicología, pero sin dejar de atender al “detalle” revelador, a los textos “menores”, a la correspondencia de Freud, para desentrañar contradicciones de la obra, impasses que llevan a lo que ha llamado “falsas vías” o “extravíos”. Su tentativa es la de abordar la teoría misma con el método analítico.

Este autor comienza su Seminario **El Inconciente y el Ello**³ preguntándose en qué consiste una enseñanza del psicoanálisis en la universidad -puntualizando que debe ser el resultado de un proceso de investigación-, y más específicamente sobre el interés de una tesis de tercer ciclo. Y algunas de las cuestiones que esboza atañen al carácter de contribución que dicho proceso de investigación debe tener. Advierte que no puede ser sólo el testimonio de un recorrido, de un itinerario del investigador, sino que el carácter de contribución está dado por cierta “acumulatividad” del conocimiento dentro del dominio de una disciplina.

Esto sitúa un proceso de investigación entre dos márgenes: uno de ellos sería el del “requisito para”, la elaboración de un trabajo para la obtención de un diploma; el otro margen sería el “deseante”, el de las motivaciones particulares del investigador. Por supuesto que ambos márgenes existen y no pueden ser negados o ignorados en el proceso, pero J. Laplanche advierte que algo debe intercalarse entre medio para que una investigación resulte una contribución destinada a comunicar algo y pueda servir de referencia posible para otro investigador. Este nivel intermedio es lo que él designa con el término “exigencia”, exigencia de trabajo que implica un grado de ruptura y reanudamiento, siguiendo el hilo de una idea, de un pensamiento, de un concepto, para efectuar allí una reexaminación, que permita un ordenamiento novedoso, una nueva apertura, que inaugure nuevas posibilidades de producción.

Respecto de la exigencia de trabajo advierte que: “(...) Existe cierto nivel de interpretación que permite seguir la pista, en Freud, de algo que yo llamo, desde hace mucho tiempo, la exigencia. La exigencia es algo que está dictado por el objeto: ni por el hombre Freud, ni tampoco por la lógica (...) es el objeto “inconciente” el que orienta la evolución misma del pensamiento.”⁴

³ Amorrortu Ediciones. Buenos Aires.

⁴ **El extravío biologizante de la sexualidad en Freud.** Amorrortu Ediciones. Buenos Aires. Pág.13

Hay, además, otro aspecto interesante señalado en su seminario **La Angustia**⁵ donde apunta lo siguiente con respecto a la situación en la que se encuentra al psicoanálisis en la actualidad: por un lado, un sinnúmero de publicaciones que abarcan los más disímiles terrenos; luego, el particularismo del lenguaje en las diferentes escuelas -y podría agregarse aún, en las diversas instituciones, con todos los atravesamientos políticos y pugnas de poder que afectan la producción y el quehacer- y, como resultante, la dificultad de salir del carrousell de lo que termina por conformar un “sistema de opiniones” que hace coexistir nociones que pertenecen a diferentes sistemas de pensamiento, que han sido producto de diversos marcos de producción, sin que esto sea explicitado, lo cual lleva a un hecho sumamente curioso: la disputa por Freud.

A este hecho J. Laplanche lo denomina “el recurso a Freud”. Este recurso a Freud consiste en hacer referencia constante al mismo citando tal o cual texto freudiano como si de una especie de escritura sagrada se tratase, ignorando o pretendiendo ignorar que la obra freudiana -como cualquier obra, por otra parte- es esterilizada si se la piensa y aborda como una obra lineal que progresa hacia un final de integración, por un desarrollo sin fallas.

La obra freudiana, como dice S. Bleichmar, no puede ser tomada como una obra de llegada, como una obra a la cual se va a acceder para circular por ella sin sobresaltos y llegar así a una especie de completud del conocimiento. La obra de Freud es una obra de partida, con núcleos de verdad absolutamente fecundos, pero con aspectos que requieren ser sometidos a discusión, a caución, y repensados con respecto a su validez epistémica dentro de su mismo marco de producción. De manera que la obra freudiana es una estructura compleja, no lineal y con contradicciones.

A diferencia del positivismo, que considera la contradicción como el efecto de un error en la perspectiva del investigador o del pensador, en psicoanálisis ocurre que esto responde al efecto que tiene en la teoría el abordaje de la cosa misma, el objeto de estudio: el Inconsciente. Avatares del objeto que son también los avatares de la teoría,

⁵ Amorrortu Ediciones. Buenos Aires.

que no avanza en un desarrollo continuo, sino que es producida por represión, repetición y retorno de lo reprimido.

Cabe preguntarse entonces, ¿paraliza esto al psicoanálisis en su pretensión de avanzar sobre un pensamiento acumulativo y científico? No necesariamente. No, si se entiende que el pensamiento científico no puede avanzar sin contradicción. La salida está dada por la posibilidad de producir sentidos a partir de un reconocimiento y trabajo sobre los nudos de contradicción que la teoría encierra. Y esto no sólo implica a lo que se vislumbra en la práctica clínica, y a la tan mentada en vano retroalimentación entre la práctica y la teoría, la clínica y la metapsicología, que por otra parte es innegablemente imprescindible y eso no está en discusión en este argumento.

La contrastación, en el sentido de la confrontación, la puesta a prueba de la teoría, no puede ser sólo empírica, no puede ser sólo corroborada a partir del experimento, de la clínica, sino también fundamentalmente sometida a la prueba de coherencia interna dentro del mismo cuerpo teórico.

En ese sentido, el planteamiento de J. Laplanche implica reflexión sobre el pensamiento freudiano por medio de un enfoque que se denomina histórico-estructural, como modo de dilucidar una problemática del objeto del psicoanálisis. Al respecto, el autor señala que: “(...) La exposición o la “historia” del pensamiento psicoanalítico, tal como nosotros la entendemos, sólo puede referirse a las coordenadas del psicoanálisis mismo. Esto significa que ella, frente a una historia manifiesta u oficial (la que el propio Freud intenta por momentos escribir), apela a una historia latente, inconsciente en parte, subtendida por temas que se reiteran. (...) Significa, también, que es inseparable de un determinado enfoque dialéctico, puesto que entraña una evolución por ciclos y crisis, a través de contradicciones.”⁶

Como lo señala también J. Gutiérrez Terrazas: “(...) El método en cuestión es el “método asociativo-disociativo”, que se constituye en constante ruptura con el “método

⁶ **Vida y muerte en psicoanálisis.** Amorrortu Ediciones. Buenos Aires. Pág.7

simbólico” y el “método descifrador” y que comporta llevar a cabo una lectura del texto freudiano que procede desmenuzando elemento por elemento, destruyendo las perspectivas aparentemente racionales y desmontando su ordenación manifiesta. Lo cual conlleva, por un lado, poner sobre el mismo plano el pensamiento y la expresión, la parte y el todo, la declaración de principio reiterada y el detalle insignificante; así como, por otro lado, obliga a surcar o a atravesar el texto freudiano en todos sus sentidos, sin fiarse para nada de las visiones sistemáticas y sintéticas que Freud mismo proporciona con cierta frecuencia.”⁷

Las contradicciones en la obra freudiana se refieren tanto a contradicciones del pensamiento, como a las que impone el objeto mismo, que son en última instancia inseparables, pero tanto las unas como las otras requieren ser puestas en relación con la estructura en la que están insertas. Sin esta perspectiva estructural la historia de un concepto sería fútil e infecunda en el mejor de los casos o, en el peor de ellos, operaría como aplanando la riqueza conceptual. Poner los conceptos en perspectiva dentro de su inserción en la estructura permite descubrir desplazamientos de los mismos, evidenciar cómo elementos que parecían “desaparecidos” reaparecen en el curso de la obra bajo otros modos y con nueva función.

En este sentido J. Laplanche realiza un profundo cuestionamiento de la explicación endogenista o la “vía endógena” por la cual se extravía el pensamiento freudiano, algo que se produce precisamente en el orden de lo que constituyen los dos grandes ejes sobre los cuales pivotea toda la metapsicología freudiana, es decir, tanto en la dinámica pulsional, como en la tópica psíquica.

Pueden identificarse así dos modelos de constitución y funcionamiento del aparato psíquico, tal como aparecen en el derrotero de la obra freudiana a partir de los movimientos que llevan de la primera a la segunda tópica: lo que S. Bleichmar llama un modelo de aparato psíquico cerrado y otro abierto a lo real.

⁷ **Cómo leer a Freud.** Síntesis Ediciones. Madrid. Pág.14

La dilucidación de los dos modelos requiere por un lado, una importante revisión y cuestionamiento de la vía endogenista adoptada por Freud en la mayor parte de sus desarrollos tendientes a explicar el origen de la pulsión y la constitución de las instancias psíquicas y, por otro lado, la recuperación de aquellos momentos, textos y aún pasajes de la obra que dan cuenta de un modelo de constitución exógena del psiquismo, abandonado como tal junto con la teoría de la seducción, aunque no tanto abandonado como reprimido.

Resulta entonces necesaria la tarea de abrir nuevos interrogantes sobre la fertilidad de la teoría psicoanalítica para dar respuesta a los modos de sufrimiento psíquico en la actualidad.

En este sentido S. Bleichmar señala que: “(...) El debate acerca del futuro del psicoanálisis no puede reducirse a la exploración de las condiciones de su ejercicio en el siglo que comienza. Porque lo que está en juego no es sólo la supervivencia de un modo de práctica -llamada clínica- sino la racionalidad de los enunciados mismos que la sostienen, y el riesgo de que caiga, como una ideología más, junto a la chatarra que se barre periódicamente en la historia del conocimiento. Y ello no sólo por el avance de la llamada globalización que bajo la égida del capitalismo neoliberal produce hoy un estallido de la subjetividad, ni por los descubrimientos de otros campos científicos y no tan científicos que intentan relevar los paradigmas del psicoanálisis con otros modos de concebir el funcionamiento psíquico. El psicoanálisis corre el riesgo de sucumbir no en razón de la fuerza de sus oponentes, ni de la racionalidad de los argumentos con los cuales intentan su relevamiento, sino implosionado por sus propias contradicciones internas, ante la imposibilidad de abandonar los elementos obsoletos y realizar un ejercicio de recomposición de la dosis de verdad interna que posee.”⁸

Los aspectos de mitología biologista que el psicoanálisis aún hoy conserva como un lastre lo tornan débil frente a la discusión con otros campos del saber. Y al hacer referencia a una mitología biologista no se trata de cuestionar la presencia de lo

⁸ **La subjetividad en riesgo.** Topía Ediciones. Buenos Aires. Pág. 107

somático en la constitución psíquica, ni el carácter fundamental del placer de órgano, sino explícitamente a dos cuestiones fundamentales: al concepto de pulsión como representante de lo somático en lo psíquico y a la hipótesis filogenética, es decir, la determinación de la representación desde la biología.

Por otra parte, se encuentra también mitología en el estructuralismo a ultranza, en su carácter de a-historicismo radical y de subordinación absoluta a la lingüística y a la primacía del significante. ¿Implica esto un abandono del concepto de estructura o la negación de la implicancia del cuerpo en la constitución del aparato psíquico? Pareciera que no, más bien se trataría de ajustar los términos a su medida, introduciendo la dimensión histórica en los movimientos reales de constitución de procesos psíquicos, lo cual permite romper con el determinismo a ultranza y da cuenta de la singularidad de la estructuración psíquica.

Así, la clínica resulta un espacio de recomposición o, como diría S. Bleichmar, de neogénesis: “(...) ¿Qué quiere decir tomar la historia como elemento determinante en la constitución subjetiva, y abrir a partir de ello la posibilidad de una neogénesis? Quiere decir que, en razón de que no todo está dado desde antes y para siempre, la intervención del analista no se reduce a encontrar lo que ya estaba, sino a producir elementos nuevos de recomposición y de articulación que den un producto diferente del preexistente.”⁹

Pero estas elucidaciones sólo pueden ser sostenidas a partir de un modelo de aparato psíquico abierto a lo real, constituido a partir de inscripciones provenientes del exterior y sometidas constantemente a su embate. Desde allí la gran cuestión es, entonces, cómo reformular una relación entre el aparato psíquico y la realidad en función de pensar un modo de organización del mismo que no se limita a recibir y reflejar la realidad, sino a procesarla. Y este procesamiento de la realidad es el eje que permite entender, metabólicamente, cómo incide lo real en la estructura psíquica. Esta relación es además solidaria con una teorización sobre lo traumático y lo económico.

⁹ **Clínica psicoanalítica y neogénesis.** Amorrortu Ediciones. Buenos Aires. Pág. 37

De acuerdo con lo expuesto hasta aquí se han tomado como antecedentes del problema a investigar las tesis desarrolladas dentro del campo psicoanalítico por J. Laplanche y por S. Bleichmar. Esas tesis podrían sintetizarse en los siguientes enunciados:

- Consideración de la tópica psíquica como de origen exógeno y traumático, tomando como eje central la cuestión del origen de la pulsión, en razón de que responde a los orígenes mismos de las representaciones que constituyen la materialidad del Inconsciente.
- El Inconsciente es un existente que no puede ser reducido a la posibilidad de su conocimiento. Su materialidad representacional es “realidad psíquica” en sentido puro; es reservorio de restos materiales que sólo pueden ser articulados en discurso por el sujeto. En este sentido, además, es materialidad sin sujeto y por tanto con absoluta ausencia de intencionalidad, lo cual lleva a la necesaria distinción conceptual entre psiquismo y sujeto. Su fundación es producida por represión, consecutivamente con la de los sistemas preconsciente-consciente, estructuras que se instalan con su propia legalidad, funcionamiento, contenidos y emplazamiento en el interior de la tópica.
- Recuperación de la dimensión histórica en la constitución del aparato psíquico, que permita reconstruir la génesis del mismo, bajo los modos singulares de producción del psiquismo.
- Concepción de la tarea clínica como el espacio desde el cual interrogar a la teoría, a los fines de recuperar los elementos de la metapsicología que permitan una práctica plausible de inaugurar nuevas posibilidades de funcionamiento psíquico.
- Por último, proponer, como único método posible de revisión teórica, el método analítico, lo cual implica todo un reposicionamiento frente a la obra freudiana, que permita someter los conceptos a un trabajo de análisis en el cual el contexto discursivo defina la significación, desde una perspectiva problemática, histórica y crítica.

Las ideas trabajadas en esta tesis pretenden dar cuenta de un movimiento de recuperación de enunciados racionales dentro de la metapsicología freudiana, tendiente a la producción de herramientas útiles para pensar los fenómenos de desligadura, con el fin de que la tarea clínica conlleve procesos de producción y recomposición, que den lugar a nuevos modos de funcionamiento psíquico.

Desde una posición ética se sostiene la obligación, en el campo intrateórico -o sea, dentro del mismo campo psicoanalítico-, de discutir y no de sumar lo insumable, encontrar los puntos de fractura donde la teorización freudiana quedó detenida, y a partir de allí efectuar un trabajo de revisión y reformulación. Si el abandono, en principio, por parte de Freud, de la teoría traumática permitió la fundación del psicoanálisis, abriendo el campo del inconsciente, este abandono generó también, al menos como dominancia, una posición endogenista en el interior de ese campo de conocimiento que constituyó. El Inconsciente es solidario con la idea de que el sujeto no es tabula rasa, no está cerrado a los efectos de lo real, e incluso que su misma fundación es exógena, determinada por algo que no es de proveniencia ni biológica ni trascendental.

Por otra parte, el campo social-cultural no es una simple fuerza exterior, sino una base productiva que constituye a los sujetos. Psique y sociedad tienen entrelazamientos complejos y contradictorios. Los sujetos nunca son resultado pasivo de lo simbólico sino que reinterpretan de una manera creadora esas significaciones mediante su actividad de representación. Lo que define al psiquismo humano es su capacidad representacional -por ejemplo, respecto de la vida y la muerte-, sin nada que vaya directa y linealmente de la biología a la representación.

El deseo inconsciente no es independiente de ciertas necesidades humanas trans-históricas: el desvalimiento infantil, las necesidades autoconservativas de abrigo y alimento, la separación e individuación, el apego, etc. Existe un nexo entre los intereses o necesidades materiales de los seres humanos y el espacio creador donde se despliegan el deseo inconsciente y la simbolización, o actividad representacional del psiquismo

humano. Y estas necesidades humanas están ineludiblemente mediadas por la sociedad y la historia.

De allí la preocupación por la apertura de nuevas vías para pensar la clínica a partir de revisar la teoría, porque la clínica de estos tiempos está atravesada por variables y paradigmas sociales, culturales e históricos muy diferentes a los de los tiempos de formulación de algunos desarrollos teóricos del psicoanálisis freudiano.

Esta clínica hace que se vuelva urgente dilucidar la relación del sujeto con la realidad. Freud, en un texto de 1924 titulado **La pérdida de la realidad en la neurosis y la psicosis**¹⁰, definió como normal o sana a una conducta que, como en la neurosis, no desmiente la realidad, pero como en la psicosis se empeña en modificarla. Se trata de la idea de un sujeto que conectado con la realidad, no sólo no la desmiente sino que se empeña en transformarla. Así define la salud psíquica.

Se sabe hoy que la biología y la genética no determinan la estructura psíquica; aún teniendo participación en la misma, son una base de partida sobre la que se articulan procesos de estructuración que conllevan particularidades, diversidades. El sujeto, la subjetividad se construye en lo social. ¿Cómo es este entramado social hoy? Sociólogos, historiadores y filósofos parecen acordar que los paradigmas de la posmodernidad son los de la inmediatez, el consumo, el pragmatismo exitista. Cuál puede ser la incidencia de estos paradigmas actuales en la estructuración del psiquismo, es lo que este trabajo de tesis trata de afrontar y dilucidar.

¹⁰ Obras Completas. Vol IX. Amorrortu Ediciones. Buenos Aires.

Hipótesis

La hipótesis de este trabajo parte de la tesis de que la teoría de la seducción, abandonada por Freud en 1897 y recuperada en sus movimientos oscilatorios dentro de la misma obra freudiana por J. Laplanche, permite dar cuenta de un modelo de aparato psíquico abierto a lo real y de constitución exógena. Por lo tanto, las condiciones actuales de producción de subjetividad, determinadas social e históricamente, inciden en la constitución del psiquismo generando movimientos particulares en la estructuración del mismo. Uno de los efectos más inquietantes es el incremento de aparición en la práctica clínica de fenómenos de desligadura que no constituyen una estructura psicopatológica en sí mismos, pero que sin embargo plantean obstáculos particulares en la instalación del dispositivo analítico y en el proceso de la cura. Perturbaciones que convocan a la tarea de interrogar y reflexionar acerca de las herramientas teórico – conceptuales que proporciona el cuerpo teórico psicoanalítico para dar cuenta de dichos padecimientos.

Objetivo General

Realizar un análisis de las condiciones actuales de producción de subjetividad para pensar sus relaciones y entrecruzamientos con la constitución del psiquismo que permita la comprensión y abordaje de los fenómenos de desligadura.

Objetivos específicos

-Conceptualizar un modelo de psiquismo abierto a lo real y de constitución exógena que permita establecer relaciones entre los paradigmas actuales de producción de subjetividad y la estructuración del psiquismo.

-Analizar los paradigmas actuales de producción de subjetividad de la posmodernidad.

-Definir una subjetividad contemporánea, desde otras disciplinas del campo de la subjetividad, y su relación con el aparato psíquico.

-Conceptualizar los fenómenos de desligadura en su estatuto metapsicológico.

-Pensar en su complejidad los fenómenos de desligadura y reflexionar sobre posibles intervenciones en la labor clínica.

Método

La metodología a seguir será de investigación bibliográfica con análisis de textos sociológicos, filosóficos y fundamentalmente psicoanalíticos, de modo tal que permitan configurar un marco teórico que dé cuenta de la problemática planteada y los objetivos propuestos.

Se ilustrará lo teorizado respecto de los fenómenos de desligadura con el análisis de viñetas de casos clínicos propios y casos obtenidos del intercambio con colegas en espacios de supervisión grupal. En lo que respecta al desarrollo teórico de los paradigmas actuales de producción de subjetividad se incluirán, a tales efectos, muestras de producciones sociales y culturales actuales provenientes del campo de las artes y de medios de comunicación.

Capítulo I. Epistemología de lo problemático. Leer a Freud desde un enfoque histórico-estructural

*(...) Hacer hablar las obras en el interior de sí mismas,
a través de sus fisuras, sus blancos, sus márgenes, sus contradicciones,
sin tratar de aniquilarlas.
De aquí proviene la idea de que la mejor manera de ser fiel a una herencia
es serle infiel,
es decir, no recibirla literalmente, como una totalidad,
sino más bien pescarla en falta, captar su momento dogmático.
Yo me siento heredero, fiel en la medida de lo posible.*

Jacques Derridá y Elizabeth Roudinesco.¹¹

Jean Laplanche planteó una vuelta a los fundamentos del psicoanálisis, con una propuesta de reflexión sobre el pensamiento freudiano por medio de un enfoque histórico-estructural.

Se ha tomado este enfoque para emprender la tarea de pensar, con todo el rigor teórico posible, el estatuto de los fundamentos psicoanalíticos a partir de las transformaciones de aquello que se denomina campo de la subjetividad. Dicho enfoque encuentra su fundamentación en una epistemología de lo problemático que se desarrollará en este Capítulo.

Esta tarea se hace necesaria ya que, reconociendo con toda claridad que la subjetividad se constituye y se transforma históricamente –aspectos que serán tratados en el Capítulo III-, no se puede menos que preguntarse acerca de la vigencia de los postulados, que dieron origen a lo que denominamos campo psicoanalítico, precisamente por sostener el convencimiento de que a pesar de las profundas mutaciones contemporáneas, la propuesta freudiana conserva una enorme potencia transformadora.

¹¹Y mañana, qué... Fondo Económico de Cultura Argentina, S.A. Buenos Aires. Pág. 94

En este sentido, y siguiendo los aportes de E. Roudinesco, el sujeto freudiano es un sujeto de Inconsciente, deseante, a la vez que dotado de razón y con capacidad reflexiva. Según la autora: “Es de su palabra y de sus actos, y no de su conciencia alienada que podrá surgir el horizonte de su propia curación. Este sujeto no es el autómatas de los psicólogos, ni el individuo cerebro-espinal de los fisiólogos, ni el sonámbulo de los hipnotizadores, ni el animal étnico de los teóricos de la raza y de la herencia. Es un ser hablante, más capaz de analizar la significación de sus sueños que de mirarlos como la huella de una memoria genética.”¹²

En la actualidad, asistimos a la tendencia de acallar el conflicto detrás de este sujeto deseante y hablante en pos de abolir el malestar en forma inmediata, con diagnósticos descriptivos que no explican la etiología del sufrimiento, que se limitan a enumerar clasificatoriamente la sintomatología y cuya única terapéutica posible parece ser la medicación. En este marco, se produce un aplanamiento de la singularidad subjetiva.

Si no se revisan algunas de las producciones de los postulados psicoanalíticos que, fueron producidos en un contexto socio-histórico diferente; esto es, el siglo XIX, el psicoanálisis corre el riesgo de quedar esclerosado sin poder “aportar una respuesta humanista al salvajismo suave y mortífero de una sociedad depresiva que tiende a reducir al hombre a una máquina sin pensamiento ni afecto.”¹³

Entonces, ¿cómo hacer lugar a la transformación sin por ello abandonar las herramientas que permitieron pensar, de una manera inédita en la historia del pensamiento, la constitución psíquica?, ¿cómo sostener determinadas regiones teóricas cuando el terreno en el que se construyeron ha variado irremediablemente?, ¿qué se sostiene y qué se modifica de los postulados de base?, ¿es posible, con la caja de herramientas que se dispone, intervenir en el histórico-social contemporáneo? El sufrimiento actual ¿puede ser pensado con los recursos heredados? Y, en todo caso,

¹² **¿Por qué el psicoanálisis?** Editorial Paidós. Buenos Aires. Pág. 57

¹³ Idem. Pág. 58

precisando un poco más esta cuestión ¿cuáles recursos heredamos?, ¿qué es lo heredado?

I. a. Freud: la herencia y lo heredado.

En 1938, Freud escribe el **Esquema del psicoanálisis**, en el cual presenta por última vez sus ideas. En el párrafo final cita la sentencia fáustica de Goethe: “Lo que has heredado de tus padres, adquiérelo a fin de poseerlo”¹⁴. Como dice L. Hornstein: “epílogo para Freud, prólogo para nosotros”¹⁵, quienes debemos adquirir lo heredado.

Pero la herencia no se deposita, implica un trabajo de apropiación o, como dice J. Laplanche, un trabajo de filiación, haciendo referencia a la elaboración psíquica que permite desasirse del progenitor pero continuando la obra. La adquisición de la herencia no se rige por el régimen de la sustitución: los mismos bienes para otros destinatarios. Si no hay determinación a priori del heredero es porque no hay, a priori, herencia determinada. Ésta será instituida por un heredero que se posicione como tal ante lo heredado. Y en este caso lo heredado es una teoría que, como toda teoría, fue producida en un momento histórico y cultural particular.

Si es cierto que una noción cualquiera es efecto de las condiciones donde se trabaja o interviene, no es menos cierto que si estas condiciones se alteran habrá consecuencias en la eficacia de esa noción. La modificación de las coordenadas generales de implicación exige la puesta en cuestión de las herramientas hasta entonces disponibles.

Es necesario recordar, como lo hace L. Hornstein, que abarcar una historia es entender tanto lo que permanece como lo que cambia. En este sentido señala que: “Confrontar el modo de pensamiento de la época de Freud con el de nuestro tiempo ayuda a que el psicoanálisis no se convierta en un sistema autosuficiente. Todo sistema

¹⁴ Obras Completas. Vol XXIII. Amorrortu Ediciones. Buenos Aires. Pág. 208-209

¹⁵ **Práctica psicoanalítica e historia**. Editorial Paidós. Buenos Aires. Pág. 91

que no puede ser perturbado por ruidos nuevos es llevado a una clausura mortífera y a su extinción, según el principio de la entropía”¹⁶.

En este sentido, M. Foucault¹⁷ sostiene que, desde que existe una disciplina como la historia, se han utilizado documentos, se los ha interrogado, interrogándose también sobre ellos. Dicha inquietud crítica tiene como fin reconstituir, a partir de lo que dicen esos documentos, el pasado del que emanan. La historia ha cambiado de posición respecto del documento: se atribuye como tarea primordial, no el interpretarlo ni tampoco determinar si es veraz, sino trabajarlo, organizándolo, recortándolo, distribuyéndolo, estableciendo series, distinguiendo lo pertinente de lo que no lo es. Una lectura crítica tiene que analizar la obra en su estructura, en el acto arquitectónico de su discurso, en su forma interna y en el juego de sus relaciones intrínsecas.

De este modo, una lectura histórico-crítica no sólo enumera sino que también convoca a optar y relegar aquellos conceptos que se han vuelto impensables desde la racionalidad actual. En este sentido, J. Laplanche plantea, tal y como ha sido recogido por L. Hornstein que: “La lectura de Freud, en vez de eludir las contradicciones y dificultades, tratará de ponerlas a trabajar y así lograr formulaciones que modifiquen el planteamiento del problema; entenderá la historia del pensamiento freudiano no como una simple cronología (en la que los descubrimientos clínicos y teóricos se agregan por mera adición) ni una dialéctica (en la cual el último estadio resolvería las dificultades en una síntesis suprema). La lectura no eludirá las elecciones, pues ellas son necesarias y se fundamentan en una investigación histórico-interpretativa que permite despejar las exigencias fundamentales. Se trata, por lo tanto, de una lectura con una triple perspectiva: problemática, histórica y crítica.”¹⁸

¹⁶ Idem. Pág. 12

¹⁷ Pueden consultarse al respecto su trabajo de 1970 **La arqueología del saber**, Ediciones Siglo XXI, Méjico y el de 1985 **¿Qué es un autor?** Publicación de la Universidad Autónoma de Tlaxcala, Méjico.

¹⁸ **Práctica psicoanalítica e historia**. Editorial Paidós. Buenos Aires. Pág. 100

Urgente tarea, entonces, la de abandonar los elementos obsoletos, separar los enunciados de permanencia y realizar un ejercicio de recomposición intra-teórica de las dosis de verdad que el psicoanálisis posee, como ha planteado firmemente S. Bleichmar¹⁹, ya que lo que está en juego, lo que se pretende sostener, es no sólo la vigencia de un modo de práctica, en este caso la práctica psicoanalítica, sino la racionalidad misma de los enunciados que la fundan.

Esto lleva a una especie de paradoja que implica que sólo especificando más el campo, que sólo volviendo sobre los fundamentos del mismo, será posible pensar las mutaciones contemporáneas para quedar así a resguardo del riesgo de embarcarse ciegamente en estrategias de aggiornamiento, sin poner en cuestión el problema de lo “nuevo” como auténtica novedad radical.

La problemática de la novedad radical tiene procedencias diversas: del campo de la historia, de la política, de la filosofía, de la literatura, y se vincula con un problema muy sencillo de formular: ¿es posible que exista lo nuevo? No es tan simple la respuesta, ya que la idea de la novedad requiere muchas precisiones para poder armar un verdadero campo problemático y no ser nada más que un campo empírico ni tampoco, y fundamentalmente, un puro campo ideológico.

Lo nuevo no sólo es algo que no existía antes, sino que es un término que, en principio, no podía haberse dado; no sólo es algo que fácticamente, de hecho, no estaba, sino que lógicamente, de derecho, era imposible que estuviera.

Toda la concepción tradicional del tiempo, aristotélica, supone que el devenir es el pasaje al acto de lo que estaba en potencia, es decir, es el mismo ser en potencia o en acto, no hay creación de ser, lo que es ya está dado, puede realizarse o no, puede componerse con otros que ya eran en potencia y da lugar a combinatorias más ricas, más sutiles, a la vez que a fenómenos de articulación muy distintos, pero se trata siempre de lo mismo.

¹⁹ **La subjetividad en riesgo.** Topía Ediciones. Buenos Aires.

Ante esta línea de pensamiento, C. Castoriadis²⁰ refuta y se pregunta dónde estaba escondido el piano en el neolítico. Él no se pregunta dónde estaban los átomos, que luego serían los árboles que darían la madera con la que se haría el piano. Pregunta dónde estaba el piano como significación, no como combinación de átomos: dónde estaban los bemoles y los sostenidos, dónde estaba la institución del código de las escalas de siete tonos. Y al preguntarse esto señala que el terreno de lo nuevo son las significaciones, no es el campo de la materia.

La primera postulación para formular el problema de lo nuevo, entonces, es desarraigar esta problemática de cualquier noción sustancialista que pretenda que lo nuevo sea materia nueva, sustancia nueva. La creación es del campo de las significaciones, allí radica lo novedoso, dado que nuestra experiencia no es la experiencia de los objetos en sí, sino de las significaciones que estos portan; las cosas del mundo son significativas en la medida que son producto humano y soporte de la experiencia humana. Lo que las constituye, lo que las trama, lo que constituye su “materia” efectiva, aunque no tangible, son las significaciones con las cuales han sido investidas; lo que hace sufrir, lo que hace creer, lo que hace hacer son las significaciones, los objetos son sólo su soporte. Esto es lo que plantea C. Castoriadis²¹ en una tesis radical: el elemento de lo histórico-social son las significaciones.

Si algo nuevo se produce, ello acontece en tanto emergencia de nuevas determinaciones y una determinación novedosa sólo puede surgir de un punto de indeterminación.

A este respecto, C. Castoriadis²² plantea que a lo que el pensamiento heredado se resiste, justamente, es a la indeterminación. Es el punto en el que se encarnizaron todas

²⁰ **La institución imaginaria de la sociedad, Vol. II: El imaginario social y la institución.** Tusquets Ediciones. Buenos Aires.

²¹ Idem.

²² Idem.

las religiones, las mitologías: a asegurar el pasaje determinado. Si a algo se consagró la lógica, la dialéctica, las estructuras, es a eliminar el campo de la indeterminación.

Pero, ¿por qué sería necesaria esta ontología de lo indeterminado? Pues porque constituye el fundamento a la posibilidad de que pueda emerger algo que no haya estado en potencia antes, sin que esto convoque al milagro divino. La única manera de que se produzca algo radicalmente nuevo es a partir de un punto de indeterminación, caos o inconsistencia. De una determinación sólo se puede esperar el despliegue de la misma determinación. Sólo de lo indeterminado pueden surgir nuevas determinaciones. Es necesario que se produzca este pasaje para que haya novedad radical: el ser no es el ser en sí determinado, sino que las determinaciones son resultantes.

Ahora bien, el marco en el que intervienen los psicoanalistas está acotado por una advertencia general, en particular a estos mismos: la debilidad de haber sido dogmáticos, de haber trasladado la religión a la ciencia y a la política, de haber hecho de las obras, doctrinas y de los autores, dioses.

En este sentido, M. Foucault²³ se pregunta cómo se transforma un sujeto para ser capaz de pensar de otro modo, no cómo hace para aprender cosas nuevas. No necesariamente lo nuevo aprendido pasa a formar parte de la trama subjetiva y, entonces, el riesgo allí es el del relativismo intelectual cuando se elude confrontar ideas –en este caso, dentro del campo psicoanalítico antes que con otras disciplinas-. Se piensa con y contra otros. Este mismo pensador hará hincapié con insistencia en la idea de que los poderes se determinan en el discurso y siempre en conflicto efectivo con otros discursos. El conflicto es no sólo inevitable sino, más aún, deseable en tanto es fuente de elaboración y motor del pensamiento. El cómodo eclecticismo no es sino el reverso especular del dogmatismo.

²³ En su obra **¿Qué es un autor?** Publicación de la Universidad Autónoma de Tlaxcala. Méjico.

Pero, en cuanto a la cuestión de la herencia, aparece como pertinente hacer aquí una demarcación, bastante clásica por cierto, de lo que se entiende por psicoanálisis, ya que permite llegar al planteo de una idea esencial respecto de aquélla.

En un texto de 1922, Freud articula tres enunciados cuando dice que: “Psicoanálisis es el nombre: 1) de un procedimiento que sirve para indagar procesos anímicos difícilmente accesibles por otras vías; 2) de un método de tratamiento de perturbaciones neuróticas, fundado en esa indagación, y 3) de una serie de intelecciones psicológicas, ganadas por ese camino, que poco a poco se han ido coligando en una nueva disciplina científica. Esto es: un procedimiento de investigación, un método terapéutico, una teoría.”²⁴

De este modo, el “cuerpo teórico freudiano” es la consecuencia de la elaboración conceptual de un dispositivo que ha devenido método terapéutico. Para Freud, la teoría viene en tercer lugar, coronando la definición.

Ahora bien, es en los intersticios dejados en el recorrido de su teorización, en las contradicciones de su inmensa obra, en los puntos vislumbrados y luego abandonados, en los repliegues y en las repeticiones, en los aspectos reprimidos y en los retornos comprometidos, es finalmente en lo no pensado de su pensamiento donde han hecho pie, con mayor o menor suerte, los herederos.

Así fue constituyéndose lo que se conoce como cuerpo teórico psicoanalítico que, como es sabido, es cada vez más heterogéneo. Sin precisar las etapas es posible distinguir tres momentos en la proliferación de la teoría psicoanalítica: un primer momento es el de los primeros discípulos -entre ellos Abraham y Ferenczi-; luego aquello que se denomina “período de las escuelas” y de los maestros: americana, inglesa y francesa con Anna Freud, Melanie Klein y Jaques Lacan. Posteriormente, y hasta la actualidad, se observa una multiplicación de puntos de vista, una expansión de nombres

²⁴ **Dos artículos de enciclopedia.** Obras Completas. Vol XVIII. Amorrortu Ediciones. Buenos Aires. Pág. 231

y teorías, así como el redescubrimiento de autores -otrora vinculados a alguna de las escuelas mencionadas-, separados de ellas y re-posicionados, como nuevos maestros.

Al respecto, M. M. Roberti señala: “Es en este punto preciso (la teoría en tercer lugar)²⁵ donde una marca diferencial entre Freud y los que vienen después se hace evidente. El cuerpo teórico del freudismo nos antecede y, se podría decir, nos constituye. Aquí se abre la cuestión central y compleja de la relación entre el freudismo y el psicoanálisis. Después de Freud se conformó un movimiento teórico que hoy leemos como historia. En ese movimiento histórico diversos autores han elaborado conceptos que, con mayor o menor distancia de las formulaciones freudianas, constituyen lo que actualmente reconocemos como el cuerpo teórico psicoanalítico”²⁶.

La teoría, que en la definición freudiana era la consecuencia del trabajo de elaboración exigido por el método, queda ubicada para los psicoanalistas contemporáneos, en primer lugar, entendiendo este primer lugar en su dimensión genética y no jerárquica, aún cuando -la historia del movimiento psicoanalítico lo muestra suficientemente- muchas veces haya resultado lo contrario haciendo de la teoría o de fragmentos de la teoría una doctrina.

Si la intervención freudiana es instituyente de un nuevo campo problemático, no se puede desconocer que acecha siempre el riesgo de que se convierta en instituido y como tal produzca, en términos de C. Castoriadis, su propia clausura de significaciones.

Los movimientos instituyentes arrastran siempre la posibilidad de consolidar y cristalizar sentidos, es decir, dar forma a sus propios instituidos. Y se sabe también, por la experiencia de la historia del movimiento psicoanalítico –y de sus instituciones- que el saber, en tanto saber instituido, porta en sí mismo el germen de su propia esclerosidad.

²⁵ N. del autor: el agregado entre paréntesis me pertenece.

²⁶ “La metapsicología no es indiferente a las distintas prácticas”. En **Revista La Oreja**. Facultad de Psicología de la Universidad Nacional de Rosario. Argentina. Pág. 37

Si hay méritos científicos en Freud no será uno de los menores aquel que lo muestra siempre en actitud crítica y reflexiva respecto de su propio pensamiento, manteniendo la teoría en estado naciente, volviendo, una y otra vez, sobre sus propios postulados y descubrimientos, sea para rectificarlos sea para interrogarlos, evitando la coagulación de sentido, eludiendo el sistema perfecto y mostrando, casi a cada paso, las limitaciones de su elaboración. Como ejemplo de ello puede señalarse lo que escribe en 1926: “Es casi humillante que, luego de un trabajo tan prolongado, sigamos tropezando con dificultades para concebir hasta las constelaciones más fundamentales, pero nos hemos propuesto no simplificar ni callar nada. Si no podemos ver claro, al menos, veamos mejor las oscuridades”²⁷.

Por oposición al gesto freudiano, el saber dogmático convierte el texto en autoridad. Cuando un conocimiento teórico ya se ha formalizado considerablemente, va a influir sobre el método de tal manera que tendería a sacralizarlo, de modo que el método ya no produciría teoría por vía de la curación o de la clínica, sino que se dedicaría a confirmar la teoría conocida a costa de la curación. El saber dogmático no admite otra verdad más que la que está presente en el texto, no admite otra lectura más que la exégesis y no admite otro lector más que el glosador, quien se convierte en el intérprete calificado, la más de las veces hermético, puesto que el hermetismo es una condición indispensable para disimular o enmascarar las deficiencias y para provocar adhesiones de iniciáticos.

El dogmatismo es alienante en tanto sustituye el deseo de saber por el anhelo de detentar lo ya sabido, por la idealización de lo ya pensado por otro. En este sentido, L. Hornstein afirma que: “Se ha dicho que la divulgación de la teoría freudiana ha sido el punto de partida de una vulgarización. Asistimos, actualmente, más que a una vulgarización, a una fetichización en la que algunos fragmentos son idealizados y otros reprimidos. Los dichos freudianos padecen de una petrificación ontológica en enunciados de verdad inaccesibles a un trabajo de interpretación. En algunas manos, han

²⁷ **Inhibición, síntoma y angustia.** Obras Completas. Vol XX. Amorrortu Ediciones. Buenos Aires. Pág. 118

llegado a ser prescripciones absolutas, axiomas, que se convierten en ideologemas de un sistema creencial. Este fetichismo hace que de los textos sólo se preserven algunas frases descontextualizadas. Lo reprimido es la elaboración conceptual de la cual los enunciados son extraídos. Esta fetichización fragmentaria genera sintagmas congelados que se convierten en contrainvestidura represora del proceso de producción teórica.”²⁸

Las grandes escuelas posfreudianas pueden ser pensadas como intentos de ofrecer nuevas respuestas a problemáticas dentro de la matriz troncal de la obra freudiana, pero, como advierte S. Bleichmar²⁹, cada una de ellas ha intentado sostenerse a fuerza de renegar aspectos de la obra que no le son “sintónicos”. Por un lado, el kleinismo en su vertiente más radical, ha excluido la línea de pensamiento que lleva a la fundación del inconsciente por inscripciones efecto de la represión originaria y a la función del otro en la constitución psíquica. Por otro lado, el lacanismo ha hecho lo propio obviando los aspectos histórico-traumáticos en pos de un estructuralismo a ultranza.

Es necesario, entonces, pensar los “resultados” teórico-conceptuales como “resultantes” y volver sobre el encaminamiento mediante el cual se llega a los mismos, lo cual permitirá, que se puedan, al decir de S. Bleichmar: “(...) Rehacer tramos e iniciar nuevas direcciones sin que se produzcan capturas esterilizantes. Ello permite también que coagulaciones de conocimientos verdaderos aprisionados en el interior de teorizaciones espurias puedan desprenderse y circular nuevamente en direcciones más fecundas. No se trata tanto de descartar un conocimiento o un concepto como erróneo en sí mismo, sino de recuperar el recorrido que lo hace desembocar en una falsa vía para, desde allí, rehacer el trayecto.”³⁰

Pero, conviene tener en cuenta que, en la otra acera del dogmatismo acecha el eclecticismo. E. Roudinesco advierte, a partir de un recorrido por la historia del

²⁸ **Práctica psicoanalítica e historia.** Editorial Paidós. Buenos Aires. Págs. 107-108

²⁹ En su obra **Clínica psicoanalítica y neogénesis.** Amorrortu Ediciones. Buenos Aires.

³⁰ **La subjetividad en riesgo.** Topía Ediciones. Buenos Aires. Pág. 110

psicoanálisis y sus instituciones, que hay una tendencia en los analistas jóvenes a una doble ruptura: con el ideal del maestro y con un modelo único de institución psicoanalítica. De esta manera pone sobre aviso acerca del riesgo de caer en cierto eclecticismo que podría conducir a una lasitud en el rigor teórico, si bien reconoce que, esta doble ruptura puede desembocar en una recomposición positiva de la teoría y clínica freudianas con una consideración de las nuevas diferencias propias de la subjetividad moderna.

En relación a dicha cuestión, esta autora señala: “(...) Comprendemos porqué los dos principales conceptos elaborados por Jaques Derrida –la diferencia y la deconstrucción- se tornan tan productivos para muchos profesionales en el malestar actual del psicoanálisis y de la sociedad. El primero les permite pensar la idea de diferencia sin caer en el diferencialismo y, el segundo, renunciar a la imperiosa figura de la maestría sin borrar, por ello, el ideal platónico del maestro (...) ya que este ideal sigue siendo el único que pone obstáculo a los estragos del nihilismo contemporáneo.”³¹

Confrontar la racionalidad discursiva, las prácticas dominantes y los modos de ejercicio del pensamiento de la época de Freud con el horizonte epistemológico actual, evitarán que el psicoanálisis se retraiga en sus comodidades adquiridas y permitirá, a su vez, una renovación fecunda de los fundamentos vigentes.

Entender la producción de verdad y la constitución de saberes como el ejercicio de prácticas discursivas y para-discursivas, instituidas e instituyentes, históricas e institucionales, políticas y deseantes, compromete con un modo de pensamiento que se cuidará de evitar cualquier recaída en el sistema totalizante. Y si bien es cierto que cualquier intento totalizador se encuentra siempre con un punto de fracaso, es decir con la imposibilidad de hegemonizar, y que ese punto de fracaso es el síntoma a partir del cual trabaja el discurso crítico, no es menos cierto que las operaciones o los procedimientos a partir de este síntoma pueden ser diferentes. Se puede sólo señalar la

³¹ ¿Por qué el psicoanálisis? Editorial Paidós. Buenos Aires. Pág. 130

inconsistencia del discurso hegemónico, mostrar la falla de la totalización o añadir a ello otra operación: la exigencia de intentar armar un nuevo recorrido.

En este sentido, el cuestionamiento tanto al innatismo como al estructuralismo tiene un denominador común: es cuestionamiento a la dosis de determinismo lineal que ambos portan. A lo cual se añade una propuesta respecto de un nuevo recorrido posible que permita sostener cierta determinación de los fenómenos psíquicos, sin desconocer la participación ontológica de lo azaroso en la constitución del psiquismo. Pero sobre la cuestión del determinismo es necesario hacer algunas precisiones más.

I. b. Determinación y azar: modelos cerrados, modelos abiertos.

Sistemas abiertos o sistemas cerrados, linealidad o complejidad, permanencia o cambio, legalidad o indeterminación. Preguntas que desde la física, la biología, la epistemología y diversos campos de las ciencias despliegan problemas acerca de la determinación y el azar y que a la vez los psicoanalistas, deben formular acerca de la estructuración y funcionamiento del psiquismo retomando algo que no es novedoso en función de que son cuestiones presentes ya en la obra freudiana. Freud desarrolló su teoría en base a supuestos deterministas: el determinismo de los hechos psíquicos le permitió cercar el campo de los síntomas, sueños, actos fallidos y la vida psíquica en general, pero a su vez percibió la complejidad de que las series causales eran múltiples y al enfrentarse a la falsa alternativa entre determinismo y azar postuló las series complementarias.

La discusión actual referida a estos paradigmas se hace necesaria en función de que implica tomar partido por un modelo de aparato psíquico abierto o cerrado. Cuestión que, como se verá, tampoco es posible de determinar con llana simpleza, sino que implica precisar qué es lo abierto y qué lo cerrado en materia de estructuración psíquica.

Conviene hacer, en principio, una advertencia: en el campo del psicoanálisis abandonar todo determinismo causal implica el abandono de toda científicidad posible. Y, por otra parte, el azar llevado hasta sus últimas consecuencias implicaría que todo intento de conservar algún tipo de dominio sobre el mundo sería ilusorio, que ninguna legalidad predictiva sería posible y, entonces, el pensamiento psicoanalítico quedaría liberado de un determinismo empobrecedor pero a costa de quedar paralizado ante lo incapturable e incognoscible. Además, una de las maneras más fecundas de entender lo azaroso es precisamente como el entrecruzamiento de series determinísticas alejadas entre sí.

El indeterminismo, en este sentido, pertenece a la realidad misma, es ontológico y no gnoseológico, lo cual implica que no es producto del error o de la ignorancia, sino algo intrínseco a la naturaleza de los fenómenos.

En un trabajo sobre determinismo psíquico, R. Bernardi³² cita a Prigogine, quien señala que el determinismo clásico que postulaba que conociendo leyes y datos iniciales era posible predecir los estados futuros según el ideal de explicación causal, fue dando lugar a una dialéctica de la complejidad que llevó a la idea de regiones de inestabilidad y regiones estables entre bifurcaciones de los sistemas. A estas bifurcaciones, expresión de inestabilidades dinámicas se asocian los fenómenos de innovación, de diversidad, de autoorganización. Se trata entonces, de encontrar los modelos más adecuados a los elementos en estudio y el desafío consiste allí en poder crearlos a la medida de la complejidad de los fenómenos sin reducir éstos a la simplificación.

Llegado este punto, es pertinente retomar la conceptualización de la articulación del eje determinación-indeterminación y su consecuencia respecto de sistemas abiertos-sistemas cerrados. Al respecto, S. Bleichmar³³ ha señalado tres grandes cuestiones para

³² Puede consultarse su trabajo “Sobre el determinismo psíquico”. En Bleichmar, S. y otros. **Temporalidad, determinación, azar**. Editorial Paidós. Buenos Aires.

³³ En su Seminario **Qué permanece de nuestras teorías sexuales para la práctica actual**. Curso de postgrado dictado en la Universidad Nacional de Córdoba. Córdoba, Argentina. (2004-2005). También puede consultarse su libro **La subjetividad en riesgo**, Topía Ediciones, Buenos Aires.

pensar este par determinado-indeterminado dentro de la obra freudiana: 1) en la fundación del inconsciente; 2) en la teoría de la libido; 3) en la teoría psicogenética de la neurosis.

1) Respecto de la fundación de lo inconsciente se encuentra en Freud una teoría que se define por una articulación de las huellas mnémicas inscriptas, a las cuales la represión -fundamentalmente la represión originaria- fija en un sistema que de ese modo se inaugura y constituye como tal, instalándose en sus relaciones con el sistema preconscious-consciente. Aquí lo acontecimental, lo contingente, lo traumático ocupa un lugar central. Esta teoría tiene dominancia en los primeros trabajos freudianos y luego, a pesar de las oscilaciones que va sufriendo en la obra, conserva su interés en los historiales clínicos para reaparecer en textos tardíos tales como **Moisés y la religión monoteísta**³⁴ y **Análisis terminable e interminable**³⁵.

A esta teorización se le opone una concepción innatista del inconsciente como existente desde los orígenes de la vida habitado por fantasmas filogenéticamente heredados, que operan como determinación última. El eje determinante-determinado debe buscarse aquí en la historia de la especie, ya que a nivel de lo histórico-singular es mínima. Ambas teorías coexisten a lo largo de la obra, adquiriendo mayor o menor dominancia cada una de ellas en diversos momentos.

2) Respecto de la teoría de la libido, ésta oscila por momentos entre una posición genético-evolutiva con una concepción de apuntalamiento en lo somático y otra posición en la cual el apuntalamiento está más del lado del semejante dándose así una contingencia del objeto que abre las condiciones para lo indeterminado, pero que tampoco lo deja todo librado al azar puro sin ordenamiento posible.

3) Respecto de la teoría psicogenética de las neurosis se encuentra también una teoría de una causación traumática de las mismas, en la cual lo acontecimental-traumático

³⁴ Obras Completas. Vol XXIII. Amorrortu Ediciones. Buenos Aires.

³⁵ Obras Completas. Vol XXIII. Amorrortu Ediciones. Buenos Aires.

ocupa un lugar privilegiado y otra teoría de causación de la neurosis, determinada por puntos de fijación y de regresión, en la cual la evolución endógena de la libido cobra dominancia.

Los aspectos mencionados respecto de los sistemas abiertos y sistemas cerrados que permiten cercar dos modelos de aparato psíquico en la obra freudiana, serán desarrollados en extenso, en el próximo Capítulo.

Se ha dicho ya que no se trata de relevar los paradigmas freudianos, sino de revisarlos para tomar partido respecto de un reordenamiento fecundo de los mismos. En este sentido, señala S. Bleichmar: “(...) Que el determinismo no devenga unideterminismo, o teoría cosmológica a priori, es algo a considerar como central. Pero, en psicoanálisis, el inconsciente implica un orden de determinación presente en los modos mediante el cual lo azaroso-acontecencial se engarza en el entramado constituido del cual formará parte. Esto implica concebir al aparato psíquico funcionando como abierto, vale decir que puede recibir nuevos contenidos representacionales efecto de inscripciones provenientes metabólicamente de la realidad en la cual está inmerso, pero al mismo tiempo capaz de engarzarlas por líneas de fuerza constituidas a partir del entramado primario que les da su estatuto. Porque esta realidad a la cual el inconsciente queda sometido no es *toda* la realidad, sino una realidad atravesada por líneas de fuerza marcadas libidinalmente”³⁶.

El aparato psíquico sería entonces un sistema abierto, capaz de sufrir transformaciones no sólo como efecto del análisis, sino también efecto de recomposiciones a las cuales nuevos procesos histórico-vivenciales lo fuerzan. Del mismo modo, desde el punto de vista de la recepción e inscripción de elementos nuevos el inconsciente también es transformable, ya que el hecho de que los elementos de base que lo componen sean indestructibles no quiere decir que sean inmodificables, en razón de que las relaciones que activan los diversos elementos en cadenas o conglomerados representacionales nuevos son posibles. Ahora, el inconsciente es a la vez sistema

³⁶ **Temporalidad, determinación, azar.** Editorial Paidós. Buenos Aires. Págs. 51-52

cerrado en tanto que todo lo en él inscripto tiene bloqueada la vía de evacuación, tal como lo muestra la paradoja de la compulsión de repetición como intento de evacuar algo que es inevacuable y que por ello impulsa en busca de una ligazón que puede ser razón tanto de progreso como de deterioro psíquico.

Es posible hablar, entonces, de lo histórico en dos sentidos: por un lado, en el sentido de un método histórico-estructural que desde una epistemología de lo problemático propone abordar y trabajar la obra freudiana y los aportes de las escuelas posfreudianas; y, por otro lado, en el sentido de lo histórico-acontecimental singular en la constitución psíquica.

I. c. Enfoque histórico-estructural.

Es en esta línea de la epistemología de lo problemático que J. Laplanche ha propuesto su programa de retorno sobre Freud y sobre el movimiento psicoanalítico, en los términos de una enseñanza psicoanalítica del psicoanálisis, y con esto quiere decir interpretativa. Lo que comporta interpretar con el método de Freud sus propios textos, no al Freud hombre -tarea del historiador-, sino a la obra.

Siguiendo lo aportado por este autor, se considera a la obra freudiana como una obra en constante movimiento, compleja, plagada de vías abiertas y luego abandonadas, reprimidas, olvidadas. Una obra que en muchos momentos se contradice a sí misma y que deja un enorme trabajo por realizar. Es este “hacer trabajar” a Freud lo que permitirá sostener el carácter instituyente de la propuesta freudiana, en cuanto propuesta siempre abierta y, de ese modo, evitar que ésta se convierta en una lengua muerta.

La obra, en su complejidad, avanza cercando un objeto que constante e incesantemente se sustrae. Ese objeto que se sustrae es el Inconciente y frente a esa sustracción permanente la obra que trata de ceñirlo no puede dejar de entrar en contradicciones. Al respecto dice J. Laplanche que “existe un recubrimiento del

inconciente y de la sexualidad en la obra misma de Freud, que se calca sobre los recubrimientos del inconciente y de la sexualidad en el ser humano mismo.»³⁷

Lo antes dicho implica que no habría entonces un Freud primero que sería más verdadero que el segundo o viceversa, donde volver a las fuentes sería volver sobre una ilusoria “verdad primera”, sino de recuperar lo que se ve sin cesar tapado. Del mismo modo, otra cara de la moneda ilusoria sería la de un Freud integrador, que avanzaría sin sobresaltos en una evolución teorizante totalizadora.

Esto determina la necesidad de someter a caución los enunciados teóricos a partir de los interrogantes que surgen en la clínica. Y sobre esto no hay mayor desacuerdo en la comunidad psicoanalítica, pues como señala J. Laplanche: “Gran parte del mundo analítico ha desamarrado de la teoría” en pos de un “inflacionismo clínico”. Ante cuyo hecho se ha planteado la siguiente pregunta: “¿Diríamos que «el pensamiento clínico» es un pensamiento pragmatista? También sería afrentar a la gran tradición del pragmatismo como orientación epistemológica, sería olvidar que el pragmatismo verdadero toma ciertamente como criterio el éxito, pero se trata del éxito del pensamiento y no de la obtención de un efecto material inmediato, como lo quisieran, de modo creciente en nuestros círculos, aquellos que a propósito de cada conferencia, en cada momento de la discusión, no tienen más que una pregunta en la boca: ¿para qué sirve?, ¿qué receta me propone usted? Una receta a cualquier precio para obturar la angustia de nuestra demasiado frecuente ineficacia terapéutica: «¡Mi reino por un caballo! » «¡Todo Freud por una receta!»»³⁸.

La revisión de los impasses de las teorías es lo único que garantiza poder dar cuenta de los atolladeros de la tarea clínica. No son la una sin la otra. Y es precisamente en la metapsicología freudiana³⁹, donde se pueden encontrar los elementos para dichas

³⁷ **El extravío biologizante de la sexualidad en Freud.** Amorrortu Ediciones. Buenos Aires. Pág. 16

³⁸ **Nuevos fundamentos para el psicoanálisis.** Amorrortu Ediciones. Buenos Aires. Págs. 18-19

³⁹ N. del autor: Se entiende por metapsicología, no sólo los trabajos denominados así por Freud, tal como aparecen en las Obras Completas de Amorrortu -Trabajos sobre Metapsicología-, sino también los textos donde aparecen formulaciones generales sobre los modelos del funcionamiento psíquico.

revisiones que propicien reformulaciones, lo cual implica abordar la clínica desde una posición que garantiza independencia para pensar y producir teoría.

El “retorno a la metapsicología” implica el trabajo de revisión que posibilite encontrar allí las piezas que permitirían pensar críticamente los modelos freudianos, modelos que han dado lugar a las escuelas posfreudianas más importantes; y que posibilite recuperar así las herramientas que permitan operar sobre los puntos ciegos que éstas imprimen al quehacer analítico.

Como ejemplo de ello, S. Bleichmar, ha podido precisar del siguiente modo que: “(...) En 1914, en la Metapsicología, donde más o menos se ve asentada la teoría y se inaugura el movimiento que va hacia la segunda tópica, dos conceptos nucleares de 1900 van casi a desaparecer de la obra de Freud. Uno de ellos es el concepto de huella mnémica, que ustedes van a ver reemplazado por el concepto de representante pulsional o representante representativo -representante pulsional, que incluye al representante afectivo y al ideativo; representante representativo, en razón de que representa a la pulsión, de origen somático, en lo psíquico-. El otro concepto que no desaparece totalmente pero que se eclipsa es el de traumatismo.”⁴⁰

Dicho “movimiento de reemplazo” se hace visible en el texto de Freud de 1905, **Tres ensayos de teoría sexual**⁴¹, donde puede seguirse este recorrido que va de una teoría exógena de la constitución del psiquismo, determinado por inscripciones y representaciones provenientes de la experiencia, especialmente la realizada con el otro humano, a una dominancia endogenista, caracterizada por una derivación de lo somático en lo psíquico, que seguiría vías madurativas de estadios preformados por funciones vitales, tales como la oral o anal.

Si se quiere salir de este impasse endogenista y del a-historicismo estructural, así como del determinismo a ultranza que ambos producen, entonces tendrá que volverse a

⁴⁰ **Clínica psicoanalítica y neogénesis**. Amorrortu Ediciones. Buenos Aires. Pág. 35

⁴¹ Obras Completas. Vol VII. Amorrortu Ediciones. Buenos Aires.

buscar allí donde se produjo el “reemplazo”, para reencontrar aquello que reabra la problemática.

No puede haber, en consecuencia, una lectura de la obra que se despliegue de lo simple a lo complejo, así sin más, en mero ordenamiento cronológico, sino más bien, de complejidad en complejidad, de salto en salto. Y esto es aplicable no sólo a la obra freudiana, sino al devenir del pensamiento dentro del campo psicoanalítico, donde aún las propuestas teóricas más recientes tampoco son una superación sin resto de las precedentes pues la historia del pensamiento muestra un devenir con continuidad, pero también con ruptura, con pliegues y repliegues, con regresiones y con creaciones.

Para S. Bleichmar el lastre mayor del psicoanálisis es precisamente el determinismo a ultranza que paraliza toda perspectiva transformadora, “como modelo cerrado que no deja perspectiva alguna a una práctica transformadora.”⁴²

Por un lado, el innatismo halla expresión en las propuestas endogenistas, desde los perfiles del desarrollo de Anna Freud, hasta los modelos de fantasía en Melanie Klein, que como los modelos de delegación -de lo somático en lo psíquico- son modelos indudablemente freudianos, si bien el modelo kleiniano tuvo la virtud de fundar un espacio propio para pensar los modelos representacionales del psiquismo y, además, para inaugurar un campo posible para el psicoanálisis de niños.

Frente a esa postura del innatismo se perfiló el estructuralismo lacaniano, que tuvo la enorme virtud de traer y poner en el centro la función del otro humano en la constitución del psiquismo, fundamentalmente por el valor que cobra la idea de la estructura del complejo de Edipo, pero que al mismo tiempo no permitió la apertura para pensar las vías por las cuales aquello, que se produce en la estructura de partida, se inscribe y procesa produciendo un psiquismo que no es idéntico a ésta, sino que tiene un grado de autonomía relativa respecto de lo que recibe. Así, la función del otro en la constitución psíquica quedó librada a una relación de homotecia, de correspondencia

⁴² **Clínica psicoanalítica y neogénesis.** Amorrortu Ediciones. Buenos Aires. Pág. 40

término a término entre los elementos de partida y los de llegada, los productores y los producidos, que derivan en algunos casos en el desplazamiento del conflicto de lo intrapsíquico a lo interaccional, en la medida en que se delega a las estructuras parentales la resolución de síntomas, sin tener en cuenta en qué momento se puede operar psicoanalíticamente, dado que el conflicto es ya un conflicto entre los sistemas psíquicos, por lo que deviene síntoma y debe ser abordado como tal.

Y es que lo que hay en el psiquismo humano no es el idéntico reflejo de aquello que lo constituye desde el otro o desde afuera y, en este sentido, la propuesta kleiniana cobra valor, si bien lo falaz en ella es lo que se pretende como una suerte de preformado en el psiquismo humano, endógenamente determinado y constituido como en una suerte de “a priori”, que luego se iría desplegando.

Ahora bien, ¿por qué la importancia de dilucidar estos modelos para la tarea psicoanalítica?

En principio porque es indudable el cúmulo de problemas que acarrea para el psicoanálisis la disociación entre teoría y práctica, disociación que se expresa en el uso recitativo de enunciados conceptuales de la metapsicología freudiana, o lo que J. Laplanche llama “el recurso a Freud” y que sería hacer decir a Freud lo que se quiere “eventualmente de manera apologética, asestar pasajes de Freud contra otros pasajes”⁴³.

Otras veces es porque muy a menudo se repiten enunciados tomados como emblemas de fe y, por ello, incuestionables, mientras que la práctica circula por otro carril.

La importancia, entonces, radicaría en la posibilidad de someter dicha práctica a los enunciados metapsicológicos, a la vez que la de repensar estos enunciados a la luz de la práctica. La clínica no puede ser el lugar de producción de teoría, sino el espacio

⁴³ **Nuevos fundamentos para el psicoanálisis.** Amorrortu Ediciones. Buenos Aires. Pág. 35

en el cual se plantean los interrogantes que llevan a revisiones, reformulaciones y nuevas producciones teóricas.

En este sentido, S. Bleichmar señala que: “Si la disociación entre teoría y práctica constituye uno de los grandes problemas que arrastra el psicoanálisis, ello no es efecto de la caducidad de sus paradigmas. A lo largo de un siglo el terreno se ha llenado de escombros, restos de formulaciones que se superponen y hacen obstáculo a las posibilidades de avance, tornando claro que, en este caso, la acumulación no hace a la riqueza, y un barrido se torna necesario. Despejar el espacio, separar los elementos fecundos de la maleza y posibilitar una vez más el rebrote de aquello que, sepultado por la acumulación cuasi obscena de aporías, empantana hoy toda posibilidad de recomposición productiva del campo analítico.”⁴⁴

Pero retomando los modelos, es posible volver sobre la cuestión de las dos grandes líneas que se abrieron en la historia del psicoanálisis a partir de la obra freudiana: la escuela kleiniana y el estructuralismo francés.

No hay duda que el inconsciente que Klein propone es un inconsciente existente desde los orígenes de la vida, mientras que en oposición a ello, aparece la idea revolucionaria de Lacan con respecto al inconsciente, no como algo del orden biológico, sino como efecto de cultura producido a partir de la inclusión del individuo en una estructura de relaciones que lo constituyen. Dos grandes líneas para pensar la cuestión del inconsciente: una en la cual éste es un existente desde los orígenes, la otra, según la cual el inconsciente es fundado y estructurado en algún momento de la vida.

Y es que, de acuerdo con lo señalado por S. Bleichmar: “En la propuesta de Klein, el objeto, el inconsciente, no sólo está dado desde el comienzo sino que parecería existir en sí mismo. Parecería no haber otra cosa que inconsciente, y el analista interpreta directamente como si no hubiera formaciones secundarias, a tal punto que las certezas del yo del paciente son consideradas como encubrimientos de la verdad, verdad

⁴⁴ **Clínica psicoanalítica y neogénesis.** Amorrortu Ediciones. Buenos Aires. Pág. 11

que está siempre en el inconsciente. El preconsciente no ocupa ninguna función - estamos ante un modelo distinto del aparato anímico-, y dado que la única realidad psíquica es la realidad de la phantasy, es comprensible que toda afirmación del yo tome un carácter de formación defensiva engañosa, algo cercano a la mala fe sartreana: «Usted cree que lo ama, pero en realidad lo odia». Como si la «verdad» del inconsciente se contrapusiera al «engaño» del preconsciente, del yo.»⁴⁵

En este sentido, el cuestionamiento realizado al estructuralismo en su aspecto determinista no implica el agotamiento de la propuesta lacaniana -ni siquiera de la propuesta estructuralista- ni una superación de la misma. Fue sobre los atolladeros e impasses de la producción psicoanalítica a comienzos de la década del cincuenta donde se ubica la intervención de Lacan proponiendo el “retorno a Freud”, si bien este retorno no implicó desterrar del campo psicoanalítico los aportes de la escuela inglesa⁴⁶.

Volviendo, entonces, a dicho cuestionamiento se podría puntuar muy resumidamente los postulados del modelo estructural de la siguiente manera: 1) una aproximación sincrónica debe preceder a cualquier aproximación diacrónica, porque los sistemas son más inteligibles que los cambios. En el mejor de los casos un cambio es un cambio parcial en un estado del sistema. Aquí vemos una oposición directa al historicismo y, en rigor, un desentendimiento de lo histórico a favor de lo a-temporal; 2) ninguna entidad perteneciente a la estructura del sistema tiene significado propio sino que éste deriva de su oposición a las otras unidades del sistema. Tal lo planteado por Saussure: en un sistema de signos solo hay diferencias, pero no existe la sustancia. Lo formal se opone a lo sustancial. Punto importante a la hora de pensar la producción de subjetividad, ya que este postulado elimina la idea de sustancia humana pero, a la vez, confiere a lo formal un valor casi absoluto que es necesario revisar; 3) en tales sistemas

⁴⁵ Idem. Pág. 24

⁴⁶ Como ejemplo de ello en el **Diccionario del Psicoanálisis** de Roland Chemama encontramos que, al definir el objeto *a* en la enseñanza de Lacan, dice: “El descubrimiento y la teorización por D. W. Winnicott del objeto transicional fueron saludados por Lacan, más allá del interés clínico de este verdadero emblema del objeto *a*, porque el autor reconoció allí la estructura paradójica del espacio que este objeto crea, ese campo de la ilusión ni interior ni exterior al sujeto.” Entrada: objeto *a*. Amorrortu Ed. Bs. As. Pág. 302

finitos todas las relaciones son inmanentes al sistema. En este sentido, se trata de sistemas cerrados, o sea, sin relación con la realidad externa.

En su libro **La institución imaginaria de la sociedad**, C. Castoriadis cuestiona al estructuralismo en su aspecto logicista, en la imposibilidad teórica de hacerle espacio a la creación inédita, a la novedad radical y escapar así del determinismo, planteándolo en los siguientes términos: “La ingenuidad del estructuralismo es conmovedora. No tiene nada que decir acerca de los conjuntos de elementos que manipula, acerca de las razones de su ser así, ni acerca de sus modificaciones en el tiempo. Para el estructuralismo, masculino y femenino, norte y sur, alto y bajo, seco y húmedo, son evidencias; los hombres las encuentran allí, piedras de significación que yacen en la tierra desde los orígenes en un ser-así plenamente natural y a la vez totalmente significativo, de las cuales cada sociedad recoge algunas (según el resultado de un juego de azar) y se sabe que solo puede recogerlas por parejas de opuestos y que la aceptación de determinadas parejas implica o excluye la de las otras. Como si la organización social pudiera reducirse a una secuencia finita de si/no, y como si, precisamente cuando un si/no se halla en acción, los términos sobre los que recae estuvieran dados desde siempre y desde fuera, mientras que, en tanto términos y en tanto precisamente esos términos, son en realidad creación de la sociedad en cuestión.”⁴⁷

Y es que, el pensamiento estructural, si bien arranca del impasse determinista del innatismo kleiniano, encuentra sus límites también a la hora de hacerle lugar a las transformaciones o en última instancia hace depender a éstas de los juegos combinatorios de los diferentes elementos del sistema. En rigor, estas transformaciones están predeterminadas entonces por las posibilidades que brinda la estructura. Es en este punto en el que se situará la intervención de J. Laplanche en el coloquio de Bonneval de 1960 y que será retomada años más tarde en su libro **Problemáticas IV: El inconciente y el ello**.⁴⁸

⁴⁷ Tusquets Ediciones. Buenos Aires. Pág. 106

⁴⁸ Amorrortu Ediciones. Buenos Aires.

A partir de la discusión establecida en el Coloquio, J. Laplanche sostendrá la hipótesis del realismo del inconciente, realismo que postula la existencia del inconciente como un lugar radicalmente otro, vale decir, no como un puro lugar de iluminación del campo de la conciencia, sino como un lugar radicalmente diverso, esto es, habitado por contenidos diferentes y con un modo de funcionamiento particular. Se plantea así la discusión de fondo con Lacan -aunque tomando como contrincante a la fenomenología, fundamentalmente a Politzer-.

Los puntos centrales de discrepancia con Lacan que se exponen en el citado libro de J. Laplanche plantean una recuperación fundamental de: a) la cuestión de la historia entendida como historia traumática, no como historia cronológica; b) del concepto de libido como no totalmente subordinado a la noción de significante⁴⁹; y c) la propuesta del concepto de metábola -en lugar de la metáfora lacaniana-, que subraya la idea de que el inconciente del sujeto no es homotético o idéntico al inconciente parental.

Realismo del inconciente implica, entonces, que tiene existencia real al margen del preconsciente y del discurso en el cual es transcripto. Vale decir, que el discurso puede llegar hasta ciertos niveles de recaptura del inconciente, pero este último nunca está sostenido tal cual en el discurso. Esta idea del inconciente como lo radicalmente otro -otro espacio con otras leyes de funcionamiento- discute con la idea lacaniana -estructuralista- de que el inconciente es discursivo. La idea, con la cual J. Laplanche trabajó y cuya fecundidad clínica es evidente, es que si no se le da al inconciente este estatuto de realidad, de realidad-otra o, en sus términos, de estructura segunda, se pierde de vista que el inconciente existe más allá del análisis. Y, perdiendo de vista esto, se corre el riesgo de perder, además, la noción de conflicto psíquico.

La problemática del conflicto va unida a la cuestión del realismo del inconciente, porque el conflicto es el efecto de dos sistemas enfrentados y además de dos maneras de funcionamiento distinto de las legalidades, considerando aquello, que está del lado del inconciente, como básicamente del orden de lo desligado que se rehúsa radicalmente al

⁴⁹ N. del autor: recuperación del punto de vista económico, punto importantísimo en la obra de J. Laplanche, que luego culminará en su conceptualización de la teoría generalizada de la seducción.

sentido y que se rehúsa, además, al sentido intencional. El inconsciente freudiano en su realismo implica una desubjetivación radical: es a-intencional y parasubjetivo y como tal no puede ser planteado como aquel aspecto no visible de cualquier discurso, como algo que estando dentro de una habitación no es visible porque está a oscuras, sino que por el contrario, se trata de algo que está en otro lugar, que hace fuerza para entrar y que es rechazado. La idea del inconsciente como punto de invisibilidad anula la noción de conflicto intrapsíquico, es decir intersistémico, por oposición a la idea de que los sistemas psíquicos tienen distintos modos de simbolización y, en ese sentido, el análisis no es simplemente encontrar lo existente, sino hallar formas de inscripción, transcripción, simbolización y traducción de los contenidos psíquicos.

Hay que reconocer, de todos modos, que los aportes del pensamiento estructural son valiosos, porque permitieron cuestionar el sustancialismo o innatismo en el que se hallaba el psicoanálisis -heredero del fisicalismo freudiano- y situar la importancia de la cultura y del otro en la constitución psíquica y subjetiva. Pero también es cierto, que el pensamiento estructural no está exento de sus propios impasses teóricos merced al determinismo a-histórico que produjo esa peligrosa asimilación del inconsciente freudiano a una cualidad del psiquismo olvidando su carácter de realidad.

Como ha señalado S. Bleichmar con gran precisión: “En el psicoanálisis lacaniano, el niño deviene objeto y no sujeto. (...) se convierte en objeto de deseo del otro, constituye su deseo con respecto al deseo del otro, lo cual, al mismo tiempo que puede ser reconocido como el aporte fenomenal del lacanismo -al plantear por primera vez en la historia del psicoanálisis, con todas las letras, que el deseo no es algo biológico, innato, sino que se constituye en el marco de relaciones primordiales que articulan al ser humano al otro humano y que lo determinan-, deviene la razón principal de su parálisis clínica en el campo de la práctica con niños, ya que el inconsciente infantil, como objeto de conocimiento, se pierde, emigra hacia la estructura del Edipo o hacia el inconsciente parental. En la conceptualización lacaniana clásica, el niño deja de ser sujeto atravesado por su propio deseo inconsciente, para devenir objeto, en razón de que está en posición de significante que viene a obturar la falta de la madre. Se produce

allí una inversión fenomenal, ya que la pregunta da un giro de ciento ochenta grados: ella radica ahora en indagar a qué deseo materno responde el niño, “qué quiere la mujer”, y se produce un borramiento fundamental del interrogante psicoanalítico, ya que no hay indagatoria sobre el deseo inconsciente del niño como posición de este en tanto sujeto clivado (...) Pensado el niño desde la castración del otro, queda despojado de toda dimensión estructural singular, y el avance que posibilitó repensar la condición del inconsciente como implantación exógena deviene, simplemente, análisis de las condiciones exógenas de su implantación e imposibilidad de aproximación al objeto inconsciente en la infancia.”⁵⁰

Se pone, así, en el centro de la cuestión, una de las condiciones de implementación del método analítico, a saber, que el conflicto debe ser inter-sistémico, vale decir, intra-subjetivo.

¿Qué lugar ocupa lo histórico singular en estos modelos?

Para el psicoanálisis lacaniano los tiempos fundacionales son tiempos míticos imposibles de cercar en su realidad histórica: la estructura se va organizando bajo modalidades combinatorias, no determinadas por vicisitudes históricas singulares. Hay extrapolación directa de la estructura del Edipo a la organización psíquica del niño. En la estructura en la cual el niño está inserto y que lo precede se produce la causalidad suficiente que da origen a la patología.

Para el psicoanálisis kleiniano, la historia del sujeto es la historia de la pulsión y lo vivido se reduce a acontecimientos ligados a la vida pulsional, pero con carácter causal absolutamente irrelevante.

Faltan, en ambos, los modos singulares, determinados históricamente, de constitución del sujeto.

⁵⁰ **Clínica psicoanalítica y neogénesis.** Amorrortu Ediciones. Buenos Aires. Págs. 25-26

Se verá más adelante con mayor detenimiento cómo, por el contrario, la función de lo acontecimental, del acontecimiento histórico, fechable y singular, es de capital importancia para producir la ruptura de un determinismo a ultranza en psicoanálisis.

Señala S. Bleichmar que, a partir de la segunda mitad del siglo pasado, ha aparecido, en la teorización psicoanalítica, una propuesta que toma cada vez más en cuenta los determinantes exógenos que constituyen la fundación del psiquismo. En este sentido, dice la autora que: “(...) lo que resulta difícil de concebir por los analistas es que el inconsciente mismo no sea un existente desde los orígenes, que sea un producto de relaciones humanizantes en las cuales la cría humana se constituye; que no esté dado desde el comienzo. Porque, aún para quienes, siguiendo una propuesta inaugurada por Lacan, lo conciben como efecto de cultura, el carácter trans-individual y a-histórico de la estructura del Edipo conduce, en definitiva, a lo mismo: «allí y desde siempre» -en el discurso parental, en el deseo del otro, en las interdicciones del Otro-, el inconsciente no es rastreado en sus orígenes.”⁵¹

Determinismo biológico, determinismo de la estructura precedente, determinismo al fin. ¿Cómo salir entonces, del atolladero del determinismo absoluto en psicoanálisis? La salida estaría dada a partir de la introducción de la historia acontecimental, traumática y singular del sujeto en la constitución y estructuración del psiquismo.

I. d. Lo histórico en la constitución psíquica.

El carácter de contribución teórica que tiene el intento de distinguir la constitución psíquica de la producción histórica de subjetividad propuesta por S. Bleichmar –que se desarrollará en el Capítulo tercero de este trabajo- debe ser situada en este contexto de discusión, ya que permite asegurar la especificidad del campo psicoanalítico y al mismo tiempo otorgar el valor que se merece la variabilidad histórica

⁵¹ **La fundación de lo inconsciente.** Amorrortu Ediciones. Buenos Aires. Págs. 185-186

de las distintas prácticas sociales y sus efectos en la cría humana. Problema que radica en precisar el estatuto de lo histórico en psicoanálisis.

Al respecto, dicha autora, precisa lo siguiente: “El genetismo salvaje con el que se pretende subsumir nuevamente todo accionar humano en una ‘naturaleza humana’ prefijada e inmutable -lo que también he llamado sustancialismo-, constituye desde el plano de la psicología, la cuestión central que deberemos someter a debate en los próximos tiempos. Y ello en razón de que tanto el estructuralismo formalista como el innatismo psicoanalítico se ven impotentes para enfrentarlo, en razón de que los paradigmas que los sostienen responden, en última instancia, a modelos convergentes. Que el ser humano nazca con un «destino», predeterminado por los genes, la pulsión de muerte o la estructura edípica en la cual se inserta, no son sino variantes de una misma cuestión: la existencia de un preformado que pone límite a todo accionar transformador posible, proponiendo el sometimiento a las condiciones de partida o, a lo sumo, un mejor manejo de las mismas bajo los modos resignados de lo insuperable.”⁵²

De este modo, para que el psicoanálisis no se “diluya” en una sociología o filosofía, es necesario precisar el estatuto de lo histórico. Por un lado, la historia, en tanto está inevitablemente ligada a lo temporal, no es patrimonio del inconsciente debido a las características del proceso primario tal y como es descrito por Freud. Es decir que el hecho de afirmar un inconsciente singular e histórico, producto residual y metabólico del encuentro con el otro humano, no implica afirmar que la historia se encuentre en él como tal. Por otro lado, lo histórico sí está presente en la constitución del psiquismo, en los tiempos reales de constitución del aparato, cuyos restos desgajados del proceso de historización o de simbolización, insistirán bajo modalidades que se propone rastrear –en este trabajo- en el apartado destinado a pensar los fenómenos de desligadura.

⁵² **La subjetividad en riesgo.** Topía Ediciones. Buenos Aires. Pág. 95

Historizar en psicoanálisis es estructurar de modo significativo los efectos de lo acontecimental-traumático inscripto a partir de una descomposición y una recomposición que liga de un modo diverso las representaciones vigentes.

Tal como señala S. Bleichmar: “Lo histórico encuentra su lugar en los tiempos reales –no míticos- de constitución del aparato, tiempos destinados a una historización posterior y cuya modalidad no puede ser sino tematizada por el sujeto que se encadena a su propia identificación. Esto nos lleva a rehusar la idea de que el sentido del análisis sea la «construcción de una historia». Por el contrario, el análisis se dedica a la deconstrucción de lo fijado, de la «historia oficial» del sujeto, absteniéndose de ofrecer totalidades que reensamblen todo. En el encaminamiento de la cura los procesos de historización son siempre parciales: se trata de otorgar un ensamblaje a esos elementos que han quedado a la deriva, y de propiciar su religazón mediante la deconstrucción de los que habían sido soldados en las autoelaboraciones espontáneas que daban origen a los síntomas.”⁵³

Lo histórico, considerado como movimiento constante de despliegue en el aparato aún constituido, abierto siempre al *après-coup*, decapturado de un determinismo lineal, no implicaría poner todo el acento en la acción de lo pasado sobre lo presente sino también en las recomposiciones que el presente inaugura sobre lo pasado-acontecido. Idea solidaria a un modelo de psiquismo abierto a lo real, cuestión sobre la que se volverá más extensamente en el Capítulo correspondiente.

No se trata, entonces, de un retorno al pasado para completar lo faltante o quitar lo sobrante, sino para producir recomposiciones. En este sentido, el proceso de la cura es espacio de resimbolización o, como dirá S. Bleichmar, lugar de re-engendramiento a partir de que lo traumático no es lo vivido en general, sino aquello que no pudo encontrar, en el momento de su inscripción y fijación en el aparato psíquico, posibilidades metabólicas de simbolización productiva. A partir de ello, lo que insiste como idéntico, una vez retranscripto no deja intacta la totalidad en la cual se despliega.

⁵³ **La subjetividad en riesgo.** Topía Ediciones. Buenos Aires. Págs. 96-97

Lo que se repite –tanto lo que insiste como idéntico al modo de la compulsión de repetición por un lado, como la transferencia por otro- es el modo privilegiado mediante el cual lo históricamente inscripto se presenta a través de la a-historicidad radical del inconsciente. Pero si este aparato está abierto a la posibilidad de nuevas inscripciones, las representaciones existentes, aún cuando permanezcan como tales en su singularidad, podrán entrelazarse de manera distinta en la totalidad resultante. En este sentido, al recuperar la historia en los momentos fundantes del psiquismo y considerar al inconsciente como residuo metabólico de inscripciones exógenas, la atemporalidad del inconsciente implicará indestructibilidad de sus representaciones, pero no la imposibilidad de nuevos reensamblajes.

Estas preguntas siguen -como en tiempos de Freud- rondando acerca de los modos de abordar aquello que, sujeto a una determinación inscripta y fijada bajo los modos de la pura repetición sin significación, empobrecen y deja sometido al sujeto psíquico a la fatal inermidad de una historia singular cuyos efectos sufre, pero cuyos modos de insistencia desconoce.

La respuesta posible a estas preguntas se corresponde con la idea de que las formas de recomposición espontánea –abierta- de los sistemas psíquicos ante lo azaroso del acontecimiento –de la vida- no son totalmente indeterminadas, sino que se juegan en el interior de un abanico de posibilidades cuya combinatoria es múltiple, pero no infinita.

En este sentido, es posible rescatar la herencia del pensamiento racionalista de Freud como propuesta para limitar la irreversibilidad determinista, no para intentar tornar reversible lo acaecido, sino para dominar sus efectos cuando estos se inclinan del lado del empobrecimiento psíquico o bien del lado de la destrucción del sujeto.

Capítulo II. El aparato psíquico: un psiquismo abierto a lo real

La tarea de revisar los modelos de origen en la teoría psicoanalítica -los modelos freudianos de constitución del psiquismo- parte de la necesidad de retomar aquellos que resultan fecundos para pensar los paradigmas que permitan operar hoy en la clínica.

El hecho de que la fundación del Inconsciente sea concebida como de origen exógeno o endógeno, el postulado de que éste existe en sí mismo como materialidad más allá de sus producciones o formaciones, y que las pulsiones de vida y muerte no correspondan a dos tipos de energía sino a una sola bajo modos de funcionamiento diferente tiene profundas implicancias en la perspectiva con la cual pensar y abordar los procesos de la cura y definir los modos de intervención adecuados para la transformación de la estructura psíquica.

II. a. Consideraciones sobre los avatares del concepto de pulsión en la obra freudiana: Instinto y Pulsión. Apuntalamiento y Seducción. Autoconservación y autoerotismo.

El concepto de pulsión en Freud puede ser rastreado a lo largo de dos momentos de la obra, que dan cuenta de las dos teorías de las pulsiones: el primer momento puede ser cercado entre el texto de 1905, **Tres ensayos de teoría sexual**⁵⁴ y **Pulsiones y destinos de pulsión**⁵⁵ de 1915. A este período le corresponde lo que se conoce como el primer dualismo pulsional, esto es, el de pulsiones de autoconservación o yoicas y pulsiones sexuales.

El segundo momento partiría del descubrimiento del narcisismo a partir de 1914-1915 y culminaría con el segundo dualismo pulsional, el de pulsiones de vida y

⁵⁴ Obras Completas. Vol VII. Amorrortu Ediciones. Buenos Aires.

⁵⁵ Obras Completas. Vol XIV. Amorrortu Ediciones. Buenos Aires.

pulsiones de muerte, conceptualizado en el texto de 1920, **Más allá del principio de placer**⁵⁶.

El término pulsión había sido ya utilizado por Freud en 1895, en **Estudios sobre la histeria**⁵⁷, y es posible verlo esbozado como propuesta, en el **Proyecto de psicología**⁵⁸, a través de la formulación de que hay estímulos endógenos de los cuales no se puede huir, estímulos de los cuales el organismo no se puede sustraer como de los exteriores –cuestión que merece mayor detenimiento, ya que requiere definir a qué se llama estímulo endógeno y a qué exógeno o exterior, y sobre todo endógeno o exógeno con respecto a qué-.

Por su parte, **Tres ensayos de teoría sexual**⁵⁹ es un texto capital para pensar el concepto de pulsión, así como todo el devenir de la sexualidad humana y sus orígenes. Tanto lo es que ha sido revisado y corregido por el mismo Freud varias veces: en 1910, 1915, 1920 y 1924. Fechas que en la historia de la obra “coinciden” con hitos de producción teórica, como no es posible no notar: 1915, con los escritos de **Metapsicología**⁶⁰ y apenas posterior a **Introducción del narcisismo**⁶¹; 1920 con **Más allá del principio de placer**⁶²; 1924 luego del alumbramiento de la segunda tópica con **El yo y el ello**⁶³. Es necesario que esto se señale ya que es precisamente el recorrido de dichas notas y agregados al texto, aquello que permite ir trazando una línea interpretativa que lleva a comprender en qué sentido se dirigen los mismos, ya sea

⁵⁶ Obras Completas. Vol XVIII. Amorrortu Ediciones. Buenos Aires.

⁵⁷ Específicamente en el caso Emmy von N. Obras Completas. Vol II. Amorrortu Ediciones. Buenos Aires.

⁵⁸ Obras Completas. Vol I. Amorrortu Ediciones. Buenos Aires.

⁵⁹ Obras Completas. Vol VII. Amorrortu Ediciones. Buenos Aires.

⁶⁰ Obras Completas. Vol XIV. Amorrortu Ediciones. Buenos Aires.

⁶¹ Obras Completas. Vol XIV. Amorrortu Ediciones. Buenos Aires.

⁶² Obras Completas. Vol XVIII. Amorrortu Ediciones. Buenos Aires.

⁶³ Obras Completas. Vol XIX. Amorrortu Ediciones. Buenos Aires.

porque consideran las nuevas conceptualizaciones de los citados textos contemporáneos, tanto porque las ignoran.

En la primera edición de **Tres ensayos**⁶⁴ Freud retoma el término Pulsión (*Trieb*) de la lengua corriente: pensadores, poetas y filósofos, para referirse a algo que debe ser distinguido del Instinto (*Instinkt*). El Instinto sería un esquema de comportamiento caracterizado por poseer una finalidad vital o adaptativa; un esquema relativamente fijo en individuos de la misma especie; y de carácter innato o hereditario, por lo tanto, no adquirido.

En este sentido, J. Laplanche señala que es posible descubrir “(...) cierta relación entre las significaciones adquiridas por los dos términos en el pensamiento científico de Freud: relación compleja, formada por una *analogía*, una *diferencia* y, además una *derivación* de uno a otro término. Tal derivación no es únicamente conceptual sino que es posible, con Freud, referirla a una derivación real: la derivación de la pulsión en el hombre a partir del instinto”⁶⁵.

Este autor, realiza un desglose del concepto de pulsión en los cuatro términos que lo definen, tal como es propuesto por Freud en **Pulsiones y destinos de pulsión**⁶⁶, a los fines de consignar que dicho análisis de la pulsión, en sus elementos, sería igualmente válido, en su generalidad, para el instinto. Como se sabe, los cuatro términos son: la presión o empuje (*Drang*), el fin (*Ziel*), el objeto (*Objekt*), y la fuente (*Quelle*).

La presión es el motor de la pulsión, monto de fuerza o medida de exigencia de trabajo. Referencia fundamental al punto de vista económico, con un modelo de la física, ya que la fuerza sólo se mide por la cantidad de trabajo. La pulsión impele a, en tanto es fuerza impulsora; es una cuestión de actividad y empuje.

⁶⁴ Obras Completas. Vol VII. Amorrortu Ediciones. Buenos Aires.

⁶⁵ **Vida y muerte en psicoanálisis**. Amorrortu Ediciones. Buenos Aires. Pág. 18

⁶⁶ Obras Completas. Vol XIV. Amorrortu Ediciones. Buenos Aires.

El fin o la meta es el acto hacia el cual tiende la pulsión, y Freud sostiene que es “en todos los casos la satisfacción que sólo puede alcanzarse cancelando el estado de estimulación en la fuente de la pulsión”⁶⁷. Lo cual da a entender que la cancelación de la pulsión es factible, cuando resulta que lo único cancelable y evacuable es la tensión de necesidad, la que remite a lo instintivo, a aquello del orden de la necesidad.

¿Cuál sería entonces la distinción con el Instinto? En el caso del instinto preformado el fin o la meta sería la serie de acciones que conducen a cierta realización. Y ¿en qué consiste dicha realización cuando de la pulsión se trata? Es siempre la satisfacción, definida aquí, de la manera más general: el apaciguamiento de una tensión provocada precisamente por la fuerza, la presión. El problema sería el de la especificación del fin: ¿es un fin determinado por tal o cual cosa, o simplemente es el apaciguamiento, la satisfacción?

En este sentido, J. Laplanche indica que, prosiguiendo el análisis de distintos textos freudianos, se puede advertir que el fin de la pulsión remite, sin cesar, tanto al objeto como a la fuente. Si el concepto de fin se explicita por su relación con el objeto, se deben hacer –entonces- muchas precisiones con respecto al mismo y sobre todo su contingencia con respecto a la pulsión.

El objeto de la pulsión, dice Freud⁶⁸, es aquello en o por lo cual puede alcanzar su meta -su satisfacción-, y advierte que es lo más variable, ya que no está originariamente enlazado a ella, sino que se le coordina de acuerdo a su aptitud para posibilitar dicha satisfacción. Y añade, también, que en el curso de los destinos vitales de la pulsión el objeto puede sufrir un sin número de desplazamientos o cambios de vía y, más aún, un mismo objeto servir simultáneamente a la satisfacción de varias pulsiones. El objeto -los objetos- sería, entonces, encontrado en el curso del devenir de la vida pulsional, mientras que siguiendo el modelo del instinto, éste debería estar

⁶⁷ **Pulsiones y destinos de pulsión.** Obras Completas. Vol XIV. Amorrortu Ediciones. Buenos Aires. Pág. 118

⁶⁸ Idem. Pág. 118

predeterminado. Pero Freud indica que no es así y, más aún, abre toda una posibilidad de combinatorias entre objetos y pulsiones, que se satisfacen con simultaneidad, se entrelazan, viran, se desplazan, abriendo todo un juego de auténtica dinámica pulsional.

A su vez, J. Laplanche⁶⁹ advierte que este objeto no debe ser tomado más que en un sentido amplio, ya que no designa, entre otras cosas, al objeto inanimado por oposición a lo subjetivo. Este aparece, en un principio, como un medio, la prioridad está puesta en la satisfacción. Poco importa entonces la especificidad del objeto, basta con que posea ciertos rasgos que admitan que la acción satisfactoria pueda concretarse; en sí mismo, permanece relativamente indiferente, contingente.

Señala este autor que dicho objeto no es un objeto “objetivo”, perceptivo o científico, y lo hace para poner de relieve que el objeto de la pulsión puede ser, con pleno derecho, un objeto *fantaseado*, y advierte, aún, que tal vez con carácter prioritario, ya que el objeto de la pulsión se constituirá de modo alucinatorio y como objeto autoerótico, que no está dirigido, por ende, al objeto externo o a la satisfacción vital. Esto determina la contraposición de la pulsión con respecto al orden de lo autoconservativo o instintivo, a los que termina por desnaturalizar.

Finalmente, se refiere a otra especificación necesaria: el objeto no es necesariamente lo que se conoce a partir de las conceptualizaciones kleinianas, como objeto total, es decir, una persona “total”, sino objeto parcial: pecho, pene, otras partes del cuerpo y elementos relacionados con lo vivenciado corporalmente –excrementos-, que tienen en común el rasgo fundamental de ser, real o fantaseadamente, separados o separables.

El último término es la fuente. Aquí también J. Laplanche esclarece que, así como en **Tres ensayos de teoría sexual**⁷⁰ la definición del término es rica por su

⁶⁹ **Vida y muerte en psicoanálisis**. Amorrortu Ediciones. Buenos Aires. Págs. 21-22

⁷⁰ Obras Completas. Vol VII. Amorrortu Ediciones. Buenos Aires.

ambigüedad, en **Pulsiones y destinos de pulsión**⁷¹ es, por el contrario, unívoca: se define allí a la fuente como el proceso somático, interior a un órgano o a una parte del cuerpo, cuyo estímulo es representado en la vida anímica por la pulsión. Proceso somático desconocido, especie de incógnita o X biológica, de la cual la pulsión sería una especie de traducción psíquica. El modelo es el de la delegación de lo somático en lo psíquico.

De acuerdo, entonces, al deslinde de lo instintivo respecto de lo pulsional, lo primero a señalar es que el carácter general de la definición de los cuatro términos permite aplicarlas tanto al instinto como a la pulsión. Y he ahí la trampa: al ocuparse este texto de la pulsión en general, sin discriminar la pulsión sexual de aquel grupo denominado “pulsiones del yo” o “de autoconservación”, cuya nominación como pulsión es incorrecta, ya que se refiere precisamente al orden instintual, autoconservativo y vital. Se mezcla, así, lo que se pretende distinguir, ya que hablar de pulsión, en general, equivale a biologizarla y hacer de ella un análisis y conceptualización válido también para los comportamientos instintivos.

Hay que decir a su vez, como señala J. Gutiérrez Terrazas, que el mismo Freud, puntualizó luego de realizar esta primera división de las pulsiones, en yoicas y sexuales, que dicha clasificación no debía ser tomada como una “premisa necesaria”, sino como una “construcción auxiliar” a mantenerse en tanto y en cuanto resulte de utilidad. Aunque esta relativización de la clasificación de las pulsiones pierde fuerza cada vez que Freud acude a otorgar valor absoluto a lo biológico como “tendencia” del aparato anímico.⁷²

Las pulsiones sexuales aparecen, además, en este mismo texto estructuralmente vinculadas con lo biológico, tanto en su génesis, ya que parecen brotar de fuentes y procesos orgánicos, como en su fin último al cual se llegaría a partir de operarse una síntesis sobre las mismas: la reproducción.

⁷¹ Obras Completas. Vol XIV. Amorrortu Ediciones. Buenos Aires.

⁷² **Cómo leer a Freud**. Síntesis Ediciones. Madrid. Pág. 105

En este sentido, J. Gutiérrez Terrazas señala que: “Se trata, pues, de unas pulsiones sexuales de corte claramente instintivo y autoconservativo, que han perdido la especificidad de lo sexual descubierto por el propio Freud, esto es, la sexualidad erótica no ligada por ningún objetivo o plan preestablecido. Y aunque parezca asomar de algún modo esa especificidad, al hablar de la meta en el sentido de que esas pulsiones aspiran al *placer de órgano* y, por tanto, a la satisfacción *in situ* o autoerótica y sin una finalidad, no obstante ese aspecto esencial de la pulsión sexual es dejado enteramente de lado cuando se añade al instante un tipo de secuencia adaptativo-madurativa, que establece una finalidad y que hace pasar a las pulsiones sexuales a convertirse en unas funciones biológicas de la sexualidad, puesto que entran al servicio de la función de reproducción, estableciendo así una funcionalidad adaptativa para las pulsiones sexuales.”⁷³

Esto lleva directamente a considerar otro concepto clave, que es el de apuntalamiento. Pero antes y para ello, debe retomarse el texto de **Tres ensayos de teoría sexual**⁷⁴ ya que éste es un texto que pretende investigar y dar cuenta de los orígenes de la sexualidad en el individuo humano y que, para hacerlo, destruye la concepción popular de sexualidad. Para ello sigue un trazado de tres partes, tres ensayos: el primero sobre las aberraciones sexuales o perversiones; el segundo sobre la sexualidad infantil; y el tercero sobre las metamorfosis de la pubertad.

Freud, desde el inicio del texto, caracteriza la concepción popular de la sexualidad con los elementos del Instinto: falta en la infancia y se constituye en la pubertad por efectos madurativos de origen interno, se dirige de un sexo hacia el otro, y su fin es la unión sexual, imponiéndose así una concepción biologizante de una necesidad natural.

Todo el plan del texto, como señala J. Laplanche, se dirige –paradójicamente- a destruir esta imagen popular –biologizante- de la sexualidad humana. El primer ensayo

⁷³ Idem. Págs. 106-107

⁷⁴ Obras Completas. Vol VII. Amorrortu Ediciones. Buenos Aires.

presenta una recopilación de aberraciones sexuales, con la finalidad de desmontar la idea de un fin y un objeto predeterminados para la sexualidad humana, que en el adulto considerado normal tendría la apariencia del instinto, pero no sería más que el resultado de una evolución en etapas, que con cada una podría haberse bifurcado para dar lugar a cualquier aberración.

Pero lo esencial se desprende del segundo de los ensayos, y particularmente de un párrafo que J. Laplanche cita y señala en tanto redefine la sexualidad en función de sus orígenes infantiles: “En el chupeteo o el mamar con fruición hemos observado ya los tres caracteres esenciales de una exteriorización sexual infantil. Esta nace *apuntalándose* en una de las funciones corporales importantes para la vida; todavía no conoce un objeto sexual, pues es *autoerótica*, y su meta sexual se encuentra bajo el imperio de una *zona erógena*. Anticipemos que estos tres caracteres son válidos también para la mayoría de las otras prácticas de la pulsión sexual infantil.”⁷⁵

Es de notar que estos tres caracteres trascenderán la sexualidad de la *edad* infantil y sus manifestaciones, dejando un sello indeleble en toda la sexualidad humana.

El término *apuntalamiento* es fundamental en el aparato conceptual freudiano. El vocablo alemán es *Anlehnung* y adquiere la significación de tomar apoyo, apoyarse en otra cosa. Este es el verdadero relieve de la noción que ha sido mal traducida en la Obra por el término “*anaclítico*”, introducido a propósito de un texto posterior a **Tres ensayos**⁷⁶, el de **Introducción del narcisismo**⁷⁷, donde Freud opone dos tipos de elección de objeto: el tipo “narcisista”, en el que el objeto es elegido a imagen y semejanza; y un elección “anaclítica”, en la cual la sexualidad se apoya en el objeto encargado de cumplir las funciones de autoconservación.

⁷⁵ Idem. Pág. 165

⁷⁶ Idem.

⁷⁷ Obras Completas. Vol XIV. Amorrortu Ediciones. Buenos Aires.

Apuntalamiento, entonces, queda entendido como apoyo sobre el *objeto* y, en último término, apoyo sobre la madre. Se hace así un abrochamiento del concepto a un plano vincular, relacional, intersubjetivo, y se pierde de ese modo lo que Freud describe originariamente como fenómeno de apoyo de la *pulsión*: la pulsión sexual se apunala, se apoya, en una “función corporal esencial para la vida” -función vital, no sexual-. Apoyo de la sexualidad infantil en el instinto, entendido éste como función vital de la autoconservación. El principal sentido del concepto estriba en establecer una relación y una oposición entre las pulsiones sexuales y las pulsiones de autoconservación.

Sobre esto, J. Laplanche y J. B. Pontalis señalan que: “La idea de que originalmente las pulsiones sexuales toman sus fuentes y sus objetos de las pulsiones de autoconservación ya implica que existe una diferencia en la naturaleza de los dos tipos de pulsiones; todo el funcionamiento de las segundas se halla predeterminado por su aparato somático, y su objeto está fijado desde un principio; por el contrario, las primeras se caracterizan ante todo por un cierto modo de satisfacción que al principio no es más que un beneficio marginal (*Lustnebengewinn*) del funcionamiento de las segundas. Esta diferencia esencial se confirma en Freud por el empleo repetido, refiriéndose a las pulsiones de autoconservación, de términos como *función* y *necesidad*. Siguiendo esta línea de pensamiento, cabe preguntarse si, dentro de una terminología más rigurosa, no convendría denominar *necesidades* a lo que Freud llama “pulsiones de autoconservación”, diferenciándolas así mejor de las pulsiones sexuales.”⁷⁸

Se pueden distinguir inmediatamente, entonces, dos planos: el plano de las necesidades vitales, de las funciones destinadas a la autoconservación, de la biología; el otro plano es el de la sexualidad humana, el de la pulsión, el del psicoanálisis.

Ahora bien, ¿el apuntalamiento de la pulsión en la función de autoconservación es de génesis abstracta? ¿Hay que deducirlo, mitologizarlo? ¿O es posible describirlo

⁷⁸ **Diccionario de psicoanálisis.** Editorial Paidós. Buenos Aires. Pág. 32

con precisión? Claramente es posible describirlo a partir del modelo paradigmático, el arquetipo utilizado por Freud, el de la oralidad.

Tomando dicho modelo, entonces, es posible preguntarse: ¿qué hay allí, en el recién nacido? Se ha dicho que hay función vital, hay tensión de necesidad, procesos fisiológicos, que constituyen lo que llamamos hambre, y hay succión, comportamiento instintivo, reflejo existente ya desde la vida fetal. Lo que se esconde detrás de la X energética es este desequilibrio humoral, un estado de tensión producido en el organismo por la necesidad de alimento, en puntos más o menos localizados y especializados del aparato digestivo.

Ante esto, algo va al encuentro a los fines de calmar el estado de necesidad, aliviar la tensión. ¿Es el pecho? No, en principio es la leche. La tensión producida en el organismo por la necesidad de alimento sólo puede saciarse con alimento, y el pecho no es el alimento. Entonces, lo que procura la satisfacción de la necesidad vital es la leche.

Hasta aquí, entonces, la tensión de necesidad o hambre como un proceso montado con miras al fin: la succión, la mamada y el alivio de tensión y la saciedad.

Lo decisivo es que simultáneamente, con la satisfacción de la necesidad de la función alimenticia, comienza un proceso de excitación de otro orden, un proceso sexual: la excitación de la denominada “zona oral”. El “beneficio marginal” (*Lustnebengewinn*) como lo denominan J. Laplanche y J. B. Pontalis, plus irreductible de placer, que por ser, precisamente irreductible, ineliminable, debe encontrar tramitación dentro del aparato psíquico.

Esta excitación es, entonces, modelada siguiendo a la función, y en este sentido, ¿es posible determinar cuándo podemos comenzar a distinguir una de otra?, ¿cuándo el objeto de satisfacción deja de ser sólo la leche y comienza a ser el pecho?, ¿y la fuente? Ésta estará en la boca que, como vemos, además de órgano de alimentación, se vuelve fuente de placer sexual.

Se afirma así el surgimiento de la pulsión sexual en apoyo *sobre* -y no por florecimiento *a partir de*- la función de autoconservación, traducido por el hecho de que ellas nacen en un mismo lugar, sobre la misma fuente, en una misma actividad, luego que el objeto y la meta divergen en un movimiento de *clivaje progresivo*, ya que el objeto sufre una derivación de tipo metonímico, por contigüidad: el pecho por la leche; y la meta diverge de manera metafórica por relación a la meta de la alimentación, es decir, se modela en analogía con la incorporación.

El apuntalamiento consiste entonces en este apoyo que *encuentra* la sexualidad incipiente en una función vinculada con la conservación de la vida. Pero sólo a condición, de que algo de este orden, del orden de la sexualidad, se introduzca por allí. Cabe aquí preguntarse de qué manera esto acontece.

Freud llama a este estado de tensión de necesidad -así es denominado en el Capítulo VII de **La interpretación de los sueños**⁷⁹-, que siguiendo el modelo de la oralidad, llamamos hambre, *apremio de la vida*. ¿Qué ocurre cuando este apremio de la vida produce incremento de cantidad, produce tensión? Es necesaria una *acción específica* tendiente a la satisfacción. Pero dicha acción específica es imposible de ser ejecutada por el viviente en sus comienzos: el recién nacido es absolutamente incapaz de procurarse el alivio por sí mismo. Freud indica que éste llega mediante *auxilio ajeno*: un individuo experimentado advierte el estado del niño.

Es por esta fisura por donde el otro humano es introducido en calidad de auxiliador, y por donde se produce lo que S. Bleichmar llama “el *décalage* del incipiente sujeto sexuado a partir del real biológico”⁸⁰.

Pero, ¿quién es este otro humano que viene en auxilio? En principio hay que decir que es otro humano provisto de sexualidad. Esta cuestión será retomada más

⁷⁹ Obras Completas. Vol V. Amorrortu Ediciones. Buenos Aires. Págs. 362-363

⁸⁰ **La fundación de lo inconciente**. Amorrortu Ediciones. Buenos Aires. Pág. 34

adelante, ya que se verá cómo es posible encontrar aquí la clave del origen de la pulsión, si es que se está dispuesto a cuestionar la explicación mitológico-biológica de la misma.

Para dar cuenta de lo antedicho, J. Laplanche cita un párrafo de **Tres ensayos** en el que Freud consigna que: “(...) Es fácil advertir en qué ocasión halla por primera vez el niño este placer hacia el cual, una vez hallado, tiende siempre de nuevo. Es la actividad inicial y esencial en la vida del niño la que lo ha familiarizado con este placer, la succión del pecho materno (o de sus sustitutos). Diremos que los labios del niño se han conducido como una zona erógena, siendo, sin duda, la excitación producida por el aflujo de la cálida leche la causa de la sensación de placer. En un principio, la satisfacción de la zona erógena aparece estrechamente asociada con la del hambre. La actividad sexual se apuntala primeramente en una función puesta al servicio de la conservación de la vida y de la que sólo se independiza más tarde. Viendo cómo un niño que ha saciado su apetito se retira del pecho de la madre y vuelve a los brazos de ésta y, con las mejillas enrojecidas y una bienaventurada sonrisa, cae enseguida en un profundo sueño, hemos de reconocer en este cuadro el modelo y la expresión de la satisfacción sexual que conocerá más tarde. Muy pronto la necesidad de volver a hallar la satisfacción sexual se separa de la necesidad nutricia.”⁸¹

Es posible decir, entonces, que esta *vivencia* se inscribe en el incipiente aparato psíquico y tiende a revivirse. En lo sucesivo el objeto nutricional es abandonado, el fin y la fuente adquieren autonomía respecto de la alimentación y de lo que hay que ocuparse, entonces, no es de otra cosa que del *autoerotismo*.

Freud toma este término de los sexólogos de su época, particularmente de Havelock Ellis, y lo define esencialmente por la ausencia de objeto, como una “actividad sexual que no se orienta hacia otra persona”. Tal definición de un concepto, extremadamente fecundo dentro de la conceptualización freudiana, conduce a un extravío y confusión concerniente al “objeto” y a su primitiva ausencia, estado anobjetal que aparece como una especie de estado de idealismo biológico solipsista donde el

⁸¹ **Vida y muerte en psicoanálisis**. Amorrortu Ediciones. Buenos Aires. Pág. 29

objeto brotaría de un estado tal, sin objeto. Si no se adopta esta alternativa, habría que tener el cuidado de no caer apresuradamente en su contraria: la de suponer de inmediato que la sexualidad tiene desde el primer momento un objeto.

Las dos alternativas extremas sobre el objeto podrían definirse, entonces, como: o bien la ausencia total de objeto o bien la presencia, desde los orígenes, de un objeto *sexual*. Esto, que J. Laplanche denomina una falsa aporía, es factible de ser revisado a partir de otro párrafo citado por este autor, también de **Tres ensayos**: “Cuando la satisfacción sexual, en sus comienzos, estaba aún ligada con la absorción de alimentos (se refiere al tiempo del apuntalamiento), la pulsión sexual tenía su objeto sexual fuera del propio cuerpo, en el pecho materno. Este objeto sexual desaparece después, y quizá precisamente en la época en que el niño pudo construir la representación total de la persona a la cual pertenecía el órgano productor de satisfacción. La pulsión sexual se hace en este momento autoerótica (*por lo tanto, el autoerotismo no es el tiempo primordial*) hasta que, superado el período de latencia, vuelve a formarse la relación original. No sin fundamento, la succión del pecho materno por parte del niño ha llegado a ser modelo de toda relación amorosa. Encontrar el objeto sexual es, hablando con propiedad, reencontrarlo.”⁸²

Este párrafo no da cuenta de un estado presupuesto según el cual el autoerotismo es el estado de ausencia primaria y total de objeto, a partir del cual este último debería ser encontrado. Por el contrario, el autoerotismo es pensado aquí como un tiempo segundo, de pérdida del objeto, objeto que es "parcial", puesto que se trata de la pérdida del pecho.

En este sentido, señala J. Laplanche: “Entendámoslo bien: el objeto real, la leche, era el objeto de la función, estando ésta pre-ordenada en dirección al mundo de la satisfacción. Es este objeto real el que se ha perdido, pero el objeto que está vinculado

⁸² Idem. Pág. 31

con el repliegue autoerótico, el pecho -transformado ahora en pecho fantaseado- es, precisamente, el objeto de la pulsión sexual.»⁸³

Encontrar el objeto sexual es reencontrarlo: el objeto a reencontrar entonces, no es el que se perdió, sino su sustituto por desplazamiento. De ahí, la imposibilidad de recuperar jamás el objeto, ya que el que se ha perdido no es el que se intenta reencontrar. Es posible decir, además, que lo que se intenta reencontrar es la huella que dejó inscripta el objeto como *vivencia de satisfacción*.

En este sentido, Freud afirma que: “Si el individuo auxiliador ha operado el trabajo de la acción específica en el mundo exterior en lugar del individuo desvalido, este es capaz de consumir sin más en el interior de su cuerpo la operación requerida para cancelar el estímulo endógeno. El todo constituye entonces una vivencia de satisfacción, que tiene las más hondas consecuencias para el desarrollo de las funciones del individuo.”⁸⁴

Al decir esto, señala -nótese bien-, el *todo*, porque lo que se inscribe no es sólo la disminución de tensión de necesidad gracias a la ingesta del alimento, sino la experiencia total con el objeto ofrecido por el otro humano.

Esto será retomado más adelante, para conceptualizarlo con mayor detenimiento, en ocasión de pensar los modos de constitución del psiquismo. Aquí corresponde hacer algunas precisiones más respecto de la pulsión, fundamentalmente respecto del problema de la fuente, problema central si de los orígenes de la sexualidad se trata.

El concepto de fuente, aparece en **Tres ensayos** con dos sentidos, uno de ellos restringido, y el otro ampliado. El restringido, hace referencia a la fuente en tanto zona erógena, con la acepción más local del término, como suponiendo un montaje biológico

⁸³ Idem. Pág. 32

⁸⁴ **La interpretación de los sueños**. Obras Completas. Vol V. Amorrortu Ediciones. Buenos Aires. Pág. 363

que hiciera brotar la sexualidad de ciertas zonas predeterminadas y destinadas para ello: es la idea de una fuente para la pulsión, en el sentido de un proceso puramente fisiológico.

Sin embargo, más adelante en el mismo texto se vislumbra un sentido mucho más general para la fuente de la pulsión, cuando Freud habla de “fuentes indirectas” de la sexualidad, donde esta capacidad de constituir el punto de partida de una excitación sexual no es privilegio exclusivo de las clásicamente denominadas zonas erógenas: oral, anal, uretral o genital. No sólo éstas, sino toda la región cutánea, y más aún todo órgano interno, y hasta aún toda función y actividad humanas, pueden devenir erógenas.

De todas maneras, en esta perspectiva que se menciona, la fuente de la pulsión es el instinto. El instinto es la fuente del proceso que lo mimetiza, lo desplaza, lo desnaturaliza: la pulsión. Y la referencia obligada es al concepto de perversión, que tanto en el primer ensayo, con las aberraciones sexuales, como en el segundo con la noción de un niño “perverso polimorfo”, atraviesa la conceptualización. Perversión entonces: desviación del instinto. Lo cual supone una vía y fin predeterminados, y la subversión que implica el desvío.

Al respecto, se pregunta J. Laplanche: “¿Quiere decir entonces -ya que se trata de definir desviaciones respecto de una norma- que el propio Freud adheriría a la noción de un instinto sexual? En tal caso, en última instancia, la definición de un "instinto sexual" no podría menos que proponer una versión corregida y aumentada de la "concepción popular"... No se trata de esto, pues la dialéctica en Freud es más fundamental.... es que la *excepción* -queremos decir la perversión- acaba por *apropiarse de la regla*. La excepción que debería suponer la existencia de un instinto definido, de una función sexual preexistente, con sus normas de ejecución bien definidas, termina por minar y destruir el concepto de norma biológica. Toda la sexualidad concluye transformándose en perversión, al menos toda la sexualidad infantil.”⁸⁵

⁸⁵ **Vida y muerte en psicoanálisis.** Amorrortu Ediciones. Buenos Aires. Pág. 36

¿Qué es entonces lo que se pervierte? El instinto, pero como función para la vida, que es pervertida *por* la sexualidad. La sexualidad desvía el instinto, metaforiza su fin, desplaza e interioriza su objeto, concentra su fuente en una zona. Sobre este mismo punto se volverá más adelante para continuar con el desarrollo propuesto que conduce a repensar la teoría de la seducción y su papel en la génesis de la sexualidad y, por ende, en la constitución psíquica.

Cabe aquí, a los fines de no alejarse demasiado de los avatares del concepto de pulsión, revisar qué ocurre con la introducción del segundo dualismo pulsional, en lo que se conoce con la denominación de *giro del '20*, refiriéndose a lo conceptualizado en **Más allá del principio de placer**⁸⁶, como pulsiones de vida y pulsiones de muerte.

Tal como señala J. Gutiérrez Terrazas, esta división de las pulsiones -en pulsiones de vida y pulsiones de muerte-, comienza a gestarse durante la elaboración de **Introducción del narcisismo**⁸⁷, en 1914, donde: “(...) Aparecía secuenciada la constitución de lo pulsional a través de un triple momento fundador de lo intrapsíquico, en el cual el narcisismo era planteado como un momento segundo y como el tiempo de unificación de esa sexualidad pulsional que se había ido instalando en el organismo psicobiológico infantil de modo desperdigado y fragmentario”⁸⁸.

Este camino, el del narcisismo como unificador del carácter fragmentario y parcial de la pulsión, mostraba la vía regia para pensar el origen de la misma, el tiempo primario, originario, de su instauración a partir de la seducción precoz, y no como emergida de un estado anobjetal innato.

Pero ocurre lo contrario. La teoría pulsional no logra ser articulada con la tópica. Por lo cual, esta nueva división de las pulsiones no remite, como luego se verá, a un modo de funcionamiento del aparato, que en tanto pueda ligar la *pulsión sexual* -parcial

⁸⁶ Obras Completas. Vol XVIII. Amorrortu Ediciones. Buenos Aires.

⁸⁷ Obras Completas. Vol XIV. Amorrortu Ediciones. Buenos Aires.

⁸⁸ **Cómo leer a Freud**. Síntesis Ediciones. Madrid. Págs. 108-109

por definición-, ésta funcionará bajo los modos del proceso secundario, y será caracterizada como “de vida”, mientras que al funcionar desligada de representaciones, operará bajo los modos del proceso primario, de la compulsión, anárquicamente, y será caracterizada como “de muerte”.

Volviendo a Freud, es posible afirmar que -movido por cierta curiosidad, como por fenómenos observados en su práctica clínica que contrarían el imperio del principio de placer, en especial las compulsiones de repetición-, recurre nuevamente a la biología para sustentar las bases del nuevo dualismo pulsional. Y, hasta podría decirse, a una biología mitológica.

En este sentido, es posible coincidir con la afirmación de J. Laplanche de que este texto de 1920, es extra-ordinario, completamente fascinante y desconcertante a la vez. Al respecto, dice este autor que Freud: “(...) Jamás se ha mostrado tan libre, tan audaz, como en este gran fresco metapsicológico, metafísico y metabiológico. Aparecen en él términos absolutamente nuevos: Eros, pulsión de muerte, compulsión de repetición... Ideas antiguas aparentemente olvidadas, en particular las del **Proyecto de psicología científica** vuelven a surgir aquí, renovadas. Más que nunca, el problema del “biologismo” freudiano nos acosa aquí por todas partes”⁸⁹.

Texto desconcertante, y como tal, complejo por los huecos y deslizamientos de los conceptos, que a la vez que generan confusión y perplejidad, abren fecundas cuestiones teóricas. De ello da cuenta el derrotero que sufrió el concepto de pulsión de muerte entre los contemporáneos de Freud, discípulos y herederos, desde el más absoluto rechazo, a la indiferencia, o la aceptación ciega de algunos, frente a la aceptación en formas más o menos modificadas.

Para dar cuenta del rechazo producido por la pulsión de muerte, J. Laplanche cita a Ernest Jones entre los psicoanalistas de la época, que aún siendo el historiador más fiel de Freud, manifiesta su desacuerdo rechazando dicha hipótesis intentando

⁸⁹ **Vida y muerte en psicoanálisis.** Amorrortu Ediciones. Buenos Aires. Pág. 144

demostrar que la introducción del concepto se debe a motivos subjetivos e inconscientes del autor, en relación con la muerte misma.

Así como ocurre con Jones, también ocurre con Reich, quien considera este momento como el momento fatal del freudismo. Y Groddeck, a quien se mencionará más adelante con motivo del concepto de Ello, ya que él es su “dueño”, pudiéndose apreciar mejor lo que aquí se señala como paradójal, ya que aún habiendo concebido la noción de Ello -noción claramente ligada a la pulsión de muerte-, la rechaza y con ello rechaza, fundamentalmente, su dicotomía con las pulsiones de vida, por ser ésta una muerte radical, aniquilante.

Otra modalidad ante la nueva introducción conceptual -que es la de su reducción-, es señalada por J. Laplanche quien cita dos ejemplos: en Francia, Nacht; en América, Fenichel.; con lo que él llama “una enorme deflación del análisis de la sexualidad”, como consecuencia de una “admisión aparente del descubrimiento”. Es decir, se lo admite, a costa de reducirlo a alguno de sus aspectos, en estos casos citados, la agresividad. Lo que él llama también, una “edulcoración” de la pulsión de muerte, como modalidad de adhesión y aceptación del concepto. Y finalmente, la toma en consideración es encontrada en el kleinismo pero de una forma modificada y separada de sus fundamentos filosóficos.⁹⁰

A partir de estas consideraciones se pretenden señalar los diversos destinos que tal teorización del segundo dualismo pulsional siguió, particularmente el concepto de pulsión de muerte, para hacer notar que es una noción que nunca logró imponerse a los discípulos de Freud, ni a los que lo precedieron, a igual título que la mayoría de sus aportaciones conceptuales, siendo ésta una de las más controvertidas.

Retomando el momento de fundación del concepto en la obra –esto es, 1920-, se puede notar cómo la pulsión de muerte aparece aquí retratada como una especie de fuerza cósmica irresistible que se propone la reducción, de la complejidad de la

⁹⁰ **Problemáticas IV. El inconciente y el ello.** Amorrortu Ediciones. Buenos Aires. Págs. 219-226

organización a lo menos organizado, en una especie de movimiento aniquilatorio, regresionando así de lo vital a lo inanimado. Es el Nirvana, la abolición de toda pulsión, de todo estado deseante, la muerte designada como fin último de la vida, como tendencia “natural” del ser, “interna”, tendencia a reproducir estados primeros, vinculada a una fuerza universal.

A dichas pulsiones se opondrán las de vida, que amalgaman y tienden a formar unidades cada vez más ricas y complejas, manteniendo y elevando el nivel energético de aquellas configuraciones que conforma mediante ligadura.

Eros, así como Tánatos, es también una fuerza interna. Estas dos fuerzas primordiales se desarrollarían en dialéctica de lucha dentro del individuo.

Este segundo dualismo pulsional, conlleva un transfondo de mitología biológica importante, que J. Laplanche intenta desentrañar con bastante éxito. Fundamentalmente lo que se va perfilando hasta ponerse al descubierto, como un mito de los orígenes, de lo primario, de aquél estado al cual se tiende a regresar.

Es de notar cómo se alistan en la misma fila, tendencias difícilmente conciliables, tales como el principio de reducción de las tendencias a cero -o principio de Nirvana-, tendencia a la muerte, agresividad y auto-agresividad, búsqueda del sufrimiento o del displacer. Hay allí en principio una contradicción desde el punto de vista económico al atribuir a la misma pulsión la tendencia a la reducción de toda tensión por un lado, y por el otro, atribuirle asimismo, una búsqueda de placer masoquista, que indudablemente remite a un aumento de tensión.

Se encuentran dos definiciones de este principio económico en **Más allá del principio de placer**⁹¹. Una se refiere a la tendencia a la reducción, constancia y supresión de excitación interna; la otra, a la tendencia a mantener dicha energía en el nivel más bajo posible.

⁹¹ Obras Completas. Vol XVIII. Amorrortu Ediciones. Buenos Aires.

Se equiparan confusamente la constancia con la reducción a cero, ya que se puede mantener un nivel de energía constante, sin que esto implique la eliminación total de las tensiones. Distinguidos estos dos principios, el de constancia por un lado, y el de Nirvana o reducción de las tensiones a cero por otro, cabe decir aún, que una reducción energética tendiente a reducir las tensiones del sistema a cero, puede restablecer la constancia del mismo, pero llevada a sus últimos términos, la contradice gravemente.

De este modo, concluye J. Laplanche⁹², que ambos principios son irreductibles el uno al otro, por más que dentro de un mismo sistema se relacionen con la misma especie de energía cuantificable.

Esta diferencia es clara desde el **Proyecto de psicología**⁹³ de 1895. El principio de Nirvana es allí denominado como “principio de inercia neuronal” y caracterizado como la tendencia originaria del sistema neuronal a la inercia. Es identificado con las nociones de energía libre, que tiende a la descarga por las vías más cortas; con la de proceso primario; y con el principio de placer-displacer definido de tal modo que el displacer coincide con el aumento cuantitativo y el placer con la sensación de descarga. No se hace en esta definición referencia alguna a la constancia, que más bien está en oposición al proceso primario, y es introducida secundariamente como una adaptación - en razón de la “necesidad de la vida”- del principio de inercia.

La constancia aparece más bien como correspondiente de la energía ligada y el proceso secundario, a la instancia del Yo, forma catectizada a un nivel constante destinada a retener y regular así la libre circulación.

Por otra parte, merece igual atención lo que J. Laplanche llama “la prioridad del tiempo auto”⁹⁴. Ya mencionada con respecto a la teoría del autoerotismo, así como en el postulado de un narcisismo primario concebido como un momento totalmente cerrado

⁹² **Vida y muerte en psicoanálisis**. Amorrortu Ediciones. Buenos Aires. Págs. 153-154

⁹³ Obras Completas. Vol I. Amorrortu Ediciones. Buenos Aires.

⁹⁴ Véase **Vida y muerte en psicoanálisis**. Amorrortu Ediciones. Buenos Aires.

sobre sí mismo, retorna aquí bajo la forma mítica de una fuerza pulsional -y vale tanto para Eros como para Tánatos- que apela a un *retorno a un estado anterior*, que podría imaginarse como de completud, pero a la manera de la fábula del andrógino relatada por Aristófanes en **El Banquete** de Platón.

En este sentido, este autor señala que: “(...) La necesidad de *afirmar lo originario*, tanto en su forma de mito individual como en el mito histórico o prehistórico, es una de las direcciones fundamentales, fundadoras del pensamiento freudiano. Y proponer el mito biológico del surgimiento de la forma viva a partir del caos energético es sin duda proyectar en el mismo sentido, más acá de nuestro alcance, el suceso individual que hace que, en el seno de eso que no sin esfuerzo imaginamos como proceso primario, se coagule el primer núcleo de un yo. No obstante, si consideramos que esta trasposición del presente al pasado, de la ontogenia a la filogenia, es a la vez, en este caso, trasposición de muerte en vida, no podemos eludir una interpretación más específica de este movimiento hacia lo originario. Es como si hubiera en Freud la percepción más o menos oscura de una necesidad de refutar toda interpretación vitalista, de quebrantar en sus cimientos la vida con su consistencia, su adaptación, y para que todo sea dicho, su instintividad, y para ello -y aquí tenemos la gran paradoja- trasladar la muerte misma al nivel de la biología, como un *instinto*.”⁹⁵

Señalado esto, propone algunas consideraciones sobre la evolución y la estructura de la teoría freudiana en este preciso momento de 1919, momento de protagonismo de la pulsión de muerte, precisamente entre 1914 y 1923, período en el cual, con el desarrollo de la teoría del Yo y de su catexia narcisista, la “vida” se vuelve más apremiante, más avasallante, con el poderío del Yo, que parece adueñarse de todas las delegaciones, la de la autoconservación, pero también de la sexualidad, del amor y de las elecciones de objeto, todos marcados por el estigma narcisista.

Aparece así Eros, como fuerza divina, que difiere de la sexualidad, puesto que procura mantener, preservar y aumentar la cohesión y la síntesis de la vida psíquica,

⁹⁵ **Vida y muerte en psicoanálisis**. Amorrortu Ediciones. Buenos Aires. Págs. 167-168

mientras que desde los orígenes del psicoanálisis la sexualidad era por su esencia hostil a la ligazón y sólo es plausible de ser ligada mediante la intervención del Yo. Con Eros, aparece la forma ligada y a la vez ligadora de la sexualidad, puesta en evidencia por el descubrimiento del narcisismo.

Frente a este descubrimiento, Freud reafirma “no sólo en psicoanálisis sino hasta en biología”⁹⁶, una especie de anti-vida como sexualidad, goce, negativo, compulsión de repetición.

En este sentido, J. Laplanche advierte que es posible ver cómo, a lo largo de la obra freudiana, se parte de un primer tiempo en el cual se reconoce una primacía de la sexualidad como única pulsión genuina, sobre todo en los años de 1915 a partir de sus escritos sobre el inconsciente y la represión, en los cuales afirmará la idea de que el único contenido del inconsciente es la sexualidad. Pero luego, en un segundo momento, a partir del *descubrimiento* del narcisismo, la sexualidad pasa a ser la sexualidad investida en el objeto y en el yo, esto es, la sexualidad de objeto, el amor de objeto y el amor del yo.

Este autor resalta la importancia de esta nueva exploración freudiana -la del yo como objeto de amor-, así como también la idea de que los objetos del mundo son el reflejo o están en relación con este investimento primero del yo, en tanto se ama al otro según la propia imagen y representación de sí mismo.

Al respecto, dirá J. Laplanche que: “La sexualidad tiende en ese momento, entonces, a ser absorbida por este carácter del amor. De ahí el tercer tiempo, el de “giro” con *Más allá del principio de placer*; la sexualidad corre el riesgo de ser acaparada por entero, se corría el riesgo de verla sólo en su aspecto ligado, investido, calmo, quiescente; por lo cual surge en 1919 la necesidad de reafirmar algo que se ha perdido, es decir, la sexualidad no ligada, la sexualidad que podemos llamar “desligada” en el sentido de la pulsión, la sexualidad que cambia de objeto, que sólo tiene como fin correr

⁹⁶ Idem. Pág. 169

lo más rápidamente posible hacia la satisfacción y hacia el apaciguamiento completo de su deseo, es decir, la realización plena de su deseo por las vías más cortas; en ese momento entonces, se produce la necesidad de reafirmar algo esencial de la sexualidad y que se había perdido, su aspecto demoníaco gobernado por el proceso primario y la compulsión de repetición. Y vemos cómo, a partir de esto, la sexualidad, el contenido que ésta encerraba inicialmente, se encuentra como desgarrado entre estos dos aspectos que serán finalmente reagrupados por Freud bajo los términos de pulsiones de vida o Eros, y pulsiones de muerte. Retomando Eros no la totalidad de la sexualidad, sino los aspectos de la misma destinados a conservar al objeto, y también a conservar al yo como objeto primario.”⁹⁷

Así sintetiza este autor el recorrido que permite cercar los avatares de los dualismos pulsionales en la obra freudiana, preguntándose luego si el interés por hacerlo es sólo histórico. Evidentemente no, se responde, señalando que esto trae consecuencias para la significación del último dualismo pulsional: ¿se trata de un dualismo de fondo, radical, o es un dualismo a partir de una sola y misma energía?

No deja de tener importancia económica y práctica que sea una sola energía sexual la que aparece en ambos polos de la oposición. Es evidentemente muy importante, en el síntoma o en la cura, que una sola y misma energía sexual pueda especificarse, según el caso, en actividades dirigidas en el sentido de la pulsión de vida o de la pulsión de muerte, ya que esto sugiere una posibilidad en la cura, de pasaje o de retorno, de una a la otra.

Pero para precisar una definición de la pulsión sexual, es necesario pensar en su origen. Para ello, se puntualizarán a continuación algunas cuestiones sobre la seducción que permitirán cercar con mayor claridad el concepto de pulsión y a partir de allí intentar una articulación con la tópica.

⁹⁷ **Problemáticas IV. El inconciente y el ello.** Amorrortu Ediciones. Buenos Aires. Pág. 217

II. b. La teoría de la seducción en la obra freudiana y su importancia para pensar el concepto de pulsión: Pulsión sexual y sus destinos dentro del aparato psíquico a la luz del segundo dualismo pulsional.

Habiendo llegado a este punto, de puesta en cuestión de la biologización de la pulsión, se intentará desarrollar en este apartado la vía propuesta como alternativa para pensar el origen de la misma, y por tanto, de la sexualidad humana, como aquello que no está dado desde los orígenes de la vida, sino que debe constituirse. Dicha vía alternativa conduce por el camino de la seducción, razón por la cual se precisarán, en principio, los avatares de la teoría de la seducción en la obra freudiana, y luego la recuperación propuesta por J. Laplanche, a los fines de comprender el papel jugado por el adulto en la constitución de la sexualidad, y por lo tanto del psiquismo del infans.

A los fines de desplegar el desarrollo propuesto, es posible retomar, en este punto, el concepto de zona erógena.

Si, como se ha dicho, que la denominación de *zona erógena* como zona circunscripta a un área reducida y predeterminada fisiológicamente para que de ella brote sexualidad, era insuficiente y empobrecedora, habrá que dar cuenta, entonces, de su recategorización, fundamentalmente como *zona de intercambio*. Consiste en un punto en el cuerpo, que se trata ante todo de orificios, por donde transitan los principales intercambios biológicos y de cuidados para la conservación de la vida: alimentación, higiene, etc. Zona de intercambio y *zona de cuidados*, por donde el otro adulto -que por comodidad es llamada sintéticamente “la madre”- viene a prestar el auxilio efectuando la acción específica necesaria para la tramitación de la necesidad vital. Son zonas, entonces, donde se efectúan las primeras maniobras erógenas por parte del adulto. Y es importante retomar aquí lo dicho anteriormente respecto de que este adulto está provisto de sexualidad, y más aún provisto de Inconciente efecto de la represión, por ende, de sexualidad reprimida, por lo cual, por estas zonas circularán, junto con los cuidados, las fantasías del adulto cuidador, de la madre. De manera que podría decirse, que estas zonas se constituyen en puntos por los que se introduce en el

niño ese cuerpo extraño interno que es la excitación sexual. Es más, estas zonas se constituyen en erógenas a causa de y como condición de que esto ocurra.

De esta manera, quien toma a su cargo al infans es un adulto que, a partir de los intercambios producidos en el cuerpo -las zonas erógenas-, en función de mantener satisfechas las necesidades vitales, seduce. Pero nótese que se habla aquí de un adulto, una madre, en absoluto perversa, sino de una madre amorosa, con un aparato psíquico topicado, con pleno funcionamiento de la represión. ¿Por qué llamar, entonces, “seductor” a un adulto que sólo cuida amorosamente, y al cual no es dable atribuirle en absoluto ningún comportamiento de abuso? Para explicarlo, es necesario comenzar con un recorrido por la teoría de la seducción traumática.

La teoría de la *seducción traumática* es elaborada por Freud a los fines de dar cuenta del origen de las neurosis, articulando los vínculos existentes entre sexualidad, traumatismo y defensas patológicas, a partir de la tarea clínica desarrollada con Charcot y luego con Breuer, entre 1893 y hasta 1897. Es de notar, entonces, que fue elaborada antes de lo que se ha consignado como ampliación del concepto de sexualidad, o mejor dicho, antes de la conceptualización de la sexualidad ampliada, lo cual implica una verdadera mutación del término. En este sentido, es posible señalar que dicha ampliación no sólo ha sido dirigida a la expansión del concepto en cuanto la *extensión* de la sexualidad más allá de los confines de la genitalidad, sino en cuanto a su concepción como perversión de la función, lo cual separa a la sexualidad del instinto, como se ha mencionado con anterioridad.

En los **Estudios sobre la histeria**⁹⁸, se encuentra a cada paso, respecto de los recuerdos histéricos, una referencia a la seducción⁹⁹.

⁹⁸ Obras Completas. Vol II. Amorrortu Ediciones. Buenos Aires.

⁹⁹ Al respecto, dice J. Laplanche que “la seducción, dentro del pensamiento freudiano, remite a dos registros: es, por una parte, una *observación clínica* sucesivamente confirmada, invalidada, puesta en duda, otra vez confirmada, y así hasta en sus últimos escritos; por la otra, es una *teoría* elaborada a partir de esta observación de los actos de seducción.” **Vida y muerte en psicoanálisis**. Amorrortu Ediciones. Buenos Aires. Pág. 46

La comprobación se encuentra, por el método psicoanalítico, a partir de lo que se ofrece como recuerdo, que son escenas en las que el adulto hace proposiciones sexuales al niño -ya se trate de palabras, gestos, actos, más o menos insinuados-. En las histéricas tratadas en aquél entonces por el método catártico, la seducción era un telón de fondo común, repetido a menudo en una sucesión de escenas en cuya serie Freud buceaba, buscando, a partir de una escena más tardía, otras escenas más tempranas, precoces y traumatizantes, en último término, la escena originaria o primitiva.

Es sabido que esta indagación culmina con una dramática desilusión, expresada por Freud a Fliess en la carta del 21 de setiembre de 1897¹⁰⁰. “Ya no creo en mi neurótica” -es la famosa frase del anuncio-, lo que equivaldría a descreer precisamente de la teoría de la neurosis fundada en la seducción. En esa carta, los motivos señalados por Freud son varios y diversos: las deserciones entre aquellos pacientes que parecían ser los que mejor se prestaban al tratamiento, la falta de éxitos completos, así como la posibilidad de explicar los éxitos parciales atribuyéndolos a motivos más simples. Menciona estas cuestiones como resumen de sus fracasos terapéuticos. Pero luego, esgrime una razón de otro orden: la sorpresa de comprobar que todos los casos obligaban a acusar al padre de perversión, siendo en realidad poco probable que los actos perversos cometidos contra niños -además, los propios hijos- posean semejante carácter general. Podríamos llamar a este tipo de objeción, objeción estadística. Por otra parte está la inexistencia, en el Inconsciente, de indicios de realidad que permitan distinguir el recuerdo “real” de la pura y simple imaginación. Y por último, la comprobación de que ni en los estados más delirantes, ni aún en las psicosis más profundas, llega a irrumpir el recuerdo inconsciente que revelaría el secreto del incidente infantil, con lo cual la exploración nunca puede conducir al primer suceso.

A partir de este momento histórico de abandono se comprobarán en toda la extensión de la obra freudiana oscilaciones respecto a la seducción, que no hacen más que demostrar que Freud, como lo señala J. Laplanche, no tiene *definitivamente* en sus manos la categoría de “realidad psíquica” que permitiría superar la alternativa entre la

¹⁰⁰ **Fragmentos de la correspondencia con Fliess.** Obras Completas. Tomo I. Amorrortu. Buenos Aires.

realidad de lo efectivamente vivido acontecido y la fantasía. Está presente, en dicha noción de realidad psíquica, algo que tendría toda la consistencia de lo real, sin que por ello sea verificable en la experiencia externa, pero esto queda sin explicitar.

De este modo, aunque Freud afirme que poco importa si la escena ha sido real o fantaseada, puesto que la fantasía posee estatuto de realidad -realidad psíquica-, no cesa de perseguir la pista de las pruebas que lo lleven al acontecimiento real de la infancia, como ocurre con la extensa discusión acerca de la “escena originaria” en el análisis del Hombre de los Lobos. Y en última instancia, el recurso a la fantasía tampoco logra solventar la cuestión en tanto que, si la búsqueda es guiada remontándose de fantasía en fantasía, dicho derrotero corre el riesgo de devenir infinito y por lo tanto estéril, de lo cual resulta, en definitiva, el recurso último a la biología, a la filogénesis, con el concepto de “fantasía originaria”.

En realidad, Freud señala dos vías de solución: ver en las fantasías infantiles sólo el efecto retroactivo de una reconstrucción presumiblemente efectuada por el adulto, o bien retomar la idea de una predisposición hereditaria. Esta segunda posibilidad vuelve a ganar terreno, ya que la búsqueda del acontecimiento primero ha desembocado en una impasse, pero, además, porque Freud no logra percibir lo que hay en la teoría de la seducción de positivo, de modelo, de proton pseudos o esquema explicativo, más allá del acontecimiento fechable, del realismo del hecho cronológicamente situable de la seducción. Como no le resulta posible aprehender este acontecimiento, recurre al otro término de la alternativa: lo constitucional.

La renuncia a las concepciones del trauma real, dicen J. Laplanche y J. B. Pontalis¹⁰¹, y de la escena de seducción, en la medida en que fue efectiva, hizo lugar, no al Edipo, sino a la descripción de una sexualidad infantil espontánea, de desarrollo esencialmente endógeno. Ya no se justifica entonces, reconocer a la fantasía una realidad psíquica, en el sentido riguroso que Freud da a veces a la expresión, porque se

¹⁰¹ **Fantasía originaria, fantasía de los orígenes, origen de la fantasía.** Gedisa. Buenos Aires.

ha trasladado toda la realidad a una sexualidad endógena, de la cual las fantasías serían sólo una derivación puramente imaginaria.

En este sentido, afirman los autores: “ Llegamos entonces a la siguiente paradoja: en el momento mismo del descubrimiento del objeto psicoanalítico por excelencia -la fantasía-, éste corrió el riesgo de perder su propia esencia en favor de una realidad endógena, la sexualidad, enfrentada a su vez con una realidad externa que impone prohibiciones y normas, obligándola al disimulo. Se conserva la fantasía -en el sentido de producción imaginaria- pero se pierde la estructura. A la inversa, con la teoría de la seducción, tenemos, si no la tesis, por lo menos la intuición de la estructura - la seducción aparecía como una dotación casi universal, en todo caso más allá del hecho y, por decirlo así, de sus protagonistas-, pero los factores de la elaboración de la fantasía se ignoran o, por lo menos, son subestimados.”¹⁰²

Pese a estas oscilaciones entre términos como realidad, pura imaginación, reconstrucción retrospectiva, Freud irá afirmando la seducción como un hecho casi universal al final de su obra. Hay una seducción a la que no escapa, de hecho, prácticamente ningún ser humano: la seducción de los cuidados maternos. Los primeros gestos y acciones de la madre para con el niño están inevitablemente pregnados de sexualidad.

En este sentido, J. Laplanche señala que Freud, hasta el final de su obra, a propósito de la seducción como escena y no como teoría, siguió sosteniendo la realidad de las escenas de seducción. Dice el autor: “(...) Frecuentemente volvió a este problema, no sin modificar el acento de sus afirmaciones: en última instancia, más allá de las escenas de seducción por el padre y más allá de la seducción de apariencia abiertamente genital, es a la seducción de los cuidados maternos a la que se refiere como *primer modelo*. Esos cuidados, al polarizarse en determinadas regiones corporales, contribuyen a *definirlas* como zonas erógenas, zonas de intercambio que

¹⁰² Idem. Pág. 42

apelan y provocan la excitación para reproducirla luego en forma autónoma, por estimulación *interna*.¹⁰³

Es la seducción, entonces, la que da origen a la pulsión, la que, como se ha dicho anteriormente, pervierte el orden vital, autoconservativo, pero la seducción entendida en estos términos, y no como mera acción ejercida por un adulto perverso que genitaliza.

Freud insistió en todo momento en el rol de seductora que desempeña la madre - o su sustituto- cuando baña a su hijo, lo arropa y lo acaricia, aunque con frecuencia se sostenga que reconoció este vínculo con la madre muy tardíamente. Ya en **Tres ensayos**¹⁰⁴ dice que las relaciones del niño con las personas que lo atienden son fuente constante de excitaciones, y más aún si se tiene en cuenta que la persona encargada de los cuidados, que por lo general es la madre, le manifiesta al niño sentimientos derivados de su propia vida sexual.

Cabe en este punto señalar que, a los fines de distinguir esta acepción que corrientemente se le asigna al término *seducción* -que implica atribución de intencionalidad al adulto seductor-, S. Bleichmar propone el empleo del término *pulsación*, para dar cuenta de los efectos que comportan las acciones “seductoras” del adulto. Al respecto dice: “(...) Yo no me he sentido muy inclinada a emplear la palabra *seducción* sino más bien la de *pulsación* materna, por la siguiente razón: seducción implica, en su acepción corriente y del modo en que es retomada en los textos freudianos, un acto voluntario, conciente, de aquél que la ejerce, mientras que el acento acá está puesto en el inconciente materno, en el hecho de que hay alguien que desconoce que está ejerciendo una convocatoria a la sexualidad. Por otra parte, la seducción queda muy anudada a la genitalidad, a la sexualidad en el sentido restringido que Freud emplea en esos textos iniciales, antes de haber desplegado toda su concepción de la sexualidad ampliada.”¹⁰⁵

¹⁰³ **Vida y muerte en psicoanálisis**. Amorrortu Ediciones. Buenos Aires. Págs. 63-64

¹⁰⁴ Obras Completas. Vol VII. Amorrortu Ediciones. Buenos Aires.

¹⁰⁵ **Clínica psicoanalítica y neogénesis**. Amorrortu Ediciones. Buenos Aires. Pág. 158

La fecundidad de esta apertura de sentido radica, entre otras cosas, en abrir el camino a la comprensión de la inscripción de la pulsión a partir de la acción del otro humano y no como derivación directa de lo somático en lo psíquico.

De esta manera, se sostiene la idea de que las significaciones que están implícitas en el mínimo gesto parental son portadoras de fantasías de los padres: se habla generalmente en el plano relacional del vínculo madre-niño, padres-hijo, descuidando la dimensión metapsicológica, que nos permite rescatar del olvido el hecho de que estos padres son sujetos de sexualidad reprimida, tienen sus propios “complejos”, sus deseos signados de historicidad, de manera que cada uno comporta y aporta su propia estructura edípica, sus fantasías, su propia sexualidad infantil reprimida.

La implantación de la sexualidad adulta en el niño, no debe ya circunscribirse a un acontecimiento fechable, suceso traumático vivido, sino como un hecho más difuso y a la vez más estructural, universal, y más originario también. Lo que le otorga carácter de constitutivo e implica, a su vez, una concepción ampliada de la noción de traumatismo. Porque si se sostiene que la irrupción de la sexualidad adulta en el niño es traumática, lo es sólo en el sentido de que requiere y obliga a un procesamiento de aquello que irrumpiendo se inscribe en el incipiente psiquismo.

A los fines de explicar esto más en detalle es necesario no perder de vista el modelo de procesamiento de cantidades, esto es, el modelo económico que rige al aparato psíquico. Al respecto dice S. Bleichmar que: “(...) Si el principio de inercia es quebrantado por la intromisión de algo endógeno de lo cual la fuga está impedida, es inevitable que este principio -que luego fue definido como principio de Nirvana, como tendencia al desinvertimiento absoluto- no rige fundamentalmente los destinos de la vida psíquica en tanto vida sexual, sino los modos de evacuación de lo autoconservativo, de las necesidades que se plantean al viviente en aras de mantenerse con vida biológica. La necesidad nutricia puede ser descargada a cero -se puede obtener un nivel de saciedad desde el punto de vista biológico-, pero aquello desgajado de la

necesidad biológica, aquello que constituye un plus irreductible y que obliga a modos de derivación de otro orden, aquello que puede ser reprimido, sublimado, vicariado en sus destinos, aquello que se rehúsa a la descarga a cero, irrumpe en el viviente alterando para siempre sus modos de funcionamiento.”¹⁰⁶

De lo que se está hablando aquí no es de otra cosa que de la pulsión, que fue definida por Freud como “el verdadero motor del progreso psíquico”, a partir de la complejización de sus destinos, por estarle negada la descarga y condenada así al procesamiento.

Pero ¿qué es esta excitación interna de la cual el individuo no se puede sustraer? Incripciones efecto de la impulsión del semejante, “restos desgajados de la sexualidad del otro”, como dice S. Bleichmar, que no cesan de inscribirse. Cantidades inmetabolizables por el psiquismo incipiente. Modelo utilizado por Freud en **Más allá del principio de placer**¹⁰⁷, donde es la capacidad de ligazón del aparato la que definirá las posibilidades del dominio de esta energía que, en estado libre, genera displacer. Proposición del concepto de traumatismo entonces, como una ecuación, como una relación entre cantidades que ingresan y capacidad de ligazón en el interior del sistema en cuestión.

Traumatismo, en un sentido ampliado se podría decir, en tanto da cuenta de algo que, irrumpiendo, mueve a la ligadura, al trabajo, y lleva a la constante complejización del aparato. Pero es ésta una cuestión que se retomará más adelante para dar cuenta de la constitución del psiquismo, ya que es menester, primero, pensar la tópica psíquica, ya que para hablar de traumatismo es necesario precisar el traumatismo en referencia a dónde y con respecto a qué.

Es posible ver, hasta aquí, cómo la teoría de la seducción puede ser “rescatada” del abandono y la represión sufridos dentro de la obra freudiana, a condición de ser

¹⁰⁶ **La fundación de lo inconciente.** Amorrortu Ediciones. Buenos Aires. Págs. 32-33

¹⁰⁷ Obras Completas. Vol XVIII. Amorrortu Ediciones. Buenos Aires.

revisada y resignificada con la introducción de la denominada “seducción precoz”, que como se ha puntualizado, es estructural y necesaria para la constitución del psiquismo.

La teoría de la seducción, entonces, ampliada y profundizada, es la que rompe con todo planteamiento biologizante que da a la fuente de la pulsión un carácter somático-biológico, o más aún, mítico.

En este sentido, J. Gutiérrez Terrazas señala que: “(...) La profundización de la teoría de la seducción, conduce necesariamente: *a)* a desbaratar las oposiciones demasiado simplistas entre una teoría del traumatismo, que sitúa el origen de la neurosis en algo real puramente *externo*, y una teoría biologizante de la pulsión que no conoce sino los estímulos *endógenos*; y *b)* a desarrollar, por el contrario, lo que era la intuición fundamental de Freud, la idea de cuerpo extraño interiorizado, la idea de lo *externo-interno*.”¹⁰⁸

Es necesario hacer algunas puntualizaciones más acerca del concepto de pulsión, lo que permitirá luego introducirse de lleno en los modelos de la tópica psíquica.

Se ha mencionado ya el hecho de que Freud, inicialmente, intenta describir la pulsión sin precisar de qué pulsión se trata, la pulsión en general, y las confusiones que dicha empresa acarrió, tal como la conceptualización de pulsiones de autoconservación a algo que es del orden de las funciones biológicas del individuo que atañen al mantenimiento del organismo, del orden de la necesidad, por lo tanto evacuable, y por ello mismo radicalmente distinto a la pulsión.

Entonces, ¿de qué pulsión se habla? De la pulsión sexual, la pulsión por excelencia, que como se ha dicho también, es producto de la implantación a partir de la denominada seducción precoz.

¹⁰⁸ **Teoría Psicoanalítica.** Biblioteca Nueva. Madrid. Pág. 163

¿Qué ocurre entonces con el segundo dualismo pulsional? Pulsiones de vida y pulsiones de muerte, no hacen referencia, como es evidente, a la vida o la muerte del individuo. Ambos tipos de pulsiones se encuentran dentro del campo de la pulsión sexual, y se definen como tal por el funcionamiento o destino de dicha pulsión dentro del aparato. La expresión “de vida y de muerte” debe entenderse, entonces, como modos de operar de la pulsión sexual.

Los tres aspectos de la metapsicología, tópico, dinámico y económico se enraízan tanto en el problema del conflicto psíquico, como en el de su origen o constitución y, si bien Freud optó en diversos momentos de su obra por soluciones aparentemente contradictorias, éstas no son tan diversas como parecería en una primera aproximación.

Al respecto, S. Bleichmar señala que: “(...) Mientras que Freud había establecido el primer dualismo pulsional como un conflicto entre las pulsiones de autoconservación o del Yo -lo destacamos porque imbrica el problema pulsional con el problema tópico- y las pulsiones sexuales, en la Metapsicología planteó el carácter de la autoconservación como del orden de lo no reprimible y a su vez estableció a la pulsión sexual como el prototipo de toda pulsión. Este dualismo, por lo tanto, quedaba contradictoriamente anulado por la definición de la sexualidad como única pulsión en el sentido estricto del término, y se desplazaba hacia el de un conflicto entre la libido del yo y la libido objetal, a partir de la inclusión de la problemática del narcisismo. El órgano participante del conflicto parece entonces el terreno en el cual se juega el conflicto pulsional, más que uno de los polos de este conflicto. (...) En el segundo dualismo pulsional, de lo que se trataría sería de rescatar el carácter indomable de la sexualidad originaria, ligada a la búsqueda enloquecida de satisfacción, es decir anárquica, no ligada, conceptualizada esta vez como pulsión de muerte. La libido ligada -al Yo o al objeto- quedaría contrapuesta de este modo a la sexualidad del ello, de un inconciente entendido en su profunda anarquía pulsional, pero que no estaría a su vez

presente desde los orígenes: su carácter originario vendría dado por su separación del sistema del Yo.”¹⁰⁹

Los dualismos pulsionales, así como el conflicto propuesto, quedarían imbricados, de este modo, con el problema tópico, reubicándose el problema del conflicto pulsional en términos intersistémicos y resolviéndose la aparente paradoja de que el Inconciente -en sentido sistémico- pudiera ser la sede del conflicto.

II. c. Tópica psíquica: dos modelos

Lo que ha sido conocido como la influencia de la escuela fisicalista en Freud, remite al intento de explicar sólo aquellos fenómenos de la psicología reducibles a procesos físico-químicos. Esto que aparece como la reconducción de todo proceso psicológico al terreno de la fisico-química contiene una idea interesante que rescata del reduccionismo: la utilización del modelo fisicalista, como modelo introducido en la psicología.

En este sentido, al igual que en el modelo biologicista, dicho concepto remite a una imagen, un esquema, un boceto, *modelo* abstracto si se quiere, pero a la vez, primera realización concreta de lo que constituye un “prototipo”, en este caso, prototipo de constitución y funcionamiento del aparato psíquico.

El modelo fisicalista encuentra su expresión en los modelos de memoria, entre los cuales contamos al **Proyecto de Psicología**¹¹⁰ -al menos una parte de dicho texto-, el **Capítulo VII de la Interpretación de los Sueños**¹¹¹ y fundamentalmente la **Carta 52**¹¹².

¹⁰⁹ **En los orígenes el sujeto psíquico**. Amorrortu Ediciones. Buenos Aires. Págs. 46-47

¹¹⁰ Obras Completas. Vol I. Amorrortu Ediciones. Buenos Aires.

¹¹¹ Obras Completas. Vol V. Amorrortu Ediciones. Buenos Aires.

¹¹² Obras Completas. Vol I. Amorrortu Ediciones. Buenos Aires.

Según este modelo de tipo exogenista, que luego se detallará con mayor precisión, los contenidos y representaciones proceden del exterior, y se inscriben intrapsíquicamente.

Este modelo coexiste en la obra con otra postura, la biologicista o endogenista, que remite a la explicación de la génesis del aparato psíquico a partir del modelo de la biología y la fisiología.

Estos modelos más cercanos a la biología hacen intervenir la ficción de un aparato psíquico a modo de un organismo que tiende a mantener una homeostasis, es decir, a mantener cierto nivel energético. El prototipo de este modelo es el desarrollado en **Más allá del principio de placer**¹¹³.

Habría, entonces, dos tipos de modelos, al menos, en la obra freudiana: por un lado, los modelos de memorias o de circulación libre cuyo paradigma es el esquema del peine del **Capítulo VII de La Interpretación de los Sueños**¹¹⁴, que emplaza una sucesión de memorias entre las cuales se producen reinscripciones sucesivas, y una parte del **Proyecto de Psicología**¹¹⁵. Por otro lado, los modelos de nivel, más cercanos a la biología porque hacen intervenir la ficción de un organismo que tiende por todos los medios a mantener la homeostasis.

Al respecto, señala J. Laplanche que, además, a menudo estos dos tipos de modelos se complementan, particularmente en el **Proyecto de Psicología**¹¹⁶ donde se parte de un modelo de memorias pero se termina, constreñidos por lo que Freud llama el “apremio de la vida”, a hacer intervenir la noción de un nivel por resguardar.

¹¹³ Obras Completas. Vol XVIII. Amorrortu Ediciones. Buenos Aires.

¹¹⁴ Obras Completas. Vol V. Amorrortu Ediciones. Buenos Aires.

¹¹⁵ Obras Completas. Vol I. Amorrortu Ediciones. Buenos Aires.

¹¹⁶ Idem.

Se podría decir que la idea constante en Freud es construir un modelo de aparato psíquico, suerte de máquina que efectúa determinados trabajos, explicando su estructura y sus funciones, y estos modelos mencionados, no son otra cosa que intentos de precisar esquemas de dicha máquina.

En el **Proyecto de Psicología**¹¹⁷ de 1895 se presenta un sistema de neuronas que no es tan sólo una metáfora neurológica, sino que representa lo que será la concepción de un aparato psíquico. La característica central de este modelo es que consiste en fuerzas que circulan en un sistema figurado, abstracto, a los fines de dar cuenta de la naturaleza del funcionamiento de lo psíquico, específicamente al problema de la memoria, de qué se recuerda y qué se olvida, cuestión que ocupa a Freud en aquél entonces a partir de su experiencia clínica con los fenómenos de catarsis y abreacción y su contrario, la retención del afecto en los fenómenos histéricos. La gran pregunta sobre la que ronda este texto freudiano, entonces, es sobre la memoria que acompaña la problemática de la histeria, pero donde Freud en vez de preguntarse exclusivamente por qué olvidan las histéricas, construye un modelo para explicar por qué y cómo se recuerda, esto es, de qué manera se produce la memoria¹¹⁸.

Para responder a estas cuestiones recurre a un modelo de funcionamiento del psiquismo a partir de dos elementos básicos: neurona y cantidad. Neurona como unidad básica que remite a la representación y conduce o retiene energía formando sistemas de pasaje o impasaderos, y cantidad como fuerzas o energía que remite al afecto. Estas neuronas forman sistemas o cadenas más o menos permeables que constituirían lo que Freud llamó los sistemas mnémicos. Con estos dos elementos, la neurona-representación y la cantidad-afecto, da cuenta entonces del problema defensivo, específicamente de la represión, dada precisamente por la independencia entre la representación y el afecto.

¹¹⁷ Idem.

¹¹⁸ Así se lo hace saber a Fliess, en una de sus cartas: “(...) Yo sólo pretendía explicar la defensa, pero (...) he tenido que elaborar los problemas de la cualidad, el dormir, la memoria: en suma, la psicología entera”. Freud, S. **Fragmentos de la correspondencia con Fliess**. Obras Completas. Tomo I. Amorrortu Ed. Buenos Aires. Pág. 327

En continuidad con ese modelo está el del **Capítulo VII de la Interpretación de los Sueños**¹¹⁹, forjado para explicar el trabajo del sueño. Se trata de un modelo que aparece con mayor claridad en la **Carta 52**¹²⁰ de la correspondencia a Fliess, cuestión que se retomará más adelante.

De todos modos, hay también en la obra de Freud otro modelo que aparece más adelante, en 1920, para dar cuenta de las compulsiones y las tendencias mortíferas, el de **Más allá del Principio de Placer**¹²¹. ¿Qué caracteriza a este modelo? Que describe un aparato de nivel, un aparato energético, con diferentes cantidades de energías que requieren ser mantenidas a un nivel constante para garantizar el funcionamiento y permanencia de dicho aparato. Para ello, el aparato psíquico cuenta con un límite que protege el nivel interno de energía de las violentas energías externas capaces de destruirlo. Este modelo es capital para pensar la cuestión del traumatismo y, por consiguiente, del Yo -que es quien sufre el traumatismo-, retomando así la línea del **Proyecto de Psicología**¹²² en esta dirección: el Yo no equivaldría a la totalidad del psiquismo, sino que es una organización del mismo, sumergido en energías traumatizantes, las pulsiones, y cuyo funcionamiento entonces está regido por la constancia de nivel.

De todas maneras, Freud resulta impreciso en cuanto a aquello que el aparato debe elaborar: cantidad de excitación, energía, una X, lo que luego llamará “libido”; mientras que es más preciso en cuanto al trabajo que el aparato debe efectuar con dicha energía: la ligazón o trabajo de ligadura. Como su nombre lo indica, la tarea a realizar es ligar dicha energía de modo que no fluya libremente, y el modo de lograrlo es ligándola a ciertos contenidos representacionales. Del mismo modo, dicha energía es susceptible de desligazón o descarga.

¹¹⁹ Obras Completas. Vol V. Amorrortu Ediciones. Buenos Aires.

¹²⁰ Obras Completas. Tomo I. Amorrortu Ed. Buenos Aires.

¹²¹ Obras Completas. Vol XVIII. Amorrortu Ediciones. Buenos Aires.

¹²² Obras Completas. Vol I. Amorrortu Ediciones. Buenos Aires.

Esta somera explicación general de la tarea del aparato psíquico es lo que aparecerá bajo distintas formas en los modelos metapsicológicos, ya que esta noción de elaboración psíquica es de capital interés para la cura.

Al respecto, señala J. Laplanche que: “(...) En efecto, si hay que entender que las neurosis, según las modalidades más diversas, corresponden a un déficit o a un rehusamiento de elaboración, inversamente se puede pensar que una de las maneras en que actúa la cura es, precisamente, volviendo a poner en marcha una elaboración. Sobre esto, Freud y los analistas no variaron, aún cuando debieron profundizar la noción de *elaboración interpretativa* o de *perlaboración*, a través de la cura. Para Freud, y desde el comienzo, la cura consiste en restablecer lazos, conexiones, entre sistemas o grupos de representaciones que se encuentran separados: consiste, en consecuencia, en restablecer las comunicaciones en el interior de la vida psíquica.”¹²³

Se verá, entonces, en el próximo apartado, cómo esta tarea o trabajo del aparato psíquico va tomando diversas formas a lo largo de la obra freudiana, a través de los principales textos que resultan útiles para pensar dichos modelos.

II. d. Comentarios sobre los principales textos de la obra freudiana que dan cuenta de modelos de aparato psíquico.

Los modelos a los cuales se ha hecho referencia con anterioridad son modelos tópicos. Y ¿qué es una tópica? Es una teoría de los lugares y de sus relaciones entre sí. Al respecto, señala J. Laplanche que: “(...) Con Aristóteles esos lugares son simplemente rúbricas, categorías, instrumentos de clasificación. (...) Con Kant es más o menos lo mismo: la tópica consiste en reconducir correctamente nuestros conceptos a las diferentes facultades en que tienen su origen. De todos modos, en Kant o Aristóteles, se trata de una tópica, a lo sumo, de sesgo discriminativo.”¹²⁴

¹²³ **Problemáticas I. La angustia.** Amorrortu Ediciones. Buenos Aires. Pág. 52

¹²⁴ Idem. Pág. 160

Aparece, de esta manera, señalada una diferencia sustancial con la tónica psicoanalítica, pues en Freud el origen de la tónica es evidentemente el interés por la teoría de las localizaciones cerebrales. Se distingue entonces de la tónica de los filósofos, porque es un interés realista que data de sus primeros trabajos de investigación anatómica, en particular sobre la neurona, y luego en 1891 con la publicación de su trabajo sobre las afasias.

Posteriormente, iniciados ya sus trabajos con Breuer y en los comienzos del psicoanálisis, con la publicación en 1895 de **Estudios sobre la Histeria**¹²⁵, aparece una idea de clivaje en la teoría de las neurosis, entre lo consciente y lo subconsciente, o el reconocimiento de los llamados estados de “doble conciencia alternada”, donde se suponen dos lugares en el sujeto que alternarían, pasando uno al primer plano y el otro al segundo y viceversa. Esta idea será la defendida por Janet y de ella Freud se diferenciará, ya que para Janet estas dos conciencias carecen de diferenciación cualitativa o funcional, se invierten simétricamente ya que ninguna es privilegiada en detrimento de la otra; no funcionan de modo diferente, no tienen estatuto ni procesos distintos, por lo tanto son equivalentes y pueden reemplazarse una a la otra. En suma, se trata de una estructura que se puede invertir sin más.

Fue la experiencia de la psicoterapia de la histeria la que hizo que Freud se topase con duras resistencias para propiciar dichas inversiones y pasajes, de modo que se le hizo visible que no se puede progresar de cualquier modo. A raíz de eso, Freud redacta solo el capítulo titulado “Psicoterapia de la Histeria”, donde lo que llama “materiales patógenos” -es decir, los contenidos inconscientes- están organizados como capas concéntricas al modo de las capas de una cebolla en torno de un núcleo que sería el lugar de mayor resistencia, ya que dichas capas se estratificarían en función de fuerzas de resistencia mayores según se encuentren más cercanas al núcleo central. Aparece, así, una primera idea de un modelo espacial.

¹²⁵ Obras Completas. Vol II. Amorrortu Ediciones. Buenos Aires.

Tras ese trabajo, realizado conjuntamente con Breuer, podemos situar el **Proyecto de Psicología**¹²⁶ de 1895, que tiene la apariencia de un escrito estrictamente neurológico -y así lo han interpretado muchos autores y lectores-, como el último intento de Freud de darle al naciente psicoanálisis un sesgo científicista. Pero, si el mismo Freud criticó las localizaciones cerebrales en su trabajo sobre las afasias, diciendo que casi siempre se inventaban para abogar por lo que de antemano se pretendía defender, y decía, además, que era preciso buscar una explicación más funcional, ¿por qué habría entonces de regresionar de manera tan extraña? Más bien parece tratarse de algo que en absoluto es neurofisiología, aunque los términos utilizados sean idénticos a los empleados por dicha disciplina. Como lo señala J. Laplanche “(...) Son las mismas palabras, que quieren decir a la vez lo mismo y, metafóricamente, otra cosa; se trata de una fisiología fantasmática.”¹²⁷

De todos modos, hay aquí, en el modelo del **Proyecto de Psicología**¹²⁸, un salto cualitativo a mencionar. Una primera cuestión es que, en principio, se distinguen dos formas de energía, Q y Qn, la cantidad que ingresa al aparato, y la que circula dentro de él. Están diferenciadas, se opera allí una transformación, que es posible pensar en continuidad con los conceptos de estímulo y excitación, presentes en la Metapsicología. Una segunda cuestión a tomar en cuenta es la de los sistemas diferenciados por donde esta excitación circula, sistemas de “neuronas” con diferentes funcionamientos según sean pasaderas o impasaderas, esto es que permitan la ligazón de la energía o no. De este modo se retoma lo antedicho con respecto a la elaboración psíquica: este sistema o aparato implica lugares o sistemas con diverso funcionamiento, y se va a caracterizar por tender a una disminución de la energía que ingresa.

Como ya se ha señalado, la **Carta 52**¹²⁹ de la correspondencia con Fliess es un antecedente inmediato de lo que será el esquema de aparato psíquico propuesto en el

¹²⁶ Obras Completas. Vol I. Amorrortu Ediciones. Buenos Aires.

¹²⁷ **Problemáticas I. La angustia.** Amorrortu Ediciones. Buenos Aires. Pág. 164

¹²⁸ Obras Completas. Vol I. Amorrortu Ediciones. Buenos Aires.

¹²⁹ Idem.

Capítulo VII de La Interpretación de los Sueños¹³⁰. En dicha carta se encuentra la noción de que estos lugares son sistemas de inscripción que se van fijando en secuencias temporales; pero, además, estas fijaciones que se suceden en el tiempo corresponden a tipos de asociaciones diferentes.

Para explicar el esquema dibujado por Freud, J. Laplanche retraduce la carta: “(...) *P* son neuronas donde se generan las *percepciones* a que se anuda la conciencia, pero que en sí no conservan huella alguna de lo acontecido. *Es que conciencia y memoria se excluyen entre sí* (sólo se puede percibir en la medida en que sin cesar la placa sensible es devuelta a su estado virgen). *Ps* (signo de percepción) es la primera inscripción de las percepciones, por completo insusceptible de conciencia y articulada según la asociación de simultaneidad. *Ic* (inconsciencia) es la segunda inscripción, ordenada según otros nexos, tal vez causales. Las huellas *Ic* quizá correspondan a recuerdos de conceptos, de igual modo inasequibles a la conciencia. *Prc* (preconsciencia) es la tercera transcripción, ligada a representaciones de palabra, correspondiente a nuestro yo oficial. Desde esta preconsciencia las investiduras devienen concientes de acuerdo con ciertas reglas, y por cierto que esta *conciencia de pensar* secundaria viene, en el tiempo, *après- coup*, probablemente anudada a la reanimación alucinatoria de representaciones de palabra, de suerte que las neuronas de conciencia serían también neuronas de percepción y en sí carecerían de memoria.”¹³¹

Hay varias ideas importantes aquí. Los signos de percepción, concepto que luego desaparecerá como tal a lo largo de la obra, pero que daría cuenta de algo originario, arcaico, signos inscriptos según asociaciones de contigüidad o simultaneidad, un tipo de asociación que llamamos metonímica. Luego, está la idea de la presencia de un Yo, que está presente constituyendo lo preconciente, como organismo de contención o de inhibición, núcleo de organización, tal como aparecía bosquejado también en el **Proyecto de Psicología**¹³², como órgano ligador de energía.

¹³⁰ Obras Completas. Vol V. Amorrortu Ediciones. Buenos Aires.

¹³¹ **Problemáticas V. La cubeta. Trascendencia de la transferencia.** Amorrortu Ediciones. Buenos Aires. Pág. 67

¹³² Obras Completas. Vol I. Amorrortu Ediciones. Buenos Aires.

Aparecen, entonces, diferentes lugares, caracterizados por modos de funcionamiento distintos, lo que implica que el pasaje de un lugar a otro amerita una transcripción a un modo de funcionamiento diverso. Habrá inscripción, pero, para pasar de un sistema al otro, deberá efectuarse una suerte de traducción, y eso es lo que constituye la resistencia a la cual Freud se refería en **Estudios sobre la Histeria**¹³³ al dar cuenta del pasaje de una capa a otra.

Luego, es en el **Capítulo VII de La Interpretación de los Sueños**¹³⁴ donde Freud propone su modelo tópico, el primero que se publica, tras los diferentes esbozos en los textos previos, que acaban de mencionarse.

Freud va construyendo este modelo visiblemente, ya que propone tres esquemas que va precisando a lo largo del texto. Comienza con un dibujo que se ha conocido como el esquema del “peine” -dada su forma-, y que consiste en un continente con un contenido, lo que J. Laplanche ha dado en llamar, una cubeta. Dicho continente comprende dos extremos, en uno *P*, la Percepción, el polo perceptual; en el otro *M*, la acción muscular, el polo motriz. Y una flecha con una dirección que indica el sentido de la transmisión: de *P* a *M*.

Para explicar el contenido de dicha cubeta, Freud indica que el mejor término de comparación es un aparato óptico, con una serie de pequeñas lentes. Pero, los lugares psíquicos no son dichas “lentes”, sino el espacio comprendido entre ellas; por lo tanto, espacios virtuales donde se forman imágenes. Estos lugares psíquicos son exteriores los unos a los otros por estar especializados, tal como lo indicaba ya Freud en la **Carta 52**¹³⁵: a cada uno de esos lugares corresponde un modo de funcionamiento diverso a los otros, según el tipo de ligadura que allí predomine.

¹³³ Obras Completas. Vol II. Amorrortu Ediciones. Buenos Aires.

¹³⁴ Obras Completas. Vol V. Amorrortu Ediciones. Buenos Aires.

¹³⁵ Obras Completas. Vol I. Amorrortu Ediciones. Buenos Aires.

Al respecto, señala J. Laplanche que: “(...) Estas imágenes y estos recuerdos están reagrupados de manera muy sistematizada. No se trata simplemente de concreciones o de sedimentaciones que se produjeran según un orden puramente temporal, o bien se reagruparan según el objeto al que esos recuerdos se refieren. En realidad, se producen según el tipo de las asociaciones en cuestión. Freud lo dice con toda precisión: el primer plano, por ejemplo, sería aquél en que las imágenes se reagrupan según simultaneidad; las imágenes que llegan al aparato serían entonces, en cierto modo, descompuestas y después recompuestas según, exclusivamente, sus conexiones de contigüidad. El segundo plano, a su vez, descompondría y recompondría los recuerdos según lazos de similitud. (...) Imaginen entonces un aparato que permita descomponer según determinados parámetros cierta imagen global llegada a su extremidad perceptiva.”¹³⁶

Es, precisamente, el estudio del sueño lo que lo lleva a Freud a precisar estos distintos funcionamientos, dado que la formación del sueño lo lleva a suponer la existencia de dos instancias psíquicas -lugares-, una de las cuales sometía a la otra a una crítica que tenía como consecuencia denegarle su devenir conciente. Hay entonces una instancia criticada y una criticadora, de las cuales, dice Freud, que la criticadora se encuentra en mayor relación con la conciencia que la criticada. Se podría resumir el modelo desarrollado hasta aquí del siguiente modo: habría dos lugares, dos sistemas, la instancia Preconsciente o criticadora que comanda las puertas de la motilidad, el polo motriz, y la otra instancia, situada antes a modo de serie de huellas mnémicas que constituyen la instancia criticada, es decir el Inconsciente.

Señala Freud, además, que entre Inconsciente y Preconsciente hay barreras, censuras que funcionan en un sentido, como ya se ha indicado, y no en ambos. La censura opera en el sentido propuesto por la flecha, pero no impide necesariamente el regreso en sentido contrario, ya que el sistema puede funcionar en un sentido inverso que Freud llama “regrediente”.

¹³⁶ **Problemáticas V. La cubeta. Trascendencia de la transferencia.** Amorrortu Ediciones. Buenos Aires. Págs. 54-55

A modo de síntesis, podría decirse que se cuenta con una tópica, verdadera organización espacial que supone lugares, espacios o sistemas que se excluyen entre sí a raíz de la especialización de cada lugar, ya que cada uno tiene un modo de funcionamiento diferente del otro. Esta tópica señala, además, un orden de recorridos que implica una teoría del orden de los lugares en un espacio. Pero también implica la existencia de barreras que regulan el pasaje de un lugar a otro. Es decir, todo un aparato, con lugares, modos de funcionamiento para dichos lugares y reglas que regulan las relaciones entre ellos.

A continuación Freud señala algo de suma importancia para completar el modelo. Se le hace notoria una dificultad, a saber, que la Consciencia se encontraba en dos posiciones diferentes. Había una Consciencia ligada a la Percepción de los estímulos externos, y otra, secundaria, la que el sujeto toma de sus recuerdos, de su mundo interno. Así quedaría ubicada en ambos extremos del esquema lineal. En 1919 Freud lo resuelve -agrega una nota- enrollando la cubeta para restituirle sus verdaderas relaciones topológicas al esquema, conformando una especie de cilindro donde Percepción y Consciencia vuelven a coincidir.

En el mismo momento en que se agrega dicha nota, Freud escribe **Más allá del Principio de Placer**¹³⁷, texto fundamental que imprime a la obra lo que se conoce como el “giro de 1920”.

Respecto de dicho escrito es posible decir que en este controvertido texto hay una tópica esbozada, aunque no haya sido enunciada como tal. Freud no sólo revisa aquí su teoría de las pulsiones, sino que revisa además las nociones tópicas en función de poder explicar problemas que le plantea la clínica, tales como los fenómenos de repetición asociados a la neurosis traumática. Aparece así un modelo espacial del aparato psíquico, esquema que parte de la Consciencia, ubicada como ya se ha visto en lo que se podría denominar como una intersección, ya que está asociada a las percepciones provenientes del exterior, pero por otra parte, recibe algo del interior,

¹³⁷ Obras Completas. Vol XVIII. Amorrortu Ediciones. Buenos Aires.

particularmente las sensaciones de placer-displacer. Por lo tanto, Freud la ubica como en contacto con el mundo exterior, pero envolviendo los demás sistemas psíquicos de modo tal que queda en posición fronteriza, recibiendo excitaciones tanto del exterior como del interior del sistema.

Cabe aquí preguntarse ¿qué ocurre en el interior? La energía de las excitaciones tiene una intensidad menor, ya que discurre canalizada y “repartida” por vías colaterales, facilitaciones o bifurcaciones, tales como fueron descritas en el **Proyecto de psicología**¹³⁸ para explicar el proceso de ligadura de la energía circulante en el aparato. También indica Freud que, estando sometida la capa superficial a constantes bombardeos externos, termina por modificar su estructura conformándose una especie de corteza, que él no duda en equiparar a la corteza cerebral. Esta corteza sería permeable a los estímulos externos recibidos ya que es lo propio del sistema Consciencia, no retener nada.

Aparece aquí una complicación al modelo. ¿Cómo se protegerá este sistema? El mismo Freud asevera que sería aniquilado por las constantes fuerzas de los estímulos recibidos, si no estuviera protegida por lo que denomina aquí *protección antiestímulo*.

Esta protección es descrita como una especie de membrana o piel que se endurece ante el choque de los estímulos provenientes del mundo exterior y cuya función entonces consiste en filtrar y dejar pasar ciertos montos energéticos a los fines de reducir el impacto de las excitaciones.

De esta manera, reaparece aquí, la diferencia de nivel energético que se encontraba ya en el **Proyecto de Psicología**¹³⁹ calificada como Q y Qn para denominar la diferencia de intensidad de lo que se puede llamar estímulo proveniente del exterior, y excitación que sería la energía circulante dentro del sistema.

¹³⁸ Obras Completas. Vol I. Amorrortu Ediciones. Buenos Aires.

¹³⁹ Idem.

Se describe un límite, la membrana, que delimita entonces un interior, un exterior, y una diferencia de nivel energético entre ambos. De lo que se trata, entonces, es de mantener un nivel constante en el interior protegiéndolo del embate de las energías potentes provenientes del exterior: el fin del aparato es mantener la homeostasis, un nivel energético constante, gracias a la preservación que provee la envoltura. Cuando el nivel baja se trata de recargarlo y, cuando el ingreso de energías ha sido excesivo, se trata de evacuarlas.

Si la pared o membrana es quebrantada o efraccionada se producirá igualación de niveles y en consecuencia arrasamiento y destrucción del sistema, y esto tiene la enorme implicancia de poner de manifiesto cuán indisociables son la economía del aparato y su tópica, ya que lo que se está enunciando aquí no es otra cosa que la posibilidad de que la energía modifique la estructura, o sea, que el sistema se modifique debido a las cantidades que recibe.

Este modelo tópico es, entonces, el de un organismo, y Freud mismo lo califica como tal: un organismo viviente. Pero no basta con decir sólo esto ya que, como dice J. Laplanche, “(...) Es también el modelo de un yo: todas estas tópicas que hacen intervenir una envoltura y una diferencia de potencial entre el exterior y el interior son finalmente tópicas en que el yo desempeña el papel capital; en ellas, el yo mismo está concebido como un organismo. Son, por lo tanto, tópicas del yo y tópicas del conflicto psíquico.”¹⁴⁰

Como se ha señalado con anterioridad, este modelo fue construido para dar cuenta de fenómenos sobre los cuáles Freud se interroga, fundamentalmente la neurosis traumática. Sin entrar en puntualizaciones específicas sobre cómo Freud describe y caracteriza dichas neurosis, es necesario sin embargo retomar algunas consideraciones.

¹⁴⁰ **Problemáticas V. La cubeta. Trascendencia de la transferencia.** Amorrortu Ediciones. Buenos Aires. Pág. 51

Freud llama traumáticas a las excitaciones externas que, por poseer fuerza suficiente, efraccionan la membrana de protección, provocando una perturbación en las cantidades de energía circulantes del organismo. La tarea, entonces, sería restituir el equilibrio ligando dichas cantidades a fin de tramitarlas. Para poder liquidar y tramitar la energía afluyente es menester organizarla, ligarla.

Otra característica importante de dicho cuadro es la impreparación del sistema, que ha sido sorprendido por dicha “invasión”, lo que equivale a decir que no ha habido posibilidad de desarrollo de angustia que alertara al sistema contra el ataque - explicación que encuentra Freud al enigma de los sueños recurrentes de la neurosis traumática, que buscarían recuperar el dominio por medio del desarrollo de angustia que anticipe y prepare al sistema-.

Se hace así imperioso considerar, entonces, lo que J. Laplanche llama un tercer nivel de este modelo. Dice al respecto: “(...) Si este modelo es el de un cuerpo y el de un aparato psíquico, ¿hay que pensar que la energía traumatizante, cualquiera que sea el sentido que demos a este término "energía", es de origen externo, físico? En ese caso, el aparato psíquico, especialización del aparato somático, lucharía sin embargo contra las mismas agresiones que éste, simplemente que con medios más especializados y evolucionados. ¿Sería necesario, por el contrario, no confundir ya las dos periferias e invertir los términos, hablar, como lo hace a veces Freud, de *periferia interna*? Hablar de “periferia interna” del aparato psíquico es introducir una posibilidad totalmente distinta y un nivel muy diferente de interpretación del modelo. Es, en efecto, suponer en el aparato psíquico mismo una suerte de subestructura para la cual una parte de lo psíquico es como extraña. Hablar de “periferia interna” es simplemente introducir un tercer nivel del modelo: *el modelo del yo.*”¹⁴¹

A partir de aquí se está en mejores condiciones para pensar la cuestión del traumatismo, sobre todo para responder al interrogante anteriormente formulado acerca

¹⁴¹ **Problemáticas I. La angustia.** Amorrortu Ediciones. Buenos Aires. Pág. 212

del traumatismo, esto es, dónde se produce y qué efracciona. Es posible afirmar que lo efraccionado será la vesícula, que es sobre todo un Yo.

Se sabe que la noción de Yo en Freud data de sus primeros escritos: en **Estudios sobre la Histeria**¹⁴² lo define como una especie de espacio cerrado; en el **Proyecto de Psicología**¹⁴³ es definido desde una concepción más energética que tópica, como una red investida, masa imantada que puede ejercer su influjo inhibitorio sobre el fluir de la energía, lo que Freud llama “proceso secundario”. Y en **Más allá del Principio de Placer**¹⁴⁴, como se acaba de señalar, Freud recurre a la imagen de la vesícula viva como especie de envoltura, perceptora y protectora, como un órgano que tiene como categoría fundamental un límite que distingue un espacio interno-externo. Es órgano diferenciado, pero, tal como lo enuncia Freud en **El Yo y el Ello**¹⁴⁵, es también, a veces, proyección del límite de la superficie del cuerpo y del aparato psíquico.

La cuestión, entonces, es delimitar la periferia para pensar qué es lo que viene a traumatizar al Yo. Y se puede decir que lo que viene a traumatizar al Yo es la pulsión, entendida ésta como ataque interno, interno al sistema, al aparato psíquico, pero externo por relación al Yo.

Antes de continuar precisando, para delimitar las distintas instancias del aparato psíquico que conduzcan a pensar en su génesis, cabe aquí recordar rápidamente las dos tópicas.

En la *Primera Tópica* las instancias son Inconsciente, Preconsciente y Consciente, separadas entre sí por barreras que forman un límite y filtran el pasaje de contenidos de una a otra. Dichos dominios son fundados y se mantienen separados por el acto de la represión, manteniendo modos de funcionamiento psíquico diferentes.

¹⁴² Obras Completas. Vol II. Amorrortu Ediciones. Buenos Aires.

¹⁴³ Obras Completas. Vol I. Amorrortu Ediciones. Buenos Aires.

¹⁴⁴ Obras Completas. Vol XVIII. Amorrortu Ediciones. Buenos Aires.

¹⁴⁵ Obras Completas. Vol XIX. Amorrortu Ediciones. Buenos Aires.

En la *Segunda Tópica* las instancias son Ello, Yo y Superyó, y en el seno de éste último, las instancias ideales. Estas instancias aparecen antropomorfizadas en su descripción, como personajes interiorizados a partir de las nociones de identificación e interiorización, y se constituirían a modo de precipitados o sedimentos de experiencias.

En la primera tópica, el Inconsciente sería extensivo a lo reprimido, mientras que en la segunda, la noción de Ello sería una instancia genéticamente primera, a partir de la cual se diferenciaría, por estratificación, el Yo. En este sentido, señala J. Laplanche que: “(...) La distinción entre Conciente, Preconciente e Inconciente era una distinción claramente marcada y una separación que iba retrogradando del Preconciente al Inconsciente, puesto que el Inconsciente es fundado retroactivamente por un acto de represión; por el contrario, en la distinción ello-yo, el ello es primero y el yo se formaría por una diferenciación genética pero continua. La perspectiva es entonces muy diferente.”¹⁴⁶

Mientras que en la primera tópica la oposición era una oposición de sistemas, en la segunda tópica, las instancias aparecen descriptas como verdaderos personajes de un drama.

Estas consideraciones, por someras que resulten, no son menores. La antropomorfización de las instancias en la segunda tópica acarrearía, como se verá luego, importantes consecuencias para la Metapsicología. Por ejemplo, no es una cuestión menor preguntarse si lo inconsciente deviene sólo una dimensión de lo psíquico - sabemos que de hecho es una dimensión que atraviesa las instancias, al Yo, al Superyó- o si es un existente, una instancia existente como tal, con su funcionamiento propio y diferenciado que constituye un dominio del ser, pero no sólo un tipo de proceso particular, sino un espacio con materialidad, con contenido -lo que se ha problematizado bajo el nombre de “realismo del Inconsciente”-.

¹⁴⁶ **Problemáticas I. La angustia.** Amorrortu Ediciones. Buenos Aires. Pág. 215

Otra cuestión importante radica en interrogarse sobre el hecho de que si el Ello es primero ¿qué contiene?, ¿cuál es su materialidad?, ¿los instintos? Entonces ¿cómo se juega allí la noción de conflicto psíquico?, ¿habría un Ello “natural” al cual un Yo “cultural” le ganaría terreno? En esta perspectiva, el conflicto psíquico quedaría reducido a la represión de las fuerzas vitales por el Yo, un Yo adaptativo que no haría más que mediar entre el instinto y las exigencias de las normas sociales.

Al respecto, J. Laplanche señala que: “(...) La asimilación yo y sociedad, ello y naturaleza (o instinto) es demasiado burda para permitirnos verdaderamente ir muy lejos. ¿El ello? Es lo instintual, lo vital, nos dicen. Sin embargo, cuando analizamos (y es sin duda de la experiencia analítica de donde todo debe provenir) advertimos que en lo que llegamos a traer a la luz o a interpretar, de esos contenidos del ello, la exigencia más instintual, la más vital, aquella de la autoconservación, no figura casi. *El contenido del ello es ante todo la pulsión sexual*, y es la pulsión sexual allí donde está más alejada del instinto.”¹⁴⁷

Tal como se ha consignado en el capítulo anterior, refiriéndose fundamentalmente a los desarrollos de Freud en **Tres ensayos**¹⁴⁸ con respecto a la pulsión sexual, ésta es bien diferente del instinto de reproducción. Es más, se ha dicho que la pulsión sexual surge por una verdadera descualificación del instinto y se la ha puesto en relación con la teoría del apuntalamiento de la sexualidad en las funciones no sexuales, como movimiento de apoyo pero luego de desviación de la función vital y posterior retorno de la sexualidad. Se ha visto, de este modo, cómo la oralidad y la analidad, son cualquier cosa menos una relación natural con objetos naturales inscriptos únicamente en lo biológico.

Se ha señalado también a la autoconservación como función ejercida en primera instancia por la madre, a partir del estado de desvalimiento del infante, función que será luego tomada a cargo y vicariada por el Yo debido a su conformación como precipitado

¹⁴⁷ Idem. Págs. 251-252

¹⁴⁸ Obras Completas. Vol VII. Amorrortu Ediciones. Buenos Aires.

de introyecciones e identificaciones. El Yo se constituye así, como encargado de los intereses de la vida, representante de la autoconservación.

Respecto del Yo, J. Laplanche señala una paradoja fundamental: “(...) Él funciona como si fuera vital, se hace cargo de los intereses de la autoconservación, pero las fuerzas con las cuales funciona *no son* las de la autoconservación. *¿Cuál es la energía a disposición del yo?* Freud lo indica con una gran claridad en el texto menos dogmático, más sugestivo, sobre esta instancia del yo: “Introducción del narcisismo”. La energía del yo es el investimento libidinal del yo.”¹⁴⁹

Habría, entonces, libido o energía sexual de ambos lados, en ambos polos, pero con modos de funcionamiento radicalmente distintos. Del lado del Yo, energía ligada, proceso secundario, principio de constancia, tendencia a la estructuración, a la síntesis, pulsión integradora, esto es, pulsión de vida. Del lado del Ello, energía de libre circulación, regida por el proceso primario y con tendencia a la descarga absoluta, esto es, principio del cero, opuesto a la ligazón del Yo, pulsión parcial, pulsión de muerte.

Respecto de esto, en 1923, Freud intenta articular su nueva tónica con la antigua, en **El Yo y el Ello**¹⁵⁰, donde a su planteamiento sobre el origen del Yo por diferenciaciones progresivas del Ello, añade un “agregado” más: la identificación, lo cual dará como resultante “un cambio del estatuto del yo, que pasa de ser concebido como agencia de autoconservación y lugar de lo no-sexual a objeto de amor y lugar pulsional”¹⁵¹.

Agregado que es planteado por Freud a partir de un modelo psicopatológico, el de **Duelo y Melancolía**¹⁵², y derrotado luego por la concepción endogenista que primará para explicar el origen del aparato psíquico.

¹⁴⁹ **Problemáticas I. La angustia.** Amorrortu Ediciones. Buenos Aires. Págs. 254-255

¹⁵⁰ Obras Completas. Vol XIX. Amorrortu Ediciones. Buenos Aires.

¹⁵¹ **Cómo leer a Freud.** Síntesis Ediciones. Madrid. Pág. 142

¹⁵² Obras Completas. Vol XIV. Amorrortu Ediciones. Buenos Aires.

Por otra parte, la noción de un Ello, no reprimido, sino concebido como existente desde los orígenes es erigida allí en continuidad con una concepción instintivista de la pulsión y del apuntalamiento biológico y filogenético de lo sexual.

En este sentido, J. Gutiérrez Terrazas señala que: “(...) El biologismo de la pulsión en la obra de Freud obedece a una exigencia de la teoría, en la medida en que toda teoría posee una historia propia que la condiciona. Y sin duda la historia de la teorización freudiana está marcada por el abandono de la “neurótica” y por la persistente defensa oficial de un modelo endogenista, que impedía que otros modelos más abiertos a lo exógeno -como fueron los presentados y defendidos en las reuniones de los miércoles por algunos componentes del grupo psicoanalítico de Viena a raíz de los debates sobre la masturbación y el onanismo, el Edipo, los fantasmas originarios, etc.- tuvieran verdadero acceso a la conceptualización que la teoría llevaba a cabo.”¹⁵³

La enunciación y análisis de ciertos términos fundamentales de ambas tópicas y modelos de aparato psíquico, hasta aquí efectuada, permite precisar un poco más los orígenes del psiquismo desde una perspectiva que, oponiéndose a la explicación endogenista, reintroduce la teoría de la seducción y el modelo del traumatismo.

II. e. Teoría de la seducción y modelo del traumatismo en los orígenes del aparato psíquico: un psiquismo abierto a lo real.

A la luz de lo conceptualizado hasta aquí en este recorrido, se intentará exponer la tesis que propone un aparato psíquico abierto a lo real, constituido a partir de inscripciones provenientes del exterior, tesis desarrollada fundamentalmente por J. Laplanche, tal como se consignado, que comprende una revisión conceptual y rearticulación de la teoría de la seducción y el modelo del traumatismo ampliado para dar cuenta de la constitución del psiquismo humano.

¹⁵³ **Cómo leer a Freud.** Síntesis Ediciones. Madrid. Pág. 116

Se ha hablado ya de la confusión entre los hechos reales de seducción de niños por parte de un adulto y la teoría de la seducción como intento explicativo de dar cuenta de la emergencia de la sexualidad pulsional y el mecanismo de la represión como originarios de la estructuración psíquica. Confusión no sólo de historiadores del psicoanálisis, sino del mismo Freud, que como ya se ha visto, se desoyó a sí mismo en su propia elaboración de la idea de una seducción ampliada y universal comprendida en los cuidados prodigados a todo infante por un adulto, que inaugura la paradoja de introducir en el momento mismo del alivio de las tensiones autoconservativas o biológicas -tales como el hambre- otras tensiones del orden sexual.

La figura del padre perverso de la neurótica dejaría así lugar a la madre prodigadora de cuidados del sujeto infantil, madre -o adulto a cargo- portadora de sexualidad inconsciente que inscribe sin saber -justamente por su carácter de inconsciente reprimida- algo que resultará inevacuable. En este sentido, S. Bleichmar señala que: “(...) Al igual que ocurre en la economía política, el intercambio es impensable sin un plus. La conocida definición de sexualidad en términos de “plus de placer que no se reduce a lo autoconservativo” rige los intercambios entre la madre y su bebé.”¹⁵⁴

Hay que decir que este proceso opera sobre la base de un doble desconocimiento: por un lado, el del infante, impreparado, necesitado del auxilio del otro, que al recibir los cuidados que lo mantendrán con vida será pulsado por el ingreso de este plus; y por otro lado, el del propio adulto cuidador, para el cual este plus que conlleva su sexualidad inconsciente le es, por ello mismo, absolutamente ajeno y desconocido. Esta aclaración es solidaria con la que incesantemente cabe hacer sobre el concepto de sexualidad ampliada, para poder recuperar los términos de la teoría en su fecundidad y despojarlos del viso de intencionalidad que comportan.

Se hace referencia, de esta manera, al orden de una seducción necesaria, estructurante e inaugural, verdadero “motor del progreso psíquico”, y absolutamente

¹⁵⁴ **La fundación de lo inconsciente.** Amorrortu Ediciones. Buenos Aires. Pág. 12

alejado del dominio de la perversión del adulto que ejerce acciones de seducción y apropiación intencionales del cuerpo del niño.

De este modo, es posible volver sobre lo planteado a raíz del origen de la pulsión desbaratando la antinomia entre lo puramente externo y lo endógeno, a partir del concepto de pulsión como un externo inscripto, como cuerpo externo-interno, implantado a través de los cuidados correspondientes a lo autoconservativo -apuntado en las funciones que los requieren-, pero que una vez implantado obliga a un procesamiento dada su inevitabilidad, y provocando la separación de dos órdenes diferentes: lo autoconservativo y lo sexual, cuestión que resguarda de volver a reintroducir el instinto en la pulsión.

Al respecto, S. Bleichmar señala que: “Las primeras diferencias entre el estímulo interno y el estímulo externo vienen dadas por la posibilidad de fuga o no fuga del organismo frente a ellos. La diferencia entre estímulo (*Reiz*) y excitación (*Erregung*) permite la misma diferenciación: la pulsión es aquél estímulo endógeno frente al cual la fuga está impedida, llevando a partir de ello a movimientos psíquicos defensivos cuya complejidad desembocará en la constitución de una tópica en el sujeto psíquico. El carácter altamente paradójico del objeto en el momento del apaciguamiento de la necesidad, el hecho de que el soporte del agente satisfactor de esta necesidad sea el mismo que el del agente de excitación sexual, complejiza este movimiento diferenciador generando un externo-interno, objeto fuente, derivado de la estimulación sexual precoz a la cual el niño está expuesto por el hecho de hallarse sujetado por los cuidados de la práctica antinatural materna.”¹⁵⁵

Hay, entonces, una “factualidad” de la seducción, pero como resultante del encuentro del estado de desvalimiento de la cría humana con el mundo adulto, portador de sexualidad inconsciente. Con esta redefinición de la seducción, se deja atrás la idea del adulto perverso que toma el cuerpo del niño como lugar de goce, a la vez que no se

¹⁵⁵ **En los orígenes el sujeto psíquico.** Amorrortu Ediciones. Buenos Aires. Págs. 58-59

deja de reconocer la sexualidad adulta reprimida que circula en el intercambio de los adultos cuidadores con el infante.

Lo que sí permanece del modelo de la seducción infantil en este modelo de la seducción originaria son los efectos del intercambio en el cual, a través de los cuidados prodigados, el niño es enfrentado pasivamente a la sexualidad adulta -aún a la sexualidad reprimida-. Existe un desfasaje producido, entonces, por la asimetría entre un adulto con un aparato psíquico constituido, con sexualidad reprimida, y el cachorro humano con un aparato psíquico en constitución o por constituir.

Este desfasaje remite al terreno mismo del traumatismo, si se considera como paradigma el modelo de la neurosis traumática del adulto, donde lo esencial del traumatismo es la impreparación del sistema para dar cuenta del carácter fortuito del acontecimiento. Esta impreparación es lo que Freud ha denominado *Hilflosigkeit* para dar cuenta de cierto estado infantil de des-ayuda, de prematuración, tanto de las funciones psíquicas como a nivel sexual -esto es- en los niveles de reacción somática y afectiva, así como en el de la comprensión psíquica y fantasmática. Este estado de desvalimiento es, así mismo, solidario con la pasividad del niño en relación al adulto a raíz de la asimetría existente entre ambos.

Hay que decir, además, que siempre que Freud habló de traumatismo -en sentido estricto, como productor de neurosis-, lo hizo poniendo en correlación dos o más escenas. Nunca una sola escena o acontecimiento resulta suficiente para tener idoneidad traumática.

Estos son los términos fundamentales por los cuales Freud definió un hecho o acontecimiento devenido traumático en el marco de la seducción infantil -en estricto sentido psicopatológico-, y que J. Laplanche ha reubicado en esta teoría de la seducción originaria, teoría de la seducción ampliada, que junto con la noción ampliada de traumatismo permite reconducir ambas teorías “abandonadas” -o como mejor señala el

mismo autor, reprimidas- a una recuperación que las torna fértiles para pensar en la constitución del psiquismo, en sus orígenes.

En este sentido, señala J. Laplanche que: “(...) La confrontación adulto-niño encierra una esencial relación de actividad-pasividad, ligada al hecho ineluctable de que el psiquismo parental es más “rico” que el del niño. Pero, a diferencia de los cartesianos, no hablaremos aquí de mayor “perfección”, porque esta riqueza del adulto es también su imperfección: su clivaje respecto de su inconsciente. (...) Con el término de *seducción originaria* calificamos entonces esta situación fundamental en que el adulto propone al niño significantes no-verbales tanto como verbales, incluso comportamentales, impregnados de significaciones sexuales inconscientes.”¹⁵⁶

A estas “significaciones sexuales inconscientes” J. Laplanche las llama *significantes enigmáticos*. Estos comportan algo que sólo se podrá domeñar por un trabajo de comprensión, de significación, ya que resultan traumatizantes.

Se incluyen, de este modo, en la seducción originaria situaciones, comunicaciones, que en nada dependen de un “atentado sexual”. *El enigma*, caracterizado por el hecho de que su resorte es inconsciente, *es por sí mismo seducción*.

Es así una concepción que se sustrae de la restricción a lo patológico, intentando dar cuenta de la estructura del aparato psíquico sin apelar al recurso biológico y filogénético -para dar cuenta de su génesis-, sino a través del mecanismo de la represión que funda y constituye tanto al Inconsciente como a los sistemas Preconsciente-Consciente -hipótesis desarrollada por Freud en la **Metapsicología** de 1915-.

A partir de la reformulación de la teoría de la seducción originaria, se está en mejores condiciones para volver sobre la teoría de las pulsiones y los dualismos pulsionales. Al respecto J. Laplanche señala que: “(...) La seducción precoz, por su parte, merece toda nuestra atención en una teoría nueva de la pulsión: las nociones

¹⁵⁶ **Nuevos fundamentos para el psicoanálisis**. Amorrortu Ediciones. Buenos Aires. Pág. 128

centrales de esta teoría: zona erógena, fuente somática de la pulsión, pulsión parcial anal, oral o fálica; todas estas nociones solamente podrán ser liberadas de las *impasses* en que pretende atraparnos una fisiología aventurada (...) si se recuerda que esas zonas, lugares de tránsito y de intercambio, son ante todo y primordialmente los puntos de focalización de los cuidados maternos. Cuidados de higiene motivados conscientemente por la solicitud, pero donde las fantasías de deseo inconsciente funcionan a pleno.”¹⁵⁷

Y a continuación se pregunta respecto de cómo sería posible reestructurar las *teorías de las pulsiones* en el marco del nuevo fundamento de la seducción generalizada, concluyendo en que ambas deben ser conservadas: la primera, que opone autoconservación y sexualidad, tanto como la segunda, que opone pulsiones de vida y pulsiones de muerte.

Autoconservación y sexualidad, entonces, equivalen a la oposición entre pulsión y función -como montaje instintual-, y se sabe que la que participa en el conflicto psíquico es la primera, y de ninguna manera la segunda. Como dice J. Laplanche: “No se renuncia a la sexualidad por temor a perder la vida sino por otras razones, por ejemplo, por temor a perder el amor.”¹⁵⁸ La autoconservación puede ser el terreno donde se juega el conflicto, pero no es uno de sus términos.

Es la seducción, tal como se ha enunciado, la que inaugura una corriente sexual a partir de los intercambios que las funciones de autoconservación imponen, y no a la inversa, no es la autoconservación la que, no se sabría bien a raíz de qué tipo de mecanismo endógeno, se clivaría en sexualidad.

Como ya se ha expuesto, J. Laplanche retoma los cuatro términos de la pulsión para fundamentar lo antedicho, y se detiene en el de *empuje* para diverger de la definición freudiana. Al respecto señala que: “(...) Freud define este empuje, con términos fisicistas de los cuales no es forzo renegar, como exigencia de trabajo. Pero,

¹⁵⁷ **Nuevos fundamentos para el psicoanálisis.** Amorrortu Ediciones. Buenos Aires. Págs. 130-131

¹⁵⁸ Idem. Pág. 141

y es ahí donde mi definición diverge de la suya, esta exigencia de trabajo no es ejercida directamente por las fuentes somáticas sino por prototipos inconscientes; o más exactamente aún, por la diferencia entre lo que es simbolizable y lo que no lo es en los mensajes enigmáticos originarios. La constancia de ese factor económico es relativa, bien se advierte, y uno de los aspectos del proceso analítico consiste en que los procesos de simbolización disminuyan su aspecto compulsivo.”¹⁵⁹

Este último párrafo citado, que da cuenta de la constancia relativa del factor económico, es el que justifica conservar el segundo dualismo pulsional.

Se ha dicho ya que vida y muerte en el segundo dualismo pulsional no remite a la vida o la muerte del individuo biológico; ambos se sitúan en el campo de la pulsión sexual y dan cuenta de un doble modo de funcionamiento de la misma. No se refiere a dos tipos de energía pulsional distintos, sino a dos tipos de funcionamiento de la misma energía: la de la pulsión sexual, la pulsión por definición.

Tal como señala J. Laplanche: “La pulsión de vida remite a la sexualidad ligada a un objeto total, aquella que deviene amor, sea amor del otro o, de una manera correlativa y fundamental, amor de sí mismo, es decir, narcisismo.” La pulsión de muerte, en este sentido “es una reafirmación de lo que había constituido siempre la esencia conflictual, opuesta al yo, “inconciliable”, de la sexualidad.”¹⁶⁰

Estos son los verdaderos términos del conflicto psíquico: pulsiones de vida y pulsión de muerte, o más concretamente, entre los procesos de ligadura y los de desligadura. Destinos de pulsión, destinos del aparato psíquico, que remiten incesantemente a la tópica.

Respecto de la tópica y sus movimientos fundacionales, cabe aquí preguntarse ¿cuál es el estatuto de lo inscripto cuando no ha logrado aún el de inconsciente

¹⁵⁹ Idem. Pág. 144

¹⁶⁰ Idem. Págs. 146-147

reprimido? Pregunta que remite a la cuestión de la materialidad psíquica, ya que el Inconsciente no es algo dado, sino que se instaura en los movimientos de instalación de la tópica, y este es impensable sin el ejercicio de la represión que constituya un lugar definitivo para la fijación de dichas representaciones al Inconsciente.

Es posible retomar el modelo de 1895, donde se esboza lo que parece culminar en 1920, como modo de circulación y ligazón de la energía: es el hecho de que haya algo -la pulsión- de lo cual la fuga está impedida, lo que llevará del Principio de Inercia o Nirvana al Principio de Constancia; aquello que no se puede evacuar o descargar absolutamente deberá encontrar un destino dentro del aparato. En **Más allá del Principio de Placer**¹⁶¹ puede verse cómo la capacidad de ligadura del aparato es la que definirá las posibilidades de dominio de dicha energía, en función de que el traumatismo es propuesto como una relación o ecuación entre las cantidades que ingresan o irrumpen y la capacidad de ligadura del sistema en cuestión.

En este sentido, S. Bleichmar señala que: “(...) El hecho de que haya una energía somática que deviene energía psíquica -en principio sexual- es efecto de la intervención de un conmutador no existente en el organismo como tal, sino en el encuentro con el objeto sexual ofrecido por el otro. El conmutador está en el movimiento que lleva a que, a la búsqueda de lo nutricional, el bebé se encuentre con el pecho -objeto sexual de inicio en la medida en que es ofrecido por el otro humano provisto de Inconsciente-. Es este objeto, en principio, el que inunda de una energía no cualificada propiciando, en el real viviente, un traumatismo, en el sentido extenso del término, dado que efracciona algo del orden somático por las líneas de lo sexual.”¹⁶²

Esta vivencia deja restos inscriptos en un psiquismo aún no topicado, restos inscriptos que son del orden de los signos de percepción, inscripciones, huellas mnémicas que deberán ser tramitadas -ya que imponen un trabajo al aparato-, y que en su mayoría serán posteriormente fijadas por la represión y conformarán la materialidad

¹⁶¹ Obras Completas. Vol XVIII. Amorrortu Ediciones. Buenos Aires.

¹⁶² **La fundación de lo inconsciente**. Amorrortu Ediciones. Buenos Aires. Pág. 37

del Inconsciente. Hasta tanto esto ocurra, su operancia atacante propiciará movimientos tendientes a la evacuación necesariamente fallida, dado que ya no pertenecen al orden de lo somático, sino al orden de lo pulsional.

Al respecto, señala S. Bleichmar que: “(...) Antes de que se instituya la represión originaria, antes de que el Yo cumpla sus funciones de inhibición y de ligazón, la intrusión de lo sexual deja a la cría humana librada a remanentes excitatorios cuyo destino deberá encontrar resolución a partir de conexiones y derivaciones que constituirán modos defensivos precoces.”¹⁶³

Dicho remanente excitatorio deberá encontrar una vía de descarga por medio de un investimiento colateral de representaciones, vías de facilitación, de conexión, de encadenamiento representacional, que permita la ligadura de la excitación sobrante, repartiéndola y, de este modo, inhibiendo su decurso.

Hay que decir que estas vías colaterales se constituyen a partir de ser propiciadas por la misma madre o adulto pulsador de lo sexual, pero en este caso, desde el investimiento yoico-narcisista que realiza sobre el niño. El adulto, poseedor de un aparato psíquico topicado, pulsa con su sexualidad inconsciente –a partir de lo que se podría denominar su función sexualizante- a la vez que provee vías de ligadura que inhiben el decurso de la energía pulsada –a partir de su función narcisizante-. De esta manera, constituido el autoerotismo -por ejemplo, la acción de succión del chupete-, éste cumplirá una función de ligadura, organizando la excitación sobrante.

El entramado constituido por las vías de ligadura constituye el prerrequisito sobre el cual el Yo se asentará, una vez que la identificación primaria lo “moldee” en tanto instancia. En este sentido, S. Bleichmar señala que: “Dos conclusiones pueden ser extraídas: en primer lugar, que el yo no se constituye en el vacío, sino sobre la base de las ligazones previas entre sistemas de representaciones preexistentes; y que estas ligazones consisten, de inicio, en investiduras colaterales (...). En segundo lugar, que en

¹⁶³ Idem. Pág. 40

los comienzos de la vida este yo que produce inhibiciones y propicia ligazones del curso excitatorio no está en el incipiente sujeto sino en el semejante humano, y sólo desde esta perspectiva es que se puede hablar, retomando una expresión que ha caído bastante en descrédito en los últimos años -y con justeza-, de un “yo auxiliar materno”, el cual no provee sólo los recursos para la vida sino que inscribe, de inicio, estos recursos en su potencialidad de “pulsión de vida”, es decir, de ordenamiento ligador propiciatorio de una articulación de la tendencia regulada a la descarga.”¹⁶⁴

Estas consideraciones tienen su peso específico: no sólo precisar los términos y procesos de aquello que se denomina lo originario, sino tirar por tierra una concepción tanto endogenista como mítica de los orígenes del aparato psíquico. Es posible ver así cómo ni el Yo, ni el Inconsciente están dados originalmente en la biología del individuo, ni tampoco se constituyen por tiempos míticos, imposibles de cercar y precisar, sino por el contrario a partir de movimientos factibles de historizar, lo cual implica tomar en cuenta, en la fundación del psiquismo, aquellos determinantes exógenos que lo constituyen.

Como ha señalado S. Bleichmar: “(...) Los destinos de la pulsión no son, en realidad, destinos de las pulsiones como tales, sino de sus derivaciones a medida que la tópica psíquica se constituye. (...) Los cuatro destinos: vuelta contra la persona propia, transformación en lo contrario, represión y sublimación, forman -en el orden enunciado- movimientos, cada uno de los cuales depende tanto de los momentos que la represión preside como de la organización que encuentre la libido a partir de su instalación. Es el proceso de estructuración de la tópica el que define los destinos pulsionales. La pulsión en sí misma sólo va a la búsqueda de la descarga; aquello que obstaculice esta descarga obligará a movimientos de complejización defensiva que culminan en los procesos fundantes de la tópica psíquica.”¹⁶⁵

¹⁶⁴ Idem. Pág. 49

¹⁶⁵ Idem. Pág. 195

Lo expuesto hasta aquí no pretende ser abarcativo en cuanto a la descripción de un nuevo modelo teórico, sino que, tal como se ha enunciado al principio de este trabajo, se trata de revisar los términos conceptuales que permitan distinguir los modelos de aparato psíquico en la obra freudiana, a los fines de plantear hacia dónde conducen a la hora de enfrentar la tarea práctica, esto es, sus consecuencias para la clínica psicoanalítica.

II. f. Caracterización de un modelo de aparato psíquico de constitución exógena y sus consecuencias para la clínica.

Este modelo de aparato psíquico de constitución exógena gira, como se ha visto, en torno de la recuperación del concepto de traumatismo y de la teoría de la seducción, ambos erradicados de algún modo, de la obra freudiana en pos de un modelo de corte endogenista.

La idea central de este modelo es la de un aparato psíquico constituido a partir de procesos de complejización, en la medida en que tienen que ver con los modos con que dicho sistema da cuenta, procesa, lo que recibe del exterior; esto es, cantidades que devienen excitatorias una vez inscriptas en el psiquismo y que obligan a recomposiciones de nivel mediante diversos mecanismos, que producen estructuración del aparato psíquico y complejización de sus funciones.

Cabe preguntarse aquí ¿porqué se hace referencia al traumatismo? Pues porque lo traumático es inseparable de la relación entre cantidad y procesamiento de la cantidad. Es decir, el traumatismo es una teoría solidaria con la problemática sobre cómo el psiquismo recibe y procesa dichas cantidades.

Pensar en una fundación exógena del psiquismo implica alejarse de dos ideas insostenibles en la actualidad: la posibilidad de un inconciente existente desde siempre y los fantasmas filogenéticos, ya que la hipótesis de los fantasmas originarios hace entrar por la ventana lo que se expulsó por la puerta: la historia de la constitución

psíquica fue expulsada al no poder, en aquél entonces, ampliar la teoría de la seducción a la seducción materna de los cuidados de los comienzos de la vida, como seducción universal a la que todo humano es sometido en tanto es tomado a su cargo por otro humano en sus inicios, pero se la reintroduce mediante la historia de la especie, la filogénesis, teoría que sabemos desechada aún ya en la época en que Freud la formula.

Al respecto, J. Laplanche señala que Freud volvió a la hipótesis hereditaria en el momento mismo de abandonar la teoría de la seducción y lo hizo con el argumento de lo filogenético. Ante el descubrimiento de la sexualidad infantil y su vinculación con el fantasma Freud se pregunta sobre su origen: éste era, o bien interpersonal -y entonces debía remitirse a la teoría de la seducción-, o su origen era genético -pero muy anterior a los descubrimientos de la genética-. Se trata de la llamada *hipótesis filogenética* según la cual habría “fantasmas originarios” que corresponderían a escenas antiguas tales como castración, observación del coito o escena primitiva, seducción, etc.

En este sentido J. Laplanche advierte que con los descubrimientos actuales de la genética moderna, quedaría completamente descartada la posibilidad de que una escena, un escenario, un fantasma como el del crimen del padre, pueda ser registrado en un gen específico; sería impensable que una escena prehistórica, aún vivida en forma reiterativa, se transmita bajo la forma de un fantasma.

Volviendo, entonces, a los orígenes de la sexualidad infantil y más específicamente a los orígenes del psiquismo, ¿qué significa “de constitución exógena”? Implica, por un lado, lo que ya se ha enunciado como procesos de inscripción provenientes del exterior, o sea, de la relación con un otro humano, siendo necesario precisar que aquello que se inscribe no es el objeto del mundo, la cosa real, puesto que ingresa descompuesto y es plausible de una recomposición. Es decir, es un aparato que está constantemente recibiendo elementos que provienen del exterior, pero que al ser procesados sufren metabolizaciones y son transformados en algo que no existe como tal afuera, y cuyo ejemplo primordial lo encontramos en la descripción que hace Freud en

el **Proyecto de Psicología**¹⁶⁶ de la vivencia primaria de satisfacción y la alucinación primitiva.

El traumatismo, entonces, estaría dado por el exceso que la inscripción le impone al psiquismo, pero no viene a fracturar una serie preformada que sería, así, efraccionada y perturbada, sino que es la forma con la cual los elementos se inscriben y producen un exceso, un plus, en términos de economía psíquica, que el aparato deberá luego, al estar impedida la fuga, procesar, a los fines de reestablecer su nivel energético.

Esta tesis plantea, así, que la realidad psíquica es del orden de un pensamiento sin sujeto, que antecede a la instalación y constitución del mismo en términos de un sujeto reflexivo, distinguiendo psiquismo de subjetividad, de modo tal que el Inconsciente no es plausible de ser atravesado por los modos de funcionamiento de la lógica y de la intencionalidad, propio y exclusivo del sistema Consciente-Preconsciente. Lo cual lo sitúa en términos de res-extensa, de materialidad no reductible a la consciencia, otorgándole así, al sistema Inconsciente, realismo y materialidad.

Las consecuencias de dicha tesis para la práctica clínica no son menores, en la medida en que impiden la re-subjetivación del Inconsciente, su “antropomorfización”, que se manifiesta especialmente al tomar los resultados de la acción como su motivación. Esto significa que *el hecho de que la pulsión, acéfala por definición, empuje ciegamente hacia una meta que pone en riesgo la vida, o un aspecto de la vida del sujeto, no implica que haya en el Inconsciente, intencionalidad alguna en esa dirección. No es el deseo inconsciente de muerte el que guía tal acción compulsiva; en el Inconsciente para-subjetivo no hay “otro yo” que quiere lo que el sujeto no quiere, o lo que no reconoce que quiere, sino deseos o mociones pulsionales que atentan contra la autopreservación y la autoconservación del individuo, que el Yo toma a su cargo.*

Dicho esto, y retomando la idea de cómo lo externo –en el sentido de externo al aparato psíquico–, lo real, ingresa descompuesto o descualificado y es procesado por el

¹⁶⁶ Obras Completas. Vol I. Amorrortu Ediciones. Buenos Aires.

aparato bajo formas metabólicas propias, constituida la tónica por el efecto ordenador de la represión -que a la vez que funda el sistema Inconsciente como tal, funda en el mismo acto, el sistema Consciente-Preconsciente-, es decir, constituida la tónica por partes-extra partes, el Inconsciente debe ser considerado como del orden de un interno-externo: externo al Yo, pero interno al aparato psíquico.

Cuando aquí se habla de realidad exterior se habla en los términos generales que Freud plantea en el **Proyecto de Psicología**¹⁶⁷, al aludir a procesos continuos que ejercen constantes estímulos discontinuos para el aparato psíquico. Una realidad exterior que no sólo incide, sino que constituye, en razón de que introduce de modo permanente desequilibrios que obligan a un trabajo de ligazón y evacuación o tramitación de cantidades, complejizando las funciones y constituyéndose en motor de crecimiento psíquico.

La relación del sujeto con lo real se da, así, de modo complejo: por un lado, el psiquismo es residual de un real atravesado por la pulsión del semejante; por otro lado, lo real se recompone, del lado del sistema Percepción-Consciencia, intentando su recaptura y dominio. Esta definición es la que justifica el concepto de traumatismo ampliado, como modo de constitución exógena del aparato psíquico.

Por otra parte, la descaptura del endogenismo no es tarea sencilla, e implica discriminar entre “interior” y “endógeno”. Una de las paradojas del funcionamiento psíquico es que gran parte de lo que es vivido por el sujeto como interno a sí mismo tiene una proveniencia exterior y, por otro lado, una parte de su interior es vivenciada como externa, ajena a sí mismo.

Bajo estas consideraciones una nueva lectura del traumatismo se hace posible. Tal como señala S. Bleichmar: “(...) La teoría de la seducción pone de relieve que todo el traumatismo viene, al mismo tiempo, del exterior y del interior. Del exterior porque es desde el otro de donde llega la sexualidad al sujeto, del interior porque brota de ese

¹⁶⁷ Idem.

externo interiorizado. (...) Estamos ante una concepción del traumatismo en la cual todo es exógeno y endógeno a la vez, en la cual lo exógeno se inscribe, deviene endógeno y se reactualiza a partir de un nuevo elemento que viene a producir un reensamblaje; rearticulación que plantea un modo de temporalización que fractura todo intento de causalidad lineal.”¹⁶⁸

De este modo, los tiempos de constitución psíquica, los primeros tiempos de la vida, de la infancia, son tiempos donde se podría poner en tela de juicio la existencia del Inconsciente, en razón de concebirlo como efecto de la represión, fundado por ésta, no existente desde los orígenes de la vida biológica. Este -que parece un problema metapsicológico puro- es un problema de profunda implicación clínica.

Tal como señala S. Bleichmar respecto de la existencia real o no del Inconsciente: “(...) no es lo mismo pensar que el inconsciente es cognoscible sólo a través del discurso, que sostener que sólo existe en el discurso. (...) Para Freud, el inconsciente es un existente, lo que ocurre es que no lo podemos conocer más que a través de manifestaciones que son -por supuesto- lenguajeras, en razón de que lo conocemos a través del relato. En esta discordancia entre el inconsciente como existente y el inconsciente como cognoscible, que parece algo tan teórico y alejado de la práctica, se instala sin embargo la diferencia entre considerar que hay análisis a partir de que hay demanda o considerar que hay necesidad de intervención analítica a partir de que hay inconsciente, aún cuando esto no se manifieste discursivamente, ya que se separa la insistencia de lo inconsciente en su carácter compulsivo, del reconocimiento que el sujeto pueda tener, y de la posibilidad de articular discurso al respecto.”¹⁶⁹

Respecto del psicoanálisis como anti-hermenéutica, hay que decir que el Inconsciente no es un espacio de la subjetividad, sino un espacio para-subjetivo. No hay en él otro sujeto que piensa distinto, es un espacio donde no hay sujeto. Un sujeto omnipotente no es un suicida, aunque pueda poner en riesgo la conservación de su vida

¹⁶⁸ **La fundación de lo inconsciente.** Amorrortu Ediciones. Buenos Aires. Págs. 240-241

¹⁶⁹ **Clínica psicoanalítica y neogénesis.** Amorrortu Ediciones. Buenos Aires. Pág. 45

como efecto de su omnipotencia: afirmar lo contrario sería transformar el efecto en causa y, definir la causalidad psíquica por sus efectos, intencionalizando las mociones pulsionales y las representaciones que habitan el Inconsciente. De ahí la necesidad de cuestionar la intencionalización del mismo y de reconocer que hay corrientes ciegas de la vida psíquica que son para-subjetivas y que expresan mociones deseantes que no son deseadas por nadie, porque no hay sujeto emplazado ahí. En todo caso, la tarea será propiciar que el sujeto pueda apropiarse de aquello que lo impulsa para decidir si ese es su deseo o no, pero cuidando muy bien la diferencia entre compulsión y deseo del sujeto.

La causalidad debe ser explicada por una génesis, no en el sentido de génesis de lo preformado que se desplegaría a modo de desarrollo, sino génesis que debe ser trazada a posteriori. En este sentido, la génesis de la que se habla, se refiere al sistema de recorridos que se reconocen como constituyentes en su devenir, de lo que hoy se encuentra existiendo. Por lo tanto, ésta no se puede anticipar, al menos de modo determinista, ya que requiere la recreación de los movimientos que se dieron para que algo se produjera con la forma con la cual se encuentra hoy.

Esto equivale a decir que la génesis es génesis histórica, pero no de la historia general, sino de la historia particular: génesis que da cuenta de los acontecimientos históricos productores de efectos y movimientos en la estructura, en el psiquismo.

Esto es lo que, como se decía con anterioridad, justifica la extensión del concepto de traumatismo a los orígenes del aparato psíquico: primeros momentos de la vida en los cuales algo viene a subvertir el orden de la naturaleza, a partir de que el otro humano introduce, conjuntamente con los cuidados precoces que alivian las tensiones de necesidad, formas de excitación que no pueden ser procesadas ni evacuadas biológicamente. Y traumático, porque produce incremento de cantidades e inscripción de representaciones que obligan a un esfuerzo o trabajo psíquico de metabolización y procesamiento: se introduce algo del orden del placer que altera los circuitos naturales para siempre.

Pero, cabe aún una salvedad: lo traumático no es el acontecimiento en sí, o al menos en sí mismo. La medida de lo traumático es una ecuación. Y esto preserva también de convertir el mero acontecimiento externo en causalidad psíquica. Lo que S. Bleichmar llama “convertir la ley en causa: decir que alguien que se tiró del octavo piso de un edificio murió por la ley de gravedad es convertir la ley en causa, y es tan cierto como infecundo”¹⁷⁰.

La causalidad, en psicoanálisis, debe ser buscada término a término en lo específico, dado que lo traumático no es equivalente al acontecimiento, sino la forma con la cual lo acontecial se inscribe en el psiquismo, vale decir, la relación existente entre lo que proviene del exterior -nuevamente-, y la capacidad metabólica o simbolizante del psiquismo respecto de ello. Lo cual no implica un aparato constantemente abierto, que a cada paso se crea de nuevo, en posición casi exclusivamente interaccional. La determinación del acontecimiento existe, es determinación histórica -accidental, si se quiere-, pero nunca lineal. Es una determinación que implica construcción de nexos con respecto a cómo lo acontecial se inserta en una serie, que implica rearticulaciones en la estructura y la dispara en una dirección nueva.

Esto es pensable sólo a partir de la recuperación de elementos que, en la obra freudiana, fueron perdiendo peso específico en pos de un modelo más cerrado de aparato psíquico. Los modelos abiertos, que significa abiertos a la recepción y procesamiento de lo que ingresa del exterior, se oponen a los de dominancia endógena. Es posible encontrar, entonces, líneas de un modelo abierto en los textos del **Proyecto de Psicología**¹⁷¹, en el Capítulo VII de **La interpretación de los sueños**¹⁷², en la **Carta 52**¹⁷³, en el texto de **Lo inconciente**¹⁷⁴.

¹⁷⁰ Comentario recogido en el marco de la segunda clase del Curso de Postgrado: “Traumatismo y Simbolización” dictado por la Dra. Bleichmar en la Universidad Nacional de Córdoba, Argentina. 2001.

¹⁷¹ Obras Completas. Vol I. Amorrortu Ediciones. Buenos Aires.

¹⁷² Obras Completas. Vol V. Amorrortu Ediciones. Buenos Aires.

¹⁷³ Obras Completas. Vol I. Amorrortu Ediciones. Buenos Aires.

¹⁷⁴ Obras Completas. Vol XIV. Amorrortu Ediciones. Buenos Aires.

Los últimos textos remiten a un modelo de aparato cerrado con referencia a lo real, al exterior, especialmente con la formulación de la segunda tópica, a tal punto que el modelo graficado en **El yo y el ello**¹⁷⁵, abierto a lo somático, aparece cerrado y absolutamente encapsulado en **Nuevas conferencias sobre psicoanálisis**¹⁷⁶. La teoría económica deja de cumplir una función y sin embargo reaparece como teoría mítica en **Más allá del principio de placer**¹⁷⁷, en función de que postula la tendencia del retorno a lo inorgánico como una teoría cosmológica, de la totalidad del universo, teoría teleológica e indemostrable, ya que no hay posibilidad de probar intención alguna en el universo o en la naturaleza, donde lo que se ve, en último término, es la intencionalización de la pulsión, la de muerte en este caso, cuando, en realidad, toda pulsión apunta hacia la muerte en términos de descarga absoluta, sin miramientos por el sujeto, y no en términos de vida o muerte biológica del individuo. Superposición y confusión de planos: es el sujeto el que apunta a la vida o la muerte del ser, es el Yo, en todo caso, el que preserva mejor o peor la vida y las representaciones del sujeto, pero nada de esto es aplicable a la pulsión, que sólo apunta a la descarga, a la evacuación.

En el texto de 1920, **Más allá del principio de placer**, Freud decía lo siguiente: “(...) Quizá no hallemos demasiado atrevido suponer que las mociones que parten de las pulsiones no obedecen al tipo de proceso nervioso ligado, sino al proceso libremente móvil que esfuerza en pos de la descarga. (...) Entonces, la tarea de los estratos superiores del aparato anímico sería ligar la excitación de las pulsiones que entra en operación en el proceso primario. El fracaso de esta ligazón provocaría una perturbación análoga a la neurosis traumática; sólo tras una ligazón lograda podría establecerse el imperio irrestricto del principio de placer (y de su modificación en el principio de realidad). Pero, hasta ese momento, el aparato anímico tendría la tarea previa de dominar o ligar la excitación.”¹⁷⁸

¹⁷⁵ Obras Completas. Vol XIX. Amorrortu Ediciones. Buenos Aires.

¹⁷⁶ Obras Completas. Vol XXII. Amorrortu Ediciones. Buenos Aires.

¹⁷⁷ Obras Completas. Vol XVIII. Amorrortu Ediciones. Buenos Aires.

¹⁷⁸ Idem. Págs. 34-35

Paradójicamente unas páginas más adelante dice: “Si nos es lícito admitir como experiencia sin excepciones que todo lo vivo muere, regresa a lo inorgánico, por razones *internas*, no podemos decir otra cosa que esto: *La meta de toda vida es la muerte*; y, restrospectivamente: *Lo inanimado estuvo ahí antes que lo vivo.*”¹⁷⁹

Que todo muere por razones internas es un enunciado aplicable estrictamente al ciclo biológico: todo ser vivo muere. De ahí a pensar que hay tendencia como intencionalidad, hay una gran distancia. Y que la pulsión tiende a la muerte porque responde a las leyes generales de la naturaleza, es una extrapolación que le confiere intencionalidad a la naturaleza.

Puede verse, de este modo, cómo es posible -a partir de una lectura no lineal de la obra- recuperar textos y conceptos fecundos para repensar los modelos de aparato psíquico y para revisarlos en función de su fecundidad operatoria, ya que al fin y al cabo son los que determinan el quehacer clínico.

Pero antes de profundizar en los aspectos que se refieren a la tarea clínica - cuestión que se retomará en el Capítulo IV-, es necesario hacer una digresión que permita diferenciar la producción de subjetividad de la estructuración psíquica, por pertenecer a campos conceptuales diferentes.

La caracterización de un modelo de psiquismo de constitución exógena, abierto a lo real, se presta a tomar en consideración la realidad histórica, lo acontecual, pero es importante no confundir o superponer diferentes campos de saber, y no perder de vista que el del psicoanálisis no es el campo de lo intersubjetivo sino de lo intrapsíquico.

De ese modo será posible, posteriormente, analizar los paradigmas actuales de producción de subjetividad y definir una subjetividad contemporánea, desde otras disciplinas del campo de la subjetividad, y su relación con el aparato psíquico, cuestión que se desarrollará en el siguiente Capítulo.

¹⁷⁹ Idem. Pág. 38

Capítulo III. Producción de subjetividad contemporánea y constitución psíquica

*Ya no se trata de convertir a los hombres
en sujetos autónomos, sino de satisfacer sus deseos inmediatos,
de divertirles al menor coste posible.
El individuo posmoderno, conglomerado desenvuelto
de necesidades pasajeras y aleatorias,
ha olvidado que la libertad era otra cosa
que la potestad del cambiar de cadenas,
y la propia cultura algo más que una pulsión satisfecha.*

Alain Finkielkraut¹⁸⁰

En el Capítulo I de este trabajo se expuso la necesidad de salir del atolladero que en psicoanálisis implica el determinismo, tanto el biológico como el determinismo de la estructura, a partir de la introducción de la historia acontecimental, traumática y singular del sujeto en la constitución y estructuración del psiquismo. Para ello, en el Capítulo II, se conceptualizó un modelo de psiquismo abierto a lo real y de constitución exógena que permite establecer relaciones entre los paradigmas actuales de producción de subjetividad y la estructuración del mismo.

En el presente Capítulo se realizará una distinción conceptual entre producción de subjetividad y estructuración psíquica, así como un análisis de los paradigmas de producción de subjetividad de la posmodernidad, que permitan definir una subjetividad contemporánea. Luego, aspectos referidos a la producción de subjetividad contemporánea desde los aportes de la economía, la política, los medios de comunicación y las tendencias que presiden los procesos de socialización en la posmodernidad. Por último, se buscarán puntos de contacto entre la constitución psíquica, con esta subjetividad contemporánea producida en la actualidad.

¹⁸⁰ Finkielkraut, A. **La derrota del pensamiento**. Editorial Anagrama. Barcelona. Pág. 96

El carácter de contribución teórica que tiene el intento de distinguir la constitución psíquica de la producción histórica de subjetividad permite asegurar la especificidad del campo psicoanalítico y, al mismo tiempo, otorgarle el valor que se merece a la variabilidad histórica de las distintas prácticas sociales y de sus efectos en la cría humana. Problema que radica en precisar el estatuto de lo histórico en psicoanálisis ya que, como se ha enunciado con anterioridad, lo histórico sí está presente en los tiempos reales de constitución del aparato psíquico.

III. a. Producción de subjetividad y estructuración psíquica

La subjetividad no es un concepto unívocamente definido por una disciplina y, por cierto, no es un concepto psicoanalítico sino más bien un campo problemático abordado por la filosofía, la historia, la sociología y la psicología social entre otros campos del saber, en tanto que la misma se define en el ámbito de la cultura.

En este sentido, la cultura contemporánea, posmoderna está conformada por un conjunto de peculiaridades que la definen y condicionan la emergencia, difusión y cambio en la red de significados que la componen. Esta emergencia, difusión y cambio en la red de significados no es otra cosa que la subjetividad producida en el contexto o cultura social. Pero, ¿qué se entiende por subjetividad¹⁸¹? E. Galende¹⁸² sostiene que la subjetividad consiste básicamente en la interrogación de los sentidos, las significaciones y los valores éticos y morales que produce una determinada cultura en una determinada

¹⁸¹ Desde el punto de vista filosófico, fue Husserl quien separó la problemática de la relación entre los sujetos y la cultura. Dos discípulos importantes de este pensador fueron Carl Jasper –quien fundó la psicopatología- y Heidegger –quien replanteó los principios mismos de la filosofía occidental-. El primero plantea a la subjetividad como trascendental, este quiere decir que la subjetividad no está adentro y no está afuera, no es algo que tengamos que incorporar o podamos evitar incorporarlo, la subjetividad es trascendental porque sitúa todo fenómeno humano en relación a un sistema de significados que de algún modo son los que nos permiten la convivencia. El segundo, por su parte, afirma que el lenguaje es el que permite construir las significaciones, los valores y establecerse en un sistema de normas que regule los comportamientos de las personas. Entonces, desde Husserl en adelante, no existe un mundo objetivo, sino que existen sujetos que de algún modo construyen un mundo objetivo, un mundo objetivo es una construcción nuestra. Y, en este sentido, la construcción material es la que hace que nosotros podamos diferenciar entre aquello que consideramos objetivo de aquello que es propio del sujeto y llamamos subjetivo, ambas construcciones son, construcciones humanas. E. Galende. **Historia y repetición. Temporalidad subjetiva y actual modernidad.** Editorial Paidós. Buenos Aires. Pág. 76-79.

¹⁸² Idem. Pág. 75

época histórica, su forma de apropiación por parte de los individuos y la orientación que efectúan sobre sus acciones prácticas. No existe una subjetividad que pueda aislarse de la cultura y la vida social, ni tampoco existe una cultura que pueda aislarse de la subjetividad que la sostiene.

Esta mutua determinación -en verdad, mutua producción- está relacionada con la idea de que la subjetividad es cultura singularizada tanto como la cultura es subjetividad “objetivizada” en los productos de la cultura, las formas de intercambio y las relaciones sociales concretas que la sostienen, pero también en las significaciones y los sentidos que organizan la producción cultural.

En este sentido, la producción de subjetividad hace al modo con el cual las sociedades determinan las formas mediante la cual se constituyen sujetos capaces de integrarse a sistemas que le otorgan un lugar dentro de ella. De este modo, hablar de producción de subjetividad hace referencia a un conjunto de elementos que van a producir un sujeto histórico. Dicho sujeto histórico se produce como efecto de las prácticas que lo constituyen y se va determinando conforme a los discursos y los modos de representación de una época, por ello hablamos de la construcción histórica de una subjetividad específica.

En otras palabras, la subjetividad, que es siempre social, está estrechamente vinculada con la cultura, en una relación recíproca de mutua interacción. La subjetividad es cultura singularizada y la cultura es la subjetividad en cuanto se objetiva. En esta correlación, la cultura construye una subjetividad peculiar, que en el dominio de la imagen, dará lugar a una subjetividad tipificada por ella.

Las formas dominantes de organización de los vínculos familiares y de las relaciones e intercambios sociales, la conformación de valores ideales y morales por las instituciones pedagógicas, las normas sociales y las simbólicas culturales, los modos del Estado de organización de lo público¹⁸³, constituyen procesos de subjetivación y

¹⁸³ Desde la sociología, L. Althusser define a las formas dominantes de organización como los aparatos ideológicos del Estado y, los enumera: el Estado, la familia, la iglesia, la escuela, la ideología, los medios

singularización mediante el cual el individuo adquiere el conjunto de significaciones que le permiten actuar sobre determinados sectores de su vida social y su cultura. Y, como ya se ha dicho, al adquirirlos se constituye como subjetividad particular.

El ser humano cambia históricamente, cambia la representación de sí mismo y de su realidad pero, a la vez, todos los seres humanos, dentro de los márgenes de variación que su singularidad impone, tienen las mismas reglas de funcionamiento psíquico. La subjetividad es un producto histórico que varía en las diferentes culturas y sufre transformaciones a partir de los cambios que se dan en los sistemas histórico – políticos. Es en este sentido que no puede, entonces, remitir al funcionamiento psíquico en su conjunto sino que remite, más bien, al lugar donde se articulan los enunciados respecto al Yo, mientras que el aparato psíquico implica ciertas reglas que exceden la producción de subjetividad.

La producción de subjetividad concebida, tal como se ha venido planteando, regula los destinos del deseo, articulando dentro del Yo los enunciados de aquello que la sociedad de pertenencia considera “sintónico” consigo misma. Pero, tal como señala S. Bleichmar: “(...) Que los destinos pulsionales varíen de acuerdo a las premisas que determinan sus posibilidades de transcripción y sublimación en distintos contextos no implica, sin embargo, que varíe la ecuación que las sostiene como inscriptas, fijadas y reprimidas en el marco de una tópica psíquica atravesada por el clivaje y determinada en sus niveles de conflicto.”¹⁸⁴

Si la producción de subjetividad incluye todos aquellos aspectos que hacen a la construcción social del sujeto, en términos de producción y reproducción ideológica y de articulación con las variables sociales que lo inscriben en un tiempo y espacio

de comunicación “(...) concurren al mismo resultado: la reproducción de las relaciones de producción (...) Cada uno de ellos concurre a ese resultado de la manera que le es propia: el aparato político sometiendo a los individuos a la ideología política del Estado; (...) el aparato de información atiborrando a todos los ‘ciudadanos’ mediante la prensa, la radio, la televisión, (...) Lo mismo sucede con el aparato cultural; el aparato religioso; el aparato familiar..., no insistimos más”. **Ideología y aparatos ideológicos del Estado**. Ediciones Nueva Visión. Bs. As. Pág. 42.

¹⁸⁴ **El desmantelamiento de la subjetividad. Estallido del Yo**. Editorial Topía. Buenos Aires. Pág. 28

particulares desde el punto de vista de la historia política, la constitución del psiquismo está dada por variables cuya permanencia trascienden los modelos sociales e históricos, debiendo ser cercadas en el campo específico conceptual de pertenencia: el psicoanálisis. Este último, con sus conceptos fundamentales planteados por Freud y sostenidos en el interior de las propuestas desplegadas a lo largo del siglo: inconsciente, sexualidad infantil, represión y transferencia, así como la diferenciación tópica en sistemas regidos por legalidades diferentes, que remiten a los invariables universales de la constitución psíquica, dan cuenta de aspectos científicos del psicoanálisis que se sostienen con cierta trascendencia respecto de los distintos períodos históricos.

Si bien esto es cierto, también lo es el hecho de que inevitablemente la teoría psicoanalítica se haya visto atravesada por aspectos ideológicos en el desarrollo conceptual de sus paradigmas ya que, como dice S. Bleichmar: “(...) la práctica psicoanalítica se establece en el marco de los fantasmas y decires de quienes la practican –de uno y otro lado del diván- y sus enunciados se ven impregnados por los modos históricos de producción de subjetividad de los seres humanos que la nutren.”¹⁸⁵ De este modo, la autora introduce el planteo sobre la cuestión de la ideología infiltrada en la teoría refiriéndola a dos ejes o paradigmas fundamentales del psicoanálisis: 1- la sexualidad infantil y 2- el Inconsciente.

1- Respecto de la sexualidad infantil señala que en la historia del psicoanálisis el Complejo de Edipo ha quedado frecuentemente homologado al deseo genital del niño hacia el adulto, despojando así a la sexualidad infantil de su carácter anárquico, no subordinable en sus comienzos al amor de objeto. Si bien en 1905, el descubrimiento freudiano hizo eclosionar la relación existente entre procreación y genitalidad, o sea, entre algo del orden de lo biológico y algo del orden de lo puramente sexual, con el ingreso de los estadios y fases libidinales Freud¹⁸⁶ da un giro endogenista produciendo un borramiento respecto a la función de la sexualidad del adulto como motor de

¹⁸⁵ **La subjetividad en riesgo.** Topía Ediciones. Buenos Aires. Pág. 39

¹⁸⁶ Fundamentalmente en su texto **Tres Ensayos de teoría sexual** es donde incorpora las ideas de K. Abraham al respecto. Obras Completas. Vol VII. Amorrortu Ed. Bs. As.

implantación mismo de la sexualidad infantil. De este modo se generan las condiciones para un Edipo que será pensado como surgiendo unilateralmente desde el niño hacia el adulto. La sexualidad infantil debe ser, entonces, recuperada en su carácter parcial y desordenado, es decir, autoerótico y, por lo tanto, despojado del tinte evolucionista que lo confunde con cierta maduración biológica.

2- Lo mismo ocurre con el Inconsciente, en cuanto que ha quedado adherido a una idea de segunda conciencia regido por las mismas leyes que rigen al sujeto¹⁸⁷. Esta instancia debe ser recuperada como materialidad psíquica caracterizada por la a-subjetividad radical. Cuestión que remite ineludiblemente a la sexualidad infantil y a los orígenes de la pulsión, en tanto que su definición apela a los orígenes mismos de las representaciones que constituirán la materialidad de base del Inconsciente, conformado por inscripciones provenientes de las primeras vivencias sexuales que acompañan los cuidados con los cuales el adulto toma a su cargo a la cría humana.

Estas primeras inscripciones que anteceden a la constitución del sujeto dan cuenta de los orígenes y del carácter para-subjetivo del inconsciente y sobre todo no intencional. En este sentido, S. Bleichmar afirma que: “El inconsciente no es sino res-extensa, lugar de la materialidad representacional des-subjetivizada, realidad psíquica en sentido estricto y, en función de ello, no puede enunciar verdades sino brindar los restos materiales con los cuales esta verdad es articulada por el sujeto del discurso.”¹⁸⁸

De este modo, el sujetamiento al Inconsciente no implica emplazamiento de lo subjetivo en el mismo, más bien de modo opuesto, el sujeto que siente está del lado de la conciencia.

¹⁸⁷ Un ejemplo de ello es la noción de homosexualidad inconsciente, que Freud enuncia como un universal, cuando la noción misma de homosexualidad inconsciente entra en contradicción con el estatuto del sistema Inconsciente, en la medida en que la coexistencia de los contrarios forma parte de la legalidad y funcionamiento propios de esta instancia, de modo tal que en el Inconsciente nadie es ni homosexual ni heterosexual, puesto que esas cualificaciones pertenecen al Yo en el marco del sistema Consciente-Preconsciente.

¹⁸⁸ **La subjetividad en riesgo.** Topía Ediciones. Buenos Aires. Pág. 120

Es esta la diferencia radical entre subjetividad y psiquismo: de un lado el Inconsciente pre-subjetivo en sus orígenes y para-subjetivo en su funcionamiento, no reflexivo, materialidad psíquica en sentido estricto, producto de las inscripciones sexualizantes y sus posteriores ordenamientos en la estructuración del psiquismo; y, de otro lado, el sujeto de cogitación o conocimiento de sí mismo y los otros, atravesado por la apropiación ideológico-ideativa de los modos con los cuales los discursos instituyentes de su época histórica producen subjetividad.

Por tanto, al hablar de subjetividad, se habla de producción social de sujetos, es decir, el sujeto no se constituye aisladamente, como no lo hace tampoco el aparato psíquico. Es el Yo quien se concibe a sí mismo como siendo por oposición al Inconsciente, como lugar de la a-subjetividad radical. En los orígenes del psiquismo la representación opera antes de que el sujeto se constituya apropiándose de ella, antes de que le de un sentido. Pero, una vez que el Inconsciente se haya constituido por efecto de la represión, operará en relación al sujeto, aunque sin ser capturado por la subjetividad. Lo cual no deja de originar una tensión conflictiva ya que, siendo el Inconsciente el efecto de la represión, una vez que se ha constituido el aparato, los modos de la subjetividad inciden en la forma en la que el Inconsciente queda constituido y en sus contenidos. Y eso ciertamente implica una paradoja, compleja de resolver, porque el Inconsciente es a-subjetivo y, al mismo tiempo, es residual de las formas de la subjetividad.

Se han expuesto hasta aquí, las ideas centrales que posibilitan la distinción conceptual entre producción de subjetividad y estructuración psíquica y que permiten a continuación analizar los paradigmas actuales de producción de subjetividad en la posmodernidad a los fines de intentar definir una subjetividad contemporánea para luego volver sobre las posibles relaciones entre las mismas y la estructuración del psiquismo.

III. b. Posmodernidad: paradigmas actuales y subjetividad contemporánea

En este trabajo se ha optado por el empleo del término posmodernidad para englobar las nuevas constelaciones que adopta lo histórico-social en sus múltiples vertientes en la actualidad, la nueva lógica cultural que nos atraviesa, configuraciones de época que, a su vez, cohabitan -a veces incluso de manera antagónica- con discursos pertenecientes a la modernidad o aún pre-modernos según los sectores implicados. En este sentido, es importante señalar estos entrecruzamientos entre discursividades diferentes ya que, como sabemos, la realidad siempre es mucho más compleja, contradictoria y multifacética que el abordaje que se proponga de ella

Si bien el término posmodernidad fue originariamente utilizado en referencia a estilos estéticos en el terreno artístico y arquitectónico fue extendiéndose paulatinamente para ser considerado por diversos autores como un estado de la cultura y la vida social de los sujetos atravesado por importantes transformaciones económicas acaecidas mundialmente.

Cabe destacar que el debate planteado por distintos autores que se han abocado al análisis y conceptualización de la posmodernidad está atravesado por componentes ideológicos y valorativos muy diversos, en el sentido de denostar o celebrar los cambios acaecidos. En este texto se irán desplegando -debido al interés que presenta para el psicoanálisis- aquellos aspectos que remitan a los entrecruzamientos e interrelaciones posibles entre las mutaciones de la época y las formas subjetivas favorecidas por la misma, teniendo como eje dos cuestiones centrales: la producción de subjetividad a partir de las lógicas culturales y el inevitable anudamiento de las mismas al orden fantasmático y deseante de los sujetos.

Se hará especial hincapié, entonces, en los modos con que la realidad simbólico-imaginaria propia de este momento histórico propone la lógica del consumo como nuevo ideal, de modo tal que produce efectos atravesando los lazos de organización social así como la economía libidinal de los sujetos.

Cabe señalar, en principio, que la ideología social dominante en la condición posmoderna representa para muchos el mejor de los mundos posibles porque destacan tres virtudes que se han reivindicado, como sostiene I. Wallerstein¹⁸⁹: la abundancia y la conveniencia material, la existencia de estructuras políticas liberales y la prolongación del promedio de vida. Ahora bien, donde los defensores ven abundancia y conveniencia material, los detractores ven la desigualdad y la exclusión polarizada, donde la abundancia y conveniencia material sólo existen para unos pocos. Donde los defensores ven estructuras políticas liberales, los críticos ven la ausencia de la participación ciudadana en la toma de decisiones. Donde los defensores ven una vida prolongada, los críticos resaltan una calidad de vida seriamente degradada, por un lado por la inequidad y por el otro por el abuso de los instrumentos estéticos. En este sentido, N. García Canclini¹⁹⁰ concuerda con lo anterior, al sostener que el agravamiento de la desigualdad, (...) la precarización de la mayoría, el despedazamiento del tejido social, la destrucción de las identidades colectivas y la apatía de enormes conglomerados sociales son signos propios de estos tiempos y de este mundo en particular, que dista mucho de ser el mejor de los mundos posibles.

Ahora bien, ¿a partir de qué presupuestos económicos-políticos-sociales-culturales se construye la subjetividad contemporánea? A continuación se desarrollan los paradigmas actuales en los que, la cultura posmoderna encuentra sus pilares constitutivos, para así, intentar dar cuenta de cómo y cuánto la subjetividad propia de esta época, está determinada por el contexto económico, político, social y cultural.

- La economía de libre mercado

En las sociedades contemporáneas, la organización de los intercambios económicos se rige por las leyes más o menos difusas y arbitrarias del libre mercado en la versión globalizante del momento actual. Esta organización provoca una serie de

¹⁸⁹ **Utopística o las opciones históricas del siglo XXI.** Siglo XXI Editores. México. Págs. 65-66

¹⁹⁰ **Consumidores y ciudadanos. Conflictos multiculturales de la globalización.** Editorial Grijalbo. México. Pág. 29

efectos y cambios en la estructura social de producción y consumo. En este sentido, es vertiginoso el cambio que se ha producido desde la década del 90 –del siglo pasado- en la estructura de la producción, trasladándose ésta al sector de servicios. Las implicaciones que esto supone no sólo para la economía sino para la política, la cultura, el desarrollo individual y de los ciudadanos significa que –a diferencia de otras épocas históricas- el sujeto posmoderno puede a la vez que estar produciendo, estar comerciando y a la vez, consumiendo.

La globalización de este tipo de intercambios termina por derribar las fronteras transnacionales, arrasando no sólo con las barreras artificiales de las fronteras económicas, sino fundamentalmente con las formas de organización política y social de las diferentes comunidades y muy especialmente, con las formas de interacción social y cultural que no siempre se acomodan a las nuevas exigencias del mercado mundial. La economía de libre mercado supone la imposición inevitable de un modelo tan cuestionable como el anterior y cuyas consecuencias, en el mejor de los casos puede determinar el aprovechamiento de las posibilidades, grietas y aberturas, los intersticios que permiten un enfrentamiento sin ruina. Este pensamiento podría ser tachado de pesimista, pero del mismo que sería absurdo negar la existencia de lo obvio, es irracional ocultar las derivaciones negativas de la globalización o sus aspectos más inquietantes.

Teniendo en cuenta estos aspectos, lo primero que se manifiesta como duda es la compatibilidad del libre mercado con la profundización de la democracia, principalmente en los países emergentes, donde la vuelta a la vida democrática no supera los 30 años. Los gobiernos elegidos libremente se encuentran, muchas veces, impotentes para reaccionar ante las crisis sucesivas que este modelo económico implica y, la impotencia deviene en medidas ciertamente antipopulares. Cabe aclarar que este proceso de mundialización no tiende a la universalidad, no persigue un objetivo civilizatorio, de regulación universal de los principios y normas básicas de convivencia que garanticen el respeto y desarrollo de los derechos humanos en los intercambios generalizados entre individuos, sociedades y culturas. Por el contrario, la búsqueda

universal del beneficio económico inmediato supone la generalización de las condiciones sociales más deficitarias. El imperio de la competencia conduce al éxito comercial de aquellas condiciones de trabajo y de vida social menos exigentes, más primitivas, por cuanto su bajo costo implica la reducción importante de los gastos de producción, y su presencia ventajosa en los mercados internacionales.

En este marco de flexibilización y desregulación, se ha provocado a la vez un aumento en las desigualdades entre los países y al interior de los mismos. La diferenciación entre países ricos y pobres lejos de reducirse, se ha vuelto escandalosa. De igual modo, al interior de los países, la polarización de las clases sociales, demarca significativamente la construcción de una nueva pirámide social, donde la base de pobres e indigentes se amplía, mientras se estrecha su vértice en menos manos y cada vez más ricas.

Las consecuencias no son menores, las emigraciones en masa, la reaparición del racismo, el fundamentalismo de occidente y de oriente, el desarraigo social y cultural generalizado, el comercio de personas, los enfrentamientos entre culturas, el fortalecimiento de los integristas, la explotación de los recursos naturales de los países menos favorecidos con los desastres ecológicos consecuentes, el despojo de la economía sumergida, la explotación infantil, los negocios ilegales de armas, droga y blanqueo de dinero, son entre otros los efectos más despreciables de la desigualdad.

Así, la flexibilidad y desregulación en la organización de la producción como de la distribución y el consumo, determina efectos directos sobre la organización de la vida de los individuos y los grupos. En el consumo, particularmente, la búsqueda permanente de nuevas apariencias externas diversificadas de productos similares, se adapta perfectamente a una reciente forma de sociabilidad que no tiene más referencia colectiva que el sí mismo y el cultivo de una individualidad constituida a través de, nada más, que envoltorios.

El mercado no es, como lo fuera el Estado-Nación, una meta-institución donadora de sentido, ni un principio ordenador y generador de consistencia, sino que se trata, más bien, del pasaje de una lógica de encuentros a una dinámica de amontonamientos, cuyas consecuencias subjetivas son evidentes: la desligadura de lo ligado y la fragmentación de lo articulado, que son las que forjan la subjetividad contemporánea. La nueva figura subjetiva, que sustituye a la del ciudadano del Estado-Nación, es la del consumidor.

Postular el agotamiento o la destitución del Estado-Nación como articulador simbólico, no implica postular su relevo por la instancia mercantil, como aquella que tomaría el lugar que quedó vacante. No hay allí sustitución de un orden simbólico por otro. Las operaciones propias del mercado implican una dinámica social radicalmente diversa.

- La política y lo político y los medios de comunicación

Los drásticos cambios mencionados en el panorama mundial, vienen acompañados también de sustanciales modificaciones en el terreno político. A este respecto parece evidente que las exigencias insaciables de la economía de mercado libre en su dimensión mundial, a favor de la rentabilidad y el beneficio a toda costa, distorsionan los principios democráticos y deterioran las formas de vida privada y pública¹⁹¹.

¹⁹¹ En esta misma línea de pensamiento, I. Lewkowicz, que se abocó particularmente al estudio de la subjetividad contemporánea, en diversos textos habla del agotamiento de los grandes relatos propuestos por la era moderna, lo cual da lugar a teorías políticas y sociales en las que se postula una era regida por instancias para-estatales, fundamentalmente aquellas ligadas al mercado. Desde esta perspectiva, lo que este autor llama el agotamiento del Estado-Nación implica una serie de consecuencias de las que no queda indemne la propia noción de subjetividad. Ahora bien, lo que se plantea como agotamiento del Estado-Nación hace referencia a la destitución de este último como práctica dominante, es decir, como meta-institución donadora de sentido, como el eje principal a partir del cual una población se distribuye en un territorio, como la modalidad fundamental de organización del lazo social. El Estado ha perdido su estatuto de articulador simbólico de la sociedad y las fuerzas del mercado, que el estado tenía como función regular, también han cambiado su estatuto. El Estado-Nación ha sido relevado por las fuerzas del mercado. Pero dicho relevamiento no significa que se haya sustituido un régimen simbólico por otro, pues la dominancia del mercado se rige por una operatoria que no es la articulación simbólica tal como lo era para el Estado-Nación. Si la operación principal del Estado consistía en otorgar sentido a todo lo que en su terreno sucediera (véase la subjetividad instituida) por el contrario, en tiempos de mercado lo que ocurre es más bien una dinámica que conecta y desconecta: lugares, mercancía, información, personas, sin que esas conexiones/desconexiones tengan, “a priori”, un sentido simbólico que trascienda la lógica

No es difícil detectar en la actualidad el sesgo de las prácticas políticas hacia el objetivo supremo de la rentabilidad electoral y el desprecio progresivo de los mecanismos intermedios de información, participación y representatividad que garantizarían la legitimidad y operatividad electoral. Las estrategias y tácticas políticas: recaudación de votos, consolidación de las redes clientelares de influencia, mantenimiento y ampliación de la cuota de mercado político, reforzamiento de los aparatos de partido y perpetuación en el poder, no tienen la menor justificación por sí mismas si no contribuyen a facilitar los procedimientos de intercambio y conseguir los objetivos básicos de toda acción política democrática¹⁹².

Esta distorsión actual aparece como evidente en el plano de la especulación, la seducción y la demagogia, arrasando con el debate reflexivo e informado para

cosificadora y utilitaria del mercado. Al respecto puede consultarse su libro **Pensar sin Estado**. Editorial Paidós. Buenos Aires.

¹⁹² Lo agotado, entonces, hace referencia al estatuto meta-institucional que tenía el Estado-Nación, y al hecho de que las instituciones disciplinarias de los Estados nacionales -familia, escuela, fábrica, hospital, prisión- instituyen la serie de operaciones necesarias para habitar la meta-institución estatal forjando un tipo subjetivo: el ciudadano. Como se ha señalado anteriormente, cada sistema social establece sus criterios ontológicos de existencia, es decir, sus instituidos. Ello implica el uso de un lenguaje común que habilita la posibilidad de estar en las distintas instituciones con las mismas operaciones, es decir, cada una de estas instituciones opera sobre las marcas previamente forjadas -la escuela trabaja sobre las marcas familiares, la fábrica sobre las modulaciones escolares etc.-. Encadenamiento institucional que asegura la eficacia en la producción y reproducción del lazo social. De esta manera, el Estado delega en sus dispositivos institucionales la producción de su soporte subjetivo, es decir, el ciudadano. El pasaje del Estado al mercado implica el desfundamiento del suelo donde se apoyaban las instituciones disciplinarias, lo que trae como consecuencia que las consistencias institucionales y su capacidad operatoria se vean afectadas. Desvinculadas del Estado, articulador principal, las instituciones se desvinculan entre sí. Por lo tanto, “sin paternidad estatal ni fraternidad institucional, la desolación prospera” tal como señalan M. Cantarelli e I. Lewkowicz, quienes también se preguntan: “¿Cuál es el estatuto actual de las instituciones? En principio debemos decir que una institución, para ser tal, necesita de una meta-institución que reproduzca las condiciones donde apoya. Dicho de otro modo no hay instituciones disciplinarias sin Estado-Nación (...) Es cierto que la observación del paisaje social parece arrojar otras conclusiones. A pesar de la muerte del Estado-Nación hay escuelas, familias, prisiones, etc. En este sentido, la evidencia más inmediata pondría en cuestión la definición. Sin embargo, si bien persisten tales o cuales términos, no es menos cierto que en las nuevas condiciones el sentido de estas configuraciones se ha visto modificado. Está claro que hay escuelas, familias, prisiones. Pero no se trata de instituciones disciplinarias, de aparatos productores y reproductores de subjetividad ciudadana. En este sentido, la subjetividad que resulta de estar en las escuelas, las familias o las prisiones cuando el mercado es la instancia dominante de la vida social, es absolutamente otra, el agotamiento de la lógica estatal inaugura un tipo de funcionamiento donde la fragmentación deviene rasgo predominante, las instituciones quedan huérfanas de tarea, función, sentido, sin proyecto general donde implicarse”. Así pues, la destitución del Estado-Nación como articulador simbólico, la instalación de un estado que I. Lewkowicz ha denominado “Técnico-Administrativo” y la dinámica de mercado como práctica dominante, componen el terreno por el que transita la subjetividad contemporánea. **Del fragmento a la situación**. Ediciones Altamira. Bs. As. Pág. 41.

fundamentar la toma de decisiones. Por esto, para algunos especialistas contemporáneos, la democracia se ha reducido a un sistema electoral para la elección de representantes de élite, quienes permanecen como esencia de la gobernabilidad de la nación y el Estado abroquelados en organizaciones cerradas, selectivas, poco dadas a la apertura pública y constantemente pendientes de las nuevas elecciones. Esto se advierte plausiblemente en la ausencia de la formación y renovación del arco político. Cuando la participación pública y política del ciudadano se reduce exclusivamente a acudir a la cita electoral, la vida democrática de la comunidad se convierte en mera apariencia formal que pretende legitimar el ejercicio del poder por quienes, no importa a través de qué medios, consiguen la mayoría electoral.

Dicho en otras palabras, el criterio exclusivo de la rentabilidad electoral para mantenerse en el poder, disuelve todo compromiso de la política con la ética, los fines de la política deviene en medios y estos, convertidos en fines que legitiman cualquier recurso eficaz para ganar la batalla electoral. La crisis de representatividad que se vislumbra actualmente, deviene de este quiebre entre política y ética. Basta recordar las denuncias permanentes de corrupción que acompañan a los actuales mandatarios y que no hacen más que contribuir al desprestigio de la política y de los políticos.

Si la democratización es la subjetivación de la vida política, que sólo se alimenta de la transparencia en el intercambio de opiniones e informaciones y en el fortalecimiento de la autonomía individual y colectiva, dadas las condiciones actuales, se corre el riesgo de no conseguir el equilibrio esperado entre desarrollo, productividad y racionalización frente a las exigencias sociales de igualdad, justicia, educación, solidaridad.

La tarea política definida entonces como la búsqueda permanente de la rentabilidad electoral, deviene en la aplicación de la mediación publicitaria como eje central. Es necesario el dominio de la opinión pública, y, dada la influencia de los medios de comunicación –especialmente de la televisión- parece que la democracia parlamentaria se ha convertido en democracia de la opinión pública. Como advierte G.

Balandier: “(...) lo mediático anula lo político y del abandono de la gestión en manos de ‘especialistas’ a quienes se encarga la solución técnica de los problemas (...) La incertidumbre contribuye a hacer de la relación con lo político un vínculo frágil y fluctuante, sometido a un régimen de ambigüedad que asocia la curiosidad y el desinterés, el crédito y el descrédito. Porque (...) la contaminación de la práctica política por exceso de tratamientos espectaculares ha acabado multiplicando el número de ciudadanos convertidos en meros espectadores (...) El mal democrático, en la actualidad, es el del anestesiamiento catódico de la vida política.”¹⁹³

El poder seduce a la vez que espanta, porque también influye a nivel psicológico. De esta manera, sostiene el autor, el poder ha formalizado ritualmente la trasgresión misma de los ritos sociales. Un espacio y tiempo con un decorado específico en el cual descargar las pulsiones, poner en acto la crítica y la polémica y liberar la materia de los sueños.¹⁹⁴

La televisión acerca al sujeto posmoderno a las crudas realidades de la vida humana, -el dolor, la violencia, la ambición desmedida, la prostitución, la pobreza, la marginalidad, las drogas, el tráfico de personas, la muerte- poniendo en cualquier momento del día al alcance del sujeto las imágenes más crudas y sorprendentes de tales realidades. El efecto es demoledor, por cuanto la imagen supera con creces las explicaciones verbales, incidiendo por sí misma y provocando el impacto desmitificador sin la atenuante de las explicaciones racionales que pueden justificar, en parte, los comportamientos exhibidos en la imagen, promoviendo unas subjetividades débiles, amorfas y de pensamiento único a costa de la comunicación de ideas, valores, argumentos, proyectos. La televisión constituye el espacio donde se construye la sociedad, la representación de lo real, la realidad, la subjetividad.

Esto trae algunas consecuencias. La más general alude a la identificación del medio con el mensaje, a la confusión de lo real por sobre la representación de la

¹⁹³ **El poder en escenas. De la representación del poder al poder de la representación.** Editorial Paidós. España. Pág. 13

¹⁹⁴ Idem. Pág. 65

realidad. En otras palabras, la televisión se ha convertido en generadora de subjetividades porque los mensajes que emiten ‘son la realidad’ y no una representación de la misma. Por otro lado, al incorporarse al mercado de consumo mediático, lo político ha degenerado en una industria más del espectáculo, debiendo asumir el alto costo de perder el más permanente y profundo efecto conformador, por el efecto emocional efímero propio de la cultura del zapping y la estética del videoclip.

El poder político ha perdido, a su vez, su sentido como custodio del sentido y los vínculos sociales y ha sido reemplazado por el showman massmediático. Como así tampoco dirige ya los procesos metabólicos de reconversión del desorden en orden, porque, como sostiene G. Balandier, el desorden de la posmodernidad no es de ninguna manera metabolizable dado que se materializa en las fluctuaciones caóticas de los mercados, la inmediatez y lo efímero del acontecimiento mediático, las nuevas pandemias y una violencia absolutamente conciente y visualizada como antes nunca se había advertido.

La segmentación de la sociedad y la transmutación de ciudadanos a consumidores de medios masivos ha sumido la realidad a una versión orweliana donde un Gran Hermano vigila omnipresente: la televisión, y los medios funcionan como un partido político del poder porque la misión del poder comunicacional es crear la verdad.

Los medios están destinados a “sujetar al sujeto” y, en este sentido lo político se advierte como ausente; es un síntoma de la realidad televisiva mundial la ausencia de programas políticos reemplazados por realitys donde conviven los políticos y sus “dobles”. Y, en el caso de aquellos programas que convocan políticos, el reportaje de apariencia objetiva queda falseado en la medida en que está compuesto por elementos aislados -algunos de los cuales han sido tergiversados-, incorpora personajes seleccionados y hechos poco verificables o “montados” y orienta hacia una determinada conclusión; la prioridad la detentan la imagen y el escenario, quedando el comentario relegado a un segundo plano.

En este sentido, G. Balandier señala que: “(...) El político puede figurar al lado del artista en un espectáculo de variedades, el realizador de programas de entretenimiento puede conducir un debate sobre «cuestiones de sociedad» y el cómico convertirse en escenificador de ideas (...) Como resultado de esa circulación, el político puede irrumpir en cualquier lugar del espacio mediático, con lo que, por así decirlo, acaba disipándose y perdiendo su fuerza y su credibilidad.”¹⁹⁵

La realidad que a través de la televisión se transmite, se convierte no sólo en la auténtica realidad, sino en la única realidad. La construcción social de la realidad que se pone de manifiesto en las representaciones subjetivas transmitidas por los medios de comunicación poco a poco va conformando las subjetividades del espectador que debe conformar su paso y su opinión para sentirse protegido por la conciencia colectiva del grupo invisible que se forma en torno a la pantalla. Sólo existe la realidad pública que aparece en la televisión y tal como allí se representa, lo que se oculta y no se selecciona, para construir artificialmente realidad junto a lo que se resalta o prioriza, configuran los elementos de la realidad que penetra en la cultura del sujeto posmoderno, condenando a los hechos huérfanos de imágenes al silencio y la indiferencia.

Poco a poco se construye la idea de que la importancia de los hechos es proporcional a la cantidad de imágenes. Así, la exclusión social se visibiliza, oportunamente, agrupada en categorías para simplificar su conocimiento y la actuación sobre la misma, a la vez que enmascarada por un maquillaje propio del espectáculo mediático. Lo que seduce y espanta hoy es la teatralización de la pobreza y la marginalidad convertida en espectáculo, cuyo fin podría expresarse como una vía de escape según G. Balandier, porque conforman el otrora escenario del poder tradicional donde el otro –el pobre, el reo, el extranjero- es el instrumento de aplicación de los mecanismos de tratamiento ritualizado del desorden.

La realidad misma es experimentada como un espectáculo estético ofrecido por el efecto de la posproducción massmediática con un carácter “hiperrealista”. En la

¹⁹⁵ Idem. Pág. 173

“sociedad del espectáculo”, la hipertrofia de las “representaciones realistas” permite la entrada de la violencia en escena tal cual es, acercando al sujeto individual a la posibilidad de reconocerse a sí mismo como parte de esa realidad. En otras palabras, el marco referencial y existencial de la teatralización de otrora ha devenido en una puesta en acto cotidiana, posproducida y estetizada por unos intereses económicos que trascienden al sujeto y de los cuales no es –a veces- ni siquiera conciente.

Al mismo tiempo, la capacidad del poder tradicional en la inversión simbólica que culminaba con una mayor demanda de orden, se ha revertido en una consumación del grotesco y el ridículo porque la desviación ya no genera vergüenza ni desprecio social. Por el contrario, el ridículo se muestra como constitutivo de la televisión a partir de un sinnúmero de personajes de los cuales “aparece como natural” burlarse, defenestrar y fundamentalmente exponer. El sacrificio colectivamente purificador y punitivo de otrora sobre el brujo, el hereje, el loco, el extranjero o la construcción de héroes es efímero y consiste en la desaparición del medio del personaje en cuestión. El gusto desmedido por lo efímero genera ídolos y antihéroes por un día.

El desorden calculado y la fragmentación de las identidades y los símbolos se imponen. Las formas de acceder a la información provocan fácilmente la saturación que no conduce a la formación de esquemas reflexivos y conscientes de pensamiento ni a estructuras semánticas organizadas por el sentido lógico de los contenidos que agrupan, sino por la espectacularidad de las formas, imágenes y contenidos que se vinculan en asociaciones frecuentemente arbitrarias. Ello supone una estructura fragmentaria y saturada de identidades y símbolos que impiden un razonamiento lógico y que, por tanto, facilitan la aceptación acrítica.

La conflictividad social –el desorden del que habla G. Balandier- sólo se torna “visible” cuando aparece en la televisión. La manifestación de dicho conflicto aspira cada vez menos a obtener de entrada un efecto directo, y sí a acceder a una existencia mediática -la presencia televisual-. Mientras tanto, la negación del mismo alcanza idéntico efecto que la saturación informativa, esto es, todos los canales con la misma

noticia a la misma hora. En un punto, la noticia deja de interesar por haber estado sobreexpuesta durante muchas horas y varios días y sobreviene la negación. Como expresa G. Balandier¹⁹⁶ el acontecimiento que los medios de masas procesan se convierte en la matriz en que se labran los mitos del presente, y la escena efímera en que el drama representado deviene portador de una lección. La imagen actúa de este modo a la manera de un pedagogo, aunque de incierta influencia, puesto que la rápida sucesión de acontecimientos e imágenes acaba por desertizar las memorias.

En la misma búsqueda de lo sensacional y, por lo tanto, del éxito comercial, se seleccionan noticias generales que pueden suscitar un inmenso interés seduciendo las emociones más elementales, como los escándalos destinados a provocar la indignación popular, incluso formas de movilización puramente sentimentales y caritativas o también pasionales, pero agresivas y próximas al linchamiento simbólico, con los asesinatos infantiles o incidentes con grupos estigmatizados, siendo ésta, la que ha tornado en espectáculo a la exclusión social tal como lo señala P. Bourdieu¹⁹⁷.

Actualmente se persigue el rating, en todos lados se piensa en términos de éxito comercial. Hay que vender espectáculo, mostrar el acontecimiento como una ficción que busca la intensidad, lo que acaba convirtiendo lo real en una narración ilustrada e incita a hacer uso de los efectos perversos del montaje. Y, porque hay que vender se impone la persecución de la primicia. Para ser el primero en ver y hacer ver cualquier cosa se está dispuesto a cualquier cosa y, como se copian mutuamente para ganarle a los otros, hacer ante los otros, o hacer de otro modo que los otros, se termina por hacer todos la misma cosa, la búsqueda de la exclusividad que, por otra parte, así como en otros campos produce originalidad, singularidad, lleva aquí a la uniformidad y a la banalización.¹⁹⁸

¹⁹⁶ Idem. Pág. 165

¹⁹⁷ **Sobre la televisión.** Editorial Anagrama. Barcelona. Págs. 69-75

¹⁹⁸ Idem. Pág. 77

La televisión ha contribuido a la desaparición entre lo interno y lo externo y, junto a la generación de subjetividades ha conformado una fragmentación de las identidades, donde el yo y el otro –en el marco de un desorden calculado- frecuentan el espacio mediático tras el montaje de unos símbolos también fragmentados y confusos.

La crisis de representatividad causa debilitamiento de la política y lo político y en este marco referencial la dramatización mediática, la exasperación de lo espectacular se torna visible, estetizada, sobreexpuesta desde la televisión, el gran escenario en el que se sitúan las innumerables escenas de la vida cotidiana.

En medio de este eclecticismo propio de la posmodernidad –globalización económica mediante- se va creando un nuevo tipo de consumo paralelo a la socialización que es al mismo tiempo, mercantilización. La loca carrera por tener conduce inevitablemente a la insatisfacción del ser. Cualquier mercancía en una sociedad capitalista se vuelve acumulación de capital y, en este sentido, el capital simbólico que representa la televisión como el medio productor de cultura, es a la vez el productor de subjetividades.

- La ideología social dominante en la condición posmoderna

La primacía de las leyes de libre mercado, la legitimidad de la competitividad particular a cualquier precio, la obsesión por la eficiencia, la primacía de las apariencias, el gusto desmedido por lo efímero y cambiante son componentes ideológicos que, junto a la defensa de las democracias formales, la omnipresencia de los medios de comunicación de masas y la posibilidad de superación de las barreras espaciales y temporales a la libre circulación de la información, componen –entre otros- los elementos que caracterizan a lo posmoderno.

Estos valores y tendencias que de manera sutil, ambigua y anónima se derivan de aquel marco socioeconómico y político –definido en los apartados anteriores-, se imponen en los procesos de socialización y conforman la subjetividad contemporánea.

Un pensamiento único, amorfo y débil se impone tras la tendencia económica a la globalización y a la universalización de modelos de vida, de pensamientos, sentimientos y acción, transmitidos reiterada y seductoramente a través de los medios de comunicación, así como la exigencia de la economía de libre mercado de derribar barreras materiales, simbólicas o ideológicas. Progresivamente se ha producido de modo acrítico y en el marco de una ideología social anómica, la idea de que todo vale tras el logro del objetivo de la rentabilidad personal, grupal o nacional. Todo puede convertirse en mercancía y por tanto adquirir valor de cambio. La ausencia de identidad en los intercambios promueve a un eclecticismo donde se advierte la pérdida del objeto y del sentido.

La época actual produce en los sujetos unos efectos como consecuencia del alejamiento de los ciudadanos de la vida política y sus instituciones, de modo tal que los sujetos se tornan indiferentes ante los intereses comunes y las actividades públicas, rehusándose a tomar responsabilidades, y retirándose a un ámbito cada vez más “privado” y aislado. Otro de estos efectos, como ya se expresara, es el producido por el pasaje de los sujetos de su categoría de ciudadano productor al de mero consumidor, donde la mira está en la adquisición en serie de objetos sin más sentido que el consumo en sí mismo.

Ambos efectos comprenden lo que se ha denominado “el avance de la insignificancia”¹⁹⁹, expresión que da cuenta, precisamente, de la carencia de significado, el vacío de sentido que las acciones de los sujetos tienen para ellos mismos, en función de que todo objetivo colectivo desaparece, todo queda reducido a una existencia aislada, y el objetivo primordial es el consumo. De este modo, la consecuencia más importante será lo que se denomina como la crisis del proyecto identificadorio²⁰⁰.

¹⁹⁹ C. Castoriadis. **El avance de la insignificancia**. Eudeba. Buenos Aires.

²⁰⁰ C. Castoriadis. **La institución imaginaria de la sociedad, Vol. II: El imaginario social y la institución**. Tusquets Ediciones. Buenos Aires.

De esta manera, lo específico de la situación contemporánea es que no se ha pasado de una configuración a otra, sino de una totalidad articulada a un devenir no reglado; lo que Z. Bauman conceptualiza a través de una imagen de liquidez o fluidez cuando habla de vínculos líquidos o modernidad líquida²⁰¹.

La decepción colectiva respecto de las grandes utopías de la modernidad diluye la idea de totalidad. Si las grandes propuestas han fallado en su promesa, si las certezas más férreas se han disuelto irremediablemente, la categoría misma de futuro entrará en crisis afectando las nociones de progreso y proyecto en diversos órdenes de la vida.

Resulta evidente, entonces, la escasez de potenciales revolucionarios de las personas para articular con otros el deseo de cambiar su situación individual, como parte de un proyecto colectivo de cambiar el orden de la sociedad. Lo cual se viene anunciando en la historia del pensamiento moderno mediante las expresiones referidas a “la muerte de las ideologías” o “la muerte de las utopías”.

²⁰¹ La caracterización de la modernidad como un tiempo líquido -expresión acuñada por Z. Bauman- da cuenta del tránsito de una modernidad “sólida” -estable, repetitiva- a una “líquida” -flexible, voluble- en la que los modelos y estructuras sociales ya no perduran lo suficiente como para enraizarse y gobernar las costumbres de los ciudadanos y en el que, sin darnos cuenta, hemos ido sufriendo transformaciones y pérdidas como el de la duración del mundo, vivimos bajo el imperio de la caducidad y la seducción en el que el verdadero Estado es el dinero. Donde se renuncia a la memoria como condición de un tiempo post-histórico. La modernidad líquida está dominada por una inestabilidad asociada a la desaparición de los referentes a los que anclar nuestras certezas. La fluidez es la cualidad de los líquidos y los gases que hace que sufran continuos cambios de forma cuando se los somete a alguna tensión mientras que la cualidad de la solidez está dada por el tipo de enlace que reúne a sus átomos y por la disposición de los mismos. Este enlace es el responsable de la resistencia que los átomos ofrecen a la separación dándole así su cualidad de estabilidad a los sólidos. Los fluidos no se fijan al espacio ni se atan al tiempo y su extraordinaria movilidad los asocia con la idea de levedad, movilidad e inconstancia. Según Z. Bauman: “estas razones justifican que consideremos que la fluidez o la liquidez son metáforas adecuadas para aprehender la naturaleza de la fase actual –en muchos sentidos nueva- de la historia de la modernidad.” **Modernidad líquida**. Fondo de Cultura Económica. Buenos Aires. Pág. 8

Lo que se ha llamado en historia “derretir los sólidos”, su disolución, ha llevado a una progresiva emancipación de la economía de sus tradicionales ataduras políticas, éticas y culturales, lo que ha dado por resultado un nuevo orden definido principalmente por términos económicos, lo que I. Lewcowicz, en su libro **Del fragmento a la situación** llamó la lógica del mercado. Este orden económico ha llegado a dominar la totalidad de la vida humana tornando irrelevante e inefectivo cualquier aspecto de la vida que no contribuyera a su incesante y continua reproducción. De esta manera, asistimos a fenómenos constantes tendientes a la desregulación, la liberalización, la flexibilización, la creciente fluidez en torno a la liberación de los mercados financieros, laborales e inmobiliarios, como técnicas de velocidad y huida que permiten que el sistema y los agentes libres no se comprometan entre sí, que se eludan en vez de reunirse.

Al decir de Z. Bauman, los sólidos sometidos a disolución en la modernidad fluida están constituidos por los vínculos entre las elecciones individuales y los proyectos y el accionar colectivo, como los enlaces entre átomos que les da su cualidad de estabilidad. Se ha desamarrado de los grupos de referencia preasignados, las pautas y configuraciones ya no están determinadas, el peso de la construcción de las mismas y la responsabilidad del fracaso caen primordialmente sobre los hombros del individuo. Estas pautas son maleables ya que, como todo fluido, no conservan mucho tiempo su forma. Mientras que los sólidos son moldeados una sola vez, mantener la forma de los fluidos requiere muchísima atención, una vigilancia constante y un esfuerzo perpetuo.

En este sentido, el autor afirma que: “Sería imprudente negar o menospreciar el profundo cambio que el advenimiento de la modernidad fluida ha impuesto a la condición humana. El hecho de que la estructura sistémica se haya vuelto remota e inalcanzable, combinado con el estado fluido y desestructurado del encuadre de la política de vida, ha cambiado la condición humana de modo radical y exige repensar los viejos conceptos que solían enmarcar su discurso narrativo. Como zombis, esos conceptos están hoy vivos y muertos al mismo tiempo.”²⁰²

De este modo, uno de los rasgos predominantes de la vida posmoderna es el cambio producido en la relación entre tiempo y espacio²⁰³. Merced a la flexibilidad y capacidad de expansión adquirida recientemente, el tiempo posmoderno se ha

²⁰² Z. Bauman. **Modernidad líquida**. Fondo de Cultura Económica. Buenos Aires. Págs. 13-14

²⁰³ M. Augé defiende la hipótesis de que la posmodernidad es productora de no lugares, es decir de espacios que no son en sí lugares antropológicos y que, contrariamente a la modernidad, no integran los lugares antiguos como “lugares de memoria”. Este mundo está promovido hacia la individualidad solitaria, a lo provisional, a lo efímero, al pasaje. Un no lugar existe igual que un lugar: no existe nunca bajo una forma pura; allí los lugares se recomponen, las relaciones se reconstituyen. El lugar y el no lugar son más bien polaridades falsas: el primero no queda nunca borrado; el segundo no se cumple nunca totalmente. Pero los no lugares son la medida de la época: las vías férreas, aéreas, las autopistas, los aviones, trenes, automóviles, los aeropuertos, las cadenas hoteleras, los supermercados. Una compleja madeja de comunicaciones que a menudo pone al individuo en contacto con otra imagen de sí mismo. Por ‘no lugar’ designamos dos realidades complementarias pero distintas: los espacios constituidos con relación a ciertos fines (transporte, comercio, ocio) y la relación que los individuos mantienen con esos espacios. Los no lugares mediatizan todo un conjunto de relaciones consigo mismo y con los otros que no apuntan sino directamente a sus fines: como lugares antropológicos crean lo social orgánico, los no lugares crean la contractualidad solitaria. **Los “no lugares”. Espacios del anonimato. Una antropología de la sobremodernidad**. Gedisa. Barcelona. Págs. 41-42.

convertido principalmente, en el arma para la conquista del espacio. Velocidad y liviandad: lo más pequeño, lo más liviano, lo más portable son signos de mejora y progreso, “andar liviano” es el mayor bien y el privilegiado símbolo de poder. Aferrarse, cargándose de compromisos mutuamente inquebrantables puede resultar pernicioso en tanto las nuevas oportunidades aparecen en cualquier otra parte.

En este sentido, Z. Bauman afirma que: “(...) La desintegración de la trama social y el desmoronamiento de las agencias de acción colectiva son el resultado de una nueva técnica del poder, que emplea como principales instrumentos el descompromiso y el arte de la huida. Para que el poder fluya, el mundo debe estar libre de trabas, barreras, fronteras fortificadas y controles. Cualquier trama densa de nexos sociales, y particularmente una red estrecha con base territorial, implica un obstáculo que debe ser eliminado. Los poderes globales están abocados al desmantelamiento de esas redes, en nombre de una mayor y constante fluidez, que es la fuente principal de su fuerza y la garantía de su invencibilidad. Y el derrumbe, la fragilidad, la vulnerabilidad, la transitoriedad y la precariedad de los vínculos y redes humanos permiten que esos poderes puedan actuar.”²⁰⁴

De esta manera, esta falta de certezas coloca en un mismo plano a la -aparente-paradójica promoción del individualismo exacerbado, por un lado, y el conformismo social, por otro. En la ideología de la condición posmoderna el conformismo social debe alimentarse como garantía de permanencia del marco genérico de convivencia: las democracias en su aspecto formal –como ya se definiera- regidas por las leyes del libre mercado, legitiman una forma de ley de la selva. La competitividad extrema que mediante la lucha individual por la existencia sitúa –supuestamente- a cada uno en el lugar que le corresponde por sus capacidades y esfuerzos. Al mismo tiempo, la cultura de la satisfacción supone la convicción de que cada sociedad, tiene lo que le corresponde. Los satisfechos se merecen el estado de satisfacción y deben defenderlo contra todo aquello que promueva la redistribución. Por esta razón, la espiral de

²⁰⁴ **Modernidad líquida.** Fondo de Cultura Económica. Buenos Aires. Págs. 19-20

desigualdad se proyecta imparable hasta provocar la exclusión de un importante número de individuos, naciones o culturas.

En este marco, la búsqueda de identidad personal parece estar dada por la competencia en el campo profesional y la diferenciación por el consumo como indicadores de estatus, trasladando el eje valorativo desde el ser al tener. Para la mayoría satisfecha, que constituye la mayoría de los que votan en las sociedades avanzadas, el deseo como manifestación de identidad personal se concreta tanto en el consumo de bienes materiales y simbólicos como en su utilización para condicionar y gestionar las interacciones sociales. El actor social deviene así en consumidor interesado en disfrutar de una cierta calidad de vida²⁰⁵.

En el mundo de la estetización y mercantilización de la existencia, el valor de uso desaparece y muestra la pérdida de autoconciencia. Por esto, respecto de los hechos devenidos en interpretaciones –en subjetividades-, es posible caracterizar al hombre posmoderno como un hombre enajenado de su propia realidad, esto es, todas sus ideas son aparentes y por ello, generan una sensación de autoextrañamiento. Este hombre alienado no alcanza a trasponer la constante transformación de la vida cotidiana en acto creativo, sino más bien, pone la transformación al servicio de la reproducción de la sociedad de consumo.

Este sujeto posmoderno, cuyo pensamiento débil lo incluye en una loca carrera por mantenerse joven, exitoso, eficiente e informado –en un ámbito hedonista y dionisiaco-, es un conglomerado envuelto en necesidades pasajeras y aleatorias. Este sujeto quiere vivir aquí y ahora, sin fe en el futuro porque ya nadie cree en la revolución y el progreso. Este sujeto, al que no se le ocurre cambiar nada radicalmente, asume la circulación, valoración, atribución y apropiación de los discursos como algo dado,

²⁰⁵ N. García Canclini, sostiene que en la posmodernidad “las sociedades se reorganizan para hacernos consumidores del siglo XXI y regresarnos como ciudadanos al XVIII. La distribución global de los bienes y de la información permite que en el consumo los países centrales y periféricos se acerquen: compramos en supermercados análogos los productos transnacionales, vemos en la televisión las últimas películas (...) Somos subdesarrollados en la producción endógena para los medios electrónicos, pero no en el consumo (...) El derecho de ser ciudadano, o sea de decidir cómo se producen, se distribuyen y se usan estos bienes, queda restringido otra vez a las élites”. **Consumidores y ciudadanos. Conflictos multiculturales de la globalización**. Grijalbo. México. Pág. 41-42.

digerido, formateado, expuesto en imágenes impactantes; en suma, de forma acrítica porque la razón ha sido sustituida por las pulsiones.

En este sentido, el poder de lo efímero y lo cambiante, la cultura de la imagen, la dictadura del diseño, de las formas, de la sintaxis a costa de la comunicación abierta de significados, ideas, argumentos, discursos, se impone. Cuando las apariencias, las formas, la sintaxis y el discurso invaden el territorio de la representación, el medio es el mensaje y el continente desaloja el contenido, o mejor dicho, se configura como el contenido manejable sometiendo todo a una estética reconstruida y travestista. Las apariencias sustituyen a la realidad al conseguir el efecto deseado, confundiendo cada vez más y profundamente el ser y el parecer. Las modas, configuradas por puras apariencias, se convierten en criterios de valor para definir la corrección del comportamiento en los más diversos campos de actuación: el arte, la política, el vestido, el diseño, la vida profesional, el ocio, etc.

Cuando la exaltación de las formas, de las apariencias, de los envoltorios, de la sintaxis se produce a costa de los significados, de los contenidos, ya sea para ocultar la ausencia de los mismos o para camuflar la irracionalidad de los mensajes, la cultura de la apariencia se convierte en un poderoso eje de la cultura social que arraiga con fuerza por el atractivo de los estímulos que utiliza, relacionados directamente con la naturaleza concreta de los sentidos, con el contenido directo de la percepción más sutil y diversificada.

Estas mutaciones, que al camuflar los contenidos de los mensajes en el bosque lujoso y atractivo de las formas y las apariencias externas, difícilmente permitan incorporar racional y críticamente los cambios porque hay componentes de la realidad social y cultural que no pueden adaptarse a las exigencias del cambio permanente y acelerado sin sufrir distorsión sustancial. Cuando la sustitución de la realidad por las apariencias observables invade el terreno de las relaciones personales, la vida se convierte en una continua actuación, un simulacro, una simulación. La proliferación de roles artificiales con los que cada uno tiene que “vestirse” para afrontar las exigencias

del “modelo correcto de actuación” provocan inevitablemente la dispersión del sujeto, la ansiedad de la sobreactuación y la pérdida de identidad integradora, nuestra propia alienación. Al mismo tiempo, bajo el supuesto de que los otros también se encuentran escenificando sus apariencias, es difícil construir interacciones de confianza, relaciones consistentes que nos permitan retirar el velo de la simulación.

Habiéndose producido en la posmodernidad, un sujeto extremadamente egoísta, que percibe cualquier cosa como una amenaza potencial para su precario equilibrio imaginario -la universalización de la lógica de la victimización es significativa: el contacto con otro ser humano se vive como una amenaza potencial; si el otro fuma, si me lanza una mirada golosa, ya me está agrediendo- tal como lo señala S. Žižek²⁰⁶-.

Este autor señala que tal y como es tematizada desde los estudios culturales y, en particular desde el multiculturalismo, el respeto multicultural por la especificidad del Otro no es sino la afirmación de la propia superioridad²⁰⁷ porque aquí, el Otro suele ser el significante que designa a la cultura ajena extraña, impropia, y al que posiblemente no se pueda comprender. En otras palabras, desde el multiculturalismo se tolera al Otro mientras no sea un Otro real sino el Otro aséptico (...) pero tan pronto como tiene que vérselas con el Otro real (...), con la manera en que el Otro regula la especificidad de su extrañeza, se acaba la tolerancia²⁰⁸.

Tener que vivir la ansiedad que produce la permanente inestabilidad personal o profesional, el miedo al miedo, como consecuencia de un mercado que vive de la innovación permanente y un Estado desdibujado desde la cohesión social, donde proliferan las imágenes y los discursos se simulan, donde no se busca producir para satisfacer necesidades, sino para obtener beneficios provocando el deseo del consumo ilimitado, no puede más que generar incertidumbre. El deseo del cambio y de la novedad por sí mismo, no tiene posibilidad de satisfacción: objeto tras objeto, deseo tras

²⁰⁶ **En defensa de la intolerancia.** Ediciones Sequitur. Madrid. Pág. 90

²⁰⁷ Idem. Pág. 57

²⁰⁸ Idem. Pág. 61

deseo, relación tras relación, expectativa tras expectativa; la novedad, el cambio, la originalidad, se suceden con tal vertiginosidad que ni siquiera pueden disfrutarse. Se vive al instante, el presente continuo y el cambio prometen mayor novedad, ahogando las posibilidades de disfrutar la sorpresa presente.

A la vez, existen aspectos de la vida individual y social y componentes de la realidad social y cultural, que no pueden acomodarse al cambio permanente y acelerado sin sufrir una distorsión sustancial. El resultado es la sensación de desamparo, anomia, ansiedad e insatisfacción. La tendencia al cambio permanente provoca fácilmente el desinterés y el hastío, promueve a la banalidad en la búsqueda.

Teniendo en cuenta la primacía de la apariencia, la cultura de la satisfacción inmediata y el objetivo colectivo de rentabilidad comercial, es lógico que el modelo que se propone de vida y satisfacción en la sociedad mediatizada por la imagen, sea la idílica exhibición de una juventud atemporal con un cuerpo de diseño, que unos desean alcanzar y los más, añoran en silencio. El cuerpo²⁰⁹ como mercancía, el cuerpo joven remitido como exitoso y aceptado desde la publicidad. El sujeto se autoconcibe como un individuo constituido por un cuerpo con necesidades que deben ser satisfechas

²⁰⁹ M. Foucault intenta historizar la manera en que el cuerpo y el sexo devienen objetos centrales de los mecanismos de poder. Analiza cuatro conjuntos estratégicos que delimitan el cuerpo sexuado como punto de pasaje para las relaciones de poder y objeto privilegiado del campo del saber: 1. Histerización del cuerpo de la mujer: triple proceso por el cual se lo califica como saturado de sexualidad. El cuerpo femenino es la encrucijada del cuerpo social, del familiar y del saber médico. Postulándole patologías intrínsecas, regulando su fecundidad y posicionándolo como responsable por la vida de los niños. 2. Pedagogización del cuerpo del niño: se lo define como un ser sexual liminar, cuya sexualidad es natural y a la vez peligrosa, así se lo rodea de agentes para el control de su desarrollo, desde los padres, los educadores y posteriormente los psicólogos y pedagogos. 3. Socialización de las conductas procreadoras: introducen en las parejas la responsabilidad por el desarrollo del cuerpo social. 4. Psiquiatrización del placer perverso: el estudio del instinto sexual autónomo y de sus desviaciones facilita la producción de un canon normativizante de toda la conducta. Analizando los cambios históricos en las prácticas punitivas/castigos corporales/ejecuciones, Foucault aísla otro tipo de saber sobre el cuerpo: ubica al alma como objeto de castigo. El alma surge como instrumento de las prácticas de encauzamiento, llamadas disciplinas. La novedad de las técnicas disciplinarias es moldear un cuerpo a la vez útil y sometido, un cuerpo dócil. Los mecanismos disciplinarios de encauzamiento darán por resultado un modo de sujeción particular, un vínculo expresado a través del manejo de la fuerza: incrementada en utilidad, reducida en desobediencia. Funcional a nivel económico y político respectivamente. El cuerpo dócil es la resultante de una operación de anatomía política, entendida como las marcas que la aplicación de las disciplinas producen en los cuerpos; la capacidad de estas técnicas para formar una anatomía congruente con determinados fines de sujeción y de producción. **Historia de la Sexualidad. I. La Voluntad del Saber.** Siglo XXI Editores. Bs.As. Págs. 96-100.

constantemente y que, al mismo tiempo, se va consumiendo irremediabilmente, aunque un sinnúmero de “terapias” logre demorar la decadencia.

Estas cuestiones se complejizan, a su vez, si se considera que dichas transformaciones histórico-sociales se insertan en países, regiones y sectores de la sociedad muy disímiles respecto de sus posibilidades de desarrollo. En este sentido, podría afirmarse que no es lo mismo la posmodernidad opulenta de los países industriales avanzados que el subdesarrollo posmoderno, aunque “pese a las diferencias, ciertas características de los sectores menos desarrollados tienden a producir, curiosamente, efectos convergentes con el imaginario posmoderno”²¹⁰.

La falta de perspectiva futura –vivencia de desesperanza que propone centrarse en el presente porque en el futuro nada se avizora-, que puede ser pensada como característica de los sectores sumidos en la pobreza, se asemeja paradójicamente al discurso y las prácticas de quienes sufren el hartazgo de las posibilidades de consumo ofrecidas. De un lado y del otro, el efecto es la ausencia de deseo e investimento de un proyecto futuro posible.

El sufrimiento actual -aunque determinado como hasta hace unas décadas atrás, por el disciplinamiento de los cuerpos y las conciencias-, ha devenido en el desgarramiento que genera la lógica del mercado en las subjetividades, desgarramiento que toma la forma de la dispersión o fluidez. Cambios en la subjetividad actual que van dibujando la imagen de un sujeto con escaso deseo de reformas sociales, con decreciente interés por el bien común y enlace amoroso –y, en consecuencia, ético- al semejante, con cierto desprecio por el compromiso en pos de un creciente ascenso de la marea de sentimientos hedonistas y posicionamientos narcisistas del tipo “yo primero”; consumidor que en la veloz carrera del consumo de objetos se consume como sujeto, posicionado más cercano al goce²¹¹ compulsivo que al deseo.

²¹⁰ M. C. Rojas y S. Sternbach. **Entre dos siglos. Una lectura psicoanalítica de la posmodernidad.** Lugar Editorial. Buenos Aires. Pág. 33

²¹¹ Lacan define al goce como la satisfacción de la pulsión. **Seminario 7. La ética.** Editorial Paidós. Buenos Aires.

III. c. Subjetividad contemporánea y estructuración psíquica. Cambios en la subjetividad, ¿cambios en la psicopatología?

El psicoanálisis, como se ha dicho con anterioridad, se ocupa de pensar y conceptualizar los movimientos que originan y determinan el funcionamiento del aparato psíquico, cuestión que no es equivalente a la subjetividad. Aún así, en ambas conceptualizaciones hay una idea central compartida respecto del sujeto humano y consiste en que éste es un ser arrancado del dominio de lo natural, y constituido en/por los intercambios sociales y culturales que van estructurando su realidad como realidad simbólica. En esta perspectiva es posible trazar puntos de encuentro que posibiliten situar la subjetividad en relación con la psicosexualidad –objeto de estudio del psicoanálisis por excelencia- dado que ambas tienen un origen histórico en el cual los intercambios con los otros significativos son determinantes. Tanto la producción de subjetividad como la estructuración del psiquismo están constitutivamente atravesadas por la presencia del semejante.

A partir de allí, surge el interrogante acerca de los cambios en los modos de la subjetividad desde la época de Freud y la actualidad, pensando la posibilidad de ver si esos cambios en la subjetividad producen -a su vez- cambios en la psicopatología. Es innegable que la tarea clínica confronta cotidianamente con importantes transformaciones en las sintomatologías y en las demandas a partir de los cambios en las formas que la subjetividad adopta produciendo, incluso, importantes modificaciones en aquello que socialmente es reconocido como síntoma en el sentido de aquello situable como patología.

Al abordar el interrogante, S. Bleichmar²¹², afirma que se asiste -en la actualidad- a procesos sociales de deconstrucción²¹³ de la subjetividad, con efectos de

²¹² En su seminario: “Qué permanece de nuestras teorías sexuales para la práctica actual”. Curso de postgrado dictado en la Universidad Nacional de Córdoba. (2004-2005) Córdoba, Argentina.

²¹³ La deconstrucción, según J. Derrida, implica una cierta reconstitución, una constitución del conjunto para determinar cómo se había construido. El problema que surge es el prefijo negativo que tiende a identificar la palabra con una destrucción, siempre es preciso evitar este malentendido, es inmanente una necesidad de construcción. Tampoco es una crítica ni es un método. “La deconstrucción no es un método y no puede ser transformada en método. Sobre todo si se acentúa, en aquella palabra, la significación

des-subjetivación²¹⁴. Esto incide en las consultas y demandas de análisis con las que se encuentran hoy los psicoanalistas. La autora, arriesga una respuesta, no falta de ironía: si la función del analista es la de deconstrucción de la subjetividad en aras de que emerja el inconsciente, desde los paradigmas actuales de producción de subjetividad se le ha ahorrado el trabajo al analista.

Si bien es cierto que mucha bibliografía “especializada” se ha producido en estos últimos años, relacionada a los “nuevos” modos de sufrimiento psíquico, a las “nuevas” patologías, y a los “cambios” en la subjetividad, ello no ha implicado demasiada profundización en sus fundamentos. Esta autora ha advertido al respecto sobre el riesgo simplificador de pretender situar en el campo psicopatológico diferentes modalidades de presentación del sufrimiento sin explicar los aspectos metapsicológicos de su determinación, afirmando que limitarse a denominar “trastornos de la alimentación” a padecimientos tales como la bulimia y la anorexia equivaldría a denominar “trastornos de la marcha” a las parálisis histéricas analizadas por Freud. Definir una psicopatología a partir de la función afectada en la presentación sintomática es volver a una psicopatología pre-freudiana. De todos modos, se verá más adelante, cómo esta definición y mirada de la psicopatología es propia de un sector de profesionales de la salud que ha sido atravesada fuertemente por la lógica de mercado. Sobre esta cuestión se volverá en el Capítulo siguiente con el objetivo de desarrollarla más ampliamente.

De allí surge, entonces, la necesidad de volver a los fundamentos teóricos que posibiliten pensar los múltiples atravesamientos entre subjetividad contemporánea y estructuración psíquica, que permitan *una explicación metapsicológica de las nuevas formas de malestar*.

sumarial o técnica.” Es en este sentido que no puede ser reducida a una instrumentalidad metodológica, a un conjunto de procedimientos. Se debe captar la singularidad del acontecimiento que implica deconstruir: “La deconstrucción tiene lugar; es un acontecimiento que no espera la deliberación, la conciencia o la organización del sujeto, ni siquiera de la modernidad. Ello se deconstruye.” Para resumir el significado de este concepto, que es el signo de toda una época, el autor señala: “¿Lo que la deconstrucción no es? ¡Pues todo! ¿Lo que la deconstrucción es? ¡Pues nada!” Es importante destacar que el término deconstrucción no es algo tramado en el programa teórico de J. Derrida, es la reapropiación epocal lo que le otorga el status que tiene, es una cierta eficacia para designar una serie de operaciones que se realizarán en la cultura contemporánea. **El Tiempo de una Tesis. Deconstrucción e implicaciones conceptuales.** Editorial Paidós. Barcelona. Pág. 25-29.

²¹⁴ En el sentido de una profunda deshumanización del semejante.

Cabe aquí recordar que Freud acuñó la expresión “malestar en la cultura” para hacer referencia al hecho de que estar en la cultura –estar con otros- nunca es sin malestar, ya que conlleva siempre renunciaciones, “limitación de las pulsiones (...) dificultades inherentes a la esencia de la cultura y que ningún ensayo de reforma podrá salvar”²¹⁵.

De este modo, señala Freud que el malestar es intrínseco a la cultura y, en este sentido, es posible afirmar que no hay época que no produzca sus propias formas de sufrimiento. A la vez, este hiato ineludible entre las aspiraciones pulsionales y sus posibilidades de resolución implica un movimiento de búsqueda que no caracteriza sólo al sufrimiento sino que también promueve “el movimiento insistente de un deseo que es, por definición, búsqueda de una satisfacción que no se alcanza a completar jamás. Marcha progrediente, entonces, motor de una dimensión creativa que acontece a partir de lo faltante, el malestar y el deseo son compañeros de ruta dado que se constituyen en causa de un recorrido incesante.”²¹⁶

A este respecto cabe preguntarse lo siguiente: ¿en la época actual se continúa produciendo cultura a partir de la tramitación individual y colectiva de ese malestar - producto de la renuncia- imposible de eliminar? Lo expuesto anteriormente, promueve hacia otra referencia, esto es que, más bien lo que se produce es una alianza perversa con el mercado para eliminar cualquier atisbo de malestar²¹⁷. El propio Freud ya advirtió que, siendo impensable la superación absoluta de toda forma de malestar, no es posible soportar la vida sin alguna clase de lenitivo, distracciones, diversiones,

²¹⁵ **El malestar en la cultura.** Obras Completas. Vol XXI. Amorrortu Ediciones. Buenos Aires. Pág. 112

²¹⁶ M. C. Rojas y S. Sternbach. **Entre dos siglos. Una lectura psicoanalítica de la posmodernidad.** Lugar Editorial. Buenos Aires. Pág. 17.

²¹⁷ A. Imbriano señala que “el consumismo actual no tiene como objetivo la gratificación de algún deseo subjetivo, sino la producción del *individuo de la posesión*. La sociedad capitalista, comprometida con la continua expansión de su producción, genera un marco psicológico restrictivo, que en última instancia crea una economía psíquica muy diferente, en donde la voluntad de posesión reemplaza al deseo. (...) El discurso del capitalismo produce: la sustitución del discurso del padre por el discurso de un amo multinacional oculto; una inflación del Yo Ideal; el reinado de un Superyó; el predominio de la función del objeto como elemento de goce y la aniquilación de su estatuto en tanto que perdido y en tanto que causa de deseo.” **La odisea del siglo XXI: efectos de la globalización.** Editorial Letra Viva. Buenos Aires. Págs. 89-90

satisfacciones sustitutivas, cuestión sobre la cual es perentorio reflexionar en este período de la modernidad, que parece propiciar algo más cercano a la idea de un yo-placer purificado buscando la cancelación inmediata de lo displacentero, sin demora, sin posibilidad de confianza en que tras la renuncia al placer inmediato podrá advenir como ganancia otro tipo de placer, lo cual podría pensarse en términos de la diferencia entre goce y felicidad.

La posmodernidad, en su intento de resolver algunos malestares inherentes a la modernidad va produciendo formas de insatisfacción-satisfacción que le son características. En este sentido, la cultura contemporánea parece condenar a una incapacidad cada vez mayor de acceder a la felicidad, en tanto que la reemplaza por una propuesta de goce inmediato y superficial, que no reconoce al otro como un sujeto con el que existen obligaciones de tipo ético.

En este sentido, Freud afirma que: “(...) Cuando uno se limita a proponerse el gobierno sobre la propia vida pulsional, las que entonces gobiernan son las instancias psíquicas más elevadas (...) es innegable que sobreviene una reducción de las posibilidades de goce. El sentimiento de dicha provocado por la satisfacción de una pulsión silvestre, no domeñada por el yo, es incomparablemente más intenso que el obtenido a raíz de la saciedad de una pulsión frenada. Aquí encuentra una explicación económica el carácter incoercible de los impulsos perversos, y acaso también el atractivo de lo prohibido como tal.”²¹⁸

Lo perverso estaría determinado, en este sentido, por el ejercicio pulsional directo, “pulsión silvestre” no domeñada por el Yo, sin enlace. La pulsión desligada que goza a expensas del sujeto –del Yo- tendrá como efecto, después de la descarga directa, un aumento del displacer, como un circuito al modo de la compulsión de repetición. Someterse al yugo hedonista propuesto por la lógica de mercado no consigue aumentar la satisfacción de los sujetos sino, más bien, todo lo contrario. En la búsqueda del goce no hay felicidad posible, porque se produce lo que S. Bleichmar ha caracterizado bajo la

²¹⁸ **El malestar en la cultura.** Obras Completas. Vol XXI. Amorrortu Ediciones. Buenos Aires. Pág. 79

expresión de “deshidratación psíquica” para dar cuenta del circuito de insatisfacción que producen algunos procesos, tales como el consumo de sustancias, objetos o modalidades de circulación sexual sin enlace amoroso al semejante, bajo la premisa de que si algo no satisface en el corto plazo no sirve y no hay que demorar la gratificación.

A su vez, esta autora ha descrito el malestar en nuestra cultura como “malestar sobrante”, en estos términos: “El malestar sobrante está dado básicamente por el hecho de que la profunda mutación histórica sufrida en los últimos años deja a cada sujeto despojado de un proyecto trascendente que posibilite de algún modo avizorar modos de disminución del malestar reinante. Porque lo que lleva a los hombres a soportar la prima de malestar que cada época impone es la garantía futura de que algún día cesará ese malestar y en razón de ello la felicidad será alcanzada. Es la esperanza de remediar los males presentes, la ilusión de una vida plena cuyo borde movable se corre constantemente, lo que posibilita que el camino a recorrer encuentre un modo de justificar su recorrido.”²¹⁹

Al reflexionar sobre los paradigmas actuales de constitución de subjetividad que determinarían este exceso de malestar, S. Bleichmar señala como característica la división que se ha producido en el imaginario social a partir del neoliberalismo respecto de una categorización que distingue “ganadores” de “perdedores”²²⁰, para distinguir a quienes logran subsistir a las condiciones de marginalización o exclusión en sus

²¹⁹ S. Bleichmar. **La subjetividad en riesgo**. Topía Ediciones. Buenos Aires. Págs. 17-18

²²⁰ Tal como señala esta autora: “Ya no se trata de ser “el ganador” de un concurso, de un sorteo, de una situación de competencia cualquiera, sino “un ganador”, alguien que pasa a pertenecer a un conjunto de seres que tienen ciertos atributos que los diferencia. Y es en este pasaje de «el» a «un» donde se marca la pertenencia a una especie, a un rango que articula una categoría que permanece más allá de la situación, transformándose así de descriptiva en valorativa. Porque, casualmente, el ser un perdedor o un ganador se define desde esta perspectiva, por el éxito social alcanzado, en estado puro, más allá de toda valoración de otro orden, nucleándose alrededor de un rasgo que constituye el punto máximo alrededor del cual gira el sistema social de valores, más allá de toda legitimación moral o productiva (...) y ello como modo mismo de polarización de la subjetividad, vale decir, como modelo y proyecto identificadorio. La diferenciación en nuestra sociedad actual entre ganadores y perdedores da cuenta del movimiento que intenta derivar hacia las víctimas la responsabilidad de su marginación y desamparo, son las mismas víctimas del proceso salvaje de reingeniería “social” los perdedores, ineptos, aquellos de los cuales es necesario apartarse en virtud de sus defectos morales, de su incapacidad de ubicarse en las nuevas circunstancias; imposibilidad personal sustantivada como rasgo de carácter: se pierde porque se es un “perdedor” y ello libera a los “ganadores” de toda responsabilidad moral al respecto.” En “Ganadores y perdedores”. Artículo publicado en Diario Clarín. 28/12/2.

diversas formas, de aquellos que ya han caído o están en riesgo permanente de caer en ella.

Así pues, el eje principal de esta época es la ausencia de responsabilidad moral, lo que es puesto en correlación por esta misma autora con la expresión de H. Arendt “banalidad del mal”²²¹, expresión acuñada para dar cuenta de la forma con la cual una gran cantidad de personas se prestó, durante el nazismo, a realizar tareas aparentemente burocráticas que formaban parte, en realidad, de procedimientos criminales de aniquilación de personas.

Esta expresión es tomada por S. Bleichmar para referirla a la indiferencia con la cual, desde la lógica del mercado, se manejan las cifras que llevan a la miseria, a la destrucción y a la muerte a una enorme cantidad de sujetos, lo que implica acciones ejecutadas desde la indiferencia que produce el no reconocimiento del otro como un semejante. De este modo, los “perdedores” no entran dentro del mundo de los semejantes, de los “ganadores”. La planilla toma el lugar central en la historia y el hombre desaparece como núcleo de preocupación, ya que la sociedad se rige por la subordinación de la política a la economía, haciendo de las personas sólo factores de un encasillamiento financiero en un proceso de verdadera alienación y desubjetivación. Los seres humanos desaparecen como objetivo de la política, tal como si un hombre pagara la casa, que ha construido para vivir con su familia, dejando morir de hambre a los hijos.

A ese respecto, señala Z. Bauman que: “No hay nada menos inocente que el *laissez-faire*. Contemplan la miseria humana con ecuanimidad, mientras se aplacan los remordimientos con el ritual invocatorio del credo “no hay alternativa”, es ser cómplice. Los que, voluntaria o involuntariamente, comparten ese encubrimiento o, peor aún, la

²²¹ **Eichmann en Jerusalén. Un informe sobre la banalidad del mal** es el libro de su autoría donde desarrolla esta idea. Fue publicado en 1963, el mismo año en que Stanley Milgram, psicólogo de la Universidad de Yale, publicara un artículo sobre una serie de experimentos de psicología social cuyo fin era medir la buena voluntad de un participante a obedecer las órdenes de una autoridad sin cuestionarlas aún cuando éstas entraran en conflicto con su conciencia moral. Las conclusiones fueron que la férrea autoridad se imponía a los valores morales.

negación de la naturaleza –hecha por humanos, no inevitable, contingente y alterable- del orden social, y especialmente de la clase de orden que es responsable de la infelicidad, son culpables de inmoralidad.”²²²

La banalidad del mal se asocia, en este caso, con la indiferencia frente al sufrimiento del otro y con un modelo neoliberal despiadado en el cual la civilización estaría al servicio de la barbarie, en tanto que para algunos sectores de la humanidad no entra en conflicto el hecho de que otro sector deba quedar pauperizado en pos de la rentabilidad de las finanzas. A esto se refiere S. Bleichmar cuando hace referencia a los modos desintegrativos del pragmatismo del sistema, que rompe con el pacto intersubjetivo en tanto desaparece la noción del otro como un semejante.

Y es que cuando se pierde de vista en el horizonte de lo social, de lo político y de lo cultural la noción del bien como un valor en sí mismo, se asiste a la degradación pragmática de la moral, ya no se discute la validez de las acciones sino su utilidad y se cae en cierto relativismo, en el cual se eluden responsabilidades que atañen a la moral.

De este modo, la idea de que, si se remueven las restricciones que implica la renuncia pulsional y el enlace ético y amoroso al semejante, sería posible la felicidad, es errada, pues se entra en un mundo de incertidumbre permanente respecto al futuro, lo cual trae aparejada una enorme ansiedad a los sujetos involucrados, ya que implica lidiar con la angustia permanente de ser descartado o cambiado, cuando no desechado²²³.

²²² **Modernidad líquida.** Fondo de Cultura Económica. Buenos Aires. Pág. 225

²²³ Puede observarse aquí, una paradoja. Tal como señalan R. Zukerfeld y R. Zonis Zukerfeld, los ideales culturales dominantes de eficientismo, de inmediatez, de manipulación y cambio corporal, de invulnerabilidad y gloria -que parecerían indicar un camino hacia la felicidad-, aparecen asociados a determinadas patologías de frontera, de borde, de desvalimiento o del acto.

Para ilustrar esta paradoja los autores recurren a la leyenda de Aquiles, el de los pies ligeros. Aquiles nace de una diosa –Tetis- y un mortal –Peleo-. Tetis había sido abandonada por sus pretendientes –Zeus y Poseidón- al ser advertidos de que el hijo que tuvieran con ella destronaría a su padre ocupando su lugar, obligándola así, a casarse con un mortal, en contra de su voluntad. Ella rechaza a este esposo y, resentida, ahoga o quema (según las diferentes versiones) a sus seis primeros hijos. Aquiles es el séptimo y se cuenta que su padre lo salva de morir a manos de su madre. Ésta, enfadada, hace invulnerable a Aquiles sumergiéndolo en el lago Estigia sujetado por el talón y luego vuelve al mar con sus hermanas, las Nereidas, y el niño queda al cuidado del centauro Quirón, quien lo alimenta con entrañas de león y médulas de oso para aumentar su valentía. Durante su juventud, el adivino Calcas augura que Troya

Estos son los paradigmas que delimitan el sufrimiento actual, de ahí que en las consultas, se encuentran sujetos con mayores niveles de desestructuración, en el sentido de la expresión de lo pulsional desamarrado, que no produce formaciones del inconsciente ni las características propias de la neurosis de transferencia, sino más bien un accionar impulsivo, angustias de desestructuración, cuadros de pánico y diversas formas de depresión. La psicopatología de la vida cotidiana actual enfrenta a los psicoanalistas a problemáticas tales como los fenómenos psicósomáticos, la violencia cotidiana plasmada en actuaciones y diversas adicciones entre otros. Las neurosis descritas por Freud no han dejado de existir, pero se presentan complejizadas por otras manifestaciones que exceden el mero retorno de lo reprimido.

El malestar sería una condición indispensable en el sujeto que consulta a un analista ya que, por definición, trae consigo un interrogante sobre sí mismo y sobre los infortunios de su propia vida. Pero frente a estos malestares o modos de sufrimiento actual que se han consignado, ¿cuál será la acción terapéutica del psicoanálisis? Parece que la posibilidad de registro de lo pulsional desligado y de su significación-ligazón juega un papel fundamental. En ese sentido, el psicoanálisis tendrá que encontrar maneras de ligar la repetición de esa violencia cotidiana que desorganiza y que lleva a expresiones tales como la irrupción del acto o, en ocasiones, la enfermedad somática grave.

Pero, desde la cultura actual no sólo se producen estas nuevas formas de malestar, sino que, además, se proponen “respuestas” del orden de los objetos ofrecidos para su consumo como “quitapenas”. Hay también una “banalidad del mal”, una

nunca será conquistada sin la presencia de Aquiles, un oráculo anuncia a Tetis que su hijo morirá allí y otro advierte que éste morirá de muerte violenta si mata a algún hijo de Apolo. De todos modos, la madre da al héroe una armadura divina para que vaya a combatir. Éste lo hace ferozmente en una guerra que no es suya y en principio no le interesa, en una contienda mata a Tenes -hijo de Apolo-, en otra pierde a su amigo Patroclo, así como a las mujeres que ama y muere joven sin conquistar Troya. Aquiles, abandonado por su madre, queda prendado de ella en una relación de fascinación apasionada y resulta que, lo que en la voz de ésta se presenta como una advertencia, tiene efectos de inducción: el héroe elige la inmortalidad, que es el deseo de su madre y que, a partir de su carencia, va a gobernar su destino, violando todos los avisos oraculares.

Como señalan los autores: “(...) La *Iliada* es en realidad la historia de la cólera de Aquiles, en la que se cuenta que la vulnerabilidad del invulnerable es máxima.” “Psicoanálisis en el siglo XXI: el mito de Aquiles. Sobre ideales culturales y vulnerabilidad.” **Revista Docta. Asociación Psicoanalítica de Córdoba. Año 3. Número 2.** Córdoba. Argentina. Pág. 38

indiferencia desubjetivante en nuestro oficio cuando el aplacamiento del malestar viene de la mano de la medicación y la proliferación de toda clase de terapias directivas funcionales al discurso del mercado, ya que se acoplan muy bien al mismo, desoyendo o acallando los enigmas del sujeto, los cuales retornan en lo real de la peor manera. Y en esta carrera de desubjetivación el avance de las neurociencias y los desarrollos de la química cerebral, con el consiguiente descubrimiento de nuevos y más específicos psicofármacos, tienen su lugar privilegiado.

De este modo, es decir, al reducir el psiquismo a lo neuronal se confunde al inconciente con un producto del funcionamiento cerebral y al deseo con una secreción química. A lo que se añade el problema de que las respuestas al malestar pretenden encontrarse en manuales cuyo prototipo, en la actualidad, es el DSM-IV²²⁴: bajo su imperio clasificatorio las estructuras subjetivas se han disuelto, se han degradado en trastornos, desórdenes y síntomas susceptibles de ser primero clasificados para ser luego tratados con psicofármacos y psicología conductista. Gran operación de limpieza dirigida a erradicar de la clínica el conjunto de las teorías de la subjetividad.

Ciertamente las patologías pueden cambiar en relación con lo cultural, con las circunstancias históricas, pero lo que no cambia, y éste es un descubrimiento capital del psicoanálisis, es la historia constitutiva de cada sujeto, la cual ha determinado que su psiquismo se organice de un modo singular, con sus puntos de fijación psicosexual y sus núcleos defensivos.

²²⁴ El DSM-IV es un manual que contiene una clasificación de trastornos mentales con el fin de describirlos. Por esta razón, su uso diagnóstico provoca controversia. Al respecto E. Roudinesco señala que la primera versión de este manual, el DSM-I, elaborada en 1952, tenía en consideración las experiencias del psicoanálisis y la psiquiatría dinámica. Luego: "(...) Con el desarrollo de un enfoque liberal de los tratamientos, que somete la clínica a un criterio de rentabilidad, las tesis freudianas fueron juzgadas ineficaces en el plan terapéutico: la cura, se decía, era muy larga y muy costosa. (...) Después de 1952, el Manual fue revisado en varias ocasiones en el sentido de un abandono radical de la síntesis efectuada por la psiquiatría dinámica. Calcado sobre el esquema signos-diagnóstico-tratamiento, terminó por eliminar de sus clasificaciones la subjetividad misma. (...) El resultado de esta progresiva operación de limpieza, llamada "ateórica", fue un desastre. Apuntaba fundamentalmente a demostrar que el trastorno del alma y del psiquismo debía ser reducido al equivalente de una avería en un motor. (...) Idea hoy dominante de una reducción de la organización psíquica a conductas. Si el término sujeto tiene un sentido, la subjetividad no es mensurable, ni se puede cuantificar." **Porqué el psicoanálisis**. Editorial Paidós. Buenos Aires. Pág. 40-41.

En cuanto al psicoanálisis, señala S. Bleichmar, que una de las cosas más graves que ha ocurrido con él es la “profesionalización”, que redundaría en una cierta degradación pragmática y en un encapsulamiento en enunciados internos de la teoría psicoanalítica no revisados que, al modo de la expresión utilizada por Z. Bauman, se erigen como *zombies*: vivos y muertos al mismo tiempo.

De ahí que S. Bleichmar habla del malestar sobrante que atañe a la teoría psicoanalítica, señalando que: “Cada generación debe partir de algunas ideas que la generación anterior ofrece, sobre las cuales no sólo sostiene sus certezas sino sus interrogantes, ideas que le sirven de base para ser sometidas a prueba y mediante su deconstrucción propiciar ideas nuevas (...) los maestros no pueden darse el lujo de ser viejos: la enseñanza, la transmisión del psicoanálisis, sólo puede ejercerse en el marco de un recorrido que permita repensar los propios callejones sin salida. Este fue el modo con el cual se concibió de entrada -desde los escritos de Freud- como una enseñanza que iba marcando en su recorrido las reflexiones acerca de sus dificultades internas, como un proceso de «retorno» sobre los enunciados anteriores.”²²⁵

Volviendo a la cuestión del malestar de los sujetos en la cultura, Freud postula la consideración por actividades superiores del espíritu, el aprecio por las ideas, como indicador máximo de cultura, provecho y placer deben ser fines convergentes, postula que la transferencia de poder del individuo a la comunidad garantiza el paso hacia la cultura. El intento de eliminar la tensión entre individuo y sociedad a favor del primero redundaría, entonces, en una pérdida cultural²²⁶.

²²⁵ **La subjetividad en riesgo.** Topía Ediciones. Buenos Aires. Págs. 19-20

²²⁶ En este sentido, D. Rabinovich, siguiendo a Lacan, señala que “curiosamente la Ciencia ha venido a proporcionarnos una gama de posibilidades masturbatorias insospechadas para el siglo pasado. Por eso se dice tanto que la TV deja idiota, es lo que se decía en el siglo pasado de la masturbación. Algo de razón tenían. Precisamente, en la medida que aparece un cierto tipo de goce auto, en tanto autosuficiente, el sujeto puede lograrlo por sí mismo y no se puede desprender de él. (...) Desde este punto de vista el don es todo lo contrario, es la fiesta, la reunión de la comunidad, algo así como el momento de glorificación del intercambio social, mientras que estos *gadgets* (palabra que Lacan conserva del inglés) tienden a aislarnos y a producir, al mismo tiempo que una masificación, un goce cada vez más autoerótico y autista.” **Una clínica de la pulsión: las impulsiones.** Ediciones Manantial. Buenos Aires. Pág. 25.

Pero, como se viene postulando, la cultura no es la de Freud cuando escribió el texto citado y se podría decir que las satisfacciones sustitutivas a las que hacía referencia eran principalmente síntomas neuróticos. Algo que hoy ya no se podría sostener, pues si el Yo es una instancia que tiene dos caras -una mirando a las pulsiones y otra mirando a la cultura- ¿qué consecuencias trae el hecho de que la cara que mira a la cultura se parezca tanto a la que mira a las pulsiones, casi hasta superponerse? En el próximo apartado, se intenta dar una respuesta a este interrogante a partir de poner en correlación la subjetividad contemporánea y sus paradigmas determinantes ya descritos, con la constitución y el funcionamiento del psiquismo.

III. d. Algunas aproximaciones metapsicológicas

Si se toma como referencia, de acuerdo a lo desarrollado en el Capítulo II de este trabajo, para pensar las condiciones necesarias para que el psiquismo se constituya -la relación adulto-niño en los orígenes-, por un lado, aparece un adulto con una subjetividad histórica portadora de las significaciones imaginarias sociales de su época y portadora, además, de una serie de elementos o contenidos reprimidos que constituyen su aspecto para-subjetivo o inconsciente²²⁷.

Por otro lado, está la cría humana que recibe de este adulto, que lo toma a su cargo, estos “mensajes”, tanto verbales como no verbales, que tendrá que codificar, “mensajes enigmáticos” -en términos de J. Laplanche²²⁸- para el propio adulto en tanto proveniente de sus propias representaciones inconscientes. Los elementos de este real-exterior, que ingresan siguiendo líneas de articulación libidinal, deberán ser

²²⁷ Tal como señalan M. C. Rojas y S. Sternbach: “Las determinaciones de época penetran hasta los reductos más íntimos de la subjetividad: así, el cuerpo y la sexualidad mismos se historizan. Cada momento socio-histórico define ciertos modos predominantes de relación del ser humano con el cuerpo propio y el cuerpo del otro. (...) No obstante, la relación con la corporeidad así como los modos del amor, son percibidos como algo natural e inmodificable a través de los tiempos. (...) La historización de los dispositivos de alianza y sexualidad se apoya en una condición estructural el ser humano: su constitución en tramas relacionales que lo sujetan y en las que el cuerpo biológico y natural deviene, desde el comienzo mismo, cuerpo erógeno desarticulado de la raigambre del instinto.” **Entre dos siglos. Una lectura psicoanalítica de la posmodernidad.** Lugar Editorial. Buenos Aires. Págs. 19-20

²²⁸ Puede consultarse al respecto su obra **Nuevos fundamentos para el psicoanálisis.** Amorrortu Ediciones. Buenos Aires.

descompuestos y recompuestos en un proceso metabólico, imponiéndole así un trabajo al incipiente psiquismo en constitución.

Con su teoría de la seducción generalizada, J. Laplanche postula un primer tiempo de implantación de la sexualidad a partir de los cuidados primordiales que el otro prodiga a la cría, verdaderas “prácticas de cuidado” en términos foucaultianos, que varían históricamente²²⁹.

En este sentido, las modalidades de la parentalidad no son invariables. Tal como señalan M. C. Rojas y S. Sternbach: “Las formas de narcisización del nuevo ser, el proyecto identificador que padres y antepasados formulan para sus descendientes y el baño de lenguaje en el cual el infans se sumerge desde el encuentro inicial se modifican con las condiciones socio-históricas.”²³⁰ Se transforman en cada época las prácticas de lactancia, edad de destete, ritmos alimenticios, control esfinteriano, así como otras formas del cuidado materno constitutivo y erogenezante que varían de uno a otro tiempo.

La implantación sexual dará lugar a la constitución del “objeto-fuente” de la pulsión que deberá ser fijado a partir de la operación de la represión originaria constituyendo la tópica psíquica, es decir, a la vez, en un mismo movimiento, instaurando el aspecto subjetivo –patrimonio del Yo y del sistema preconsciente-consciente - y el aspecto para-subjetivo -con la fundación del sistema inconsciente- del psiquismo. De este modo, es a partir de la constitución del psiquismo que se va a producir la subjetividad, entendiendo que la expresión “a partir de” no implica una temporalidad cronológica, una sucesión en la cual primero se constituye el psiquismo y después se produce la subjetividad, sino reubicándola en términos de la temporalidad particular del psiquismo humano: el *après coup*.

²²⁹ Indudablemente no se “cuida” bajo las mismas formas en la Esparta de la antigüedad que en las familias burguesas del siglo pasado o que en la moderna sociedad contemporánea.

²³⁰ **Entre dos siglos. Una lectura psicoanalítica de la posmodernidad.** Lugar Editorial. Buenos Aires. Pág. 25

Si, como se dijo, en la posmodernidad prima la lógica del mercado, lógica del beneficio rápido y fácil, es esta lógica la que rige también los intercambios entre los sujetos. Y si, como se viene sosteniendo, los sujetos se constituyen en sus intercambios con los otros, esta lógica tendrá efectos constitutivos diversos.²³¹

En este tipo de intercambios signados por la lógica del mercado, el otro deja de portar la categoría de semejante para constituirse a veces hasta en un obstáculo en el camino de lograr “beneficios” en pos del propio interés que prevalece sobre las necesidades comunes. Se podría decir que es una lógica del goce autoerótico en la que, además, dichos beneficios deben obtenerse al menor costo y con la menor demora posible. Los modos de satisfacción deben ser lo más directos posibles, cualquier aplazamiento en la obtención de placer es indeseada, la lógica del consumo no admite la inversión de tiempo y esfuerzo a largo plazo, cuestión que atraviesa ineludiblemente la posibilidad de armado de lo que P. Aulagnier ha denominado un proyecto identificatorio sostenido por el Ideal del Yo en cuanto a la posibilidad de renuncia y postergación de la satisfacción pulsional directa que ello implica. Tal como afirma la autora: “El Yo renunciará a tal o cual satisfacción pulsional gracias a su creencia en un futuro que lo indemnizará ampliamente, a cambio de una gratificación obtenida en el presente.”²³²

Ocurre entonces que, si el aplazamiento de la satisfacción directa está estructuralmente imposibilitado merced al predominio del funcionamiento autoerótico no habrá intervalo entre el presente inmediato y el futuro, necesarios para la catectización de un devenir que caracteriza a las instancias ideales una vez constituidas.

En este sentido, el acceso a un proyecto identificatorio, que implica que el Yo se reconoce con carencias en el presente respecto de lo que anhela llegar a ser, da cuenta

²³¹ En este sentido, M. C. Rojas y S. Sternbach señalan que “el discurso familiar anticipa el nacimiento de cada sujeto y lo inviste desde antes de su advenimiento. Despliega en relación con él deseos, mandatos y expectativas, determinados no solamente por las modalidades peculiares del funcionamiento inconsciente de dicha estructura familiar, sino relacionados con la aspiración inherente al ideario en cada época de constituir subjetividades acordes con sus contenidos en vigencia.” **Entre dos siglos. Una lectura psicoanalítica de la posmodernidad.** Lugar Editorial. Buenos Aires. Pág. 25

²³² **La violencia de la interpretación.** Amorrortu Ediciones. Buenos Aires. Pág. 170

de un sujeto que ha podido renunciar a la satisfacción directa de lo pulsional, a resguardo de la lógica del goce autoerótico.

Pero ocurre que es más bien la lógica de un Yo ideal la que se propone y sostiene desde los paradigmas utilitarios y de inmediatez de esta época. Y el pasaje del Yo ideal al Ideal del yo se verá comprometido en tanto no haya necesidad de renuncia en pos de un logro futuro, motivos para aplazar la satisfacción directa, en tanto se pierda el “componente utópico” que anuda al Ideal con el deseo en permanente tensión, ya que tanto el Yo como las instancias ideales secundarias se instauran como residuo identificatorio de la renuncia mencionada.

Más aún, la constitución misma del Yo se verá comprometida en tanto no se propicien, desde el otro significativo en la estructuración del psiquismo del infante, las renunciaciones pulsionales que darán lugar a la posibilidad de que operen, no sólo las identificaciones secundarias constitutivas de las instancias ideales, sino también las identificaciones primarias. En este sentido, J. Gutiérrez Terrazas señala que: “(...) No se puede hablar con rigor de identificación primaria o narcisista allí donde lo que predomina psicodinámicamente es por excelencia una mera sustitución del objeto primario sin pérdida del mismo, sin renuncia al ejercicio pulsional directo, o una falla de la represión originaria.”²³³

En este texto el autor retoma las ideas puestas de relieve por J. Laplanche respecto de los procesos identificatorios que -así como el resto de los procesos psíquicos en los que el dominio de lo sexual está implicado- son de proveniencia exógena, es decir, se requiere de un otro para su instauración. Pero, ¿quién es este otro? Se retoma aquí el planteo central de que es un otro sexuado cuyos efectos en la constitución psíquica del sujeto infantil son, antes que nada, la de producir una intromisión sexualizante, dando origen a lo pulsional, pero que precisamente por ser un sujeto clivado, no sólo será sujeto de Inconsciente que portará elementos de su propia

²³³ “La represión es una condición de todo proceso identificatorio.” Publicado en **Revista de Psicoanálisis de la Asociación Psicoanalítica de Madrid**. Nº 33. Madrid.

sexualidad infantil reprimida, sino que será además, portador de ordenamientos amorosos, narcisísticos, provenientes de sus constelaciones yoicas.

De este modo, para el sujeto infantil, el otro es en principio un objeto parcial que, merced a los procesos de narcisización que operen conjuntando lo pulsional implantado, irá deviniendo objeto total. Es esta complejidad en el estatuto que adquiere el objeto lo que no debe perderse de vista a la hora de distinguir si se está ante la posibilidad de procesos identificatorios propiamente dichos o no.

El Yo se va constituyendo mediante el proceso de identificación al otro, pero este otro no puede ser el objeto autoerótico originario. Se requiere desprenderse, poder perder el objeto vinculado al ejercicio pulsional directo ya que no habrá identificación propiamente dicha si no existe un objeto diferenciado. Si no hay renuncia al ejercicio pulsional directo –lo que S. Bleichmar ha llamado rehusamiento, en el sentido de una renuncia consciente que ejerce el niño a la satisfacción autoerótica, esfuerzo que le es requerido por el otro que lo toma amorosamente a su cargo, y que constituye un prerequisite de la represión originaria-, si no hay pérdida del objeto en este sentido, entonces habrá mera sustitución de un objeto por otro y así en serie, al modo de una contigüidad metonímica, y en la que seguirá predominando el modo de funcionamiento autoerótico en el psiquismo²³⁴.

Si el Yo se configura a semejanza del otro tomado como modelo, se requerirá entonces un proceso metabólico mediante el cual este otro adquiera estatuto de totalidad y de este modo opere en el psiquismo ejerciendo fuerza de conrainvestimento a lo pulsional fragmentado propio del autoerotismo unificando las pulsiones parciales.

²³⁴ Cabe señalar aquí que ha habido –y hay aún- una idea arraigada en la teoría psicoanalítica desde la cual se postula que la constitución de la ética se produciría a partir de la formación del súper yo, efecto de la represión edípica. Se ignora así que los inicios del reconocimiento del semejante como tal y por ende los precursores de la constitución de un sujeto con sentimientos éticos y morales comienza con las primeras renunciaciones pulsionales, esto es, los rehusamientos al ejercicio autoerótico propiciados por la madre –retiro del pecho, control esfinteriano-, antes aún de la entrada en escena de un tercero.

Al respecto, sostiene J. Gutiérrez Terrazas que el proceso identificatorio no puede operarse sobre otro con el cual se mantiene una contigüidad por la cual está imposibilitada cualquier separación o diferenciación y donde, más aún, la identificación se produciría al modo de la sustitución precisamente para evitar esa pérdida o desgajamiento. Señala el autor que: “(...) Ya que esa operación psíquica está en continuidad con la pasividad originaria o con el sujetamiento a la tópica intersubjetiva, en/desde la cual no se produce ni pasaje a otro lugar (el intrapsíquico), ni pasaje a otra forma (la ligada o conjuntada frente a lo pulsional desligado implantado por el otro), que es lo que se requiere para la configuración del Yo como instancia.”²³⁵

Un aspecto importante sobre el cual advierte este autor es la necesidad de no confundir narcisismo con autoerotismo –confusión presente en la misma obra freudiana- cuestionando el uso de la expresión “identificación narcisista” para dar cuenta de procesos psíquicos que dejan fijado al sujeto al predominio de un funcionamiento autoerótico –compulsivo- efecto de la presencia de lo pulsional desligado, en donde el sometimiento al objeto primario es lo característico. En realidad, lo que se encuentra allí, es precisamente, lo opuesto; esto es, la presencia de fallas o fracasos en los procesos -tanto identificatorios como de ligazón- que constituyen al Yo como instancia intrapsíquica.

Configuración del Yo en la tópica psíquica que sólo verá garantizada su posición definitiva con la estabilización propiciada por las identificaciones secundarias que constituirán las instancias ideales liberando así al sujeto psíquico de un destino de alienación.

Es en este sentido que los ideales del Yo, aún estando articulados como mandatos, tienen un carácter de propuesta relativamente móvil, la angustia a la que someten al sujeto es de castración, de incompletud, mientras que los rasgos del Yo ideal

²³⁵ “La represión es una condición de todo proceso identificatorio.” Publicado en **Revista de Psicoanálisis de la Asociación Psicoanalítica de Madrid**. Nº 33. Madrid.

dan cuenta de un enclave que deja librado al sujeto a una angustia aniquilatoria, en tanto operan como rasgo unario del ser.

Lo central de dicho planteo entonces, es la importancia capital del mecanismo de represión, tanto de la represión originaria que implicará la represión del autoerotismo, necesaria para la constitución del Yo, como de la represión secundaria o edípica que dará lugar a la constitución de las instancias ideales. Mecanismo que no se pondrá en marcha sino es por la acción del otro significativo que propicie los rehusamientos necesarios para la conformación de este salto estructural en la constitución del psiquismo.²³⁶

Por otro lado, retomando tres características de la posmodernidad mencionadas en el apartado correspondiente, a saber: 1- el predominio de la imagen sobre la explicación verbal; 2- el desorden inmetabolizable que implican las fluctuaciones caóticas del mercado, junto con la inmediatez y lo efímero del acontecimiento mediático; y 3- el hecho de que la importancia de los acontecimientos aparece como proporcional a la cantidad de imágenes exhibidas, se puede decir que tanto el volumen de información que circula a disponibilidad de los sujetos, como el modo predominante en que se presenta –acelerado y fragmentado, sin continuidad narrativa- produce el efecto de saturación, dando cuenta de un exceso –pura percepción versus posibilidad de pensamiento- que, como todo exceso, se convierte en traumático si no se cuentan con las posibilidades de significación de la misma.

²³⁶ Tal como señalan M. C. Rojas y S. Sternbach: “El infans adviene a un mundo familiar y social en el cual las reglas de parentesco y el Edipo mismo, como estructura presubjetiva, lo anteceden. La constitución subjetiva producida en su inclusión en dicha trama, es en cambio un proceso singular, que se historiza. Dicho proceso se liga al atravesamiento de la castración; ésta constituye una condición estructural que habilita al hombre para el acceso a la subjetivación. (...) En su carácter más irreductible, la castración remite a la imposibilidad radical del goce absoluto, es decir, a una carencia que es condición de estructura más allá de los recubrimientos imaginarios y de los alcances simbólicos. Edipo y castración no se agotan en la escena empírica y sus personajes circunstanciales; importan ante todo las funciones que éstos encarnan. No obstante, aquellos tampoco resultan irrelevantes: reducir el drama edípico a un interjuego de funciones de una estructura lo despoja de aspectos que hacen a la riqueza y diversidad de la vida subjetiva y social.” **Entre dos siglos. Una lectura psicoanalítica de la posmodernidad.** Lugar Editorial. Buenos Aires. Pág. 28

Cabe aquí recordar lo planteado por Freud respecto de la angustia y su relación con el Yo y lo pulsional, tomando sus ideas respecto de que el problema reside en la ausencia de elaboración psíquica de la excitación que este afecto pone de manifiesto. Dicha elaboración estará a cargo del Yo a partir de la tarea de ligar la excitación o energía sobrante estableciendo un freno a la misma por medio de su conexión a representaciones o grupos de representaciones.

La saturación sumerge al Yo en la incertidumbre y angustia de intentar procesar los “ruidos” del exceso. Se sabe que la capacidad simbólica de los sujetos está dada por la posibilidad de metabolización psíquica, de significación de lo vivenciado para ser apropiado como experiencia, tarea que atañe al Yo. Si, como dice P. Aulagnier, el Yo está “condenado a investir”, cuando se ve avasallado en sus posibilidades de significación, al modo de lo traumático, lo que ocurre es un cerramiento defensivo del sistema mediante el cual se producen procesos de desinvertimiento libidinal de los objetos internos y del mundo. A partir de allí, el sujeto quedará librado a la búsqueda permanente de la abolición de todo estado de tensión por la satisfacción inmediata, al modo de la compulsión efecto del funcionamiento de lo pulsional desligado, esto es, la pulsión de muerte²³⁷.

²³⁷ La historia de Jean-Baptiste Grenouille, el protagonista de la novela **El perfume** de Patrick Süskind, ilustra sorprendentemente los derroteros de la pulsión de muerte. De su nacimiento narra el autor: “En la época que nos ocupa reinaba en las ciudades un hedor apenas concebible para el hombre moderno; éste alcanzaba sus máximas proporciones en París y dentro de París había un lugar donde el hedor se convertía en infernal: el Cimetière des Innocents. Durante ochocientos años se había llevado allí a los muertos del Hospital Hôtel-Dieu y de las parroquias vecinas. En vísperas de la Revolución Francesa fue por fin cerrado y abandonado; en el lugar del antiguo cementerio se erigió un mercado de víveres. Fue aquí, en el lugar más maloliente de todo el reino, donde nació el 17 de julio de 1738 Jean-Baptiste Grenouille. Era uno de los días más calurosos del año. (...) Su madre trabaja allí pelando y destripando pescado. Cuando se inician los dolores de parto sólo quería acabar lo más rápidamente posible con ese sufrimiento. Era el quinto hijo, todos habían nacido en ese mismo lugar, casi muertos. Cuando finalmente lo expulsa corta el cordón con una cuchilla y lo abandona (...) Descubren a la criatura entre un enjambre de moscas y tripas de pescado, las autoridades lo entregan a una nodriza de oficio y apresan a la madre, la procesan, la condenan por infanticidio múltiple y dos semanas más tarde la decapitan. Para ese entonces el niño había cambiado tres veces de nodriza, ninguna quería conservarlo: era muy voraz.” Págs. 10-12 Grenouille tiene su marca de nacimiento: no despiden ningún olor y por ello hace temer la presencia de algún demonio. Al mismo tiempo posee un don excepcional, un olfato prodigioso que le permite percibir todos los olores del mundo. Crece en el ambiente hostil de un hospicio, nadie lo quiere e incluso sus compañeros intentan asesinarlo. A los 20 años consigue trabajar para un perfumero que le enseña a destilar esencias. Pero él quiere atrapar otros olores: el del cristal, el cobre, pero sobre todo, el de ciertas mujeres. Viaja persiguiéndolos. Su obsesión es crear perfumes capaces de hacerle pasar inadvertido o inspirar simpatía, amor, compasión. Para obtener estas fórmulas magistrales asesina a jóvenes muchachas vírgenes, para obtener sus fluidos corporales y licuar sus olores íntimos. Vive sumergido en la miseria de su propio ser debido a su incapacidad de amar y al profundo rechazo que ha signado su vida plagándola de vacío existencial, a la vez que de ansias de ejercer poder sobre otros.

Para dar cuenta de estos fenómenos compulsivos, S. Bleichmar utiliza una analogía, a la cual se hizo referencia con anterioridad y cabe retomar aquí. La autora sostiene que lo que ocurre en el psiquismo es similar a lo que acontece en el organismo cuando un sujeto toma éxtasis²³⁸: si no ingiere agua con sales se deshidrata. Del mismo modo, el funcionamiento compulsivo produce una especie de “deshidratación psíquica” en la cual el sujeto cree que calma la insatisfacción cuando lo que se produce es precisamente un circuito de insatisfacción mayor en tanto la tensión generada por lo pulsional desligado es inevacuable a la vez que imposibilitado de tramitación psíquica.

Cuando esto ocurre, el sujeto arrasado –alienado y pasivo- queda atrapado en la lógica del espectáculo vacío, pura imagen sin sentido, que sólo puede producir un circuito empobrecedor de fascinación y hastío. Como se ha dicho, terreno fértil para el goce pulsional más que para el campo deseante²³⁹.

Esto hace a la diferencia entre felicidad y placer, en tanto que la felicidad implica una cierta sensación de confort consigo mismo –cuestión que atañe directamente a la representación que el Yo tiene de sí mismo y sus ideales- que no es homologable a la mera descarga del malestar.

Un día lo consigue, logra la esencia buscada: su perfume. Éste despierta, en quienes se encuentran ante su presencia, un deseo y atracción **incolmables**. Vuelve a París, se acerca al maloliente lugar donde comenzó su historia, es medianoche y en el mercado de víveres sólo encuentra a un grupo de ladrones, prostitutas y desertores que se reúnen alrededor de un fuego. Se pone unas gotas de su preciada fragancia “y una súbita belleza lo encendió como un fuego deslumbrante (...) se sintieron atraídos hacia aquél ángel humano contra el que nadie podía resistirse, habían formado un círculo a su alrededor y de pronto éste empezó a cerrarse, todos querían estar cerca del centro. De improviso desapareció en ellos la última inhibición, se abalanzaron, lo derribaron, le rasgaron las ropas, los cabellos, la carne, cayeron sobre él como hienas. Todos querían tener algo de él.” Pág. 252

²³⁸ Se conoce con este nombre al MDMA (3,4-metilendioximetanfetamina), sustancia psicoactiva con propiedades estimulantes que produce una sensación de apertura emocional e identificación afectiva con el otro. Culturalmente se asocia el consumo de esta droga al ambiente de la música electrónica y sus fiestas.

²³⁹ Tal como lo indica S. Bleichmar: “(...) Nuestra sociedad ha incrementado tan brutalmente el malestar que lo único que se propicia son descargas o aplacamientos de ese malestar. La descarga viene por el lado de ciertas formas de goce y el aplacamiento por el lado de la medicación.” “En el amor y el sexo está todo permitido, siempre que haya ética” Reportaje de Analía Roffo para Diario Clarín. 16.04.2006.

Junto con estas características, que se han puesto en correlación con el modelo del traumatismo en Freud a los fines de poder pensar sus efectos en la constitución del psiquismo, se advierte también que el modelo social propuesto como ideal es el de una juventud atemporal que se erige como una especie de imperativo categórico para todas las generaciones, con la consecuente imposibilidad de sostener la asimetría necesaria y constitutiva²⁴⁰ en los vínculos intergeneracionales.

Constitutiva porque es sólo merced al sostén de la asimetría del adulto respecto del niño que éste último podrá tolerar los rehusamientos y demoras impuestos por la cultura, necesarios para la constitución de los diques anímicos precursores de la represión de lo pulsional. Represión originaria²⁴¹ que estructurará al psiquismo fundando el Inconsciente a la vez que al sistema Preconsciente-Consciente, permitiendo que el Yo quede emplazado en la tópica psíquica fijando la posición del sujeto y posibilitando el acceso a los procesos secundarios que dan curso al pensamiento lógico.

De este modo, la fijación al Inconsciente libera al Yo de la perturbación constante a la que lo somete la renuncia pulsional y evita que el sujeto quede fijado a modos compulsivos de intento de resolución de las tensiones. El destino de lo pulsional podrá, entonces, seguir el camino de las sublimaciones.

²⁴⁰ Como señalara Freud, el sujeto nace en estado de prematuración y requiere de la acción específica de otro para mantenerse con vida. Esto imprime en el psiquismo una marca estructural que lo condena a la investidura de otro y a un interjuego deseante. Al respecto, M. C. Rojas y S. Sternbach señalan que: “La imposibilidad que el infans padece, de satisfacer las exigencias pulsionales y descargar la tensión sin mediación de otro, determina la dependencia respecto al Otro primordial. Al mismo tiempo, al responder al reclamo, quien ampara interpreta la apelación e impone su palabra. En el vínculo primordial rige una asimetría radical (...) la madre libidiniza al infans. Dibuja en su cuerpo los trazos de sus zonas erógenas y limita a la vez la búsqueda de satisfacción pulsional que sus propios cuidados originan. La represión ya operante en la madre o en quien desempeñe la función materna, crea las condiciones para la represión originaria que produce en el infans el clivaje fundante de su constitución psíquica.” **Entre dos siglos. Una lectura psicoanalítica de la posmodernidad.** Lugar Editorial. Buenos Aires. Pág. 23

²⁴¹ Al decir de S. Bleichmar: “(...) La represión originaria es un movimiento de contrainvestimento (...) Fijación al Inconsciente de algo que una vez rehusado como modo de satisfacción pulsional deja como secuela del lado del Yo una formación de carácter. Es la fijación al Inconsciente lo que da garantías de que esa representación no emergerá obligando al sujeto a una búsqueda compulsiva de la satisfacción.” **Clínica psicoanalítica y neogénesis.** Amorrortu Ediciones. Buenos Aires. Pág. 124.

Por el contrario, si la represión de lo pulsional fracasa no habrá posibilidad de desplazamiento de los objetos originarios, el sujeto quedará adherido a un goce, circuito de repetición cuya consecuencia, como ya se dijo, es siempre empobrecedora para el psiquismo.

A modo de conclusión, es posible afirmar que *si el sujeto se constituye al amparo de una trama simbólica, de las palabras, de los gestos de reconocimiento y amor, de las leyes que prescriben y prohíben, entonces se puede decir que el peor de los desamparos, el más radical, es el desamparo simbólico. Las instancias de producción de lazo social en las estructuras colectivas permitirían, como ya se enunciara, recomponer una trama simbólica y, de este modo, acotar lo que se ha definido como el orden del goce. Pero la modalidad imperante en el imaginario social actual oscila entre el aislamiento del individualismo y la masificación de los fundamentalismos, extremos que dificultan la producción de dicho lazo social y favorecen la desligadura pulsional.*

Capítulo IV. Pensar la clínica: fenómenos de desligadura o la presencia de la pulsión en la clínica.

*Nunca un vínculo ha ofrecido al sujeto la oportunidad de decir todo,
nunca ha sido escuchado más atentamente por nadie.
Paradoja del psicoanálisis: un lugar donde sólo ocuparse de sí mismo,
y un lugar donde se descubre, a la vez, que ese sí mismo es otros.
Un lugar donde el tiempo está estrictamente pautado
y, sin embargo, un lugar donde se recrean todos los tiempos.*

Silvia Bleichmar²⁴²

En el Capítulo anterior se realizó una distinción conceptual entre producción de subjetividad y estructuración psíquica y se analizaron los paradigmas de producción de subjetividad de la posmodernidad que permitieron definir una subjetividad contemporánea. Esto fue desarrollado con el fin de establecer algunas relaciones entre la constitución psíquica y la subjetividad contemporánea, de modo tal que posibilite aventurar algunas aproximaciones metapsicológicas a las nuevas formas de malestar determinadas, en gran parte, por lo que se ha llamado fenómenos de desligadura.

En el presente Capítulo se conceptualizarán dichos fenómenos en su estatuto metapsicológico y se planteará la fertilidad de la teoría psicoanalítica para dar respuesta a estos modos de sufrimiento psíquico, intentando reflexionar sobre posibles intervenciones en la labor clínica.

IV. a. Fenómenos de desligadura: del síntoma a la compulsión.

En la Introducción de este trabajo se hizo referencia a los fenómenos de desligadura diciendo que se trata de una serie de presentaciones sintomales que dan cuenta de la presencia de lo pulsional desligado en la clínica y que han recibido diversas denominaciones según el marco de conceptualización. Los nombres clásicos con que

²⁴² **En los orígenes el sujeto psíquico.** Amorrortu Ediciones. Buenos Aires. Pág. 164.

estos trastornos figuran en la psicopatología han sido las impulsiones -que pueden tomar un carácter compulsivo o no- y las caracteropatías. Siguiendo, por un lado, los lineamientos de la escuela inglesa se los ha conocido como fenómenos del campo de la psicopatía y, por otro lado, desde la escuela lacaniana hay una serie que da cuenta de estos fenómenos y es la que se refiere al pasaje al acto, actuación y acting out.

De este modo, los fenómenos de desligadura comprenden un amplio campo de perturbaciones que presentan dificultades particulares para su abordaje: sujetos que llegan en posición de objeto, con dificultades en la demanda de tratamiento así como en el establecimiento de la transferencia y, que por estas razones, son ubicados en los límites de lo analizable. Se trata de fenómenos que no son en sí mismos estructuras clínicas, sino que se encuentran tanto en la perversión como en las psicosis y en las neurosis, aunque en esta oportunidad se abordarán aquellos que se ubican en el borde de la neurosis. Estos sujetos llegan a consulta con intensas angustias, actuaciones, intentos de suicidio, compulsiones diversas -alrededor de la alimentación, el dinero, la sexualidad, el juego, alcohol y drogas-, estallidos de impulsividad, irritabilidad, accidentes a repetición, automutilaciones, y diversas formas de expresión del malestar en el cuerpo.

Estos fenómenos no responden invariablemente a la misma lógica de funcionamiento psíquico, cada uno de ellos merecería un análisis singular. Pero si se tiene en cuenta que la posibilidad de análisis de los sujetos que los portan conlleva siempre cierta incertidumbre diagnóstica -ya que lo que insiste es la gravedad del cuadro y la dificultad de su entrada en un dispositivo analítico-, se pueden encontrar algunos elementos que se repiten, ciertas particularidades en común que permitirían una aproximación metapsicológica.

En este sentido, la presencia de la pulsión desligada constituiría su característica central.²⁴³ Dicha presencia o aparición desborda al sujeto -en términos generales- en

²⁴³ A. Imbriano señala que en la definición del concepto de pulsión que Freud da en 1915 usa la expresión “la pulsión se nos aparece”. Al respecto, la autora dice que “debemos tomar esta expresión con relación a la noción de apariencia y de aparición, pues el aspecto de la cosa puede ser también su verdad y la

tres ámbitos, el del acto, el del soma y en lo alucinatorio. Podría decirse que son ámbitos del sujeto que al quedar arrasados por lo pulsional irrefrenable han encontrado históricamente en la cultura –para sus manifestaciones más extremas- su correlato en tres instituciones: la cárcel para el acto, el hospital para el cuerpo y el manicomio para la locura. Al menos, así ha sido durante la modernidad.

Es importante insistir en la dimensión histórica –ubicando el funcionamiento de estas instituciones en la modernidad- ya que los discursos de cada época se encuentran regidos por la aspiración de adecuar a los sujetos al ideario vigente. De este modo, se produce el surgimiento de manifestaciones patológicas vinculadas a la sobreadaptación en tanto adecuación acrítica a los modelos culturales predominantes en cada momento histórico²⁴⁴ y se vislumbra para cada época una mayor incidencia o aparición de ciertas patologías o modos de malestar.²⁴⁵

Es preciso aclarar en este punto que lo que se denomina “patologías actuales” - para dar cuenta de adicciones, anorexia-bulimia, psicósomáticas, patologías de borde, actuaciones, neurosis traumáticas- corresponde a patologías existentes desde siempre. Lo actual, en todo caso, es la frecuencia con la que aparecen en la clínica, lo cual estaría vinculado, por un lado, con las variables socio-históricas y culturales descriptas con anterioridad, en tanto propiciadoras de cierta automatización de los actos humanos y, por otro lado, con cierto cambio en la posición de los analistas frente a ellas, cuestión que se desplegará en el próximo apartado de este Capítulo.

evidencia de ella.” **La odisea del siglo XXI: efectos de la globalización.** Editorial Letra Viva. Buenos Aires. Pág. 51

²⁴⁴ En este sentido, M. C. Rojas y S. Sternbach señalan que “en el apogeo de la mentalidad burguesa, caracterizada por rasgos tales como la valoración del esfuerzo, la austeridad y la pregnancia del futuro, encontramos una amplia incidencia de la neurosis obsesiva. Algunos rasgos de tal cuadro, en sus polifacéticas formulaciones, son altamente congruentes con los ideales propios del espíritu burgués.” **Entre dos siglos. Una lectura psicoanalítica de la posmodernidad.** Lugar Editorial. Buenos Aires. Pág. 131

²⁴⁵ Así como en los albores del psicoanálisis proliferaron las histerias -en una sociedad de moral victoriana- como producto de la represión de lo sexual o, posteriormente, cuando en 1920 Freud produce el “giro” en sus preocupaciones teóricas y en plena posguerra se ocupa del trauma y sus efectos –neurosis traumáticas, repetición, pulsión de muerte y su tramitación psíquica-, diversos autores coinciden en considerar a las adicciones, anorexias y fenómenos psicósomáticos como los signos más claros de malestar en la actualidad.

Es por esta razón que se ha optado aquí por no usar esta denominación que parecería conferirle un carácter de actualidad a la patología misma sino por caracterizar una subjetividad contemporánea en la cual puede observarse una predominancia en la aparición de estos fenómenos en la actualidad.²⁴⁶

Es posible afirmar, además, que así como las manifestaciones patológicas se encuentran vinculadas al ideario vigente de una época, también en cada época se propone desde la cultura un paradigma de salud, o mejor dicho, un paradigma de lo que se considera un sujeto “sano” en tanto posee un cúmulo de características acordes o sintónicas con los ideales predominantes.

¿Cuáles serían los rasgos esperables del prototipo saludable posmoderno? Teniendo en cuenta que los ideales actuales promueven la abolición de todo conflicto en aras de los beneficios de la liviandad que permitiría alcanzar el éxito y la eficacia, el sujeto posmoderno “sano” tendría como características esenciales el ser pragmático y veloz -gracias a que se encuentra poco sujetado a lazos y limitaciones de cualquier orden-, autorizado a jerarquizar su propio interés -incluso en detrimento de los semejantes²⁴⁷- aún si eso implica bordear situaciones de transgresión en aras de someterse al mandato de la cultura actual que reza: gozarás. Porque bajo la apariencia de una mayor amplitud de lo deseante es el imperativo de gozar el que se hace oír.

²⁴⁶ Al respecto, M. C. Rojas y S. Sternbach advierten que “la descripción de la anorexia mental en las mujeres jóvenes proviene de hace poco más de un siglo. La primera mención data de 1694 pero fueron Laségue, en 1873, y Gull, en 1874, quienes describieron la enfermedad bajo la denominación, respectivamente, de anorexia histérica y anorexia nerviosa. Se destacaba ya entonces su aparición en la adolescencia y su preponderancia casi exclusiva en mujeres. Freud encontró rasgos anoréxicos en algunas de sus pacientes histéricas, como Emmy de N. (...) A posteriori, el psicoanálisis y la medicina continuaron ocupándose de esta patología, casi siempre transitando caminos divergentes. El interés por la anorexia se incrementa cuando ésta se difunde hasta adquirir ribetes epidémicos. Es así que, aunque datan de la Edad Media las primeras menciones de esta enfermedad, es en la actualidad que el término anorexia y junto con él la bulimia nerviosa, se tornan familiares no sólo para los profesionales sino para el conjunto social.” **Entre dos siglos. Una lectura psicoanalítica de la posmodernidad.** Lugar Editorial. Buenos Aires. Pág. 141

²⁴⁷ El sujeto posmoderno podrá mostrarse indiferente ante el semejante y esto no sería considerado un rasgo inadecuado en tanto que las relaciones humanas que lo involucren llevan inscripto el rasgo ideal de la levedad que implica escasos compromisos y obligaciones. Esto conlleva cierta desinvestidura en los lazos con el otro que lo tornan fácilmente intercambiable, del mismo modo que la mercancía objeto de la lógica de consumo. Así, el otro deviene objeto parcial, deslizándose por fuera de los revestimientos imaginarios del amor.

De esta manera, aquello que la psicopatología psicoanalítica ha caracterizado como modalidad perversa, en tanto se anuda a la renegación de la castración, en el marco del imaginario social contemporáneo impregna el prototipo de sujeto saludable.

Sin embargo, este sujeto sobreadaptado a la lógica del consumo, paradójicamente, cuando consulta lo hace porque sufre de trastornos en el sueño o la alimentación, diversas presentaciones de malestar en el cuerpo, adicciones y vivencias de vacío que toman, a veces, la forma del aburrimiento²⁴⁸ -como una especie de equivalente de la angustia- cuando la oferta de objetos de uso que saturan lo deseante se interrumpe.

De este modo, no se trata siempre, ni necesariamente, de personas con un gran despliegue de actuaciones sino de sujetos en los cuales no aparece ninguna pregunta que interpele las causas de su malestar o, si lo hace, no lo involucra a él en las razones de su sufrimiento. Estos sujetos presentan lo que se ha denominado, clásicamente, caracteropatías cuyo rasgo fundamental es que aparecen como a-sintomáticas.

Es así que, a la clínica psicoanalítica actual, acuden a consulta sujetos con diversos malestares que al decir de H. Heinrich “no pueden disponer de los recursos que el significante ofrece, en especial el síntoma”²⁴⁹. A los cuadros neuróticos más clásicos se añaden problemáticas que han sido denominadas “de borde”²⁵⁰, precisamente para dar cuenta de aquellas presentaciones “sintomales” que no son estrictamente del orden del síntoma en tanto se ubican por fuera de las producciones del Inconsciente²⁵¹.

²⁴⁸ J. Milmaniene señala que “quizás el aburrimiento sea la forma subjetiva que adquiere el melancólico y doloroso paso del tiempo cuando carece del relleno libidinal que le otorgan los objetos- causa de deseo. (...) El sujeto, al verse privado de toda causa desiderativa, se siente arrojado al agujero de una temporalidad vacua sin más sentido que el de su monótono transcurrir hacia un horizonte de nada.” **El tiempo del sujeto**. Editorial Biblos. Buenos Aires. Pág. 16.

²⁴⁹ H. Heinrich. **Borde<R>S de la neurosis**. Homo Sapiens Ediciones. Rosario. Argentina. Pág. 9

²⁵⁰ Cabe aclarar que con la expresión “de borde” se hace referencia a la ubicación de dichas presentaciones –así como también la ubicación en términos de diagnóstico de estructura de dichos sujetos- en el borde real de la neurosis y no a un borde indefinido entre neurosis y psicosis.

²⁵¹ J. D. Nasio planteó, hace ya algunos años, la oposición que existe entre formaciones del Inconsciente y las formaciones del objeto *a* y ubicaba dentro de éstas últimas a la alucinación, el pasaje al acto y la lesión de órgano. **Los ojos de Laura**. Amorrortu Editores. Buenos Aires.

A los fines de describir estas presentaciones –adicciones, anorexia, fenómenos psicosomáticos y actuaciones - es posible comenzar puntualizando algunas características generales de las mismas para luego intentar explicarlas metapsicológicamente.

Las adicciones, en principio, representan una tendencia a la evitación del dolor psíquico ante la incapacidad o pobreza en las posibilidades de tramitar sentimientos de fracaso e impotencia. En la actualidad, la paradoja que introduce la lógica del consumo es la de una aparente libertad en la posibilidad de elección entre los más diversos objetos de satisfacción que esconde, por otro lado, la imposición de consumir como vía de acceso privilegiada para el logro de dicha satisfacción²⁵². Esta paradoja –la de una libertad esclavizante- encuentra su expresión extrema en las patologías de la sujeción y la dependencia, tales como las diversas adicciones al juego, al alcohol, a las drogas, a los psicofármacos, por nombrar sólo algunas. El adicto representa así “una trágica caricatura de la obligatoriedad del consumir”²⁵³.

El sujeto se pasiviza y la sustancia o el objeto de la adicción adquiere un poder extremo. Podría decirse que el sujeto queda en posición de objeto, cuestión que remite al goce. En este sentido, P. Aulagnier²⁵⁴ la incluye dentro de la relación pasional en la cual el objeto se ha convertido para el Yo en fuente exclusiva de alivio de la tensión, más en el orden de la necesidad que del deseo.

De esta manera, la sexualidad misma puede quedar incluida en este circuito que podría calificarse de degradación, en aquellos sujetos en los cuales de lo que se trata es

²⁵² Al respecto, A. Imbriano señala que “el consumismo actual no tiene como objetivo la gratificación de algún deseo subjetivo sino la producción del *individuo de la posesión*. La sociedad actual, comprometida con la continua expansión de su producción, genera un marco psicológico restrictivo, que en última instancia crea una economía psíquica en donde la voluntad de posesión reemplaza al deseo”. **La odisea del siglo XXI: efectos de la globalización**. Editorial Letra Viva. Buenos Aires. Pág. 89.

²⁵³ M. C. Rojas y S. Sternbach. **Entre dos siglos. Una lectura psicoanalítica de la posmodernidad**. Lugar Editorial. Buenos Aires. Pág. 138

²⁵⁴ **Los destinos del placer**. Editorial Paidós. Buenos Aires.

de una mera descarga compulsiva. J. Mc Dougall²⁵⁵ caracteriza como “sexualidad adictiva” a las relaciones en las cuales es el acto y no el otro sujeto quien queda investido. En este sentido, el otro, como sujeto, desempeña un papel de objeto de uso, objeto de necesidad y no de deseo, y plantea que esto sucede tanto en sujetos homosexuales como heterosexuales.

Para algunos autores el adicto es un perverso mientras que para otros la adicción no puede ser encuadrada dentro de una entidad nosológica. En este sentido, es posible sostener que aunque no se trate unívocamente de una estructura perversa pueden identificarse posicionamientos perversos en diversas estructuras y la adicción admite ser planteada del lado de la perversión en tanto se sostiene la lógica de un objeto que podría recubrir la falta, sólo habría que tenerlo disponible cada vez que se haga presente la amenaza de irrupción de lo intolerable.

Otra de las paradojas que se presentan como sintomáticas en la era del consumo son las anorexias. Estas contrastan especialmente con este mundo de saturación cuya lógica, como ya se ha dicho, es la obligatoriedad de consumir. El negativismo de la anorexia, su rechazo de la oferta, no resulta liberador ni proporciona autonomía sino que, por el contrario, expone con toda crueldad una posición de objeto, encarnadura de lo inerte y desvitalizado. Tal como ocurre con los adictos, la anoréxica, erigida en objeto ideal de la era del consumo, es quien se va consumiendo paulatinamente.

La anorexia plantea la cuestión de un deseo que no puede articularse en un discurso. Al rechazar el alimento se “juega”²⁵⁶ un deseo, el de negarse a satisfacer la demanda materna, verdadera exigencia de que la madre tenga un deseo por fuera del

²⁵⁵ **Alegato por una cierta anormalidad.** Editorial Paidós. Buenos Aires.

²⁵⁶ H. Heinrich señala al respecto que en la anorexia se demanda el reconocimiento de un deseo y llama a esa demanda “hambre de otra cosa” ya que es, en última instancia, demanda de reconocimiento, de amor, de presencia a una madre que se propone como omnipotente y omnipresente –que todo lo tiene, todo lo da y a la vez, todo lo exige del hijo- pero sólo para el registro de la necesidad, confundiendo éste con el registro del deseo y con la necesidad de amor. “Frente a esta demanda materna voraz, sin límite, la anorexia surge como un intento de **jugar** con un rechazo como si fuera un deseo; rechazo de la demanda materna como si se tratara de un deseo, todavía no es deseo pero es la vía que encuentra para situar un más allá de la demanda materna. Intento fallido, entonces, de recortarse, de encontrar los límites **del Otro** y **en el Otro.**” **Borde<R>S de la neurosis.** Homo Sapiens Ediciones. Rosario. Argentina. Pág. 76

sujeto que, de ese modo, queda atrapado en él²⁵⁷. Desde esta perspectiva, se considera que esta patología constituye una tentativa de diferenciación respecto de una madre que se anticipa a la demanda, intromisionando y obturando, de este modo, la posibilidad de surgimiento de deseo en el sujeto, a partir de la satisfacción de la necesidad. Al no poder articularse en un discurso, este “deseo” no se constituye como tal y es el cuerpo el que, al no entrar en las cadenas significantes, queda fijado a un goce ligado al más allá de la pulsión de muerte, pudiendo llevar a los sujetos a la muerte real.²⁵⁸

Algunas características del espíritu de época plasmadas en el prototipo saludable de la actualidad pueden ponerse en correlación, también, con algunas características de pacientes que presentan fenómenos psicósomáticos. Uno de los “requisitos” que la lógica del consumo impone a los sujetos es tomar distancia respecto de sus emociones lo cual produce una relación de escisión de aquello que corresponde al orden del cuerpo respecto de lo representacional. En este sentido, diversos autores coinciden en la descripción de ciertos rasgos que caracterizan a los sujetos que presentan fenómenos psicósomáticos, tales como la escasa conexión con la propia conflictiva psíquica que propiciaría un marcado apego a la realidad exterior concreta como consecuencia de fallas en la capacidad de fantasmaticización y simbolización. Y, se sabe, que cuando fallan los caminos de la simbolización que operan poniendo coto a lo pulsional es de esperar que lo que aparezca en su lugar sea, precisamente, la desligadura pulsional, o sea, la pulsión de muerte.²⁵⁹

²⁵⁷ En este sentido, H. Heinrich dice que “la anoréxica come *nada* como una manera de indicarle al Otro que no es con el objeto de la necesidad con el que se alimenta el deseo” y cita el fragmento de una carta que Santa Catalina de Siena, “una anoréxica en la que el deseo de deseo era más fuerte que el deseo de vivir y que llevó su anorexia hasta las últimas consecuencias, escribe a su madre: *Si usted amara más mi alma que mi cuerpo, toda la exagerada ternura moriría en usted, y usted no sufriría tanto al estar privada de mi presencia corporal. Dedíquese a comprender vuestra nada (...) ya no confundirá las pequeñas cosas con las grandes.*” **Borde<R>S de la neurosis.** Homo Sapiens Ediciones. Rosario. Argentina. Pág. 80-81

²⁵⁸ En el capítulo titulado “Algunas ideas sobre la anorexia”, H. Heinrich propone como epígrafe una adivinanza que reza: *¿Qué es un cadáver en un ropero? Un cabeza dura que ganó el juego de las escondidas.* Allí mismo señala lo indicado por Lacan respecto de la frecuente aparición de la fantasía en el niño respecto de su propia muerte esgrimida en sus relaciones de amor con los padres para advertir que esta fantasía, en los sujetos anoréxicos, es actuada en lo Real. “Así como el personaje de la adivinanza, la anoréxica puede permanecer –a muerte- tratando de obtener confirmación a su pregunta: ¿puedo faltarle?” **Borde<R>S de la neurosis.** Homo Sapiens Ediciones. Rosario. Argentina. Pág. 83

²⁵⁹ M. C. Rojas y S. Sternbach afirman, en este sentido, que “la predominancia de lo tanático en estas patologías se hace carne en la implosión corporal, llegando en sus extremos a producir la muerte

La Escuela Psicosomática de París, acuñó hace ya tiempo el término “alexitimia”²⁶⁰ para referirse a aquellos cuadros en los cuales los sujetos carecen de palabras para nominar sus emociones, poniendo en correlación esta incapacidad con un déficit en los registros imaginario y simbólico.

Por su parte, J. Mc Dougall²⁶¹ ha descripto con el término “desafectación” la recurrencia a mecanismos de defensa arcaicos para sostener una barrera desvitalizada que disperse los afectos hasta su desaparición cuando éste amenaza con desbordar al sujeto. Esta autora señala que la dispersión afectiva se logra a costa de que el cuerpo entre en acción: el cuerpo sería el encargado de ejecutar en lo real la elaboración de un “dolor psíquico” que no resulta simbolizable. El cuerpo está implicado como una expresión actuada, no así el sujeto quien parece estar presente pero vacío.

De este modo, se hace evidente que tanto en las caracteropatías, con su ausencia de sintomatología, como en las adicciones, anorexias²⁶² y fenómenos psicosomáticos, *lo crucial es la falta de simbolización de algo del orden de lo Real que ha desbordado al sujeto dejándolo expuesto a la prevalencia de la impulsión y la acción, al estar estructuralmente imposibilitada la tramitación psíquica.*

Una de las formas en que esto se hace evidente en la clínica es a través de la transferencia²⁶³ o, mejor dicho, precisamente a partir de la dificultad de instauración de

prematura. Pero, aún en casos más leves, la tendencia muda de Tánatos se presentifica como cristalización e inercia, como deseo de no deseo, desinvestidura en que la subjetividad deseante queda anulada a favor de una existencia que evoca la inmovilidad de la piedra”. **Entre dos siglos. Una lectura psicoanalítica de la posmodernidad.** Lugar Editorial. Buenos Aires. Pág. 148

²⁶⁰ P. Marty. **La psicosomática del adulto.** Amorrortu Ediciones. Buenos Aires.

²⁶¹ **Teatros del cuerpo.** Julián Yebenes Ediciones. Madrid.

²⁶² Es posible incluir junto con la anorexia a la bulimia como una serie de fenómenos del mismo orden psíquico, en tanto en el “atracción”, en ese “comerse todo” hay una “nada” a la vez en el sentido de que no aparece algo del orden del deseo sino un comer cualquier cosa compulsivamente. Al igual que la anorexia, aunque por una vía aparentemente opuesta, podría pensarse como un intento –fallido en tanto producido en la acción- de instalar una diferencia entre algo del orden del deseo y algo del orden de la necesidad.

²⁶³ Se hace referencia aquí a la transferencia tal como ha sido planteada por Lacan, en el sentido de que el paciente se dirige a alguien a quien le supone un saber sobre su deseo y con quien reactualiza los significantes que han soportado las demandas de amor en la infancia. En este sentido, “resulta decisiva la

la transferencia. Si bien el sujeto acude a análisis, esta dificultad se manifiesta de diversas maneras, tanto en frecuentes abandonos o ausencias, como en las dificultades para hablar en tanto propuesta para el despliegue de asociaciones²⁶⁴. Sobre la cuestión de la transferencia se volverá en el siguiente apartado de este Capítulo a fines de desarrollarla con mayor precisión.

Otra de las características que presentan estos sujetos –íntimamente relacionada con la posibilidad de establecer transferencia- es la singular relación con algún o algunos hechos traumáticos de la infancia que aparecen en lo manifiesto de un modo que da cuenta de que no ha caído bajo los efectos de la represión²⁶⁵, cuestión que se torna visible en un discurso en el cual nada aparece velado, que es sólo relato de lo traumático con acuciante actualidad para el paciente, que aparece en lo manifiesto como una herida en la “carne viva” del psiquismo que hace que el recuerdo persista inalterado, sin tramitar.

Al respecto, H. Heinrich postula que estos fenómenos psíquicos funcionan al modo de un trauma sin represión en tanto se observa: actualidad del trauma, conductas impulsivas, dificultad en la instauración de la transferencia y lo que describe como “falta de confianza en el significante”. Con esta expresión se refiere a que en la vida de estos sujetos el Otro, en un tiempo instituyente, ha fallado en su función estructurante.

intervención del analista (...) que da cuenta de que ha comprendido en qué lugar lo ubica el paciente. Por otra parte, el analista sabe que no hace más que prestarse a ese papel. Esta discriminación mantenida por el analista le permite al paciente, en el après-coup, analizar esta transferencia”. R. Chemama. **Diccionario del psicoanálisis**. Amorrortu Ediciones. Buenos Aires. Pág. 440.

²⁶⁴ En este sentido, H. Heinrich señala que “si pensamos en la regla fundamental *diga cualquier cosa que se le ocurra* tenemos que suponer allí un sujeto dispuesto a creer que *diga cualquier cosa que se le ocurra* se complementa con una segunda frase que sería: *que algo de su padecimiento se va a resolver en la medida en que usted hable.*” **Borde<R>S de la neurosis**. Homo Sapiens Ediciones. Rosario. Argentina. Pág. 12

²⁶⁵ En sus primeros estudios sobre la histeria, Freud postula que los síntomas histéricos se deben a un trauma acaecido en la infancia que ha sido reprimido. Si bien abandona esta teoría sustituyendo el trauma por la fantasía, en la reformulación freudiana ésta también tiene la característica de estar reprimida. Lo central para la neurosis es el hecho de que lo vivenciado-fantaseado caiga bajo los efectos de la represión, retornando luego en las formaciones del Inconsciente, en particular el síntoma y la transferencia, cuestión que aparece como fallida en los sujetos a los cuales se hace referencia.

Esta cuestión daría cuenta de la dificultad para establecer transferencia, para confiar en otro dispuesto a escuchar.²⁶⁶

En este sentido, retomando los desarrollos de Lacan respecto del acting-out²⁶⁷ dentro y fuera del análisis, la autora plantea que estos fenómenos podrían tratarse como de un intento de mostración, un “llamado” al Otro para que vuelva –o comience- a ocupar el lugar de sostén de la palabra, esto es, en su función simbólica.

En condiciones óptimas la investidura libidinal que propicia la función narcisizante materna va creando una red de sostén y entramado simbólico. Por el contrario, cuando esta función está fallida o se interrumpe la catectización narcisizante, esto actúa como un trauma psíquico temprano.

Esta función simbólica es estructurante, en los tiempos originarios del psiquismo, principalmente del Yo. Como se señalara en el Capítulo anterior, el Yo se va constituyendo mediante el proceso de identificación al otro, pero este otro no puede ser el objeto autoerótico originario. Se requiere desprenderse, poder perder el objeto vinculado al ejercicio pulsional directo ya que no habrá identificación propiamente dicha si no existe un objeto diferenciado. Si no hay renuncia al ejercicio pulsional directo –lo que S. Bleichmar ha llamado rehusamiento, en el sentido de una renuncia consciente que ejerce el niño a la satisfacción autoerótica, esfuerzo que le es requerido por el otro que lo toma amorosamente a su cargo, y que constituye un prerequisite de la represión originaria-, si no hay pérdida del objeto en este sentido, entonces habrá mera sustitución de un objeto por otro y así en serie, al modo de una contigüidad metonímica,

²⁶⁶ **Borde<R>S de la neurosis.** Homo Sapiens Ediciones. Rosario. Argentina.

²⁶⁷ Lacan define al acting-out como transferencia sin análisis, como una mostración que se hace ante el Otro para que rectifique su posición, un guiño para indicarle que ha errado el blanco, llamado que le hace el analizante al analista señalándole que su interpretación no fue adecuada. Sin embargo, plantea también la posibilidad de pensar el acting-out fuera de análisis. En este caso quien ha fallado en su función no sería el analista sino otro instituyente. **La dirección de la cura y los principios de su poder. Escritos 2.** Siglo XXI Editores. Buenos Aires.

y en la que seguirá predominando el modo de funcionamiento autoerótico en el psiquismo.²⁶⁸

Se requiere desprenderse del objeto de ejercicio pulsional autoerótico, poder perderlo, pero no alcanza con perderlo sino que además esa pérdida debe ser inscripta y ligada psíquicamente.

Tal como señalara Freud en **Más allá del principio de placer**²⁶⁹, algo del orden de lo simbólico –en este caso, el juego de su nieto con el carretel- se hace necesario para llevar a cabo la tarea fundamental del aparato psíquico que es la elaboración de lo real de la pérdida. Allí dice Freud que “la interpretación del juego resultó obvia. Se entramaba con el gran logro cultural del niño: su renuncia pulsional de admitir sin protestas la partida de la madre. Se resarcía escenificando por sí mismo, con los objetos a su alcance, ese desaparecer y regresar.”²⁷⁰ Y dirá luego que para la valoración afectiva de este juego no tiene demasiada importancia si éste lo inventó o si se lo apropió a raíz de una incitación externa.

Este elemento al que Freud le resta importancia en esta instancia, sin embargo, remite a una cuestión central en la posibilidad de tramitación psíquica que es precisamente la función del Otro instituyente, que codifica aquello que al niño le sucede.

²⁶⁸ Al respecto, dice A. Imbriano que “el problema actual es que la cultura ofrece demasiadas posibilidades cómodas de lograr esas satisfacciones que no dejan espacio para la pregunta por el deseo. La clínica nos enseña que se trata de la pulsión de muerte. Todos esos señuelos que produce el sistema se ofrecen para templar y calmar la exigencia de goce, pero el efecto es el contrario. La única forma posible de apaciguar la exigencia de goce es a través de la operación de la castración. Estos objetos que resultan del saber de la ciencia y de la industria, sólo agravan la falta de regulación pulsional. Lo que aporta el capitalismo bajo el nombre de la ciencia es una industrialización del fantasma: vende imágenes con poder de captar el goce de los sujetos. Es decir, que propone a los sujetos, la existencia de objetos que puedan venir a tapar ese lugar de la falta en vez de que se las tenga que arreglar con su mito individual o su novela familiar, con su fantasma particular y con la existencia de lo real.” **La odisea del siglo XXI: efectos de la globalización.** Editorial Letra Viva. Buenos Aires. Pág. 109.

²⁶⁹ Obras Completas. Vol XVIII. Amorrortu Ediciones. Buenos Aires.

²⁷⁰ Idem. Pág. 15.

Habría, por lo tanto, un tiempo de pérdida –momento traumático de corte con el Otro primordial- y otro momento de renuncia a un goce –el niño acepta sin protestar que la madre se vaya-. Segundo tiempo respecto de lo traumático, el tiempo del fort – da en el cual se elabora psíquicamente la impresión penosa.²⁷¹

El niño juega a que las cosas desaparecen y Freud se pregunta ¿porqué lo hace?, ¿porqué se empeña en repetir lo displacentero una y otra vez? y dirá que es porque no todo ingresa dentro del principio de placer y las leyes del proceso primario. Para que esto ocurra debe haberse cumplido una tarea previa: la *Bindung* o ligadura.

Es posible, entonces, pensar que la pérdida y aún la renuncia se produzcan sin tramitación, esto es, que falle el segundo tiempo de esta operación de ligadura²⁷², de simbolización, que deja como resto lo vivenciado-desligado funcionando bajo los modos de lo traumático, es decir, como una especie de esfuerzo de “renuncia pulsional” siempre actual.²⁷³

Cabe aquí preguntarse ¿cuál sería el destino de este monto de energía desligada, siempre presente? Si, como se ha señalado anteriormente, lo pulsional desligado desborda al sujeto en tres ámbitos, el del acto, el del soma y en lo alucinatorio, podría decirse con bastante certeza que el destino de lo que insiste como exceso intramitado

²⁷¹ En este sentido, H. Heinrich señala que a través del juego del fort–da, la separación de la madre adquiere un recubrimiento fantasmático y “una articulación significativa (...) y ¿cuál va a ser el lugar del niño en ese fantasma? Dice Lacan que el del objeto. El niño identificado al carretel. Esto se ve bien en la nota a pié de página donde Freud relata una variante del juego que consiste en que el niño va a desaparecer delante de un espejo. Juega a que es él quien desaparece para el otro.” **Borde<R>S de la neurosis**. Homo Sapiens Ediciones. Rosario. Argentina. Pág. 33.

²⁷² Al respecto, D. Rabinovich dice: “podemos preguntarnos si no estriba allí la diferencia entre lo que Freud denominó cargas ligadas o no ligadas (...) La dimensión del más allá, de lo no ligado, ¿no es acaso esa dimensión donde la producción de goce opera, donde el trauma se hace presente en el interior mismo de la estructura, haciendo imposible su temperancia por el principio de placer, vale decir su ligadura?”. **Una clínica de la pulsión: las impulsiones**. Ediciones Manantial. Buenos Aires. Pág. 117.

²⁷³ Cuando Freud introduce el tema de la pulsión en **Más allá del principio de placer** –el Capítulo IV está dedicado al trauma y el V a la pulsión- dice que todos los desbordes y desórdenes que produce el trauma “externo” al psiquismo también pueden ser producidos por la irrupción de lo pulsional.

estaría jugado en el intento repetitivo y siempre fallido de ligarse mediante la actuación, la compulsión y los fenómenos psicosomáticos.²⁷⁴

Algo más se añade a este intento de ligadura y es el hecho de que conlleva un goce pulsional. El mismo Freud advierte en el juego del carretel que cada repetición está ligada a una ganancia de placer directa, una satisfacción pulsional directa. El goce se pierde cuando la satisfacción pulsional está mediatizada por la fantasía pero, a su vez, para que sea mediatizada por la fantasía debe haber sido ligada y luego pautada en términos de interdicción²⁷⁵. En los casos en los que el sujeto no dispone de la fantasía - de los recursos simbólicos- será él quien sufra mientras la pulsión goza a expensas suya²⁷⁶.

La pulsión ligada podrá regularse en los términos en los que se regula el deseo, encontrando modos de rodear al objeto, deslizándose en la cadena significante. En el caso de la pulsión desligada, al decir de A. Imbriano, “el tour es muy directo”.²⁷⁷

En este sentido, la pulsión desligada –pulsión de muerte- y el goce están íntimamente unidos entre sí, lo cual remite a la idea expuesta en este trabajo respecto de

²⁷⁴ Cuando lo pulsional desborda el sujeto (Yo) cae y se produce el pasaje al acto –o al cuerpo-. En este sentido señala H. Heinrich que “el tema del goce y de la pulsión de muerte debe necesariamente encontrar un lugar cuando pensamos los pacientes que están en el borde de la neurosis: no es casual que estén siempre entre el acting y el pasaje al acto, a veces, entre la vida y la muerte”. **Borde<R>S de la neurosis**. Homo Sapiens Ediciones. Rosario. Argentina. Pág. 47.

²⁷⁵ Se hace referencia particularmente a la interdicción del autoerotismo que tendría como efecto la pérdida de goce en su articulación con la pulsión y que podría ser recuperado posteriormente bajo los modos de la articulación con el deseo. Al respecto, D. Rabinovich señala que el autoerotismo puede pensarse como lo opuesto al intercambio, como lo que Lacan llamó un goce autista. Ver en su libro **Una clínica de la pulsión: las impulsiones**. Ediciones Manantial. Buenos Aires.

²⁷⁶ A. Imbriano señala que “La pulsión de muerte es muda pero se hace escuchar a través de todas las desgracias del ser (...) El goce pulsional tiende a realizarse sin rodeos, a descargarse lo máximo posible. Ubicamos aquí el mecanismo particular de los síntomas contemporáneos, que toman al sujeto en un goce irrefrenable y lo lleva a los bordes de una muerte no metafórica. Ya no se tratará de la niña “muerta de amor” sino de una niña que ha quedado muerta, ya sea por no comer o por consumir en exceso.” **La odisea del siglo XXI: efectos de la globalización**. Editorial Letra Viva. Buenos Aires. Pág. 76.

²⁷⁷ **La odisea del siglo XXI: efectos de la globalización**. Editorial Letra Viva. Buenos Aires. Pág. 109.

la posibilidad de pensar y caracterizar a las presentaciones patológicas que están en el borde de la neurosis como fenómenos de desligadura.

En el Capítulo anterior surgía la pregunta respecto de ¿cuál sería la acción terapéutica del psicoanálisis frente a estos malestares o modos de sufrimiento actual?

Se hacía referencia allí también al hecho de que desde la cultura actual no sólo se producen estas nuevas formas de malestar sino que, además, se proponen “respuestas” del orden de los objetos ofrecidos para su consumo como “quitapenas”. Hay en ello también una “banalidad del mal”, una indiferencia desubjetivante cuando el aplacamiento del malestar viene de la mano de la medicación y la proliferación de toda clase de terapias directivas funcionales al discurso del mercado, ya que se acoplan muy bien al mismo, desoyendo o acallando los enigmas del sujeto, los cuales retornan en lo real de la peor manera.

En esta carrera de desobjetivación, el avance de las neurociencias y los desarrollos de la química cerebral -con el consiguiente descubrimiento de nuevos y más específicos psicofármacos-, tienen su lugar privilegiado. De este modo, se reduce el psiquismo a lo neuronal y se confunde al Inconciente con un producto del funcionamiento cerebral y al deseo con una secreción química. A lo que se añade el problema de que las respuestas al malestar pretenden encontrarse en manuales cuyo prototipo es el DSM en el cual las estructuras subjetivas se han disuelto, se han degradado en trastornos, desórdenes y síntomas susceptibles de ser primero clasificados para ser luego tratados con psicofármacos y psicología conductista. Gran operación de limpieza dirigida a erradicar de la clínica el conjunto de las teorías de la subjetividad.

Esta reducción del psiquismo a lo neuronal remite a un paradigma que sostiene que los individuos se constituyen y funcionan al modo de la conocida criatura que en la ficción literaria –novela de Mary Shelley publicada en 1817- fue creada por el Dr. Frankenstein. La novela cuenta la historia de un joven científico que crea un ser sin alma uniendo partes de cuerpos. Para la ciencia posmoderna también el individuo está

dividido en sus funciones, lo anímico es homologado a lo mental y, a su vez, lo mental a lo neural.

Paradójicamente, en la novela de Shelley, una vez creado, el monstruo se humaniza: sufre porque lo persiguen, porque está solo, sufre por su imagen y su destino, en definitiva, sufre como consecuencia de pensarse a sí mismo. El monstruo se subjetiviza, y es así como esa criatura trágica muestra “la gran pesadilla de la razón occidental”²⁷⁸.

La pesadilla consiste, precisamente, en que se pueden erradicar de la clínica las teorías de la subjetividad pero no se puede erradicar la “subjetividad” de los individuos sin que esto implique el más alto de los costos.

En este sentido, la primacía de un modo meramente descriptivo de diagnosticar - propuesto por el discurso científico de la psicología y las neurociencias- en detrimento de la construcción de un diagnóstico explicativo que contemple la singularidad subjetiva no es ingenua ni casual.²⁷⁹ Prueba de ello es la campaña en detrimento del psicoanálisis puesta en marcha por la “industria científicista” que se pretende autosuficiente para dar respuesta al sufrimiento subjetivo, paradójicamente negándolo como tal.²⁸⁰ Por esta razón, aunque implique un rodeo, conviene detenerse a intentar algunas precisiones al respecto antes de entrar de lleno en la cuestión planteada por el interrogante sobre los modos de intervención posibles desde el psicoanálisis.

²⁷⁸ E. Roudinesco. **¿Porqué el psicoanálisis?** Editorial Paidós. Buenos Aires. Pág. 50.

²⁷⁹ Al respecto, E. Roudinesco remite este hecho a una “valorización de los procesos psicológicos de normalización en detrimento de las diferentes formas de exploración del Inconsciente”. **¿Porqué el psicoanálisis?** Editorial Paidós. Buenos Aires. Pág. 18.

²⁸⁰ Puede consultarse el reciente libro de E. Roudinesco **¿Porqué tanto odio?**, en respuesta a la difusión mediática del libro de M. Onfray **El crepúsculo de un ídolo, la fábula freudiana**, en el cual la autora se pregunta: ¿qué motivos hay detrás de las pasiones animadas a favor y en contra de la obra freudiana? La historia del odio a Freud probablemente sea el precio pagado por la puesta en crisis de categorías y paradigmas intensamente arraigados en la identidad de Occidente.

IV. b. Diagnósticos actuales y Psicoanálisis.

Tal como señalara Lacan, así como la interrogación por el ser caracterizó a la filosofía, el rechazo por las cuestiones del ser -del sujeto- caracterizan el nacimiento de la ciencia y, correlativa a ella, una nueva forma social: el mercado.

A lo largo del desarrollo de este trabajo se ha hecho referencia a la cuestión de que para el mercado no importan los sujetos, o mejor dicho, no importa la subjetividad, más aún, ésta le hace obstáculo en la medida en que el interés del mercado se dirige al consumidor²⁸¹. Del mismo modo, ocurre con el reemplazo de paradigma que se ha operado en el campo de la salud mental, en el cual los sujetos sufrientes han pasado a portar la categoría de sujeto afectado por un trastorno que debe ser “normalizado” lo más eficazmente posible pasando, además, a constituirse en cliente de la industria farmacéutica.²⁸²

Al respecto, D. Rabinovich señala que se trata de “la forclusión del sujeto que queda así reducido a un conjunto vacío que nada tiene en su interior, lo que condiciona - como siempre que hay una forclusión- que algo retorne en lo real”.²⁸³

Este retorno de lo real se opera en el sujeto y también en la cultura, tal como se vislumbra en algunos de los fenómenos sociales más extremos como lo son los

²⁸¹ Al respecto, N. Bucurú señala que: “Así como el sujeto de la Modernidad se desvanece en la globalización de la caída del Estado Nación, así también se eclipsa el sujeto con síntomas del psicoanálisis. El ser humano que padece y que quiere curarse de sus angustias, no es relevante a los ojos de este amo postmoderno que remeda al padre de la horda primitiva. (...) Por algo la palabra pánico empezó a reemplazar a la de angustia: porque lo traumático viene desde un afuera omnipotente e inapelable. No habría lugar para la angustia y menos aún para los síntomas y los conflictos.” “Clínica y técnica en el psicoanálisis actual.” En **Revista de Psicoanálisis. Asociación Psicoanalítica Argentina**. Tomo LIV. Número 3. Buenos Aires. Págs. 660-661.

²⁸² A. Imbriano señala que “esta anulación de los paisajes heterogéneos se extiende y el mercado postpanóptico se ocupa también de la semiología psicopatológica y la creación de los DSM genera individuos pensados por una clasificación que los encierra en títulos determinados y la farmacopea se encarga de anular la diferencia. (...) Establecen una larga lista de afecciones que concluyen en un listado numérico de múltiples aspectos fenoménicos que permiten vía regia de acceso a los psicofármacos producidos por los emporios farmacéuticos. No hay ingenuidad en ello.” **La odisea del siglo XXI: efectos de la globalización**. Editorial Letra Viva. Buenos Aires. Págs. 88-89.

²⁸³ **Una clínica de la pulsión: las impulsiones**. Ediciones Manantial. Buenos Aires. Pág. 81.

homicidios-masacre en institutos educativos de adolescentes o jóvenes francotiradores, dando cuenta de una profunda desubjetivación que corresponde poner en correlación, entre otras cosas, con los “criterios adaptativos” con los cuales se codifica el sufrimiento humano desde el campo de la salud y la educación²⁸⁴. La patología de estos jóvenes “pasó desapercibida” en las instituciones a las cuales pertenecían precisamente porque al poner el acento en lo funcional del sujeto, éste tiende a desaparecer como tal dado que lo que se privilegia es su desempeño. De este modo, la ausencia de la búsqueda de la causalidad psíquica del sufrimiento tiene importantes implicancias éticas.

La década de 1950 supuso una auténtica revolución en el tratamiento de las enfermedades mentales ya que en esos años se descubrió una amplia serie de medicamentos efectivos para el manejo de diversos trastornos psiquiátricos: fármacos antipsicóticos, antidepresivos y ansiolíticos.²⁸⁵ Los fármacos -que han cambiado indudablemente la práctica médica del siglo XX- no han escapado a los paradigmas de la nueva subjetividad posmoderna que el mercado impone. Uno de los mandamientos de la globalización es aumentar el consumo de los productos - cualquiera de ellos - de modo que consumir pase a ser sinónimo de existir; paradigmas de la subjetividad global

²⁸⁴ El 28 de septiembre de 2004, en Carmen de Patagones (Argentina), un joven de 15 años apodado “Junior” llegó a su escuela, dijo “Hoy va a ser un gran día” y disparó sin pausa contra sus compañeros de curso matando a tres de ellos e hiriendo a otros cinco. Un año atrás había escrito en el pizarrón: “Todos deben morir”. Los profesores y familiares lo calificaban como retraído y aislado, “un chico que ni se sentía” declaró una de sus docentes. El Director de su escuela declaró a la prensa que nunca hubieran podido imaginarlo ya que “no tenía problemas de aprendizaje”. Puede consultarse el artículo del Diario La Nación “Masacre en una escuela” del 28 de septiembre de 2004.

El 7 de noviembre de 2007 lo mismo ocurría en Finlandia, un joven de 18 años mató a ocho personas, entre ellas la directora del colegio, e hirió a más de diez. Después de una hora y media de tiroteo con la policía se disparó en la cabeza. Según la televisión finesa, esta tragedia ocurrida en un colegio del país - donde el nivel de disciplina es muy alto-, no debe sorprender a nadie. El joven era un alumno aventajado, con puntuación por encima de la media, aunque demostró en varias ocasiones sentir gran admiración por Hitler y Stalin, por los asesinos en serie y por todos aquellos capaces de organizar una matanza. Puede consultarse el artículo del Periódico ABC “Un estudiante asesina a tiros a la directora y a siete compañeros en un instituto de Finlandia” del 8 de noviembre de 2007.

El joven finlandés se habría inspirado en la masacre ocurrida el 16 de abril de 2007 en Virginia Tech, EEUU, en un instituto politécnico en el que murieron 33 personas y 29 fueron heridas. El autor, Cho Seung-hui tuvo un diagnóstico de “autismo” a la edad de 8 años. Había sido medicado con psicofármacos desde ese entonces.

²⁸⁵ El impacto de la clorpromazina, de la reserpina, y de los posteriores antipsicóticos, fue enorme. En los Estados Unidos, el número de pacientes ingresados en Instituciones, que había aumentado desde 150 mil hasta 500 mil durante la primera mitad del siglo XX, descendió hasta 200 mil en 1975. Del mismo modo, el número de instituciones psiquiátricas disminuyó en un 34% entre 1954 y 1988. Puede consultarse al respecto el artículo de S. Etchegoyen. “Psicofármacos: ¿De la Revolución terapéutica a la vida enchalecada? La Infancia amenazada.” publicado el 7 de junio en la revista digital miradaprofesional.com

que llevan no solo a nuevas formas de adicción, sino a una nueva, y aséptica forma de sumisión.

Resulta preocupante, entonces, que los avances de la psicofarmacología, al quedar puestos al servicio de la industria y el mercado, terminen generando semejante retorno del malestar forcluido.²⁸⁶

La industria farmacéutica ha avanzado aceleradamente en sus habilidades de marketing para instalar sus productos, sellando un círculo virtuoso de la cientificidad bajo la hegemonía de una recreada biologización y medicalización del sufrimiento humano.

No es de extrañar, entonces, que el psicoanálisis sea atacado en la actualidad y que se pretenda sustituirlo por tratamientos químicos. Pero como dice E. Roudinesco en el prólogo a su libro **¿Por qué el psicoanálisis?**, “estas sustancias no sabrían curar al hombre de sus sufrimientos psíquicos (...) la muerte, las pasiones, la sexualidad, la locura, el inconsciente, la relación con el otro dan forma a la subjetividad de cada uno y ninguna ciencia digna de este nombre acabará jamás con ello, afortunadamente”.²⁸⁷ En el mismo sentido se dirige la afirmación de A. Imbriano respecto de que “la existencia del Inconsciente sigue siendo todavía un antídoto contra la deshumanización”.²⁸⁸

²⁸⁶ En E.E.U.U. la mayoría de las intervenciones farmacológicas se realiza en ámbitos no psiquiátricos, el 85% de las prescripciones de psicofármacos son hechas por médicos de familia. Se relaciona el consumo de antidepresivos con el aumento de conductas suicidas entre jóvenes. La agencia estadounidense del medicamento (FDA) considera que un joven que consuma Prozac tiene un 50% más de posibilidades de incurrir en tendencias suicidas o de intentar acabar con su vida que una persona que no lo haga. Tanto en el caso del finlandés Pekka-Eric Auvinen como en los de varios de sus “inspiradores” estadounidenses, los jóvenes asesinos eran frecuentes consumidores de antidepresivos. Puede consultarse al respecto el artículo de Etchegoyen, S. “Psicofármacos: ¿De la Revolución terapéutica a la vida enchalecada? La Infancia amenazada.” publicado el 7 de junio en la revista digital **miradaprofesional.com**

²⁸⁷ Pág. 11.

²⁸⁸ **La odisea del siglo XXI: efectos de la globalización.** Editorial Letra Viva. Buenos Aires. Pág. 95.

Es por ello que en este punto es preciso preguntarse: ¿tiene algo para ofertar el psicoanálisis respecto de los modos de malestar actual? De ser así, ¿cuál puede ser su oferta?

Estas preguntas presentan una posibilidad de apertura a pensar algunas cuestiones que problematizan a los mismos psicoanalistas ya que, por un lado, pareciera haber un imperativo ligado a la demanda social de dar respuesta urgente y una consecuente convocatoria a generar las modificaciones teóricas y técnicas necesarias para acudir a responder rápidamente a esa demanda en una especie de posición solícita. Este posicionamiento está atravesado por cierto procesamiento melancólico de la tan mentada “crisis del psicoanálisis” que considera que la no satisfacción de esta demanda implicaría para esta disciplina una pérdida de terreno y aún un riesgo de desaparición.

De esta manera, no se trataría más que de la caída en una especie de trampa por la cual el psicoanálisis se volvería, paradójicamente, anti-psicoanalítico al caer en el terreno de la satisfacción inmediata de la necesidad del mercado. Sólo en la medida en que el psicoanálisis pueda emanciparse de la presión de los ideales de curación de la cultura actual podrá seguir manteniendo abierto un espacio de escucha del deseo y el padecimiento subjetivo.²⁸⁹

Por otro lado, esta necesidad de revisión de la teoría y la técnica aparece atravesada por una preocupación compartida por los psicoanalistas en pos de sostener un posicionamiento ético respecto de la necesidad –y el deseo– de seguir dando respuesta al sufrimiento humano, cuestión que el mismo Freud hizo con sus propios desarrollos, introduciendo modificaciones en sus concepciones teóricas, producto de las observaciones y descubrimientos respecto de lo que la clínica le presentaba²⁹⁰. En este

²⁸⁹ Al respecto señala A. Cabral que “no siempre nos resulta fácil (...) eludir el convite del Gran Otro de la Cultura, en el sentido de constituirnos como una variante más de los tratamientos por encargo, esto es, de aquellas curas que funcionan como una correa de transmisión de los valores e ideales de normatización de esa misma cultura que engendra el malestar que nos preocupa”. “Variaciones en la técnica analítica a la luz de las patologías actuales.” **Revista de Psicoanálisis. Asociación Psicoanalítica Argentina**. Tomo LIV. Número 3. Buenos Aires. Pág. 753.

²⁹⁰ En este sentido señala N. Goldstein que también a Freud la cultura le impuso problematizaciones teóricas y técnicas a partir de la aparición en la clínica de, por ejemplo, las neurosis traumáticas como producto de la guerra, llevándolo a la introducción del segundo dualismo pulsional en 1920, la

sentido, las preocupaciones por la técnica no son ni exclusivas del tiempo actual ni forzadas por la perentoriedad de las nuevas organizaciones del malestar sino que responden al deseo de sostener la posición analítica de escucha de la fantasmática de los sujetos sin dejar de considerar los efectos del discurso cultural sobre la constitución de los mismos.

Desde este segundo posicionamiento señalado es que se han ubicado los observables de la clínica como *expresiones del malestar en la cultura actual* para, luego, formular el interrogante -e intentar responderlo- respecto de en qué medida puede el psicoanálisis elaborar respuestas propias que permitan alojar lo que se ha considerado como no analizable –los fenómenos que se ubican en el borde de la neurosis- en pos de propiciar la constitución de demandas de análisis a partir de estas nuevas expresiones del malestar.

Es en este sentido que A. Imbriano dice que “los psicoanalistas saben que con oferta se genera demanda”, esto es, que con oferta de escucha se genera demanda de análisis. Si en la clínica de la neurosis se trata de ofrecer un espacio de escucha para que el sujeto hable, al hablar se escuche y así construya su deseo, en la clínica del borde de la neurosis “a los psicoanalistas de hoy nos cabe “hacerlos hablar” para intervenir allí donde el sufrimiento en demasía se desborda y posibilitar al sujeto un despertar”²⁹¹.

En las primeras páginas de este Capítulo, se dijo que la frecuencia con la que aparecen en la clínica las presentaciones patológicas descritas estaba vinculado, por un lado, con las variables socio-históricas y culturales de la posmodernidad, en tanto propiciadoras de cierta automatización de los actos humanos y, por otro lado, con cierto *cambio en la posición de los analistas* frente a ellas. Dicho cambio de posición se refiere a la ampliación de la escucha y al no retroceder ante los fenómenos no

concepción de la segunda tópica y otros cambios a partir de “El fetichismo” con respecto a los mecanismos defensivos incorporando conceptualizaciones respecto de la desmentida y la escisión del Yo tanto en las perversiones como en las dificultades para la elaboración del duelo. “Variaciones en la técnica analítica a la luz de las patologías actuales.” **Revista de Psicoanálisis. Asociación Psicoanalítica Argentina.** Tomo LIV. Número 3. Buenos Aires. Pág. 750.

²⁹¹ **La odisea del siglo XXI: efectos de la globalización.** Editorial Letra Viva. Buenos Aires. Pág. 129.

neuróticos, problematizándolos conceptualmente para, desde un lugar de sostén de la posición ética del analista, construir un “saber hacer” que permita no dejar caer de la clínica psicoanalítica a los sujetos que los portan. Cuestión que, como ya se señalara, el mismo Freud hizo con su teoría respecto de la clínica de su época.

La cuestión central –cuestión que atañe a la diferencia entre el primer y el segundo posicionamiento señalado respecto de las motivaciones para revisar la teoría y la práctica psicoanalíticas- radica en la ética que regula la posición de aquél que funciona como agente de la oferta, esto es, el analista en plena observancia de la ley de abstinencia.

Para que un análisis sea posible, además de un analista sostenido en dicha posición por su deseo y su ética, se requiere que del lado del paciente se configure algo del orden de la responsabilidad subjetiva respecto de su padecimiento para que éste se constituya en analizante.

En la cultura actual es indiscutible que esta responsabilidad subjetiva sufre un desdibujamiento importante. Es así como los discursos de la “cientificidad” que insisten en la biologización –y, como efecto de ello, la medicalización- del sufrimiento humano contribuyen a producir, entre otras cosas, un efecto de des-responsabilización subjetiva.

Por esta razón, las intervenciones del analista deberán apuntar a la instalación de esta posición de responsabilización por el propio padecer en los sujetos consultantes ya que solamente desde el compromiso con la propia palabra –incluso en la dimensión de lo no-sabido que implica la presencia del Inconsciente- un análisis podrá desplegarse. En caso contrario, como señala A. Cabral, “no pasará de constituirse en un juego de palabras más o menos ingenioso, pero sin consecuencias”²⁹².

²⁹² Aberastury, F.; Cabral, A.; Goldstein, N.; Greig de Custo, M. T.; Viñoly Beceiro, A. M. “Variaciones en la técnica analítica a la luz de las patologías actuales.” En **Revista de Psicoanálisis. Asociación Psicoanalítica Argentina**. Tomo LIV. Número 3. Buenos Aires. Pág. 755.

En este sentido, se hizo referencia en la Introducción de este trabajo al hecho de que las presentaciones clínicas del malestar en la actualidad –descriptas en este Capítulo- se resisten al análisis en sentido estricto, se resisten a ser interpretados en tanto no constituyen síntomas, sueños, actos fallidos y demás formaciones del Inconsciente, requiriendo otro tipo de intervenciones sobre las cuales tratará el próximo apartado.

IV. c. De la interpretación a la intervención.

En **Tyche y Automathon**, Lacan dice que el análisis está orientado hacia “el hueso de lo real” y ubica este encuentro con lo real –lo que denomina la tyche- más allá del principio de placer, refiriendo que dicha cuestión hace su aparición en la obra freudiana bajo la forma del trauma. Allí mismo dirá que la tarea del analista será la de “detectar el lugar de lo real, que va del trauma al fantasma, en tanto que el fantasma nunca es sino la pantalla que disimula algo absolutamente primero, determinante en la función de la repetición”.²⁹³

De este modo, da cuenta de la primariedad de la pulsión de muerte ya que la expresión de que lo real “va del trauma al fantasma” implica que aquello inscripto en el psiquismo como pulsión desligada ha seguido los caminos de la fantasmaticización –ligadura. Desde esta perspectiva, el análisis irá al “hueso de lo real” en tanto éste se encuentre recubierto fantasmáticamente. No cabe duda de que se refiere allí al análisis de la neurosis, en cuyo caso la operación a realizar es de índole fundamentalmente interpretativa.²⁹⁴

²⁹³ **Seminario 11. Cuatro conceptos fundamentales del psicoanálisis.** Editorial Paidós. Buenos Aires. Pág. 68.

²⁹⁴ Cabe aclarar que cuando se hace referencia a una operación interpretativa se alude a lo que el mismo Lacan designó como la función de la interpretación con la expresión de que ésta debe “hacer olas”, en el sentido de desanudar cierta significación de los significantes del sujeto en pos de que otra sea posible. De ninguna manera se hace referencia a la interpretación como interpretación hermenéutica en el sentido de una supuesta traducción de los contenidos del Inconsciente.

En los fenómenos de desligadura –actuaciones, impulsiones, episodios psicossomáticos- este recubrimiento fantasmático está ausente. Precisamente, lo que se ha desarrollado en este trabajo respecto de la metapsicología de estos fenómenos da cuenta de la posibilidad de ubicarlos como producto de fallas en los procesos de ligadura en los tiempos precusores de la constitución yoica²⁹⁵ que, a su vez, serán condición de la posibilidad de llevar a cabo las renunciaciones pulsionales que darán lugar a la constitución y plena operancia de la represión originaria que funda al Inconsciente.

En este sentido, es interesante retomar la expresión freudiana que, al describir el juego del carretel, restaba importancia al hecho de que éste hubiese sido inventado por el propio niño o apropiado a raíz de una *incitación externa*, esto es, introducido por otro, ya que remite a una cuestión central en la posibilidad de tramitación psíquica que es precisamente la función del Otro instituyente que, como se dijo con anterioridad, codifica lo que al niño le sucede, dando cuenta de lo que se ha denominado función narcisizante materna.

Volviendo al texto de Freud del cual parten estas reflexiones, es importante tomar en consideración que éste hace referencia a que cuando el niño arrojaba los juguetes “profería con expresión de interés y satisfacción, un fuerte y prolongado “o-o-o-o-o”, que, *según el juicio coincidente de la madre y de este observador*, no era una interjección, sino que significaba *fort* (se fue)”.²⁹⁶

Es el juicio del Otro –la madre, en los primeros tiempos de vida, que interpreta lo que el niño ha dicho y le supone una significación respecto de lo que vivencia- el elemento fundamental que debe añadirse al tiempo de la pérdida y la renuncia para que

²⁹⁵ Es preciso aquí recordar lo planteado por S. Bleichmar cuando dice que el yo no se constituye en el vacío sino sobre la base de ligazones previas entre sistemas de representaciones, ligazones que consisten, de inicio, en investiduras colaterales que constituyen el entramado de base para que las identificaciones no caigan en el vacío: “El famoso *acto único* que propicia el pasaje del autoerotismo al narcisismo, no puede ser concebido sino como momento de salto estructural cuyos prerequisites están en funcionamiento desde los cuidados tempranos que la madre prodiga, de las ligazones que ella propicia”. **La fundación de lo inconsciente**. Amorrortu Ediciones. Buenos Aires. Pág. 46.

²⁹⁶ **Más allá del principio de placer**. Obras Completas. Vol XVIII. Amorrortu Ediciones. Buenos Aires. Pág. 14. Lo resaltado en cursiva corresponde a la autora.

la elaboración psíquica de lo traumático se efectúe y se constituya allí un auténtico forta en el sentido de una repetición que conlleve procesamiento y ligadura, una verdadera operación simbolizante. De lo contrario, o sea si este juicio del Otro está ausente, la repetición podrá producirse en el vacío, incesantemente, como intento de ligadura pero siempre fallido²⁹⁷.

Al mismo tiempo, así como se señala la necesidad del juicio de la madre, hay una cuestión interesante, además, en la observación freudiana respecto de que el juego del carretel ha sido inventado por el niño y no introducido por otro, en tanto se refiere al hecho de que el psiquismo metaboliza²⁹⁸ con sus propios elementos aquello que vivencia pasivamente. Aquí cobra pleno sentido lo desarrollado por J. Laplanche respecto de que desde el discurso de la madre hasta el Inconsciente en vías de constitución del niño hay un camino de descualificación y recomposición²⁹⁹.

²⁹⁷ Es notable –y preocupante– cómo se han difundido en las últimas décadas verdaderas etiquetas diagnósticas que dan cuenta de este tipo de malestar en la infancia, bajo el nombre de “Trastorno por déficit de atención con hiperactividad (TDAH)”, “Trastorno Generalizado del Desarrollo (TGD)”, “Trastorno Oposicionista Desafiante (TOD)”, entre otros de “supuestas bases neurobiológicas y un fuerte componente genético”, por supuesto, improbables. Este modo de diagnosticar, en el que se pasa de una descripción de síntomas a determinar una patología, DSM IV mediante, tiene un elemento central: desmiente la historia del niño y los efectos de la presencia/ausencia del otro en la complejidad de los procesos de constitución del psiquismo. En este sentido, tiene efectos iatrogénicos en tanto anula la función del otro de codificación de los mensajes generadores de las primeras formas de intercambio que constituyen al sujeto humano como tal. Pueden consultarse al respecto los artículos de S. Bleichmar “Cuando hablas está menos oscuro” publicado en el diario Pág. 12 el 23 de agosto de 2007 y “Caza de brujas en la infancia” publicado en el diario Clarín el 30 de marzo de 2000, así como los libros de L. Benasayag **ADDH. Niños con déficit de atención e hiperactividad. ¿Una patología de mercado?**, de B. Janín **El sufrimiento psíquico en los niños**, de L. Wettengel, G. Untoiglich, G. Szyber **Patologías actuales en la infancia**, y de J. Vasen **La atención que no se presta: el “mal” llamado ADD y Una nueva epidemia de nombres improprios**.

²⁹⁸ Con el uso de este término se hace referencia al concepto de *metábola* propuesto por J. Laplanche para dar cuenta del procesamiento psíquico que implica asociaciones tanto metafóricas como metonímicas. Al respecto dice: “Vuelvo ahora a esta sustitución que llamo metábola para incluir allí a la vez la metáfora y la metonimia (...) hay, generalmente, conjunción de diferentes ligazones, la ligazón por contigüidad o la ligazón por semejanza jamás se encuentran totalmente solas”. **Problemáticas IV. El inconciente y el ello**. Amorrortu Ediciones. Buenos Aires. Págs. 138-139.

²⁹⁹ Es autor señala que: “(...) Entre el comportamiento significativo, cargado de sexualidad, entre este comportamiento discurso-deseo de la madre y la representación inconsciente del sujeto, no hay continuidad ni tampoco pura y simple interiorización (...) El inconsciente no es el discurso-deseo del otro, es el resultado de un metabolismo extraño que, como todo metabolismo, lleva consigo descomposición y recomposición”. **Problemáticas IV. El inconciente y el ello**. Amorrortu Ediciones. Buenos Aires. Pág. 130.

El juicio de la madre al cual alude Freud implica, entonces, que ésta reconoce que el niño ha dicho allí algo nuevo que ella no le enseñó pero convalidándolo, a su vez, como algo del orden del registro de lo compartido y, en tanto tal, legible, interpretable, plausible de significación.

Salvando las distancias, en un análisis el sujeto también habla –o actúa- a la espera de que el Otro –analista- escuche, entienda e interprete. En los pacientes que se ubican en el borde de la neurosis, el juicio del otro cobra una significación especial en tanto es algo que no ha estado presente –o lo ha estado de manera fallida- en la historia constitutiva del sujeto, lo cual justifica, por otro lado, la dificultad de estos pacientes para establecer una transferencia que posibilite el trabajo analítico.

En este sentido H. Heinrich habla de la necesidad de que se instale “la confianza en el significante” en los tratamientos de estos sujetos en los que puede pesquisar en su historia una “madre sorda” a los requerimientos libidinales, que ha desfallecido en la función narcisizante –conjuntadora de lo pulsional- que le compete. Para que la transferencia se instale es preciso que el analista se posicione activamente como siendo “no sordo”³⁰⁰.

Si lo desligado opera en el psiquismo al modo de lo traumático no tendrá posibilidad de caer bajo los efectos de la represión, es decir que no podrá retornar como formación del Inconsciente, su destino será el retorno insistente bajo otros modos: el de los fenómenos de desligadura.

Es por ello que en este trabajo se ha planteado que las actuaciones y compulsiones, así como los fenómenos psicossomáticos, algunas adicciones, anorexias y bulimias, no sólo revelarían fracasos en la ligadura de lo pulsional sino que constituirían, a su vez, diferentes maneras de intentar efectuar esa ligadura.

³⁰⁰ **Borde<R>S de la neurosis.** Homo Sapiens Ediciones. Rosario. Argentina. Pág. 38.

Respecto de esta cuestión, vale la pena aclarar que aún cuando la energía pulsional se liga, nunca es en su totalidad, permaneciendo siempre un resto que impulsará a la compulsión de repetición. En este sentido, Freud diferencia una compulsión de repetición en relación a lo que ha sido ligado a un deseo, que ha encontrado una fantasía que lo recubre –como en el caso de la transferencia- de otra compulsión a la repetición como puro intento de ligar lo pulsional.³⁰¹

Si el Otro de los orígenes no ha instaurado la dimensión de la escucha que convalida la repetición como intento de significación, difícilmente pueda constituirse una demanda de análisis dirigida a un Sujeto Supuesto Saber. De este modo, la tarea requerirá singulares modos de intervención en pos de que el malestar emergente tome la dirección del síntoma. Esto implica que algo, que en un primer tiempo es sólo signo³⁰² del modo en que lo traumático se hace presente como mera reproducción en acción –escena jugada en el marco de lo real-, se constituya en síntoma.

Una de las cuestiones esenciales de todo proceso analítico tiene que ver con identificar la demanda y posicionarse ante ella. En los pacientes con predominio de fenómenos de desligadura las demandas no suelen ser de análisis sino que toman, más bien, la forma de la urgencia. Lo desligado insiste intentando la descarga de la tensión sin demora –o con la menor demora posible- y esto no escapa a las formas que adquieren las demandas de tratamiento, ya sea que las efectúe el mismo sujeto que padece los efectos de la desligadura o que sean más del tipo de “tratamientos por encargo”, como ocurre en el caso de niños, adolescentes o pacientes graves.

La demanda no es de interpretación sino que, por lo general, es una demanda masiva, ya sea que se trate de la demanda de ayuda que puede dar inicio a un tratamiento como cuando se trata de las “demandas” que aparecen en el curso del

³⁰¹ Dicha distinción puede consultarse en S. Freud. **Más allá del principio de placer**. Obras Completas. Vol XVIII. Amorrortu Ediciones. Buenos Aires.

³⁰² Al respecto de lo que se entiende como “signo” en la clínica psicoanalítica y el modo de abordar su trabajo en el espacio analítico puede consultarse el trabajo de C. Schenquerman “Freud y la cuestión del paradigma indiciario”. **Revista Internacional de Psicoanálisis Aperturas Psicoanalíticas** N° 2. Julio. 1999. Madrid.

mismo. Esto reviste una cuestión de suma importancia ya que tiene que ver con algo que el analista debe poder alojar. No se trata de rechazar de plano este tipo de demanda sino de poder ubicarse allí en la posición ética pertinente. Ante los desfallecimientos del sujeto se requiere que el analista pueda posicionarse respondiendo como ante una emergencia, más allá de las formalidades, en tanto sabe que no hay espera posible dado que la estructura psíquica no cuenta con los recursos para soportarla.

Para esclarecer mejor este posicionamiento éticamente activo, facilitador de la instalación de la transferencia, se relatarán a continuación dos breves viñetas clínicas.

Una paciente adulta llega a la consulta porque su hija la trae. Consume mucho alcohol y “pastillas para dormir”. No parece comprometida ni angustiada con lo que le pasa, sólo le preocupa “no pasarse de vuelta”. Cuenta una serie de hechos que para cualquiera resultarían dolorosos, sin expresar el menor afecto, como quien enumera un listado: su analista anterior murió en un accidente hace unos dos años, enviudó hace nueve años, su relación con sus hijas es un desastre puesto que ellas quieren que deje de tomar sustancias y a causa de eso pelean todo el tiempo aunque ya no viven con ella. Nada de esto parece preocuparla, inquietarla o dolerle. Ella sólo quiere dejar de tomar porque “le dicen que algún día se le va a ir la mano”. En su discurso aparece la queja reiterada, pero sin angustia.

El trabajo que se intenta con esta paciente tiende a que ella se implique en lo que le pasa, que pueda significar qué afectos le provocan estas cosas que relata, ya que habla como si le pasaran a otro. Las intervenciones apuntan a esto en entrevistas que durante un largo período se llevan a cabo cara a cara. Muchas veces falta a sesión, ante lo cual la analista la llama por teléfono y entonces la paciente acude aludiendo: “el llamado me despertó, sino no vengo porque sigo en la cama, durmiendo”.

Es de esta manera dificultosa que se va instalando un lazo transferencial, a fuerza de que la paciente puede constatar en lo real que la analista la está esperando. Un día empieza a hablar de su historia –de la cual, generalmente, eludía cualquier mención-

y dice: “nunca le conté que mi madre era esquizofrénica”. Y a continuación, un recuerdo: “ella se quedaba horas y horas mirando la nada, como perdida (...) y yo, cada tanto, le tomaba el rostro y lo giraba hacia el mío (...) creo que buscaba que me mirara”. Mientras relata esto aparece, por primera vez, la angustia. A partir de allí comienza la posibilidad de historizar y armar un entramado simbólico-representacional respecto de sus vivencias de abandono y descuido.

Algo similar ocurre con otro paciente, un joven de veintidós años que consulta porque sufre estados que oscilan entre el desgano absoluto y “la desesperación por hacer algo”, como una excitación que no puede parar³⁰³. Al avanzar la entrevista dice que eso lo ha sentido siempre, toda su vida, y es un sentimiento que lo ha llevado a querer matarse tres veces. Dice: “no encuentro nada que me estimule, antes al menos me gustaba correr en moto pero en mi pueblo terminábamos en la policía (...) no te dije, pero esta es la tercera vez que vengo a una psicóloga, cambio de psicóloga a ver qué pasa”. Su madre es depresiva “desde siempre”. Él es el quinto hijo, el lapso promedio de tiempo entre el nacimiento de cada hermano es de dieciséis o dieciocho meses.

Asiste a las primeras entrevistas vestido siempre con la misma camiseta, es negra y en letras grandes y rojas dice “LUZBELITO”³⁰⁴. La analista le pide que hable de eso y responde cantando: “...Luzbelito sabe que su destino es de soledad...”. Poco a

³⁰³ H. Heinrich señala que hay sujetos que no soportan la falta de estímulos, sujetos para quienes el aburrimiento toma la forma dramática del vacío más absoluto. Y recuerda lo planteado por D. W. Winnicott respecto de la capacidad para estar solo, en tanto este autor diferencia el juego placentero de los niños de esos otros estados de excitación compulsiva donde gritos, golpes, aceleración, alcanzan niveles tales que se requiere la intervención de un adulto que pare y frene la acción, ya que el niño, solo, no puede. Y dice la autora: “De aquí podemos extraer una doble consecuencia para la dirección de la cura: por un lado, nos permite abstenernos de interpretar tontamente algunas acciones, accidentes, atropellos, incluso frases que no son más que un efecto dominó de esa aceleración alocada; y también nos confronta con la necesidad de encontrar, en transferencia, la intervención pertinente para que nuestro paciente pueda frenar y dejar de hacerse daño.” “Melancolías”. **Revista Docta. Asociación Psicoanalítica de Córdoba.** Año 7. Número 5. Córdoba. Argentina. Pág. 90

³⁰⁴ Luzbelito es el nombre de un álbum del grupo de rock argentino Patricio Rey y sus Redonditos de Ricota. Es una de sus más polémicas obras ya que consiste en un disco conceptual que, a través de la idea de un ficticio hijo del demonio llamado Luzbelito, juega con las ambigüedades de las creencias y comportamientos humanos desde distintos puntos de vista. Musicalmente, el álbum cuenta con una atmósfera sombría y opresiva. La letra de la canción, que lleva el mismo nombre que el álbum, reza: “Luzbelito sabe que su destino es de soledad, ve también que los demás se dan cuentan de la risa que le da, Ay! Ay! Ay! que risa le da!”

poco es posible ir entablando un diálogo acerca de las letras de las canciones que lo identifican, para desde ahí poder hablar de otras cosas de su vida, muy dolorosas por cierto. Esto hace que a veces no vaya a sesión y al igual que la paciente anterior, sea llamado por la analista.

En una sesión, posterior a una de sus ausencias en las cuales la analista le envía un mensaje de texto a su teléfono móvil, lleva un cuaderno y dice: “Acá escribo mis cosas, algunas veces escribo cuando vuelvo borracho del boliche³⁰⁵ y me rechazó alguna chica. Esto lo escribí el día que falté cuando me desperté y recibí tu mensaje. *Soy un irresponsable, sobre que estoy hecho mierda falté a la psicóloga. Me quiero morir con locura. Todo es culpa de ustedes. Ojalá nunca tenga un hijo para que no me deteste como yo los detesto. ¿Qué les hice yo para que me criaran como un huérfano?*”

Luego continúa diciendo: “Después, volví a leer tu mensaje³⁰⁶ y escribí *¿Cómo hago para liberarme de mis pensamientos, salir de mi mente? Mi cabeza es como un cuarto de dos por dos, llena de cosas horribles en las paredes. Sólo quiero tranquilidad, un poco de paz, encontrar una puerta y salir un rato así puedo tener ganas de vivir*”.

La “posibilidad de la transferencia” depende de que un Otro, en tiempos instituyentes, haya ofrecido un lugar que acogiera al sujeto, que éste haya ocupado un lugar en el deseo de alguien. Ser amparado por el Otro es la posibilidad que se le ofrece al sujeto de obtener una respuesta afirmativa a la pregunta fundante que dirige al Otro: ¿Puedes perderme? ¿Notarías mi ausencia?

³⁰⁵ Expresión que se utiliza en Argentina para designar el lugar al que los jóvenes asisten a bailar.

³⁰⁶ El mensaje enviado por la analista no se limitaba a preguntar porqué el paciente no había ido a sesión o sólo hacerle saber que lo estaba esperando. Había sido enviado a los diez minutos de tardanza respecto del horario de inicio de la sesión y decía: “Entiendo que quizás no te sea fácil salir de donde estás y llegar hasta aquí. Te espero.” En ese sentido, tenía la intención de operar como una intervención que intentaba dar cuenta de que la analista podía suponer lo que estaba sintiendo, que lo estaba pensando, que él tenía existencia en la cabeza del Otro.

En este sentido, si bien la transferencia al analista puede no estar posibilitada en la estructura del paciente –como en el caso de la primer paciente mencionada- también puede aparecer de inicio, pero no por la vía del amor sino de la pasión: con expresiones de ofensas, reproches, demandas a todo o nada, a cualquier hora del día y de la noche, a matar o morir. Transferencia difícil de soportar, a la vez que se convierte en la única oportunidad de modificación de la economía psíquica, ya que sólo bajo transferencia podrá introducirse una falta que entreabra la posibilidad de soportar una despedida que anuncie un reencuentro, una frustración que no sea devastación, una separación que no sea desaparición, un encuentro que no será total sino fallido: ausencia en la presencia y presencia en la ausencia, es decir, un “fort” que incluya un “da” y un “da” que incluya un “fort”³⁰⁷.

Si el ser amparado en los tiempos originarios está en los fundamentos de la posibilidad de transferencia entonces es posible afirmar que el acting-out, en cambio, aparece como respuesta al desamparo, en tanto que el sujeto no se resigna a no ser escuchado por un Otro. Por el contrario, mediante las diversas formaciones al estilo de las actuaciones, mostrará sobre lo real de la escena lo que el Otro no puede ni ha podido escuchar. Al modo de una huelga de hambre –cuestión que se ha planteado para la

³⁰⁷ En el libro **El Principito**, de A. de Saint-Exupéry, se hallan algunos pasajes que ilustran el deseo de pertenecer, a la vez que la posibilidad de perder. El zorro le pide al niño: domesticame. Éste le pregunta ¿qué es domesticar? Y el animal responde que domesticar es crear lazos: “Por ahora no eres para mí más que un niño similar a cien mil niños. Y yo no te necesito. Y tú tampoco me necesitas. Yo no soy para ti más que un zorro similar a cien mil zorros. Pero si me domesticas, nos necesitaremos mutuamente. Tú serás para mí único en el mundo. Yo seré para ti único en el mundo. (...) Mi vida es monótona, dijo el zorro, pero si tú me domesticas, mi vida se llenará de sol. Y además, ¡mira! ¿Ves allá los campos de trigo? Yo no como pan. Los campos de trigo no me recuerdan nada. ¡Y eso es triste! Pero tú tienes cabellos dorados. ¡Entonces será maravilloso cuando me hayas domesticado! El trigo, que es dorado, me hará acordar a ti. Y yo amaré el ruido del viento en el trigo.

-¿Y qué hay que hacer? dijo el Principito.

-Hay que ser muy paciente, respondió el zorro. Te sentarás primero un poco lejos de mí, así, en la hierba. Yo te miraré de reojo y tú no dirás nada. El lenguaje es fuente de malentendidos. Pero, cada día, podrás sentarte un poco más cerca. (...)

Así fue que el Principito domesticó al zorro. Y cuando se acercó la hora de la despedida:

- Ah! dijo el zorro... voy a llorar.

- Es tu culpa, dijo el principito, no quería hacerte daño, pero tú querías que te domestique...

- Por supuesto, dijo el zorro.

- ¡Pero vas a llorar! dijo el Principito.

- Por supuesto, dijo el zorro.

- Entonces, ¡no ganas nada!

- Claro que gano, dijo el zorro, por el color del trigo.”

anorexia, aunque metafóricamente puede traspolarse a otras formas de presentación del malestar- forzará al Otro a hacerse cargo de sus reclamos.

De esta manera, alguna falla o accidente en esta posibilidad hace que un sujeto quede empobrecido y sin recursos para velar lo real y entonces “la cabeza es como un cuarto con cosas horribles colgadas en las paredes”. No es posible enfrentarse a lo real sin un velo simbólico que le haga de pantalla. Si esto no está, el sujeto se encuentra psíquicamente desnudo.

Como puede verse, no se trata aún de interpretaciones sino de otro tipo de intervenciones que permitan la entrada en el dispositivo analítico. Éstas parecen ir a contrapelo de lo que las teorías sobre cierta técnica³⁰⁸ indicarían respecto de, por ejemplo, no satisfacer la demanda del paciente y atender cuidadosamente a las reglas del encuadre respecto de la duración y frecuencia de las sesiones.

Al respecto es preciso recordar que, como señala J. Milmaniene: “(...) No existe una técnica psicoanalítica al modo positivista, sino prescripciones negativas –lo que no se debe hacer- y las coordenadas genéricas de un dispositivo que regula el encuentro de dos sujetos (...) el de un analista que debe hallarse en estado de atención flotante y sostener sin claudicar su deseo y un paciente que demanda razones de su sufrimiento a alguien al que le supone un Saber”.³⁰⁹

Pero ocurre que estos pacientes parecen buscar una y otra vez –pura repetición de su historia- la confirmación de que no tienen un lugar en el Otro. Esto opera como un designio funesto que puede ser confirmado por el analista cuando desde algunas

³⁰⁸ Es necesario recordar que el mismo Freud no se mostró demasiado entusiasta respecto de dar un gran número de indicaciones y prescripciones técnicas, dedicó muy pocos escritos al tema y recién en 1913, en **Sobre la Iniciación del Tratamiento** apuntó que el trabajo analítico es artesanal, depende de la singularidad del analista y se aprende, solamente, a partir del propio análisis y la propia práctica. Otro elemento a destacar al respecto es que las grandes modificaciones teóricas que introdujo en su obra, por ejemplo las de 1920, se vieron sólo parcialmente reflejadas en modificaciones técnicas.

³⁰⁹ **La función paterna**. Editorial Biblos. Buenos Aires. Pág. 101.

teorizaciones se decreta que un sujeto es inanalizable por no disponer de esta posibilidad de transferencia.

Un psicoanalista debería poder ingeniárselas para “amparar” a un sujeto, aún cuando haya sido desamparado por el Otro y un buen punto de partida, tal vez, sea la función deseo del analista, concretamente, la puesta en juego del deseo del analista en lo real de la transferencia.

De esta manera, la posibilidad de análisis dependerá, precisamente, de la presencia del analista y su capacidad de sostener al paciente sin claudicar³¹⁰. Se trata de un tiempo anterior al análisis propiamente dicho, un tiempo de ingreso en el dispositivo³¹¹ durante el cual estas intervenciones del analista están justificadas por la estructura psíquica del paciente ya que ante la vivencia de pérdida aparece la caída del sujeto y en algunos casos, como se ha visto, aparece con ella la muerte³¹².

El intento de simbolización de una pérdida actual se encuentra con las fallas de los tiempos constitutivos, de modo que cada nueva pérdida demandará una palabra del

³¹⁰ A propósito de esto, M. L. Pelento describe en su artículo “Duelo y trastornos psicósomáticos. La niña de la pregunta sobre los OVNI” el trabajo analítico con una niña cuyos padres habían sido secuestrados y desaparecidos por la dictadura militar en Argentina. Ilustra con una cita de W. Benjamin la posibilidad de producir transferencia en esta niñita a partir del sostén de su presencia. Dice la autora: “La descripción enternecedora que hace Benjamin sobre el niño que anda en calesita (carrousell) me ayudó a entender algunos elementos de lo que ocurría en la transferencia con Inés (...) La cita en cuestión es la siguiente: *El tablado con sus complacientes animales gira a poca distancia del suelo. Es la altura que mejor nos permite soñar que volamos. Se inicia la música y el niño se aleja a sacudones de la madre. Primero tiene miedo de separarse de ella, pero después se percata de su propia fidelidad... Cuando la música se hace más lenta, el espacio empieza a tartamudear y los árboles tratan de recordar. La calesita se convierte en terreno inseguro y surge la madre, el poste muchas veces chocado en el cual el niño, al aterrizar, arrolla la cuerda de su mirada.* Entendí que Inés necesitaba confirmar mi presencia para arrollar a ella la cuerda de su mirada.” En L. Hornstein, L y otros. **Cuerpo, historia, interpretación.** Editorial Paidós. Buenos Aires. Pág. 181

³¹¹ Al respecto, H. Heinrich señala que “si bien la interpretación es posible, no necesariamente es eficaz en estos estados; antes bien, pareciera que se requeriría una maniobra, una intervención en lo real que propicie el reingreso al terreno de la represión-retorno de lo reprimido, que permita al caballo salvaje empezar a dar vueltas por el picadero”. **Borde<R>S de la neurosis.** Homo Sapiens Ediciones. Rosario. Argentina. Pág. 117.

³¹² El joven paciente que se menciona con anterioridad había estado, efectivamente, en riesgo de morir tres veces, entre los catorce y los dieciocho años. No se trataba de intentos “premeditados” de quitarse la vida, sino que los describía como momentos en los que no le importaba qué sucediera con él, lo único que necesitaba era “descargarse”. Se trataba de episodios que desembocaban en “accidentes” –con la moto, con el consumo de sustancias- en los que, dada su gravedad, podría haber perdido la vida.

Otro en el transcurso del proceso que lleva al análisis. Por esta razón, un posicionamiento que pudiera ser adecuado en una situación propia de una estructura neurótica sería, por el contrario, incluso iatrogénico en las situaciones en las que el sujeto queda al borde de la neurosis, en riesgo de caída.

Por otra parte, estas intervenciones tampoco implican la pérdida de la necesaria abstinencia del analista. En su definición del término, R. Chemama señala que éste es un “principio según el cual el trabajo de la cura no puede ser llevado a buen término a menos que excluya todo aquello que pudiera paliar en lo inmediato las dificultades neuróticas del sujeto, especialmente las que pudiera encontrar en respuesta al amor de transferencia”.³¹³ Por un lado, en estos pacientes no se trata ni de dificultades neuróticas ni de amor de transferencia y, por otro lado, de lo que sí se trata es de no repetir –del lado del analista, esta vez- el silencio del Otro que se refleja en el mutismo y el predominio de la acción de estos sujetos.

En este sentido, se hace necesario recuperar cierta dimensión artesanal del trabajo psicoanalítico ya que este tipo de situaciones clínicas –cuando se trata de contribuir a la instalación de la transferencia- requieren de algo del orden de la respuesta del analista que va más allá de la interpretación. Se trata de un conjunto más bien heterogéneo de intervenciones que suponen una gama de actos analíticos que tendrán una eficacia reconocida a posteriori.³¹⁴

Esta dimensión artesanal está en estricta correlación con la idea planteada en este trabajo respecto de la necesidad de no encasillar estas presentaciones del malestar en una estructura psicopatológica predefinida. Por esta razón se han conceptualizado los

³¹³ **Diccionario del psicoanálisis.** Amorrortu Ediciones. Buenos Aires. Pág. 2.

³¹⁴ Se trata de “emplear los fundamentos del psicoanálisis para un abordaje de situaciones clínicas que permitan no retroceder allí donde la transferencia al saber del analista no se instala como en las neurosis por eso llamadas de transferencia”. Aberastury, F.; Cabral, A.; Goldstein, N.; Greig de Custo, M. T.; Viñoly Beceiro, A. M. “Variaciones en la técnica analítica a la luz de las patologías actuales.” En **Revista de Psicoanálisis. Asociación Psicoanalítica Argentina.** Tomo LIV. Número 3. Buenos Aires. Pág. 769.

fenómenos de desligadura como constelaciones sintomáticas que pueden ubicarse en distintas estructuras básicas³¹⁵.

Pero, además, porque no es posible una respuesta universal ya que, como señala A. Imbriano: “el Psicoanálisis, si puede decir algo, es uno por uno ya que cada sujeto es uno con su sufrimiento en particular”³¹⁶. En la práctica clínica el dispositivo analítico excede al encuadre ya que la generalidad de este último debe remitir a la particularidad del sujeto singular.

Lo que define a la experiencia psicoanalítica no son las reglas del setting que regula tiempo, dinero y espacio, por el contrario, éste es el aspecto con mayor variabilidad. En este sentido señalan M. C. Rojas y S. Sternbach que: “es posible estructurar encuadres diversos, adecuados a la peculiaridad psicopatológica de cada situación y, a la vez, al contexto en el cual la intervención psicoanalítica se despliega – ámbito hospitalario, por ejemplo- de modo que el setting deviene una operación creativa del analista”³¹⁷.

De esta manera, las modificaciones al encuadre clásico –el que se admite para el análisis de la neurosis de transferencia- están sustentadas metapsicológicamente y no alteran lo esencial del encuadre en tanto se sostenga la posición ética del analista³¹⁸.

³¹⁵ Tal como señala N. Bucuré: “El predominio de la acción indudablemente ha modificado el motivo de consulta y ha envilecido la demanda. Pero esto no nos debería sorprender demasiado, pues la demanda siempre ha sido más o menos espúrea y, menos todavía, hacernos pensar que las estructuras psicopatológicas básicas hayan caducado. Es decir, aquellos cuadros clínicos llamados neurosis, perversiones y psicosis siguen, sin duda, en vigencia y son los que nos ayudan a comprender y tratar a los pacientes “actuales”. La diferencia estriba en que se han producido corrimientos y superposiciones en detrimento de las neurosis; sobre su campo han avanzado, en mayor medida, las perversiones y, en menor medida, las psicosis. La represión neurótica generadora de los conflictos y síntomas del hombre moderno ha sido avasallada por la omnipotencia y la certidumbre fetichista del hombre postmoderno, reduciendo las posibilidades de reflexión y elaboración.” “Clínica y técnica en el psicoanálisis actual.” En **Revista de Psicoanálisis. Asociación Psicoanalítica Argentina**. Tomo LIV. Número 3. Buenos Aires. Pág. 661.

³¹⁶ **La odisea del siglo XXI: efectos de la globalización**. Editorial Letra Viva. Buenos Aires. Pág. 125.

³¹⁷ **Entre dos siglos. Una lectura psicoanalítica de la posmodernidad**. Lugar Editorial. Buenos Aires. Pág. 166.

³¹⁸ Como señala M. Viñar: “Se trata de acoger y entender lo que se pueda de la propuesta tal como viene para ir acompañando en el diálogo un código compartible y reformulando un lenguaje que suele ser evacuativo –o de acción y descarga- para pasar a uno reflexivo que permita trabajar. (...) Es la actitud y disposición del analista el pivot que vertebra el encuadre, las reglas del dispositivo son medidas

Entre las modificaciones que se imponen una de las más importantes es la del trabajo cara a cara que proporciona un sostén necesario de la mirada del Otro³¹⁹. En estos casos, la mirada del analista constituye un sostén libidinal y narcisista con efectos de intervención fundante. Del mismo modo, las modificaciones introducidas en la frecuencia y duración de las sesiones encuentran su fundamento en el sostén de los ritmos vinculados a las necesidades más primarias, especialmente en sujetos que presentan fenómenos psicósomáticos así como diversas y repetidas actuaciones.

En este sentido, la compulsión a la repetición vinculada a la pulsión de muerte que aparece bajo las diversas formas que presentan los fenómenos de desligadura, demandan del analista un trabajo de ligadura, de investidura, que debe montarse sobre la estructura de un tejido psíquico con huellas coaguladas que carecen de sentido. Se trataría de romper con la circularidad de la repetición para lograr incluir al paciente, a su funcionamiento psíquico, en la temporalidad del devenir con posibilidades de cambio, de transformación, cuestión que sólo será posible mediante la apuesta libidinal, de investidura, por parte del analista.

Respecto de las intervenciones conviene recordar que, al no tratarse de fenómenos secundariamente reprimidos, su estatuto psíquico puede ser del orden de lo manifiesto sin por ello ser conciente, en el sentido de que haya allí, en la estructura, un sujeto con posibilidades de apropiárselos, de modo tal que la interpretación resulta absolutamente ineficaz.

Se requerirán, entonces, otro tipo de intervenciones que S. Bleichmar ha llamado “simbolizaciones de transición”. Dice la autora, que se trata de intervenciones que: “(...) Sirven como puente simbólico en aquellas zonas del psiquismo en las cuales el vacío de ligazones psíquicas deja al sujeto librado a la angustia intensa o a la

accesorias para favorecer la emergencia de un diálogo analítico. No se puede trocar el fondo por la forma.” Sobre encuadre y proceso analítico en la actualidad. **Revista Uruguaya de Psicoanálisis**. Nº 96. Montevideo. Pág. 32

³¹⁹ Esta indicación técnica está justificada por los desarrollos teóricos respecto del papel de la mirada en la constitución del Yo, tales como el estadio del espejo en Lacan o las referencias al rostro materno como espejo de Winnicott.

compulsión. Su sentido es posibilitar un nexo para la captura de los restos de lo real inscripto que insiste sin ligadura. Antes de interpretarlo hay que reconocerlo como resto de lo real vivido, significarlo y ensamblarlo respecto del objeto originario en el marco de la relación de transferencia.”³²⁰

El análisis ya no será, entonces, un proceso lineal predeterminado desde una teoría sino que seguirá el derrotero que la vida psíquica del paciente le vaya marcando. En suma, distintos momentos constituirán un espacio analítico: lo construido con el acto y lo recuperado por la ligadura, en el marco de una frecuencia de sesiones y modalidades de intervención adecuadas a cada uno de dichos momentos.

El aparato psíquico, concebido como un sistema abierto, sufre transformaciones por las recomposiciones que cada nuevo proceso histórico-vivencial le impone. Como señala C. Schenquerman: “Si hay recomposiciones, éstas se deben a que las relaciones que activan los diversos y discretos elementos en conglomerados representacionales nuevos son posibles. Esto nos permite afirmar que el inconsciente es, a su vez, transformable, que sus contenidos, aunque indestructibles, son modificables.”³²¹

Para finalizar, es posible sintetizar lo expuesto hasta aquí señalando que: *el primer movimiento en la dirección de la cura de estos pacientes tendría dos objetivos: por un lado, establecer la “confianza en el significante”, esto es, trabajar en pos de la instalación de la transferencia*³²² *y, por otro lado, apuntaría a que los fenómenos de desligadura puedan ser transcriptos*³²³ *a otro modo de funcionamiento psíquico. De este modo, lo que queda por fuera –o más allá- del principio de placer y, por ende, de*

³²⁰ “Ampliar los límites de la interpretación en una clínica abierta a lo real”. **Revista Docta. Asociación Psicoanalítica de Córdoba.** Año 2. Número 1. Córdoba. Argentina. Pág. 74

³²¹ “El psicoanálisis más allá de las limitaciones que lo acechan.” **Revista Docta. Asociación Psicoanalítica de Córdoba.** Año 3. Número 2. Córdoba. Argentina. Pág. 188

³²² Esto implica la revalorización de la diferenciación de las entrevistas preliminares respecto de la entrada en análisis, cuestión que por otra parte, en pacientes con estas dificultades puede implicar un extenso proceso.

³²³ En el sentido que toma este término en lo planteado por Freud en la Carta 52. **Fragmentos de la correspondencia con Fliess.** Obras Completas. Vol I. Amorrortu Ediciones. Buenos Aires.

los efectos de la represión originaria, será ligado para que pueda empezar a funcionar según las formas del proceso primario e ingresar al modo de circulación que corresponde al principio de placer. Sin esta primera ligadura no es posible siquiera pensar en términos de Inconsciente ni, por ende, en términos de proceso analítico propiamente dicho.

Conclusiones

Una investigación es un proceso en el cual se despliegan momentos de apertura y de cierre. La instancia de la formulación de interrogantes produce aperturas y la de las conclusiones permite intentar un cierre parcial, en tanto obliga a detenerse a observar el recorrido realizado, a dónde se ha llegado y hacia dónde debe continuar el trabajo de búsqueda. Por esta razón, en primera instancia, se puntualizarán a modo de cierre – siempre provisional-, las ideas trabajadas.

Este trabajo de investigación ha partido de una concepción ética, una evidencia, una preocupación y una convicción, a partir de las cuales se gestaron los interrogantes que guiaron su curso.

La primera se refiere a *una concepción de la tarea clínica, que no constituye un territorio de producción teórica, ni de mera aplicación de los conceptos, sino como un espacio desde el cual se interroga a la teoría y se la “pone a trabajar”*.

La evidencia es que *la realidad histórico-social en la que se interviene hoy, ha variado suficientemente como para justificar la interrogación por la vigencia de los postulados teórico-clínicos con los que cuenta el Psicoanálisis para hacer frente a los padecimientos subjetivos contemporáneos*. Este planteo surge de sostener, que si una noción cualquiera es efecto de las condiciones donde se trabaja o interviene, al alterarse éstas, habrá consecuencias en la eficacia de dicha noción.

Esto deriva en la preocupación por la apertura de *nuevas vías para pensar la clínica a partir de revisar la teoría*, ya que la clínica de estos tiempos está atravesada por variables y paradigmas sociales, culturales e históricos muy diferentes a los de los tiempos de formulación de algunos desarrollos teóricos del psicoanálisis freudiano.

Y por último, parte de la convicción de que, a pesar de las profundas mutaciones contemporáneas, *la propuesta freudiana conserva una importante potencia transformadora para dar cuenta del malestar psíquico actual.*

Por esta razón, en el Capítulo I, se abordó la necesidad de revisar el estatuto de los fundamentos psicoanalíticos, a partir de las transformaciones de aquello que se denomina campo de la subjetividad. Dicha revisión ha sido sustentada por una epistemología de lo problemático, que fundamenta, a su vez, el enfoque histórico-estructural utilizado para ello.

Para dar cuenta de estas inquietudes, se formularon preguntas fundamentales acerca de la vigencia de la propuesta freudiana, a saber: ¿cómo hacer lugar a la transformación sin, por ello, abandonar las herramientas que permitieron pensar de una manera inédita la constitución psíquica?, ¿cómo sostener determinadas regiones teóricas cuando el terreno en el que se construyeron ha variado irremediablemente?, ¿qué se sostiene y qué se modifica de los postulados freudianos de base?, ¿es posible, con la caja de herramientas que se dispone, intervenir en el histórico-social contemporáneo? El sufrimiento actual ¿puede ser pensado con los recursos heredados?

Dichos interrogantes derivaron en la *necesidad de efectuar un cuestionamiento al determinismo que paraliza al Psicoanálisis en sus posibilidades de dar respuesta a las formas actuales de presentación del sufrimiento psíquico.* En este sentido, desde dos ejes opuestos -la determinación y el azar-, *se identificaron modelos cerrados y modelos abiertos de constitución del psiquismo en la obra freudiana, así como en los desarrollos posteriores de las escuelas inglesa y francesa.*

Respecto de dichos desarrollos post freudianos, se observa por una parte, que para el *psicoanálisis lacaniano* los tiempos fundacionales son tiempos míticos, imposibles de cercar en su realidad histórica: la estructura se va organizando bajo modalidades combinatorias, no determinadas por vicisitudes históricas singulares. Hay extrapolación directa de la estructura del Edipo a la organización psíquica del niño. En

la estructura en la cual el niño está inserto, y que lo precede, se produce la causalidad suficiente que da origen a la patología.

Por otra parte, para el *psicoanálisis kleiniano*, la historia del sujeto es la historia de la pulsión, y lo vivido se reduce a acontecimientos ligados a la vida pulsional, pero con carácter causal absolutamente irrelevante.

Faltan, en ambos, los modos singulares, determinados históricamente, de constitución del sujeto. A partir de allí, el cuestionamiento efectuado, tanto al endogenismo como al estructuralismo, tiene un denominador común: es cuestionamiento a la dosis de determinismo lineal que ambos portan. Se hizo necesario, entonces, estructurar una propuesta respecto de un nuevo reordenamiento teórico, que permita sostener cierta determinación de los fenómenos psíquicos, sin desconocer la participación ontológica de lo azaroso en la constitución del psiquismo.

Esta propuesta recupera la introducción de la historia acontecimental, traumática y singular del sujeto en la constitución del psiquismo, y sostiene que lo inscripto se estructura de modo significativo a partir de una descomposición y una recomposición metabólica, que liga de un modo diverso las representaciones vigentes. De este modo, lo histórico es considerado como un movimiento constante de despliegue en el aparato psíquico dado que, aún cuando se haya constituido la división tópica -por efecto de la represión originaria-, éste permanece abierto siempre al *après-coup*, decapturado de un determinismo lineal.

A partir de estas consideraciones respecto de lo histórico, no recaería todo el acento en la acción de lo pasado sobre lo presente sino, también, en las recomposiciones que el presente inaugura sobre lo pasado-acontecido. Esta idea es solidaria a un modelo de psiquismo abierto a lo real.

En este sentido, sólo desde este *modelo de psiquismo -abierto a lo real y de constitución exógena-*, resulta pertinente establecer relaciones entre los paradigmas

actuales de producción de subjetividad y la constitución del psiquismo, lo cual tiene profundas implicancias en la perspectiva con la cual pensar y abordar los procesos de la cura y definir los modos de intervención adecuados para la transformación de la estructura psíquica.

En el Capítulo II, se desarrollan las ideas fundamentales acerca de dicho modelo, a partir de la pregunta: *¿A qué se hace referencia cuando se alude a la constitución exógena del psiquismo?* En principio, *a la necesidad de precisar el origen de la pulsión*, en tanto implica el primer momento constitutivo de lo psíquico propiamente dicho. *Para ello, se retomó el planteo de J. Laplanche respecto de la recuperación de la teoría de la seducción y del modelo del traumatismo, haciendo hincapié en la importancia de pensar la pulsión como una sola y misma energía sexual, que según un modo de funcionamiento ligado o desligado opera en el sentido de la pulsión de vida o de la pulsión de muerte respectivamente, ya que esto sugiere una posibilidad en la cura, de pasaje o de retorno, de una a la otra.*

La *recuperación de la teoría de la seducción*, en sentido ampliado, implica situar los orígenes del aparato psíquico en aquellos primeros momentos de la vida, en los cuales se subvierte el orden de la naturaleza –el cuerpo biológico–, a partir de que el otro humano introduce –de manera inconsciente–, conjuntamente con los cuidados precoces que alivian las tensiones de necesidad, formas de excitación que no pueden ser procesadas ni evacuadas somáticamente. Éstas producen un incremento de cantidades y la inscripción de representaciones que obligan a un esfuerzo o trabajo psíquico de metabolización y procesamiento, dado que lo que se inscribe es algo del orden de lo sexual que altera los circuitos naturales para siempre.

De este modo, la implantación de la sexualidad adulta en el niño, no debe ya circunscribirse a un acontecimiento fechable, suceso traumático vivido, sino como un hecho más difuso y a la vez más estructural, universal, y más originario también. Ello le confiere al *concepto de traumatismo ampliado* un carácter constitutivo, en tanto se sostiene que la irrupción de la sexualidad adulta en el niño es traumática, en el sentido

de que requiere y obliga a un procesamiento de aquello que, irrumpiendo, se inscribe en el incipiente psiquismo.

Posteriormente, dichas inscripciones encontrarán diversos destinos dentro del aparato psíquico, según los *ordenamientos de lo pulsional* que se producirán, también, por efecto de la intervención del otro que, a partir de sus representaciones yoico-narcisistas, propiciará la ligadura de lo pulsional, así como los rehusamientos necesarios de la satisfacción pulsional directa. Estos rehusamientos constituyen el movimiento precursor de *la instalación de la represión originaria que, clivando el psiquismo, funda el Inconsciente*.

Se sostiene, entonces, que *la realidad psíquica es del orden de un pensamiento sin sujeto* que antecede a la instalación y constitución del mismo en términos de un sujeto reflexivo –para lo cual se requiere la división del psiquismo en instancias, con la consecuente estructuración del Yo-. Se plantea, así, la *diferencia entre psiquismo y subjetividad*, en tanto el Inconsciente es res-extensa, no plausible de ser atravesado por los modos de funcionamiento de la lógica y de la intencionalidad, propio y exclusivo del sistema Consciente-Preconsciente. Como consecuencia, *el Inconsciente es conceptualizado como espacio para-subjetivo, territorio de a-subjetividad radical*.

De este modo, *un modelo de psiquismo de constitución exógena, abierto a lo real, se presta a tomar en consideración la realidad histórica y su incidencia en la estructuración del mismo*, con la advertencia de no confundir o superponer diferentes campos de saber, y no perder de vista que el del Psicoanálisis no es el campo de lo inter-subjetivo sino de lo intra-psíquico.

Por este motivo, en el Capítulo III *se analizaron los paradigmas actuales de producción de subjetividad y se definió una subjetividad contemporánea*, desde las disciplinas del campo pertinente; a saber, la sociología, la historia y la filosofía con los aportes de la economía, la política, los medios de comunicación y las tendencias que presiden los procesos culturales en la posmodernidad.

Se realizaron precisiones en pos de *distinguir la producción de subjetividad de la constitución psíquica, para luego reflexionar acerca de los puntos de contacto entre ambas*. Al respecto, se concluyó que al hablar de subjetividad, se habla de producción social de sujetos, en el sentido de que el sujeto no se constituye aisladamente, como no lo hace tampoco el aparato psíquico. En lo que al psiquismo respecta, es el Yo quien se concibe a sí mismo como siendo por oposición al Inconciente, como lugar de la a-subjetividad radical. Como se señalara anteriormente, en los orígenes del psiquismo, la representación existe antes de que el sujeto se constituya como tal, apropiándose de ella, antes de que le de un sentido.

Pero, una vez que el Inconciente se ha fundado por efecto de la represión, opera en relación al sujeto, aunque sin ser capturado por la subjetividad. Esto produce una tensión conflictiva ya que, siendo el Inconciente el efecto de la represión, una vez que se ha topicado el aparato psíquico, los modos de la subjetividad inciden en la forma en la que el Inconciente queda constituido y en sus contenidos. De manera paradójica, entonces, el Inconciente es a-subjetivo y, al mismo tiempo, es residual de las formas de la subjetividad. Por otra parte, la identificación al otro, constitutiva del Yo, así como de las instancias ideales, también se ve afectada por los procesos histórico-sociales predominantes en cada época.

De acuerdo a lo planteado, en ambas conceptualizaciones hay una *idea central compartida respecto del sujeto humano* y consiste en que éste es un ser arrancado del dominio de lo natural, y *constituido en/por los intercambios sociales y culturales que van estructurando su realidad como realidad simbólica*. En esta perspectiva es posible trazar puntos de encuentro que posibiliten situar *la subjetividad en relación con la psicosexualidad* –objeto de estudio del psicoanálisis por excelencia-, dado que *ambas tienen un origen histórico en el cual los intercambios con los otros significativos son determinantes*. Tanto la producción de subjetividad como la estructuración del psiquismo están constitutivamente atravesadas por la presencia del semejante.

Desde la premisa de que *las condiciones actuales de producción de subjetividad, determinadas social e históricamente, inciden en la constitución del psiquismo* y, habiendo caracterizado la *subjetividad actual como signada por la inmediatez y la lógica del mercado*, se señaló que este tipo de intercambios propician lo que, *desde el lado del psiquismo se caracterizó como lógica del goce autoerótico*, para el cual los modos de satisfacción deben ser lo más directos posible y cualquier aplazamiento en la obtención de placer es indeseada.

En este sentido, se afirma que *la constitución misma del Yo se ve comprometida en tanto no se propician, ni desde la cultura, ni desde el otro significativo en la estructuración del psiquismo del infante, las renunciaciones pulsionales que dan lugar a la posibilidad de que operen, no sólo las identificaciones secundarias constitutivas de las instancias ideales, sino también las identificaciones primarias.*

El Yo se va constituyendo mediante el proceso de identificación al otro, pero este otro no puede ser el objeto autoerótico originario. Se requiere desprenderse, poder perder el objeto vinculado al ejercicio pulsional directo ya que no habrá identificación propiamente dicha si no existe un objeto diferenciado. Si no hay renuncia al ejercicio pulsional directo, si no hay pérdida del objeto en este sentido, entonces habrá mera sustitución de un objeto por otro y así en serie, al modo de una contigüidad metonímica.

Si la represión de lo pulsional fracasa, no habrá posibilidad de desplazamiento de los objetos originarios, y el sujeto quedará adherido a un goce, circuito de repetición cuya consecuencia es siempre empobrecedora para el psiquismo.

El predominio de este modo de funcionamiento psíquico se hace visible en el incremento de aparición en la clínica de lo que se ha conceptualizado como fenómenos de desligadura, en tanto la presencia de la pulsión desligada constituiría su característica central. En este sentido, los fenómenos de desligadura comprenden un amplio campo de perturbaciones que presentan dificultades particulares para su abordaje: *sujetos que llegan en posición de objeto, con dificultades en la demanda de*

tratamiento así como en el establecimiento de la transferencia, y que por estas razones son ubicados en los límites de lo analizable.

En el último apartado del Capítulo III se efectuaron algunas precisiones metapsicológicas para cercar esta denominación, que se desarrolló con mayor amplitud en el Capítulo IV. Allí *se caracterizan las adicciones, anorexias y fenómenos psicosomáticos.*

Respecto de las *adicciones* se destaca el hecho de que representan una tendencia a la evitación del dolor psíquico ante la incapacidad o pobreza en las posibilidades de tramitar sentimientos de fracaso e impotencia. En la actualidad, la paradoja que introduce la lógica del consumo es la de una aparente libertad en la posibilidad de elección entre los más diversos objetos de satisfacción, que esconde, por otro lado, la *imposición de consumir como vía de acceso privilegiada para el logro de dicha satisfacción.* Esta paradoja –la de una libertad esclavizante– encuentra su expresión extrema en las patologías de la sujeción y la dependencia, tales como las diversas adicciones al juego, al alcohol, a las drogas, a los psicofármacos, por nombrar sólo algunas. *El adicto representa así “una trágica caricatura de la obligatoriedad del consumir”.*

Otra de las paradojas que se presentan como sintomáticas en la era del consumo son las *anorexias*. Estas contrastan especialmente con este mundo de saturación cuya lógica, como ya se ha dicho, es la obligatoriedad de consumir. La anorexia plantea la cuestión de un *deseo que no puede articularse en un discurso y que toma la forma de un negativismo a ultranza.* Al no poder articularse en un discurso, este “deseo” no se constituye como tal y es el cuerpo el que, al no entrar en las cadenas significantes, queda *fijado a un goce ligado al más allá de la pulsión de muerte.*

Los *fenómenos psicosomáticos* develan, también, uno de los “requisitos” que la lógica del consumo impone a los sujetos: tomar distancia respecto de sus emociones, lo cual produce una relación de escisión de aquello que corresponde al orden del cuerpo

respecto de lo representacional, generando *fallas en la capacidad de fantasmaticización y simbolización*.

Dos cuestiones se señalan como paradigmáticas de estas presentaciones del malestar: 1- la dificultad en la instalación de la transferencia, y 2- la presencia de lo traumático en lo manifiesto del discurso, sin veladuras.

Acerca de la dificultad de instauración de la *transferencia*, se arriba a la conclusión de que *la posibilidad de su establecimiento depende de que un otro, en tiempos instituyentes, haya ofrecido un lugar que acogiera al sujeto*. En la historia de estos pacientes, esta posibilidad ha sido fallida.

En cuanto a la segunda cuestión señalada –íntimamente relacionada con la posibilidad de establecer transferencia-, lo que se manifiesta es la *singular relación con algún o algunos hechos traumáticos de la infancia que aparecen en lo manifiesto de un modo que da cuenta de que no ha caído bajo los efectos de la represión*. Esto se torna visible en un discurso en el cual nada aparece velado, que es sólo relato de lo traumático con acuciante actualidad para el paciente, que aparece en lo manifiesto como una herida en la “carne viva” del psiquismo que hace que el recuerdo persista inalterado, sin tramitar.

Se concluye, así, que lo crucial en estas presentaciones actuales del malestar es la falta de simbolización de algo del orden de lo Real que ha desbordado al sujeto, dejándolo expuesto a la prevalencia de la impulsión y la acción, al estar, estructuralmente, imposibilitada la tramitación psíquica. De este modo, dichas presentaciones no sólo revelarían fracasos en la ligadura de lo pulsional sino que constituirían, a su vez, diferentes maneras de intentar efectuar esa ligadura.

Surgió, así, la pregunta respecto de *¿cuál sería la acción terapéutica del Psicoanálisis frente a estos malestares o modos de sufrimiento actual?* En principio, se señaló la importancia diagnóstica de determinar si ha sido posible para el sujeto, en

sus orígenes, desprenderse del objeto de ejercicio pulsional autoerótico, y de que dicha pérdida haya sido, además, inscrita y ligada psíquicamente.

Respecto de los diagnósticos, se hizo un rodeo en el segundo apartado del Capítulo IV, para *reflexionar y advertir acerca de cómo la lógica del mercado atraviesa también los discursos y prácticas en lo que se refiere a salud mental y psicopatología, para recuperar la vigencia del Psicoanálisis -negada y forcluida por dichos discursos-, como propuesta transformadora del sufrimiento psíquico.*

Por último, las reflexiones finales conducen a la conclusión de que *el primer movimiento en la dirección de la cura de dichos pacientes tendría dos objetivos. Por un lado, establecer lo que se ha denominado “la confianza en el significante”, esto es, trabajar en pos de la instalación de la transferencia. Por otro lado, apuntar a que los fenómenos de desligadura puedan ser transcritos a otro modo de funcionamiento psíquico. De este modo, lo que queda por fuera –o más allá- del principio de placer y, por ende, de los efectos de la represión originaria, será ligado para que pueda empezar a funcionar según las formas del proceso primario e ingresar al modo de circulación que corresponde al principio de placer.* Sin esta primera ligadura, no es posible siquiera pensar en términos de Inconsciente ni, por ende, en términos de proceso analítico propiamente dicho.

Para ello, es necesario revisar los *instrumentos de intervención. No es la interpretación el instrumento privilegiado* en los procesos de dichos pacientes, en tanto no hay contenido Inconsciente, velado por efecto de la represión. Si, como se ha señalado, lo que predomina es lo desligado que aparece en lo manifiesto, *el instrumento que permite la ligadura es, más bien, del orden de la construcción simbolizante.*

Como se dijo al inicio de este apartado, el momento de las conclusiones implica un momento de cierre, que siempre es parcial. Si bien esto es así para cualquier proceso de investigación, lo es especialmente para éste, por tratarse de revisiones que implican tanto a la clínica actual como al estatuto de los enunciados teóricos del Psicoanálisis,

puestos a prueba a partir de la misma. Ambos campos son lo suficientemente amplios y dinámicos –tanto en sí mismos como en sus entrecruzamientos-, como para pretender su clausura.

Por el contrario, todo el planteo que atraviesa esta investigación -acerca de hacer trabajar los conceptos teóricos heredados, poniéndolos en cuestión respecto de su marco de producción, así como la introducción de lo histórico en la constitución psíquica y la concepción del psiquismo como abierto a lo real-, invita a la reflexión y revisión constante de las ideas aquí plasmadas, así como a su profundización en desarrollos futuros.

Bibliografía

- ABERASTURY, F.; CABRAL, A.; GOLDSTEIN, N.; GREIG DE CUSTO, M. T.; VIÑOLY BECEIRO, A. M. (1997) “Variaciones en la técnica analítica a la luz de las patologías actuales.” **Revista de Psicoanálisis. Asociación Psicoanalítica Argentina.** Tomo LIV. Número 3. Buenos Aires.
- ALONSO, L. E. (2005) **La era del consumo.** Siglo XXI Ediciones. Buenos Aires.
- ALTHUSSER, L. (1984) **Ideología y aparatos ideológicos del Estado.** Ediciones Nueva Visión. Buenos Aires.
- ANTELME, R. (1996) **La especie humana.** Ediciones Trilce. Montevideo.
- ARAGONÉS, R. J. (1999) **El narcisismo como matriz de la teoría psicoanalítica.** Ediciones Nueva Visión. Buenos Aires.
- ARENDRT, H. (1999) **Eichmann en Jerusalén. Un informe sobre la banalidad del mal.** Editorial Lumen. Barcelona.
- ARFOUILLOUX, J. C. (1986) **Los niños tristes. La depresión infantil.** Fondo de Cultura Económica. México.
- AUGÉ, M. (1993) **Los “no lugares”. Espacios del anonimato. Una antropología de la sobremodernidad.** Gedisa Ediciones. Barcelona.
- AUGÉ, M. (1998) **Hacia una antropología de los mundos contemporáneos.** Editorial Gedisa Ediciones. Barcelona.
- AULAGNIER, P. (1993) **La violencia de la interpretación.** Amorrortu Ediciones. Buenos Aires.
- AULAGNIER, P. (1994) **Un intérprete en busca de sentido.** Siglo XXI Ediciones. México.
- AULAGNIER, P.; BARANGER, W.; MARTÍNEZ LUQUE, E. (1994) “¿Qué es la realidad para el psicoanalista?” **Revista de Psicoanálisis. Asociación Psicoanalítica Argentina.** Tomo LI. Número 4. Buenos Aires.
- AULAGNIER, P. (1997) **El aprendiz de historiador y el maestro-brujo.** Amorrortu Ediciones. Buenos Aires.
- AULAGNIER, P. (1998) **Los destinos del placer.** Editorial Paidós. Buenos Aires.

- AVENBURG, R. (2002) “El concepto de realidad en la clínica psicoanalítica de hoy”. **Revista Topía: Psicoanálisis, sociedad y cultura**. Año 12, N° 35.
- BALANDIER, G. (1994) **El poder en escenas. De la representación del poder al poder de la representación**. Editorial Paidós. España.
- BAUMAN, Z. (2002) **La cultura como praxis**. Editorial Paidós. Buenos Aires.
- BAUMAN, Z. (2003) **Comunidad**. Siglo XXI Ediciones. Buenos Aires.
- BAUMAN, Z. (2004) **La sociedad sitiada**. Fondo de Cultura Económica. Buenos Aires.
- BAUMAN, Z. (2005) **Amor Líquido: acerca de la fragilidad de los vínculos humanos**. Fondo de Cultura Económica. Buenos Aires.
- BAUMAN, Z. (2007) **Modernidad líquida**. Fondo de Cultura Económica. Buenos Aires.
- BAUZÁ, H. F. (1998) **El mito del héroe. Morfología y semántica de la figura heroica**. Fondo de Cultura Económica. Buenos Aires.
- BELDA DE BAIMA, S. (2009) “Adolescencia y actualidad: mal-estares más frecuentes.” **Revista Docta. Asociación Psicoanalítica de Córdoba**. Año 7. Número 5. Córdoba. Argentina.
- BENASAYAG, L. (2007) **ADDH. Niños con déficit de atención e hiperactividad. ¿Una patología de mercado?** Ediciones Noveduc. Buenos Aires.
- BENASAYAG, L. Y DUEÑAS, G. (comp.) (2011) **Invencción de enfermedades**. Ediciones Noveduc. Buenos Aires.
- BERCAITZ, M; CERINO, R.; FERNÁNDEZ DE NIEVA, S. (1996) “Psicopatogenia del nido border.” **Revista de Psicoanálisis. Asociación Psicoanalítica Argentina**. Tomo LIII. Número 4. Buenos Aires.
- BERCHERIE, P. (1980) **Los fundamentos de la clínica**. Manantial Ediciones. Buenos Aires.
- BERENSTEIN, I. (2001) **El sujeto y el otro. De la ausencia a la presencia**. Editorial Paidós. Buenos Aires.
- BEREZIN, A. (coord.) (2003) **Trece variaciones sobre clínica psicoanalítica**. Siglo XXI Ediciones. Buenos Aires.

- BERNARDI, R. (1994) “Sobre el determinismo psíquico”, en BLEICHMAR, S. y otros. **Temporalidad, determinación, azar**. Editorial Paidós. Buenos Aires.
- BILBENY, N. (1995) **El idiota moral. La banalidad del mal en el siglo XX**. Ediciones Anagrama. Barcelona.
- BLEICHMAR, S. (1986) **En los orígenes el sujeto psíquico**. Amorrortu Ediciones. Buenos Aires.
- BLEICHMAR, S. y otros (1990) **Lecturas de Freud**. Lugar Ediciones. Buenos Aires.
- BLEICHMAR, S. (1993) “Qué se sostiene hoy de una teoría de las neurosis.” **Revista de Psicoanálisis. APdeBA**. Vol XV. Nº 3. Buenos Aires.
- BLEICHMAR, S. (1993) **La fundación de lo inconciente**. Amorrortu Ediciones. Buenos Aires.
- BLEICHMAR, S. y otros (1994) **Temporalidad, determinación, azar**. Editorial Paidós. Ediciones. Buenos Aires.
- BLEICHMAR, S. (1997) **Fundamentos psicoanalíticos I: lecturas freudianas**. Curso para graduados dictado en la Universidad Nacional de Córdoba. Córdoba, Argentina.
- BLEICHMAR, S. (1997) **La clínica psicoanalítica como lugar de producción simbólica**. Conferencia dictada en E.C.A.P. Córdoba, Argentina.
- BLEICHMAR, S. (1999) “La identidad sexual: entre la sexualidad, el sexo, el género.” **Revista Asociación Escuela Argentina de Psicoterapia para Graduados**. Nº 25. Buenos Aires.
- BLEICHMAR, S. (1999) “El carácter lúdico del análisis.” **Revista Actualidad Psicológica**. Abril. Buenos Aires.
- BLEICHMAR, S. (1999) **Clínica psicoanalítica y neogénesis**. Amorrortu Ediciones. Buenos Aires.
- BLEICHMAR, S. (2001) “Del motivo de consulta a la razón de análisis.” **Revista Actualidad Psicológica**. Junio. Buenos Aires.
- BLEICHMAR, S. (2001-2002) **Traumatismo y simbolización**. Curso de postgrado dictado en la Universidad Nacional de Córdoba. Córdoba, Argentina.
- BLEICHMAR, S. (2004) “Ampliar los límites de la interpretación en una clínica abierta a lo real.” **Revista Docta. Asociación Psicoanalítica de Córdoba**. Año 2. Número 1. Córdoba. Argentina.

- BLEICHMAR, S. (2004-2005) **Qué permanece de nuestras teorías sexuales para la práctica actual.** Curso de postgrado dictado en la Universidad Nacional de Córdoba. Córdoba, Argentina.
- BLEICHMAR, S. (2005) “La sexualidad a cien años de los *Tres ensayos*.” **Revista Docta. Asociación Psicoanalítica de Córdoba.** Año 3. Número 3. Córdoba. Argentina.
- BLEICHMAR, S. (2005) **La subjetividad en riesgo.** Topía Ediciones. Buenos Aires.
- BLEICHMAR, S. (2006) **No me hubiera gustado morir en los 90.** Editorial Taurus. Buenos Aires.
- BLEICHMAR, S. (2006) **Paradojas de la sexualidad masculina.** Editorial Paidós. Buenos Aires.
- BLEICHMAR, S. (2008) **Violencia social, violencia escolar.** Ediciones Noveduc. Buenos Aires.
- BLEICHMAR, S. (2009) **El desmantelamiento de la subjetividad. Estallido del Yo.** Topía Ediciones. Buenos Aires.
- BLEICHMAR, S. (2009) **Inteligencia y simbolización. Una perspectiva psicoanalítica.** Editorial Paidós. Buenos Aires.
- BOURDIEU, P. (1996) **Sobre la televisión.** Editorial Anagrama. Barcelona.
- BRAUNSTEIN, N. (2005) “La sexualidad en el discurso del mercado.” **Revista Docta. Asociación Psicoanalítica de Córdoba.** Año 3. Número 3. Córdoba. Argentina.
- BRAUNSTEIN, N. (2006) **El goce, un concepto lacaniano.** Siglo XXI Ediciones. México.
- BUCURÉ, N. O. (1997) “Clínica y técnica en el psicoanálisis actual.” **Revista de Psicoanálisis. Asociación Psicoanalítica Argentina.** Tomo LIV. Número 3. Buenos Aires.
- CAFFARELLI, C. (2009) **Tribus urbanas. Cazadores de identidad.** Editorial Lumen. Buenos Aires.
- CAMPAGNO, M. Y LEWCOWICZ, I. (2007) **La historia sin objeto.** Tinta Limón Ediciones. Buenos Aires.
- CANCINA, P. (1992) **El dolor de existir... y la Melancolía.** Editorial Homo Sapiens. Rosario.

- CANCINA, P. (2002) **Preguntas de la fobia y la melancolía**. Editorial Homo Sapiens. Rosario.
- CANTARELLI, M. Y LEWCOWICZ, I. (2003) **Del fragmento a la situación**. Ediciones Altamira. Buenos Aires.
- CASSINI DE VAZQUEZ, M. C. (1996) “La investigación en psicoanálisis.” **Revista de Psicoanálisis. Asociación Psicoanalítica Argentina**. Tomo LIII, N° 4. Octubre-Diciembre. Buenos Aires.
- CASTORIADIS, C. (1992) **El psicoanálisis: proyecto y elucidación**. Ediciones Nueva Visión. Buenos Aires.
- CASTORIADIS, C. (1997) **El avance de la insignificancia**. Eudeba. Buenos Aires.
- CASTORIADIS, C. (2003) **La institución imaginaria de la sociedad, Vol. II: El imaginario social y la institución**. Tusquets Ediciones. Buenos Aires.
- CHEMAMA, R. (1998) **Diccionario del psicoanálisis**. Amorrortu Ediciones. Buenos Aires.
- DERRIDA, J., (1989) **El Tiempo de una Tesis. Deconstrucción e implicaciones conceptuales**. Editorial Paidós. Barcelona.
- DERRIDA, J., (1989) **La Deconstrucción en las fronteras de la filosofía**. Editorial Paidós. Barcelona.
- DERRIDA, J., (1989) **Cómo no hablar y otros textos**. Anthropos Ediciones. Barcelona.
- DERRIDA, J., ROUDINESCO, E. (2003) **Y mañana, qué...** Fondo Económico de Cultura Argentina. Buenos Aires.
- DERRIDA, J., (2005) **Estados de ánimo del psicoanálisis**. Editorial Paidós. Buenos Aires.
- DERRIDA, J., DUFOURMANTELLE, A. (2006) **La hospitalidad**. Ediciones de La Flor. Buenos Aires.
- DOR, J. (2004) **El padre y su función en psicoanálisis**. Ediciones Nueva Visión. Buenos Aires.
- FINKIELKRAUT, A. (2000) **La derrota del pensamiento**. Editorial Anagrama. Barcelona.

- FINKIELKRAUT, A. (2001) **La ingratitud: conversaciones sobre nuestro tiempo**. Editorial Anagrama. Barcelona.
- FINKIELKRAUT, A. (2006) **Nosotros los modernos**. Editorial Encuentro. Madrid.
- FINKIELKRAUT, A. Y SLOTERDIJK, P. (2008) **Los latidos del mundo**. Amorrortu Ediciones. Buenos Aires.
- FINOLA, A.; LÓPEZ VINUESA, M.; REZNICHENCO, A. “¿El fin del misterio?” **Revista Docta. Asociación Psicoanalítica de Córdoba**. Año 2. Número 1. Córdoba. Argentina.
- FOUCAULT, M. (1970) **La arqueología del saber**. Siglo XXI Ediciones. México.
- FOUCAULT, M. (1985) **¿Qué es un autor?** Publicación de la Universidad Autónoma de Tlaxcala. México.
- FOUCAULT, M. (1986) **El nacimiento de la Clínica**. Siglo XXI Ediciones. México.
- FOUCAULT, M. (1990) **Vigilar y castigar**. Amorrortu Ediciones. Buenos Aires.
- FOUCAULT, M. (2003) **Historia de la Sexualidad. I. La Voluntad del Saber**. Siglo XXI Ediciones. Buenos Aires.
- FOUCAULT, M. (2008) **El orden del discurso**. Tusquets Editores. Buenos Aires.
- FOUCAULT, M. (2008) **Tecnologías del Yo**. Editorial Paidós. Buenos Aires.
- FRANCO, Y. (2003) **Magma. Cornelius Castoriadis: psicoanálisis, filosofía, política**. Editorial Biblos. Buenos Aires.
- FREUD, S. (1992) **Fragmentos de la correspondencia con Fliess**. Obras Completas. Vol I. Amorrortu Ediciones. Buenos Aires.
- FREUD, S. (1992) **Proyecto de psicología**. Obras Completas. Vol I. Amorrortu Ediciones. Buenos Aires.
- FREUD, S. (1992) **Estudios sobre la histeria**. Obras Completas. Vol II. Amorrortu Ediciones. Buenos Aires.
- FREUD, S. (1992) **La interpretación de los sueños**. Obras Completas. Vol V. Amorrortu Ediciones. Buenos Aires.
- FREUD, S. (1992) **Tres ensayos de teoría sexual**. Obras Completas. Vol VII. Amorrortu Ediciones. Buenos Aires.
- FREUD, S. (1992) **El creador literario y el fantaseo**. Obras Completas. Vol IX. Amorrortu Ediciones. Buenos Aires.

FREUD, S. (1992) **La moral sexual cultural y la nerviosidad moderna.** Obras Completas. Vol IX. Amorrortu Ediciones. Buenos Aires.

FREUD, S. (1992) **Las perspectivas futuras de la terapia psicoanalítica.** Obras Completas. Vol XI. Amorrortu Ediciones. Buenos Aires.

FREUD, S. (1992) **Sobre la más generalizada degradación de la vida amorosa.** Obras Completas. Vol XI. Amorrortu Ediciones. Buenos Aires.

FREUD, S. (1992) **Sobre la dinámica de la transferencia.** Obras Completas. Vol XII. Amorrortu Ediciones. Buenos Aires.

FREUD, S. (1992) **Sobre la iniciación del tratamiento.** Obras Completas. Vol XII. Amorrortu Ediciones. Buenos Aires.

FREUD, S. (1992) **Recordar, repetir y reelaborar.** Obras Completas. Vol XII. Amorrortu Ediciones. Buenos Aires.

FREUD, S. (1992) **Puntualizaciones sobre el amor de transferencia.** Obras Completas. Vol XII. Amorrortu Ediciones. Buenos Aires.

FREUD, S. (1992) **Totem y tabú.** Obras Completas. Vol XIII. Amorrortu Ediciones. Buenos Aires.

FREUD, S. (1992) **El Moisés de Miguel Ángel.** Obras Completas. Vol XIII. Amorrortu Ediciones. Buenos Aires.

FREUD, S. (1992) **Contribución a la historia del movimiento psicoanalítico.** Obras Completas. Vol XIV. Amorrortu Ediciones. Buenos Aires.

FREUD, S. (1992) **Introducción del narcisismo.** Obras Completas. Vol XIV. Amorrortu Ediciones. Buenos Aires.

FREUD, S. (1992) **Trabajos sobre metapsicología.** Obras Completas. Vol XIV. Amorrortu Ediciones. Buenos Aires.

FREUD, S. (1992) **Duelo y melancolía.** Obras Completas. Vol XIV. Amorrortu Ediciones. Buenos Aires.

FREUD, S. (1992) **De guerra y de muerte.** Obras Completas. Vol XIV. Amorrortu Ediciones. Buenos Aires.

FREUD, S. (1992) **Pulsiones y destinos de pulsión.** Obras Completas. Vol XIV. Amorrortu Ediciones. Buenos Aires.

- FREUD, S. (1992) **Pegan a un niño**. Obras Completas. Vol XVII. Amorrortu Ediciones. Buenos Aires.
- FREUD, S. (1992) **Lo ominoso**. Obras Completas. Vol XVII. Amorrortu Ediciones. Buenos Aires.
- FREUD, S. (1992) **Más allá del principio de placer**. Obras Completas. Vol XVIII. Amorrortu Ediciones. Buenos Aires.
- FREUD, S. (1992) **Dos artículos de enciclopedia**. Obras Completas. Vol XVIII. Amorrortu Ediciones. Buenos Aires.
- FREUD, S. (1992) **El yo y el ello**. Obras Completas. Vol XIX. Amorrortu Ediciones. Buenos Aires.
- FREUD, S. (1992) **La pérdida de realidad en la neurosis y la psicosis**. Obras Completas. Vol XIX. Amorrortu Ediciones. Buenos Aires.
- FREUD, S. (1992) **Inhibición, síntoma y angustia**. Obras Completas. Vol XX. Amorrortu Ediciones. Buenos Aires.
- FREUD, S. (1992) **El porvenir de una ilusión**. Obras Completas. Vol XXI. Amorrortu Ediciones. Buenos Aires.
- FREUD, S. (1992) **El malestar en la cultura**. Obras Completas. Vol XXI. Amorrortu Ediciones. Buenos Aires.
- FREUD, S. (1992) **¿Porqué la guerra?** Obras Completas. Vol XXII. Amorrortu Ediciones. Buenos Aires.
- FREUD, S. (1992) **Moisés y la religión monoteísta**. Obras Completas. Vol XXIII. Amorrortu Ediciones. Buenos Aires.
- FREUD, S. (1992) **Esquema del psicoanálisis**. Obras Completas. Vol XXIII. Amorrortu Ediciones. Buenos Aires.
- FREUD, S. (1992) **Análisis terminable e interminable**. Obras Completas. Vol XXIII. Amorrortu Ediciones. Buenos Aires.
- FREUD, S. (1992) **Construcciones en el análisis**. Obras Completas. Vol XXIII. Amorrortu Ediciones. Buenos Aires.
- GALENDE, E. (1997) **Historia y repetición**. Temporalidad subjetiva y actual modernidad. Editorial Paidós. Buenos Aires.

- GALENDE, E. (1997) **De un horizonte incierto. Psicoanálisis y salud mental en la sociedad actual.** Editorial Paidós. Buenos Aires.
- GALENDE, E. (2008) **Psicofármacos y salud mental. La ilusión de no ser.** Lugar Ediciones. Buenos Aires.
- GARCÍA CANCLINI, N. (1995) **Consumidores y ciudadanos. Conflictos multiculturales de la globalización.** Editorial Grijalbo. México.
- GARCÍA CANCLINI, N. (1999) **La globalización imaginada.** Editorial Paidós. Buenos Aires.
- GONZÁLEZ REY, F. L. (2011) **El sujeto y la subjetividad en la psicología social.** Ediciones Noveduc. Buenos Aires.
- GREEN, A. (1986) **Narcisismo de vida, narcisismo de muerte.** Amorrortu Ediciones. Buenos Aires.
- GREEN, A. (1986) **La pulsión de muerte.** Amorrortu Ediciones. Buenos Aires.
- GREEN, A. (1994) **El trabajo de lo negativo.** Amorrortu Ediciones. Buenos Aires.
- GREEN, A. (1996) **La metapsicología revisitada.** Eudeba. Buenos Aires.
- GREEN, A. (2010) **El pensamiento clínico.** Amorrortu Ediciones. Buenos Aires.
- GRIMAL, P. (1981) **Diccionario de mitología griega y romana.** Editorial Paidós. Buenos Aires.
- GUTIÉRREZ TERRAZAS, J. (1998) **Teoría Psicoanalítica.** Biblioteca Nueva Ediciones. Madrid.
- GUTIÉRREZ TERRAZAS, J. (2000) “La represión es una condición de todo proceso identificadorio.” **Revista de Psicoanálisis. Asociación Psicoanalítica de Madrid.** N° 33. Madrid.
- GUTIÉRREZ TERRAZAS, J. (2002) **Cómo leer a Freud.** Síntesis Ediciones. Madrid.
- HASSOUN, J. (1995) **La crueldad melancólica.** Editorial Homo Sapiens. Rosario.
- HEINRICH, H. (1997) **Borde<R>S de la neurosis.** Editorial Homo Sapiens. Rosario. Argentina.
- HEINRICH, H. (2009) “Melancolías.” **Revista Docta. Asociación Psicoanalítica de Córdoba.** Año 7. Número 5. Córdoba. Argentina.
- HORENSTEIN, M. (2004) “Poética de la interpretación.” **Revista Docta. Asociación Psicoanalítica de Córdoba.** Año 2. Número 1. Córdoba. Argentina.

- HORENSTEIN, M. (2008) "Psicoanalizar después de Auschwitz." **Revista Docta. Asociación Psicoanalítica de Córdoba.** Año 6. Número 4. Córdoba. Argentina.
- HORNSTEIN, L. (1988) **Cura psicoanalítica y sublimación.** Ediciones Nueva Visión. Buenos Aires.
- HORNSTEIN, L. (1993) **Práctica psicoanalítica e historia.** Editorial Paidós. Buenos Aires.
- HORNSTEIN, L y otros (1994) **Cuerpo, historia, interpretación.** Editorial Paidós. Buenos Aires.
- HORNSTEIN, L (2000) **Narcisismo. Autoestima, identidad, alteridad.** Editorial Paidós. Buenos Aires.
- IMBRIANO, A. (2006) **La odisea del siglo XXI: efectos de la globalización.** Editorial Letra Viva. Buenos Aires.
- JANÍN, B.; KAHANSKY, E. (comp.) (2009) **Marcas en el cuerpo de niños y adolescentes.** Ediciones Noveduc. Buenos Aires.
- JANÍN, B. (2011) **El sufrimiento psíquico en los niños.** Ediciones Noveduc. Buenos Aires.
- KLIMOVSKY, G. (1994) **Las desventuras del conocimiento científico. A-Z** Ediciones. Buenos Aires. 1994.
- KLIMOVSKY, G. (2001) **La inexplicable sociedad. A-Z** Ediciones. Buenos Aires.
- KOVADLOFF, S. (1993) **El silencio primordial.** Emecé Editores. Buenos Aires.
- KRISTEVA, J; MANNONI, O.; ORTIGUES, E.; SCHNEIDER, M. Y HAAG, G. (1985) **El trabajo de la metáfora.** Editorial Gedisa. Barcelona.
- KRISTEVA, J. (1995) **Las nuevas enfermedades del alma.** Editorial Cátedra. Madrid.
- LACAN, J. (1985) **Variantes de la cura-tipo. Escritos 1.** Siglo XXI Ediciones. Buenos Aires.
- LACAN, J. (1987) **La dirección de la cura y los principios de su poder. Escritos 2.** Siglo XXI Ediciones. Buenos Aires.
- LACAN, J. (1995) **Seminario 11. Cuatro conceptos fundamentales del psicoanálisis.** Editorial Paidós. Buenos Aires.
- LACAN, J. (1995) **Seminario 7. La ética.** Editorial Paidós. Buenos Aires.
- LACAN, J. (2006) **Seminario 10. La angustia.** Editorial Paidós. Buenos Aires.

- LAPLANCHE, J. (1973) **Vida y muerte en psicoanálisis**. Amorrortu Ediciones. Buenos Aires.
- LAPLANCHE, J. (1974) **Interpretar (con) Freud y otros ensayos**. Ediciones Nueva Visión. Buenos Aires.
- LAPLANCHE, J. (1981) **Problemáticas I. La angustia**. Amorrortu Ediciones. Buenos Aires.
- LAPLANCHE, J. (1981) **Problemáticas IV. El inconciente y el ello**. Amorrortu Ediciones. Buenos Aires.
- LAPLANCHE, J. (1983) **Problemáticas II. Castración, simbolizaciones**. Amorrortu Ediciones. Buenos Aires.
- LAPLANCHE, J. (1987) **Problemáticas V. La cubeta**. Trascendencia de la transferencia. Amorrortu Ediciones. Buenos Aires.
- LAPLANCHE, J. (1987) **Nuevos fundamentos para el psicoanálisis**. Amorrortu Ediciones. Buenos Aires.
- LAPLANCHE, J. (1992) **La prioridad del otro en psicoanálisis**. Amorrortu Ediciones. Buenos Aires.
- LAPLANCHE, J. (1993) **El extravío biologizante de la sexualidad en Freud**. Amorrortu Ediciones. Buenos Aires.
- LAPLANCHE, J. PONTALIS, J-B. (1996) **Diccionario de psicoanálisis**. Editorial Paidós. Buenos Aires.
- LAPLANCHE, J. (1998) “Psicoanálisis y biología: realidades e ideologías.” Conferencia del 30/11/97, publicada en la **Revista Uruguaya de Psicoanálisis**.
- LE POULICHET, S. (1990) **Toxicomanías y psicoanálisis. Las narcosis del deseo**. Amorrortu Ediciones. Buenos Aires.
- LECLAIRE, S. (1975) **Matan a un niño. Ensayo sobre el narcisismo primario y la pulsión de muerte**. Amorrortu Ediciones. Buenos Aires.
- LEGENDRE, P. (1994) **Lecciones VIII. El crimen del cabo Lortie. Tratado sobre el padre**. Siglo XXI Ediciones. México.
- LEWCOWICZ, I. (2008) **Pensar sin Estado**. Editorial Paidós. Buenos Aires.

- LICHTMANN, A. (1996) "Pulsión de muerte y masoquismo: la erotización de la destructividad." **Revista de Psicoanálisis. Asociación Psicoanalítica Argentina.** Tomo LIII. Número 4. Buenos Aires.
- LIPOVETSKY, G. (1983) **La era del vacío. Ensayos sobre el individualismo contemporáneo.** Editorial Anagrama. Barcelona.
- MALDAVSKY, D. (1992) **Teoría y clínica de los procesos tóxicos.** Amorrortu Ediciones. Buenos Aires.
- MALDAVSKY, D. (1995) **Pesadillas en vigilia. Sobre neurosis tóxicas y traumáticas.** Amorrortu Ediciones. Buenos Aires.
- MALDAVSKY, D. (1997) "Metodología psicoanalítica, hoy." **Revista de Psicoanálisis. Asociación Psicoanalítica Argentina.** Tomo LIV, N° 3. Julio-Setiembre. Buenos Aires.
- MALEVAL, J. C. (1987) **Locuras histéricas y psicosis disociativas.** Editorial Paidós. Buenos Aires.
- MANNONI, O. (1997) **La otra escena.** Amorrortu Ediciones. Buenos Aires.
- MARGULIS, M. (2009) **Sociología de la cultura. Conceptos y problemas.** Editorial Biblos. Buenos Aires.
- MARTY, P. (1992) **La psicología del adulto.** Amorrortu Ediciones. Buenos Aires.
- MARUCCO, N. (1998) **Cura psicoanalítica y transferencia: de la represión a la desmentida.** Amorrortu Ediciones. Buenos Aires.
- MARUCCO, N. (2004) "Las intervenciones del analista en el psicoanálisis contemporáneo." **Revista Docta. Asociación Psicoanalítica de Córdoba.** Año 2. Número 1. Córdoba. Argentina.
- MAYER, H. (1997) **Adicciones: un mal de la posmodernidad.** Editorial Corregidor. Buenos Aires.
- MAYER, H. (2009) "Los adolescentes hoy y la cultura de la acción." **Revista Docta. Asociación Psicoanalítica de Córdoba.** Año 7. Número 5. Córdoba. Argentina.
- MCDUGALL, J. (1993) **Alegato por una cierta anormalidad.** Editorial Paidós. Buenos Aires.
- MCDUGALL, J. (1996) **Teatros del cuerpo.** Julián Yebenes Ediciones. Madrid.

- MCDUGALL, J. (1998) **Las mil y una cara de Eros. La sexualidad humana en búsqueda de soluciones.** Editorial Paidós. Buenos Aires.
- MICHEL FARIÑA, J. J. (2007) **Ética: un horizonte en quiebra.** Eudeba. Buenos Aires.
- MILMANIENE, J. (2004) **La función paterna.** Editorial Biblos. Buenos Aires.
- MILMANIENE, J. (2005) **El tiempo del sujeto.** Editorial Biblos. Buenos Aires.
- MILMANIENE, J. (2007) **El lugar del sujeto.** Editorial Biblos. Buenos Aires.
- MILMANIENE, J. (2008) **La ética del sujeto.** Editorial Biblos. Buenos Aires.
- MILMANIENE, J. (2010) **Clínica de la diferencia en tiempos de perversión generalizada.** Editorial Biblos. Buenos Aires.
- MISSENARD, A.; ROSOLATO, G.; GUILLEUMIN, J. (2002) **Lo negativo: figuras y modalidades.** Amorrortu Ediciones. Buenos Aires.
- NASIO, J. D. (1996) **Los gritos del cuerpo.** Editorial Paidós. Buenos Aires.
- NASIO, J. D. (1998) **Los ojos de Laura.** Amorrortu Ediciones. Buenos Aires.
- PAGLINI, J. Y TULIÁN, S. (2009) “La adolescencia y sus trabajos: lo homo está de moda.” **Revista Docta. Asociación Psicoanalítica de Córdoba.** Año 7. Número 5. Córdoba. Argentina.
- PAULOZKY, D. (2005) “La sexualidad en la subjetividad de la época.” **Revista Docta. Asociación Psicoanalítica de Córdoba.** Año 3. Número 3. Córdoba. Argentina.
- PETEIRO CARTELLE, J. (2010) **El autoritarismo científico.** Miguel Gómez Ediciones. Málaga.
- POMMIER, G. (1989) **El desenlace de un análisis.** Ediciones Nueva Visión. Buenos Aires.
- PONTALIS, J. B. (1974) **Después de Freud.** Editorial Sudamericana. Buenos Aires.
- PONTALIS, J. B. (1978) **Entre el sueño y el dolor.** Editorial Sudamericana. Buenos Aires.
- PONTALIS, J. B. (2005) **Ese tiempo que no pasa.** Topía Ediciones. Buenos Aires.
- PSICOANÁLISIS Y EL HOSPITAL. Publicación semestral de practicantes en instituciones hospitalarias. N° 24 **¿Patologías de época?** Noviembre de 2003. Ediciones del Seminario. Buenos Aires.

PSICOANÁLISIS Y EL HOSPITAL. Publicación semestral de practicantes en instituciones hospitalarias. Nº 31 **La eficacia terapéutica**. Junio de 2007. Ediciones del Seminario. Buenos Aires.

QUINET, A. (1991) **Las cuatro condiciones del análisis**. Editorial Atuel. Buenos Aires.

RABINOVICH, D. (1986) **Sexualidad y significante**. Ediciones Manantial. Buenos Aires.

RABINOVICH, D. (1999) **El deseo del analista. Libertad y determinación en psicoanálisis**. Manantial Ediciones. Buenos Aires.

RABINOVICH, D. (2003) **Una clínica de la pulsión: las impulsiones**. Manantial Ediciones. Buenos Aires.

RABINOVICH, N. (2007) **Lágrimas de lo Real**. Editorial Homo Sapiens. Rosario.

RASSIAL, J. J. (2001) **El adolescente en estado límite**. Ediciones Nueva Visión. Buenos Aires.

REISFELD, S. (2004) **Tatuajes, una mirada psicoanalítica**. Editorial Paidós. Buenos Aires.

REVERE, C. J. (1996) "Tratamiento de la personalidad borderline." **Revista de Psicoanálisis. Asociación Psicoanalítica Argentina**. Tomo LIII. Número 4. Buenos Aires.

RIEDER, I; VOIGT, D. (2004) **Sidonie Csillag. La "jóven homosexual" de Freud**. Ediciones El Cuenco de Plata. Buenos Aires.

ROBERTI, M. M. (1996) "La metapsicología no es indiferente a las distintas prácticas". **Revista La Oreja. Facultad de Psicología de la Universidad Nacional de Rosario**. Argentina.

ROCA, E. Y CHIAPPERO, J. (2005) "Psicoanalizar, hacer del Más Allá causa." **Revista Docta. Asociación Psicoanalítica de Córdoba**. Año 3. Número 2. Córdoba. Argentina.

RODRÍGUEZ, E. (1996) **Sigmund Freud: el siglo del psicoanálisis**. Ediciones Sudamericana. Buenos Aires.

RODULFO, R. (2004) **El Psicoanálisis de nuevo**. Eudeba. Buenos Aires.

- ROJAS, M. C. Y STERNBACH, S. (1997) **Entre dos siglos. Una lectura psicoanalítica de la posmodernidad.** Lugar Ediciones. Buenos Aires.
- ROUDINESCO, E. (2000) **¿Porqué el psicoanálisis?** Editorial Paidós. Buenos Aires.
- ROUDINESCO, E. (2003) **La familia en desorden.** Fondo de Cultura Económica. Buenos Aires.
- ROUDINESCO, E. (2009) **Nuestro lado oscuro.** Anagrama Ediciones. Barcelona.
- ROUDINESCO, E. (2011) **¿Porqué tanto odio?** Libros del Zorzal Ediciones. Buenos Aires.
- SAHOVALER DE LITVINOFF, D. Y GUALTIERI DE STOLIAR, L. (1997) “El amor ama la falta, la pasión ama al objeto.” **Revista de Psicoanálisis. Asociación Psicoanalítica Argentina.** Tomo LIV. Número 4. Buenos Aires.
- SAINT-EXUPÉRY, A. (1980) **El Principito.** Alianza Editorial. Buenos Aires.
- SARLO, B. (2000) **La pasión y la excepción.** Siglo XXI Ediciones. Buenos Aires.
- SASKYN, S. (1996) “La repetición.” **Revista de Psicoanálisis. Asociación Psicoanalítica Argentina.** Tomo LIII. Número 4. Buenos Aires.
- SCARFONE, D. (2005) **Las pulsiones.** Ediciones Nueva Visión. Buenos Aires.
- SCHENQUERMAN, C. (1999) “Freud y la cuestión del paradigma indiciario.” **Revista Internacional de Psicoanálisis Aperturas Psicoanalíticas** N° 2. Julio. Madrid.
- SCHENQUERMAN, C. (2005) “El psicoanálisis más allá de las limitaciones que lo acechan.” **Revista Docta. Asociación Psicoanalítica de Córdoba.** Año 3. Número 2. Córdoba. Argentina.
- SOLER, C. (1988) **Finales de análisis.** Manantial Ediciones. Buenos Aires.
- SOLER, C. (2007) **¿Qué se espera del psicoanálisis y del psicoanalista?** Editorial Letra Viva. Buenos Aires.
- SOLER, C. (2009) **La querrela de los diagnósticos.** Editorial Letra Viva. Buenos Aires.
- SOTOLANO, O. (2005) **Bitácora de un psicoanalista.** Topía Ediciones. Buenos Aires.
- SPERLING, D. (2001) **Del deseo. Tratado erótico-político.** Editorial Biblos. Buenos Aires.
- SÜSKIND, P. (2003) **El Perfume.** Editorial Seix Barral. Barcelona.

- TASZMA DE MALADESKY, S. (1997) “Daño: ruido de la pulsión de muerte.” **Revista de Psicoanálisis. Asociación Psicoanalítica Argentina.** Tomo LIV. Número 3. Buenos Aires.
- TORRES, E. (2005) “De acasos y repeticiones.” **Revista Docta. Asociación Psicoanalítica de Córdoba.** Año 3. Número 2. Córdoba. Argentina.
- UNTOIGLICH, G. (2011) **Versiones actuales del sufrimiento infantil.** Ediciones Noveduc. Buenos Aires.
- VALLS, J. L. (2004) **Metapsicología y modernidad.** Lugar Ediciones. Buenos Aires.
- VASEN, J. (2005) **Fantasmas y pastillas.** Editorial Letra Viva. Buenos Aires.
- VASEN, J. (2007) **La atención que no se presta: el “mal” llamado ADD.** Ediciones Noveduc. Buenos Aires.
- VASEN, J. (2008) **Las certezas perdidas.** Editorial Paidós. Buenos Aires.
- VASEN, J. (2009) **El mito del niño bipolar.** Ediciones Noveduc. Buenos Aires.
- VASEN, J. (2011) **Una nueva epidemia de nombres impropios.** Ediciones Noveduc. Buenos Aires.
- VIÑAR, M. (2002) **Psicoanalizar hoy.** Ediciones Trilce. Montevideo.
- VIÑAR, M. (2002) “Sobre encuadre y proceso analítico en la actualidad.” **Revista Uruguay de Psicoanálisis.** N° 96. Montevideo.
- VIÑAR, M. (2005) “Descubrimiento freudiano y cambio epocal.” **Revista Docta. Asociación Psicoanalítica de Córdoba.** Año 3. Número 3. Córdoba. Argentina.
- VIÑAR, M. (2008) “Las raíces del mal.” **Revista Docta. Asociación Psicoanalítica de Córdoba.** Año 6. Número 4. Córdoba. Argentina.
- VIÑAR, M. (2009) **Mundos adolescentes y vértigo civilizatorio.** Ediciones Trilce Montevideo.
- WALLERSTEIN, I. (2003) **Utopística o las opciones históricas del siglo XXI.** Siglo XXI Ediciones. México.
- WAISBROT, D.; WIKINSKI, M.; ROLFO, C.; SLUCKI, D. Y TOPOROSI, S. (comp.) (2005) **Clínica psicoanalítica ante las catástrofes sociales.** Editorial Paidós. Buenos Aires.
- WETTENGEL, L.; UNTOIGLICH, G.; SZYBER, G. (2009) **Patologías actuales en la infancia.** Ediciones Noveduc. Buenos Aires.

- YANKELEVICH, H. (2002) **Lógicas del goce**. Editorial Homo Sapiens. Rosario.
- ŽIŽEK, S. (2006) **En defensa de la intolerancia**. Ediciones Sequitur. Madrid.
- ZUKERFELD, R. (1996) **Acto bulímico, cuerpo y tercera tópica**. Editorial Paidós. Buenos Aires.
- ZUKERFELD, R. Y ZONIS ZUKERFELD, R. (2005) “Psicoanálisis en el siglo XXI: el mito de Aquiles. Sobre ideales culturales y vulnerabilidad.” **Revista Docta. Asociación Psicoanalítica de Córdoba**. Año 3. Número 2. Córdoba. Argentina.